

MIJAIL ZABOROV

Historia de las cruzadas



 Creative Commons

Título original: Histoire des Croisades.

Traducción: José Fernández.

© Akal Editor.

© Por la presente edición: SARPE, 1985.

Pedro Teixeira, 8. 28020 Madrid.

Traducción cedida por Ramón Akal, Editor.

Depósito Legal: M. 12.772-1985.

I.S.B.N.: 84-7291-802-5 (tomo 22.º).

I.S.B.N.: 84-7291-736-6 (obra completa).

Impreso en España - Printed in Spain.

Imprime: Gráficas Futura, Soc. Coop. Ltda.

Villafranca del Bierzo 21-23. Pol. Ind. Cobo Calleja

Fuenlabrada (Madrid).

En portada: *Encuentro de sarracenos con caballeros franceses*,
(Bruselas, Biblioteca Real).

Mijail Zaborov

El escritor checo Mijail Zaborov nació en Praga en 1927. Estudió en la Universidad de dicha ciudad, especializándose en el campo de la Historia Medieval, rama a la que se ha dedicado de lleno en estos últimos años. Tras la Segunda Guerra Mundial marchó a París, instalándose definitivamente en la capital francesa. Tras ser profesor de Historia Medieval de Europa oriental en las Universidades de Viena y Praga, ha sido titular de la cátedra de Historia Medieval de las Universidades de la Sorbona y Ruán.

Sus obras y artículos se centran fundamentalmente en la historia medieval de la Europa del Este; destacan, entre las primeras, *Revueltas campesinas en Moravia y Valaquia en la Baja Edad Media*, *El problema urbano en La Europa del Este (siglos XIII-XV)* e *Historia de las cruzadas*.

«Historia de las cruzadas» La creencia de que las cruzadas, que con interrupciones se desarrollan de 1096 a 1278, respondían a una manifestación de la profunda religiosidad de los pueblos de Europa occidental en la época medieval sufre un serio revés con el desarrollo de la historiografía más reciente.

La revelación de nuevos hechos y una interpretación más crítica de los documentos históricos medievales lleva a la mayoría de los historiadores a desechar la ingenua e idealista explicación de las causas que originaron las cruzadas. Estos historiadores se centraron en los diferentes fenómenos de la vida económico-social de los siglos XI al XIII, que fueron los auténticos móviles de éstas.

La difícil situación de las masas populares de Europa occidental y los intereses comerciales de las ciudades del norte de Italia que participaban en estas expediciones son la verdadera clave de los hechos narrados en este volumen.

Asimismo, Mijail Zaborov considera que el Papado fue impulsado a organizar las cruzadas por razones políticas, como la necesidad de elevar su prestigio en la lucha contra los emperadores germanos y de lograr la reunificación de la Iglesia ortodoxa griega con la romana distanciadas durante siglos.

Estas tesis están expuestas en la obra con gran claridad, un estilo divulgativo, de lectura fácil e interesante, y un lenguaje conciso y ameno a la vez. El resultado es un libro atractivo para el lector medio interesado por los temas históricos, y especialmente por la historia medieval, que arroja luz sobre uno de los aspectos más significativos de la historia de la Edad Media europea, el llenar de contenido religioso y espiritual una época oscura, a menudo poco conocida o estudiada, pero de gran interés. Por último, debemos señalar que la *Historia de las cruzadas* de Mijail Zaborov es una de las mejores obras escritas sobre el tema y disponibles en la actualidad, en su traducción castellana, en el mercado, y que es un clásico de la historiografía medieval de ineludible lectura para todo interesado en el tema.

Las cruzadas

Los antecedentes En la primera mitad del siglo XI las invasiones turcas, condicionadas, como observa Pirenne, por la descomposición señorial del Imperio de Bagdad y la crisis del Imperio chino de los Tang, arruinaron, a la vez, el Imperio bizantino y el mundo islámico. Tales invasiones yugularon las relaciones entre Bizancio y las ciudades rusas, y, en consecuencia, con los países del Norte, así como los caminos de caravanas que unían Constantinopla con el Asia Central por el puerto de Trebisonda. En líneas generales, ello implicó, para Bizancio, el desencadenamiento de una grave crisis económica que a su vez influyó decisivamente en las perturbaciones políticas que comienzan a manifestarse a mediados de siglo.

A partir del año 1050, la situación de los mundos bizantino e islámico puede definirse como verdaderamente crítica. Por las mismas fechas, el planteamiento del conflicto de las Investiduras condiciona la descomposición del Sacro Imperio, la anarquía feudal en el Reich alemán. En Occidente, en cambio, se registra un verdadero proceso de renovación, fraguado en los cuadros de la sociedad feudal y particularmente notable en los aspectos espiritual (reforma cluniacense, trayectoria del Pontificado hacia el gregoriano) y económico (aumento demográfico, intensificación de los cultivos, renacimiento industrial y mercantil). Esta recuperación de la Cristiandad occidental, en contraste con la crisis que afecta al Imperio bizantino y al conglomerado islámico, constituye el rasgo decisivo de la Historia en el siglo XI.

Los hechos Como escribe Paul Rousset, la cruzada no fue sólo un acontecimiento capital de la Edad Media, ni una empresa varias veces renovada por Occidente, sino también una muestra de la efímera unidad de Europa y la expresión de las ambiciones y energías del mundo occidental. La idea

de cruzada es muy compleja, pues mientras para los occidentales es un sinónimo de «virtud», lo es de escándalo para los bizantinos. Esta idea realizó la unión en Occidente y acentuó la división entre Roma y Bizancio. Idea a la vez pacífica y bélica, rápidamente desvirtuada por la influencia de factores políticos y económicos, continuó, sin embargo, provocando nuevas expediciones —cruzadas sin cruzados— que en definitiva se convirtieron en guerras defensivas o de carácter imperialista.

La cruzada, en realidad, es única y sólo aparece en su verdadera esencia en el período transcurrido entre fines del siglo XI y mediados de la centuria siguiente. En efecto, es imposible reconocer un auténtico espíritu de cruzada en la defensa de los Estados latinos de Oriente por los caballeros establecidos en Siria y en las empresas de socorro enviadas por Occidente desde el siglo XII. De hecho, pues, sólo la I cruzada —y ciertos personajes y momentos de las posteriores— debe ser considerada como verdadera y típica. En estas empresas intervinieron dos clases de cruzados: barones y caballeros, a menudo impulsados más por el espíritu de lucro y el deseo de conquista que por el puro ideal, y gentes humildes, lanzadas hacia los caminos de Oriente secundando la llamada del papa Urbano II, con un auténtico ideal de cruzada.

Para los cronistas de la época, la expedición a los Santos Lugares no fue una obra humana, sino divina. Muchos hacen preceder la salida de las cruzadas con prodigiosas manifestaciones cósmicas. Cabe pensar si ello constituyó un argumento capaz de persuadir a los expedicionarios. En todo caso, tales signos justificaban la idea de una «guerra nueva», o sea, concebida como una expedición que valía a sus miembros el beneplácito de la Iglesia. Esta, preocupada desde antiguo por el problema de las «guerras fraternales», de las luchas entre cristianos, vio en la cruzada el medio de poner fin —al menos momentáneamente— a los conflictos que sufría la Cristiandad. En Clermont, el papa Urbano II propuso a los caballeros volver sus armas contra los musulmanes, al objeto de convertir una lucha fratricida en un combate digno y meritorio. Para los caballeros feudales, la cruzada equivale a la guerra justa, a una empresa que asegura la salvación eterna. Los cruzados luchan a la vez por dos reinos: el de la Jerusalén terrestre y

el de la Jerusalén divina. La posesión del primero será la puerta de acceso al segundo, y, por tanto, a la vida eterna.

La cruzada provocó un cambio de gran importancia en Occidente por la transformación de los caballeros, guerreros de profesión y de costumbres, en cruzados. Al abandonar Europa para dirigirse a liberar los Santos Lugares, los caballeros liberaron a la Cristiandad de las guerras endémicas que sufría. El combate contra el musulmán ofrecía al caballero la satisfacción de heroicas proezas y la gloria del martirio a manos del infiel.

Idea imperialista, la cruzada transformó Occidente, abandonado por los caballeros, y el Próximo Oriente que éstos iban a conquistar. Es el testimonio de una época, con sus necesidades materiales y espirituales, y la expresión de una mentalidad, así como un hallazgo genial maravillosamente adaptado a las nuevas necesidades del mundo cristiano. La cruzada contribuyó a crear un mundo nuevo, ensanchando las fronteras de Occidente y abriendo horizontes desconocidos a una multitud de caballeros, de comerciantes y de clérigos por entonces desocupados.

Al dirigirse la cruzada contra el Oriente islámico, Bizancio creyó que su Imperio sería la primera víctima. El ideal religioso de la cruzada era incomprensible para un bizantino. Al iniciarse éste, el cisma no había provocado todavía la separación entre ambos mundos cristianos. Las cruzadas y sus consecuencias dieron al cisma toda su importancia y significación. Hasta cierto punto, Bizancio se encontraba más cerca del Islam y de Oriente que de los occidentales. Por otra parte, la debilidad que entonces aquejaba al mundo bizantino hacía que éste temiera la unificación de Occidente que podía implicar la cruzada.

De encauzar y dirigir la poderosa corriente por ésta representada se encargó el papa Urbano II. El 28 de noviembre de 1095 predicó la cruzada en Clermont, al grito de «¡Dios lo quiere!». El llamamiento de Urbano II fue la orden de movilización general de Europa. La movilización a raíz del Concilio de Clermont puede compararse a la Liga de Corinto, que en tiempos de Alejandro Magno impulsó a Grecia a la conquista de Asia.

El desbordante entusiasmo antes referido no afectó sólo a los nobles y al clero, sino también a las clases populares. La figura

del papa Urbano II predicando la cruzada al mundo caballeresco, tuvo su réplica, por lo que atañe a los humildes, en el asceta Pedro el Ermitaño, cuyas exhortaciones causaron la más profunda impresión en el Occidente medieval.

El entusiasmo provocado por estas predicaciones condicionó una especie de éxodo, una fiebre general de tomar la cruz y dirigirse hacia el Este. Todo el mundo deseaba liquidar sus bienes y obtener las provisiones necesarias para el largo viaje. Este entusiasmo de las multitudes desbordó la organización oficial: para obviar el grave problema del abastecimiento de huestes tan numerosas, los cruzados siguieron itinerarios distintos. Para reunirse todos en Constantinopla, capital del Imperio bizantino. Una vez reagrupadas las fuerzas en el Bósforo, los expedicionarios pasaron a Asia, donde la campaña fue corta. Tras tomar Nicea y vencer al infiel en la batalla de Dorilea, cruzaron la meseta de Frigia y el Tauro, tomaron Antioquía y, finalmente, conquistaron la codiciada ciudad de Jerusalén.

A la agresión de los occidentales, el mundo turco respondió con una reagrupación de fuerzas. A la angustiada petición de ayuda de los territorios recientemente conquistados, de nuevo amenazados por el infiel, el rey de Francia, Luis VII, decidió emprender una nueva cruzada. De momento sus vasallos se resistieron; pero el monarca insistió y el papa Eugenio III, que al principio se había mostrado vacilante, decidió favorecer la empresa. Tras varias predicaciones, se organizó la II cruzada, en la que intervino también el emperador de Alemania, Conrado III. Sin embargo, en esta ocasión los occidentales no lograron apuntarse ningún éxito positivo. El fracaso de la II cruzada suscitó una nueva réplica otomana, consiguiéndose la unificación de Siria musulmana. El reino de Jerusalén quedó, así, cercado.

Dueño incontestable de Siria y Egipto, y obedecido ciegamente en El Cairo, Edesa, Alepo y Damasco, Saladino, una de las figuras más impresionantes del mundo oriental, acaudilló el ataque islámico contra los establecimientos occidentales en Asia Menor, a pesar de que entonces el mundo islámico había perdido casi totalmente el sentido de la guerra santa agresiva. Contando con la ayuda de Bizancio, consciente del peligro que entrañaba la eufo-

ria islámica, los occidentales lograron resistir los primeros ataques; pero su situación se agravó extraordinariamente desde 1180. La batalla de Hatin —4 de julio de 1187— selló el ulterior destino del reino de Jerusalén, que cayó en manos de Saladino el 2 de octubre siguiente. El único foco de resistencia era Tiro, desde donde el marqués Guido de Montferrato envió emisarios a Occidente en busca de refuerzos.

La pérdida de la ciudad de Jerusalén no significó el final del reino, pero suscitó en Occidente un estupor comparable en intensidad al entusiasmo que había despertado su conquista una centuria antes. Sólo un gran esfuerzo conjunto podría restablecer la situación. La iniciativa partió del papa Gregorio VIII, quien se dirigió al emperador y a todos los reyes cristianos a fines de octubre de 1187. En pleno entusiasmo despertado en Alemania por una misión pontificia presidida por el obispo Enrique, el gran emperador, Federico I Barbarroja, tomó la cruz y, apoyándose en el renaciente romanticismo, invocó su calidad de jefe temporal del mundo cristiano para resolver la cuestión de Oriente.

Después de una preparación minuciosa que revela el genio político del gran Hohenstaufen, Federico Barbarroja salió de Ratisbona al frente de su ejército en mayo de 1189. El 14 de mayo alcanzó una brillante victoria sobre el sultán de Iconium. Cuando todo hacía esperar la pronta recuperación de Jerusalén, el gran emperador germánico murió a causa de una congestión fulminante que le sobrevino al bañarse en las frías aguas del río Salef, en Cilicia. Del mando de las fuerzas germánicas se hizo cargo el hijo del emperador fallecido, Federico de Suabia, quien también murió en el sitio de Acre. Dicha ciudad fue conquistada por el rey inglés, con el que, tras el abandono de la empresa por parte de las huestes francesas, la cruzada se redujo a una empresa personal de Ricardo Corazón de León. Este intentó la conquista de la Ciudad Santa al asalto; pero pronto se dio cuenta de que era imposible resolver el problema de la Siria cristiana con los pequeños establecimientos occidentales entregados a sus solas fuerzas. Si no se estaba dispuesto a enviar periódicos refuerzos desde Europa, se imponía pactar con los musulmanes. Y eso es lo que hizo: se pactó una tregua de tres años a base de mantener las posiciones

respectivas; el reino de Jerusalén continuaría en poder de Saladino y los peregrinos cristianos podrían visitar libremente los Santos Lugares en pequeños grupos y sin armas. Así, la III cruzada terminó, en una derrota moral, es decir, en un acuerdo con Saladino.

Las consecuencias Las cruzadas absorbieron el excesivo brío militar de la caballería occidental y, en consecuencia, favorecieron la tranquilidad interna en los distintos países. Occidente se enriqueció de un modo considerable, en gran parte por el impulso dado al comercio marítimo. El tráfico entre ambas riberas del Mediterráneo aumentó las reservas de metales preciosos en las ciudades de la cuenca occidental y esta acumulación de riquezas compensó favorablemente la inferioridad de los países cristianos del Mediterráneo en el dominio de la producción agrícola, en particular cerealística. A mediados del siglo XII, la situación económica de los países de Europa occidental había cambiado totalmente con respecto al Oriente bizantino. Los mercaderes italianos, catalanes y provenzales tenían en sus manos casi todo el comercio de las vertientes asiática y africana del Mediterráneo. Como el proceso de la Reconquista en España, los cruzados hicieron posible el enriquecimiento cultural de la sociedad cristiana de Occidente por el contacto con el mundo clásico a través del Islam.

La Gran cruzada —la primera— consolidó la situación territorial del Imperio bizantino en el Próximo Oriente; pero los contactos más estrechos con los occidentales introdujeron en la vida de Bizancio nuevos motivos de perturbaciones. La Iglesia griega vio disminuir su influencia en las comunidades cristianas de Siria y Palestina, donde predominaba la de Roma. El cisma subsistió y las continuas fricciones entre griegos y latinos hicieron cada día más difícil las tentativas de reconciliación. El reino de Jerusalén, durante la centuria de su existencia, quedó colocado bajo el vasallaje de la Santa Sede; pero este nuevo paso hacia la unidad del mundo cristiano bajo la autoridad pontificia no dio los resultados decisivos que se abrigan en Roma. Los principales beneficiados de las cruzadas fueron los puertos y ciudades italianas, que crea-

ron factorías en el Oriente latino para el comercio con el mundo asiático. Como ya hemos apuntado, toda la actividad económica de Europa se benefició de ello.

Las cruzadas hicieron que la Cristiandad occidental adquiriese una conciencia más clara de su unidad, al menos entre los medios sociales más importantes, clérigos y caballeros. El hecho de que tantos caballeros combatieran al servicio de un ideal religioso hizo que en su concepción del mundo adquirieran gran importancia el desinterés y la generosidad. Muchos encontraron la muerte en las lejanas tierras de Oriente y ya se ha dicho que ello purgó a Europa, en plena fase de resurgimiento, de elementos violentos e indisciplinados. La paz pública resultó beneficiada y, con ella, la solidez interna de los distintos Estados.

Las cruzadas, en suma, vinieron a favorecer los contactos humanos entre Oriente y Occidente, y no fueron sólo los bienes de consumo los que se intercambiaron, sino también las ideas. Las relaciones entre mentalidades muy distintas dieron ocasión para un mejor conocimiento de los respectivos principios religiosos y morales de cristianos, judíos y musulmanes, a la vez que proporcionaron las bases para el trasvase cultural de conocimientos a través de constantes traducciones e interpretaciones de saberes ajenos e incluso clásicos. Un enriquecimiento mutuo, en el campo del pensamiento, fue la consecuencia natural de estos contactos, que no siempre fueron, ni mucho menos, sangrientos. Ya Guillermo de Nogent se maravillaba de que muchos occidentales, afincados en Oriente, se hubiesen orientalizado hasta el punto de olvidar su patria y lengua de origen.

Fechas clave

1074 Gregorio VII concibe un plan de ayuda a los cristianos orientales en el que él mismo se pondría a la cabeza de un ejército de caballeros en calidad de *dux et pontifex*. Junto con la liberación del Santo Sepulcro y de los territorios ocupados por los seljúcidas, su objetivo es lograr la unión de las Iglesias griega y romana. Tras el establecimiento del sultanato seljúcida de Rum en Asia Menor, Constantinopla se ve amenazada.

1095 El emperador bizantino Alejo I Comneno envía una embajada al papa Urbano II, en el Sínodo de Piacenza, solicitando su auxilio. El 26 de noviembre se celebra el Concilio de Clermont. Urbano II gana para su causa a los caballeros y príncipes occidentales con un famoso discurso en favor de la cruzada, en el que afirma: «Quienes lucharon antes en guerras privadas entre fieles, que combatan ahora contra los infieles y alcancen la victoria en una guerra que ya debía haber comenzado; que quienes hasta hoy fueron bandidos, se hagan soldados; que los que antes combatieron a sus hermanos, luchen contra los bárbaros.» Dos corrientes espirituales confluyen en los cruzados: 1) La idea de la peregrinación a Tierra Santa. Las peregrinaciones que se llevaban a cabo como viajes meritorios desde los primeros tiempos de la Iglesia y toman incremento en el siglo XI (consecuencia del profundizamiento de la piedad cristiana) tropiezan ahora con la creciente hostilidad de los seljúcidas. 2) La idea de una «guerra santa» contra los infieles. Jerusalén no constituye el único objetivo para los caballeros occidentales; luchan también contra el Islam y contra los vendos.

1096 Pedro de Amiens, ermitaño y predicador popular, exalta en ciudades y pueblos los ánimos de la masa campesina, para la cual combatir en Tierra Santa es una oportunidad de liberación y aventura. La desordenada expedición que acaudilla es exterminada por los búlgaros y seljúcidas.

1097-1099 Empieza la I cruzada, en la que no intervienen los reyes excomulgados Enrique IV de Alemania

y Felipe I de Francia. La dirigen Roberto de Normandía, Godofredo de Bouillon, Balduino de Flandes, Roberto II de Flandes, Raimundo de Toulouse, Beomundo de Tarento y su sobrino Tancredo. Es legado papal en la cruzada Adhemar, obispo de Puy. El ejército expedicionario, de formación típicamente feudal, está integrado por unidades autónomas; sus respectivos jefes son nobles deseosos de conquistar dominios personales. Tras el afortunado asedio a Nicea y la victoria en Dorilea sobre el sultán de Iconio, toman Antioquía a los siete meses de haber iniciado el asedio. Un ejército de socorro mandado por Kerboga, emir de Mossul, es puesto en fuga por los cruzados. Se descubre la Santa Lanza. El 15 de julio se toma Jerusalén, tras cinco semanas de asedio. Los príncipes cruzados se reparten los territorios conquistados y fundan diversos Estados feudales, asignando feudos menores a sus vasallos. Godofredo de Bouillon asume el título de «protector del Santo Sepulcro» y forma el reino de Jerusalén.

1100 A la muerte de Godofredo de Bouillon, le sucede su hermano Balduino, que adopta el título de rey. Estados feudales menores son el principado de Antioquía y los condados de Edesa y Trípoli. Jerusalén y Antioquía se convierten en sedes patriarcales de la Iglesia romana. Las constantes guerras de los príncipes normandos de Antioquía contra los bizantinos, así como las de los distintos señores feudales entre sí, contribuyen (junto a los conflictos que enfrentan a los diversos grupos étnicos de cruzados) a debilitar estos Estados y favorecen el contraataque del Islam.

1144 Reconquista de Edesa por el emir Imadeddin Zenkis de Mossul. Como reacción, se producirá la II cruzada.

1147-1149 II cruzada, dirigida por el emperador Conrado III y por Luis VII de Francia, que emprenden la guerra bajo la influencia espiritual de Bernardo de Claraval. La colaboración entre las tropas germanas y francesas se ve perturbada por la alianza antibizantina de Luis VII con Roger II de Sicilia y por la contraalianza entre Miguel Comneno y su cuñado Conrado III: ambos ejércitos son derrotados, por separado, en Dorilea y Laodicea. Conrado y Luis, que se encuentran en Jerusalén, deciden unificar sus fuerzas y organizan dos campañas contra Damasco y Ascalón, que fracasan.

1187 Reconquista de Jerusalén por el sultán Salahedin, tras derrotar a los cristianos en la batalla de Hattin.

1189-1190 III cruzada. Federico I Barbarroja, fiel al principio de la primacía universal del emperador, se pone a la cabeza de esta cruzada (considerada como una empresa común de los Estados cristianos occidentales). Tras la brillante victoria de Iconio, el 10 de junio del año 1190 el emperador muere al cruzar a nado el río Salef.

1191 El hijo del emperador Federico I Barbarroja, el duque Federico de Suabia, conduce una parte del ejército cruzado ante las puertas de San Juan de Acre, donde muere. La ciudad es tomada finalmente por Ricardo Corazón de León, rey de Inglaterra, y Felipe II Augusto, rey de Francia: Ricardo concierta una tregua con Saladino por la que adquiere la franja costera entre Tiro y Jaffa y logra autorización para la libre entrada de peregrinos cristianos en Jerusalén. Chipre, conquistada por él, es cedida en feudo a Guido de Lusignan.

1197 La cruzada del emperador Enrique VI se propone no sólo la liberación de Tierra Santa, sino también servir a la política de los normandos de Sicilia, que intentan la conquista del Imperio bizantino. La muerte de Enrique VI reduce el resultado de esta cruzada a la ocupación de una franja costera junto a Antioquía.

1202-1204 IV cruzada. El papa Inocencio III exhorta a los príncipes europeos a una nueva cruzada, dirigida contra Egipto. Gran parte de la nobleza francesa acude a la llamada (Bonifacio de Montferrato y Balduino de Flandes). Con el fin de que Venecia ceda las naves necesarias para el transporte de los cruzados, éstos ayudan a los venecianos en la conquista de Zara y Dalmacia. El dux Enrico Dandolo, atendiendo a los deseos del príncipe Alejo de Bizancio y a los intereses comerciales venecianos en Levante, dirige el ejército cruzado contra Bizancio: conquista de Constantinopla. Fracasas las tentativas de unión entre las Iglesias griega y romana. Tras ser expulsados de la ciudad, los cruzados la reconquistan: saqueo despiadado y fundación del Imperio latino, del que es elegido emperador Balduino de Flandes. Se afirma el predominio comercial veneciano hasta que, en 1261, Miguel Paleólogo (jefe de la casa imperial griega) termina, ayuda-

do por Génova y partiendo de Nicea, con el Imperio latino de Constantinopla, liberándose de la presencia occidental.

1212 Cruzada de los niños. Millares de adolescentes de ambos sexos, arrebatados de entusiasmo por el fervor religioso y combativo de las cruzadas, son embarcados en Marsella, desde donde los armadores los conducen a la ciudad de Alejandría y los venden como esclavos.

1228-1229 V cruzada. El emperador Federico II, excomulgado por el papa por no participar en una anterior expedición a Palestina, prepara esta cruzada. Conduce sus ejércitos hasta San Juan de Acre y, tras un tratado con el sultán de Egipto El Kamil, obtiene Jerusalén, Belén y Nazareth.

1244 Los musulmanes reconquistan Jerusalén, que ya no volverá a caer en poder de los cristianos.

1248-1254 VI cruzada. Luis IX, rey de Francia, emprende esta cruzada con el propósito de aniquilar Egipto. Toma Damietta, pero es derrotado en Mansura y cae prisionero con todo el ejército. Es liberado mediante la entrega de un elevado rescate, y tras fortificar San Juan de Acre vuelve a Francia.

1270 VII cruzada. San Luis se dirige contra Túnez, país de tradición cristiana desde la época de San Agustín, para reconvenir a los habitantes de este territorio. Una epidemia de peste diezma el ejército cruzado y acaba con la vida del monarca.

1291 Los mamelucos reconquistan San Juan de Acre, último baluarte cristiano. Los cruzados evacuan Tiro, Beirut y Sidón. Chipre se mantiene bajo la casa de Lusignan hasta 1489, y el dominio de la Orden de San Juan sobre la isla de Rodas se prolonga hasta el año 1523, ya en la Era Moderna.

Bibliografía

De Mijail Zaborov

Historia de las cruzadas. Madrid, Akal, 1979.

Sobre las cruzadas

- DEPANDERY, P., *La cristiandad y el concepto de cruzada.* México, Uteha, 1959.
- HAYEK, D., *Le droit franc en Syrie pendant les Croissades.* París, P.U.F., 1925.
- LADERO QUESADA, M. A., *Las Cruzadas.* Madrid, Moretón, 1968.
- LAMONTE, J. L., *Feudal monarchy in the Latin kingdom of Jerusalem (1100-1291).* Cambridge, University Press, 1945.
- OLDENBURG, Z., *Las Cruzadas.* Barcelona, Destino, 1974.
- RAHN, O., *La Cruzada contra el Grial. La tragedia del catarismo.* Madrid, Hiperión, 1982.
- REGLA, J., *Historia de la Edad Media.* Barcelona, Montaner y Simón, 1979.
- RICHARD, J., *La papauté et les missions catholiques en Orient au Moyen Age.* París, Seuil, 1946.
- RICHARD, J., *Le royaume latin de Jérusalem.* París, Seuil, 1953.
- RUNCIMAN, S., *Historia de las Cruzadas.* Madrid, Alianza, 1976.

Historia de las cruzadas

CAPÍTULO PRIMERO

CAUSAS Y PREPARATIVOS DE LAS CRUZADAS

Las causas de las cruzadas son desde hace tiempo objeto de análisis de la ciencia histórica. Los historiadores del siglo pasado y del presente han apuntado múltiples y diferentes motivos por los que masas considerables de habitantes de Europa Occidental, durante casi dos siglos (las cruzadas duraron, con interrupciones, de 1096 a 1270), llamados por la Iglesia católica, se lanzaron a conquistar los países que hoy denominamos Oriente Próximo.

Autores de los primeros decenios del siglo XIX, como F. Wilken y G. Michaud, muy influidos por la tradición eclesiástica católica, veían en las cruzadas una manifestación de la profunda religiosidad de los pueblos de Europa Occidental en la época medieval. Según esos historiadores, las cruzadas revelaron el sincero deseo de los pueblos, imbuidos de un espíritu religioso, de arrebatarse a los musulmanes la ciudad de Jerusalén, con el Santo Sepulcro, y otros lugares sagrados de Palestina, donde supuestamente había nacido Jesucristo y donde, según el Evangelio, había transcurrido la vida terrena del precursor del cristianismo.

Posteriormente, con el desarrollo de la historiografía, con la revelación de nuevos hechos y mediante una interpretación más crítica de los documentos históricos medievales, la mayoría de los historiadores desechó la ingenua e idealista explicación de las causas que originaron las cruzadas. Los historiadores de la segunda mitad del siglo XIX y de principios del siglo XX, tras un análisis más profundo de la enorme cantidad de documentos, se centraron en los diferentes fenómenos de la vida *económico-social* de los siglos XI al XIII, que fueron los auténticos móviles de las cruzadas: la difícil situación de las masas populares

de Europa Occidental (H. Prutz, T. Wolf) y los intereses comerciales de las ciudades del norte de Italia, que participaban en las cruzadas (W. Heyd). Numerosos historiadores (L. Brayer, W. Stevenson, W. Norden, etc.) consideran que el papado fue impulsado a organizar las cruzadas por razones políticas, como la necesidad de elevar su prestigio en la lucha contra los emperadores germanos y de lograr la reunificación de la Iglesia ortodoxa griega con la romana.

Algunos científicos burgueses, haciendo alarde de realismo, han expuesto ideas muy acertadas sobre las cruzadas y han hecho observaciones muy profundas sobre los factores económicos, sociales y políticos que constituyeron el motivo real de las mismas. Esas valiosas observaciones están presentes en las obras de los franceses P. Riant, N. de Vally, L. Brayer, A. Luchaire, F. Chalandon; de los alemanes H. Siebel, H. Prutz, B. Kügler, T. Worf; del austríaco R. Rericht; de los rusos V. G. Vasilevski, F. I. Uspenski, P. Mitrofanov, D. N. Egorov y otros.

No obstante, la historiografía burguesa no fue capaz ni en su mejor época de dar una interpretación más o menos acertada de las complejas causas de las cruzadas. Su idealismo impedía a los científicos hallar la solución exacta. En realidad, nunca renunciaron del todo a la idea simplista de las cruzadas como una lucha entre dos religiones (el cristianismo y el Islam), como una lucha «entre la cruz y la media luna», según expresión del historiador alemán H. Siebel.

En cuanto a los autores burgueses contemporáneos, si bien una parte se mantiene en las tradiciones realistas de sus predecesores, muchos otros en su examen de las causas de las cruzadas, se retrotraen a los puntos de vista de principios del siglo pasado, abandonados por la propia ciencia burguesa. Algunos historiadores imbuidos de un fanatismo religioso defienden las teorías gratas al Vaticano. Prisioneros del idealismo, los historiadores burgueses contemporáneos, en su mayoría, se muestran impotentes para dar unas explicaciones válidas; generalmente, se limitan a repetir la especie sobre la «exaltación religiosa» que dominó a Occidente en el siglo XI y que fue, supuestamente, motivada por las reformas eclesiásticas; sobre la idea de la «guerra santa», que adquirió popularidad a consecuencia de esa exaltación religiosa, etc. ¹.

Según Ives le Febvre, las cruzadas luchaban por un único objetivo: por el triunfo de una religión, y dilucidaban una sola cuestión: sería el mundo cristiano o musulmán, estarían sus costumbres e instituciones regidas por el Evangelio o por el Corán ². Evidentemente, tales explicaciones no son satisfactorias. Otros historiadores contemporáneos,

¹ F. L. Ganshof: «Histoire des relations internationales», t. 1 («Le moyen âge»). París, 1953, pág. 86.

² Ives Le Febvre: «Pierre l'Ermite et la croisade», Amiens, 1946, págs. 31-33.

incapaces de explicar los orígenes de las cruzadas, se limitan a rechazar la explicación materialista que al problema dio la historiografía burguesa anterior³. Como quiera que sea, el concepto de que las cruzadas fueron exclusivamente motivadas por el ideario predominante en aquella época prevalece en las obras de los investigadores occidentales contemporáneos⁴.

La historiografía soviética señala el camino exacto para enfocar científicamente el problema del origen de las cruzadas. Muchos aspectos importantes del tema fueron analizados en las obras de E. A. Kosminski, N. P. Gratsianski, V. V. Stoklitski-Tereshkovich, B. N. Zakoder, N. A. Sidorova y otros historiadores soviéticos.

¿Cuáles fueron las causas auténticas de las cruzadas? Para comprenderlas es necesario aclarar por lo menos estas tres cuestiones básicas:

1. ¿Por qué los campesinos y los feudales de Europa Occidental (y posteriormente los ciudadanos) desde fines del siglo XI marcharon sobre los países de ultramar, como Siria y Palestina?
2. ¿Por qué ese movimiento enarboló la bandera de la religión?
3. ¿Qué circunstancias determinaron, por lo menos en sus comienzos, que la dirección elegida fuera precisamente la costa oriental del Mediterráneo?

Para responder esas preguntas es preciso analizar la situación de las distintas clases del Occidente feudal a fines del siglo XI, el papel de la Iglesia católica en la sociedad de la época, las relaciones económicas y políticas entre Europa Occidental, Bizancio y Oriente en vísperas de las cruzadas.

El siglo XI es para Europa Occidental el inicio de grandes cambios

³ Así se comporta Jean Richard, que ridiculiza los intentos de relacionar, como él dice, la primera Cruzada con la «crisis económica», provocada por la introducción de un atalaje perfeccionado que «llevó a la ruina» a muchos campesinos y caballeros (Jean Richard: «Le royaume latin de Jerusalem», París, 1953, pág. 29). Richard lleva al absurdo los puntos de vista de los historiadores partidarios del llamado materialismo económico.

⁴ En esta tesis insiste P. Rousset, concretamente en su informe «La idea de la cruzada en los cronistas occidentales», leído en el X Congreso Internacional de Historiadores, en Roma (septiembre de 1955). Rousset repite las ideas básicas de su libro «Orígenes y particularidades de la primera Cruzada» (1945), destaca los estímulos ideológicos que supuestamente animaron el movimiento de las Cruzadas; entre esas causas, sitúa en primer plano «el clima psicológico», «la disposición de las mentes y de los corazones del siglo XI, etc.» («X Congreso Internazionale di Science Storiche. Relazione», vol. III, Firenze, 1955, pág. 561).

Puntos de vista análogos expresaron muchos otros historiadores, concretamente los norteamericanos Lamont y A. S. Atiya. Este último, en sus conferencias dictadas en abril de 1951 en la Universidad de Chicago, presentó las Cruzadas como «una guerra de ideas y de ideales», en la que los pueblos medievales «luchaban por la religión» (A. S. Atiya: «The crusades: old ideas and new conceptions». «Cahiers d'histoire mondiale», vol. II, núm. 2, página 470, París, 1954).

económicos. Los éxitos de la industria transformadora de la lana, de los metales, en la construcción, en la agricultura y en la ganadería motivaron que el trabajo artesanal se fuera separando paulatinamente de la agricultura. En Europa surgieron y crecieron las ciudades. Entre la ciudad y su entorno rural se establecieron relaciones comerciales más o menos regulares. También empezaron a establecerse sólidos vínculos comerciales a nivel internacional, entre los países europeos y de éstos con Bizancio y el Oriente. Al comercio con Oriente, hasta entonces insignificante, se incorporó un elevado número de ciudades. Desde tiempos remotos comerciaba con los árabes Arlés (en el sur de Francia). En el siglo IX, de Lyon, Marsella y Aviñón partían expediciones comerciales para la Alejandría egipcia. De allí salían cargamentos de especies de la India, esencias aromáticas de Arabia y otras mercancías orientales que por vía fluvial llegaban al interior de Francia. Entre las ciudades italianas, Bari mantenía un animado comercio con Oriente. De esta ciudad, en 1086, salió para Antioquía, en Siria, una caravana de buques, cargados con frutas y otras mercancías.

Los comerciantes de Amalfi frecuentaban Egipto. El sultán egipcio, que también dominaba Palestina, les cedió un barrio entero en Jerusalén. También los mercaderes de Venecia efectuaban con Oriente un comercio activo; a principios del siglo XI, sus embajadores visitaron a casi todos los gobernantes árabes de Aleppo, Damasco y El Cairo. Las jóvenes repúblicas italianas se mantenían en la cabeza del comercio con Oriente.

Los emprendedores comerciantes del norte de Italia posteriormente tuvieron una activa participación en las cruzadas, movidos por el afán de lucro y para fortalecer su posición de intermediarios en el comercio entre Oriente y Occidente y desplazar a Bizancio, principal rival de las ciudades italianas en el Mediterráneo oriental. Pero el papel de las repúblicas italianas del Norte como factores de las cruzadas se manifestó sólo más tarde. Génova, Pisa, Venecia se incorporaron de lleno a ellas cuando el movimiento alcanzó determinados resultados prácticos; en la etapa inicial de las cruzadas el papel de los habitantes de Italia del Norte fue muy inferior al de los de otros grupos sociales de Europa Occidental.

Las causas que motivaron las cruzadas radicaban, en primer término, en los cambios acaecidos a principios del siglo XI en la situación de las principales clases sociales de Occidente, originados por la evolución económica.

El campesino y su lucha contra la opresión feudal

En el siglo XI casi todos los campesinos de los países más importantes de Europa Occidental vivían bajo el régimen de servidumbre.

En algunas partes un número reducido conservaba su libertad personal, aunque tampoco eran totalmente libres, pues estaban obligados a los terratenientes por medio de distintos gravámenes. El siervo de la gleba estaba obligado a la prestación personal (hasta tres días por semana) y soportaba otras numerosas cargas. Entre las cargas que el señor feudal imponía al campesino estaban la capitación, el pago por usufructo del bosque o del prado, el tributo para la manutención de las huestes del señor en campaña. Existían además otras obligaciones, símbolos de la dependencia personal del siervo; así, para que los herederos de un campesino pudieran conservar los bienes que legalmente, y según derecho de las «manos muertas», pasaban a poder del señor, tenían que pagar un rescate, entregándole el mejor ganado y la mejor ropa. Cuando se producía algún acontecimiento en la familia del señor (una boda, las primeras galas, etcétera), el siervo tenía que pagar una contribución de una sola vez. Aparte estaban las exacciones de todo tipo: las judiciales, para la construcción de caminos, de mercado y otras, que el señor feudal quisiera imponerle. Además, el campesino debía de pagar a la Iglesia el diezmo, contribución que en muchos casos rebasaba la décima parte de sus frutos.

El nacimiento de las ciudades, que dio impulso al comercio, empeoró la situación material del campesino, pues los apetitos de los señores feudales aumentaron; éstos ya no se contentaban con las cargas en especie (harina, manteca, carne, frutas); querían comprar lo que producía la ciudad (de superior calidad a lo que fabricaban sus artesanos): armas, vestimentas, calzados, armaduras y lo que de ultramar traían los mercaderes italianos: las telas de Oriente, vinos, adornos y objetos de uso doméstico. Los señores alquiritaban gustos más variados y, en consecuencia, se hacían más exigentes, aumentando cada año a su antojo las cargas de distintas clases. Así, en el siglo XI, ya se introducen en diversos lugares los gravámenes en dinero, especialmente ruinosos para el campesino. En un código del monasterio de San Miguel, en Lorena (siglo XI), leemos que un tal conde Reinaldo, para cobrar a los campesinos pertenecientes al convento el tributo en dinero (talla), «recluía a nuestra gente (la del monasterio) en los calabozos y con torturas les exigía la entrega de sus bienes». El propio conde confesaba, como señala el antiguo documento, que sus abusos estaban «en contradicción con el derecho». Muchos documentos de los siglos XI y XII revelan con claridad hasta qué punto llegaba la opresión implacable a que sometían a sus campesinos los señores feudales y eclesiásticos, para recaudar mayores tributos.

Pero no eran las cargas y abusos feudales los que arruinaban a los campesinos. A su empobrecimiento colaboraban también las interminables guerras en diversas partes de Occidente en el siglo XI. Era la época en que el fraccionamiento feudal alcanzó su apogeo. En Francia tanto los grandes señores como los menos poderosos se hallaban

en permanente pugna. Las guerras feudales también dividían a Alemania, donde la hostilidad de las distintas agrupaciones feudales estaba vinculada a la lucha por el poder entre los emperadores y los papas. También en Italia y en otros países, entre los «partidos» feudales se registraban encarnizadas guerras intestinas.

El campesinado era la primera víctima de esas interminables guerras feudales. Durante la guerra, los señores no respetaban los sembrados campesinos; el mísero patrimonio del agricultor era saqueado, su vivienda condenada a ser pasto de las llamas, los graneros destruidos. Refiriéndose a las luchas entre la nobleza normanda de fines del siglo XI, el cronista Orderico Vitalio dice: «La sed de guerra era tan fuerte, que los campesinos y los habitantes pacíficos de las ciudades no podían permanecer tranquilamente en sus casas.» De las devastaciones originadas por las guerras feudales dan cuenta los documentos conservados en los conventos. Uno de ellos, fechado en 1050, dice: «A consecuencia de las frecuentes guerras, esa región (la de Turana-M. Z.) quedó desierta, y durante casi siete años no la habitó nadie.» Otro, de 1062, atestigua: «Los campos (en Anjou - M. Z.) fueron devastados y abandonados.» A tal punto la anarquía feudal empeoraba la situación de las masas campesinas. Oprimidos por el yugo feudal, los campesinos y sus familias llevaban una existencia mísera y el hambre era permanente.

Tengamos en cuenta que el trabajo del campesino siervo era muy poco productivo. A pesar de que en el cultivo de la tierra se habían introducido algunas mejoras, la técnica agrícola era muy primitiva; la tierra se trabajaba fundamentalmente con la pala y la azada. El arado de madera era arrastrado por vacas e inclusive por cabras. La tierra apenas se abonaba. La fertilidad del suelo no restablecida se agotaba rápidamente. No es de extrañar que durante el siglo XI el hambre por las malas cosechas azotara con frecuencia a distintos países de Europa. Algunos historiadores atribuían estas circunstancias a ciertas anomalías climáticas, achacaban las causas de las desdichas campesinas a fenómenos naturales. Indudablemente las sequías, el granizo, las excesivas precipitaciones en tal o cual región tenían efectos desastrosos, no en vano los cronistas del siglo XI los mencionan con frecuencia; por otra parte, esos fenómenos encontraban campo muy propicio en el bajísimo nivel de la técnica agrícola y en el atraso general del régimen social.

De la magnitud del hambre en el siglo XI dan una idea los frecuentes casos de canibalismo. El cronista borgoñón Radulfo Glaber afirma que el canibalismo en la época del hambre adquiría una amplia difusión en muchas regiones de Francia en 1032 y que duró tres años más. Este analista piadoso, que como muchos de sus contemporáneos achacaba el hambre a la cólera divina contra la humanidad pecadora, dice: «La gente devoraba carne humana. Los caminantes eran ataca-

dos por los más fuertes, que los descuartizaban y comían, después de haberlos asado... En muchos lugares sacaban los cadáveres de la tierra para calmar el hambre... Tanto se propagó el consumo de carne humana, que hasta se puso en venta en el mercado de Tournus como si fuera carne de vaca; el vendedor fue detenido; no negó su crimen; le ataron y le quemaron vivo en una hoguera. Pero la carne que él vendía, y que fue enterrada, alguien la sacó de noche y se la comió.» Lo que relata Radulfo Glaber no fue un caso aislado en el siglo XI; muchos otros cronistas describen las miserias de la población en aquellos años de hambre, que se sucedían ininterrumpidamente. El historiador francés Dares de la Chavanne calculó que durante el siglo XI hubo veintiséis años de malas cosechas, es decir, más de un cuarto de siglo. Sobre todo fue frecuente el hambre en las aldeas a fines de dicha centuria, cuando Europa Occidental padeció consecutivamente «sietè años flacos» (1087-1095).

Las constantes malas cosechas, la mortandad de animales y, en consecuencia, el hambre, fueron el verdadero azote de la clase campesina. A ellos se unían las pestes devastadoras. Las epidemias, generalizadas en los años de hambre, causaban millares de muertes en el campo y en las ciudades, entre las personas debilitadas por la desnutrición. «Muchos pueblos quedaron sin labradores», anota lacónico un cronista francés, refiriéndose a la peste de 1094. Según otro contemporáneo suyo, en tres meses esa epidemia causó en Regensburg más de 8.500 muertes. Mientras estas desgracias se cebaban en los campesinos, aumentaba el yugo feudal, factor principal y decisivo de la ruina de los campesinos del siglo XI, tanto del siervo como del que iba camino de serlo.

La opresión feudal provocaba una legítima protesta, que se expresaba de distintas maneras. En algunas partes, los campesinos organizaron verdaderas rebeliones, «motines», como las denominaban los cronistas. Tales motines se registraron en Bretaña, en Flandes, en Inglaterra. También en Francia se produjeron acciones campesinas contra el yugo feudal poco antes de iniciarse la primera cruzada. Los cronistas cuentan que la gente empujada por el hambre y la miseria incendiaba, saqueaba y devastaba los bienes de los ricos, dando su merecido a quienes, explotando la desesperada situación del pueblo, prestaban dinero en condiciones de usura y les despojaban de su último patrimonio. «Los pobres castigaban a los ricos con el pillaje y los incendios», se lamenta el monje-cronista Sigeberto de Jeanblas.

La protesta espontánea de los siervos en esa época también solía tomar formas pasivas. Al no hallar salida a su situación de miseria y de carencia de derechos, muchos caían en la desesperación. Se conocen casos de suicidios colectivos en los pueblos en los años noventa del siglo XI. Otros buscaban la evasión de la realidad feudal en lo «espiritual»: entre el pueblo se propagaban doctrinas religiosas que

en esencia rechazaban el régimen feudal y predicaban la igualdad social. La Iglesia combatía esas doctrinas como *herejías* y perseguía en forma despiadada a los *apóstatas*, porque la herejía religiosa era una manifestación de la protesta de las masas contra la explotación feudal. En Francia y en Italia, los herejes, campesinos y ciudadanos (precisamente del siglo XI datan las primeras noticias sobre las herejías en esos países) consideraban el mundo terrenal como un engendro del diablo y llamaban a renunciar a todo lo carnal y material ⁵.

Otros procuraban, de uno u otro modo, romper con el detestable mundo del mal, aunque no luchando contra él de forma activa. Durante los «siete años flacos» aumentó la tendencia a recluirse en ermitas y conventos. Otra manifestación de ascetismo era el deseo de «mortificar la carne», para librarse de la angustia vital. Según Bernholdo, cronista de Suabia, en 1091, en Alemania, muchas fueron las muchachas campesinas que renunciaron al matrimonio. También se produjeron casos de renuncia a la propiedad, hecho que llegó a convertirse en un principio («la propiedad abrumba el espíritu»). Muchos, al no ver la posibilidad de alivio en el futuro, porque la vida se hacía cada día más desesperada, se entregaban a la vida ascética, un fenómeno muy singular de la época, que debe ser interpretado correctamente y tomado en cuenta para comprender algunos de los móviles de las cruzadas. Los historiadores burgueses han escrito mucho sobre el «ascetismo» de Occidente en el siglo XI, sobre el fomento del espíritu religioso, como causa de las cruzadas. No veían que los crecientes ánimos religiosos de las masas se debieron a causas totalmente materiales ⁶. Ese sentimiento fue originado por las condiciones insostenibles en que en aquella época se encontraba la población trabajadora.

El siervo, aplastado por la miseria, oprimido por su dependencia personal del terrateniente, también era víctima de su propia ignorancia ⁷, fomentada por la Iglesia, que predicaba la sumisión, la

⁵ N. A. Sidorova: «Los movimientos populares heréticos en Francia en los siglos XI y XII». Rev. «Srednie veka», v. IV, Moscú, 1953, pág. 74.

⁶ La tesis acerca del «sentimiento religioso» como causa principal, si no única, de las Cruzadas, tampoco la admiten algunos historiadores burgueses progresistas. En este sentido destaca la intervención del bizantinista francés P. Lemerle en la mencionada X Asamblea Internacional de Historiadores en Roma. En su informe «Bizancio y las Cruzadas» señala que aunque muy importante, el «factor religioso» no puede explicar en su plenitud el origen de las Cruzadas, un fenómeno que «en la práctica y en su esencia con frecuencia se halla en contradicción con el cristianismo». La concentración del sentimiento religioso, según Lemerle, tuvo «bases positivas». «Para mí es evidente que estos motivos básicos de las Cruzadas fueron de orden social y económico», y añadió que «el problema de las Cruzadas» debe solucionarse en primer lugar mediante el estudio del «ámbito de las relaciones agrarias en Francia» (P. Lemerle: «Byzance et la croisade», «Relazioni», vol. III, págs. 615 y 616).

⁷ V. I. Lenin: «Obras completas», t. III, pág. 159 (ed. rusa).

resignación y el temor. Ignorante, obnubilado por fantásticas ideas religiosas, el campesino interpretaba sus desgracias a través de la óptica de su fe religiosa. «Las malas cosechas, el hambre, la *peste ignea*⁸ que llevó a sus hijos a la sepultura, eran para el labriego religioso una manifestación de la “ira divina”, un castigo del cielo por sus pecados ignorados». Así tomaba cuerpo la creencia de que para librarse de los sufrimientos de la vida diaria había que aplacar la ira de las fuerzas celestes. Pero, ¿cómo?

Dominado por la influencia de la Iglesia, el campesino creía que el Dios todopoderoso trocaría la ira en clemencia si el hombre pecador le demostraba su fidelidad con un acto extraordinario y heroico. Las ansias de sacudirse el yugo feudal y de salir de la miseria, despertaban el deseo de sacrificarse, y este vehemente afán de redención adquiría un matiz religioso. La «devoción», tan característica de la mentalidad de determinadas capas populares del siglo XI, fue una de las múltiples manifestaciones de protesta pasiva campesina contra la omnipotencia señorial.

La forma más frecuente de lucha pasiva contra el creciente yugo feudal era la fuga. Aldeas enteras se ponían en camino sin rumbo fijo. Muchos, como alimañas perseguidas, se refugiaban en los bosques. «Todos los habitantes de la parroquia han escapado... los campesinos se fueron a los bosques y no querían regresar», dice una escueta y expresiva inscripción de 1059 en los libros del convento de San Maxencio, en la Vandea. La fuga de los campesinos era en el siglo XI un fenómeno generalizado. De ello hablan las crónicas, los anales, numerosos documentos históricos, las hagiografías y otros testimonios literarios de aquella época. Huyen los siervos de los señores laicos y eclesiásticos, los «que no tenían que comer», escribe un autor anónimo del siglo XI refiriéndose a los campesinos del monasterio de San Jorge de Schwarzwald, en Alemania, que en el año 1092 decidieron abandonar el monasterio. El destacado eclesiástico, abad Pedro el Venerable, dice en una de sus cartas que los siervos fueron forzados a abandonar sus tierras y a escapar a países extraños⁹. El normando Orderico Vitalio también hace mención de la fuga de «muchísimos habitantes» durante las guerras intestinas feudales en Normandía. La reclamación presentada por el monasterio de San Miguel, en Lorena, afirma que la gente de ese monasterio, que no podía soportar por más tiempo la terrible opresión y la «perfidia» del conde Reinaldo, «deja nuestras tierras yermas». Los campesinos abandonaban sus

⁸ Por «*Pestilentia ignearia*» era conocida la enfermedad del cornezuelo atizonado, muy extendida en los años de mala cosecha. En 1089 muchas regiones de Francia, Alemania, Lorena y Brabante fueron azotadas por esa horrible enfermedad.

⁹ Aunque esta noticia se refiere a comienzos del siglo XII, no hay motivos para creer que a fines del siglo XI las cosas eran distintas.

lugares patrios para escapar a las gabelas, abusos y depredaciones de los feudales, al hambre feroz y a las terribles enfermedades.

Esa era la situación de los campesinos en vísperas de las cruzadas. La gente del campo, mísera, oprimida por el feudal, no tenía una aspiración más fuerte, que la de escapar a la miseria y a la servidumbre. Luchaba a su modo, a veces de forma activa, las más de forma pasiva, pero con creciente energía, contra la explotación feudal. Luego veremos cómo la Iglesia católica, al organizar las cruzadas, se valió de estos ánimos de los campesinos.

Agudización de las contradicciones en la clase dominante

Los avances económicos de Occidente en el curso del siglo XI tenían que influir también en la clase superior. Por una parte, el crecimiento de los vínculos comerciales incrementó las necesidades de los señores feudales; por otra, las posibilidades de satisfacer sus crecientes apetitos eran pequeñas. La economía campesina, extenuada por los gravámenes y las malas cosechas, con una técnica rudimentaria, era muy poco rentable. Con el tiempo se hizo más arriesgado obligar al campesino a apretarse la cuerda que llevaba a guisa de cinturón: el campo comenzaba a rebelarse. Los señores se sentían amenazados por sus propios siervos.

Las guerras privadas (las *faidas*) de los feudales en aquella época se hicieron particularmente frecuentes. Cualquier motivo, aun el más insignificante, cualquier pretexto, era válido para apoderarse de nuevas tierras y de más siervos. Las faidas incrementaban la ira de la aldea. Para ganar en la guerra, el señor debía de mantener a numerosos vasallos bajo las armas y ese servicio lo recompensaba con donación de tierras. En Francia, en Alemania y en otros países de Occidente ya no había tierras libres; las reservas del suelo habían sido repartidas entre los vasallos. De tal modo, numerosos señores bélicos se hallaban en una situación sin salida. Se necesitaban nuevas tierras, ¿pero de dónde sacarlas? ¿De dónde obtener los recursos financieros que los siervos ya no podían ni querían proporcionar, pese a las estratagemas y abusos de los amos?

Complicaba la situación un hecho muy importante. Durante el siglo XI, muchas tierras de pequeños y medianos propietarios pasaban más y más a poder de los grandes feudales ¹⁰.

¹⁰ La pequeña propiedad agrícola era «absorbida» por la grande de distintas formas. Generalmente, las propiedades de los feudales más pequeños en el curso de la faidas eran ocupadas por los señores más poderosos; a veces los pequeños cedían propiedades a los grandes feudales y a los monasterios para lograr determinadas prebendas materiales y «espirituales» (la protección, un cargo, la «absolución de pecados, etc.).

En los países de Occidente se formó así una importante capa de caballeros sin tierras. A este hecho contribuyó grandemente la implantación en aquella época del sistema del mayorazgo, de acuerdo al cual la herencia no se reparte y la recibe íntegramente el primogénito. A consecuencia de ello, en las familias de los terratenientes feudales numerosos hijos eran privados de herencia; de allí vienen los apodos de «sin tierra», «infortunado», «desnudo», de muchos caballeros con los que nos encontramos al comienzo de las cruzadas.

Si numerosos grandes feudales del siglo XI no podían satisfacer sus necesidades como ellos querían, ¿qué decir de los caballeros pobres? Estos no podían hacer frente a sus pagos. La adquisición de bienes y de siervos era su mayor afán y la forma más accesible para arreglar su hacienda era el bandolerismo y el pillaje. En bandas, y en solitario merodeaban por Francia, Flandes, Lorena y otras tierras, asaltando aldeas, robando a los campesinos cuanto podían: las miserables provisiones de granos, la ropa, hasta el arado y la azada. Tampoco desdeñaban el asalto a los viajeros en los caminos. En 1096, el señor Roberto de Perrone presentó una queja al obispo de Arlés contra un cierto caballero que le había robado, a él y a su gente, cuando transportaban el vino al mercado de la ciudad. El autor de la crónica de Cambray califica uno de los castillos del obispado de «azote» para los campesinos de la comarca, tales depredaciones ocasionaba su propietario. Otros muchos castillos también eran auténticos nidos de bandidos.

Con frecuencia, las bandas de caballeros asaltaban los grandes latifundios; sobre todo eran tentadoras las grandes posesiones de la Iglesia y de los monasterios. Esos caballeros, cuya piedad tanto ponderan algunos historiadores, no titubeaban, relata un documento de mediados del siglo XI, en «atacar a los clérigos desarmados, a los frailes o a las monjas»; ni tampoco en «dañar las comunidades de los canónigos..., también las tierras y posesiones que trabaja la Iglesia..., los clérigos, los frailes y las monjas inermes». Se apropiaban de los caballos, los bueyes, las vacas, los burros, las ovejas, los corderos y las cabras; quemaban los olivares en el sur de Francia. El Papa León IX caracterizó a esas bandas de caballeros semihambrientos de forma muy expresiva: «He visto —escribía— a esa gente violenta, increíblemente feroz, que en impiedad supera a los paganos, que destruye por doquier los templos del Señor, que persigue a los cristianos a los que a veces daban terrible muerte... No tenían compasión ni de los niños, ni de los ancianos, ni de las mujeres.»

El bandolerismo de los caballeros segundones, que arruinaba a los campesinos, también causaba daños a las grandes propiedades, en primer término a las de la Iglesia, menos protegidas por la fuerza armada. Es cierto: tanto el caballero segundón como el poderoso señor feudal petenecían a la misma clase social; el principal enemigo de los

barones poderosos, del monasterio y del caballero (aunque éste justificara el apodo de «pobre»), era el siervo, porque la «belicosa» conducta del siervo impedía a los señores de todos los rangos y calaña saquearle impunemente. Con todo, la lucha dentro de la clase feudal también tuvo una determinada importancia. Esa lucha era otro acicate, que forzaba a los grandes señores a buscar una salida a esta situación, provocada por los cambios socioeconómicos del siglo XI.

Las crecientes contradicciones sociales en la sociedad feudal del siglo XI, agravadas por las malas cosechas, el hambre, el bandolerismo de la pequeña nobleza, los conflictos de los grandes feudales y de las agrupaciones de feudales entre sí, crearon una atmósfera de tensión sumamente peligrosa. Las obras de los escritores y las manifestaciones de los dignatarios eclesiásticos de la época abundan en quejas y preocupaciones ante las muestras de inestabilidad social. El abad francés Guiberto de Nogean escribe sobre «convulsiones en todo el reino de Francia». El monje germano Eckehardo de Avrey habla de las muchas «circunstancias desfavorables» de la vida en las postrimerías del siglo XI: la «discordia social», el hambre y la enorme mortandad producida por las epidemias. Más tarde el Papa Urbano II en su discurso en el Concilio de Clermont constataba afligido que «ni de día ni de noche hay seguridad contra los ladrones y los bandidos», y señala los desmanes de los que «hurtan los bienes ajenos» de los que «conculcan los derechos ajenos», de los que incendian y de los que «simpatizan con ellos».

Los intereses vitales de la clase dominante planteaban la necesidad de encontrar un medio que en primer lugar satisficiera las crecientes demandas de los señores de tierras, de mano de obra sumisa, de dinero y de riquezas de toda clase, y en segundo lugar, que permitiera cambiar una situación que amenazaba a la propia clase dominante. Esa solución fue sugerida por la Iglesia católica.

La Iglesia católica, baluarte del régimen feudal. Política papal y primera expansión feudal de Occidente

En aquella época, la Iglesia católica era el mayor latifundista feudal. Sus altos dignatarios: los papas, cardenales, arzobispos, obispos y los abades, pertenecían a la nobleza feudal. Las iglesias y los conventos ampliaban continuamente sus posesiones. Mientras las propiedades de los feudales laicos tendían a reducirse, debido a la necesidad de dotar de tierras a los vasallos, en pago a sus servicios, las de los feudales eclesiásticos, en cambio, se ampliaban con las donaciones y legados, de los que querían lograr el perdón por «los pecados»; la Iglesia aceptaba de muy buen grado las abundantes donaciones de los

reyes, príncipes y caballeros, comprometiéndose en cambio a orar por la salvación de sus almas.

La Iglesia, en su calidad de terrateniente feudal, explotaba despiadadamente a sus campesinos-siervos. Numerosos monasterios, como por ejemplo los del sur de Francia, hacía tiempo que se dedicaban al comercio. Los abades no desdeñaban los beneficios que proporcionaba la venta de vinos, de cereales y de otros productos que obtenían los monasterios con el trabajo de los siervos. Esa vinculación con el mercado impulsaba a los terratenientes eclesiásticos a sacar de sus campesinos el mayor provecho posible.

Pero la Iglesia católica, además de ser un importante propietario feudal, predicaba que el orden terrenal había sido instituido por Dios y por tanto no debía ser modificado; con ello ayudaba a la clase feudal a mantener sumisas a las masas trabajadoras.

De ese modo, la Iglesia servía de baluarte al sistema feudal en general, en calidad de «máximo garante del orden feudal existente»¹¹. Además, desempeñaba el papel de defensora de los opresores feudales no solamente dentro de los límites de determinados países de Europa Occidental; según Federico Engels, era «un gran centro internacional del sistema feudal»¹², que llevaba e implantaba su ideología religiosa por toda Europa Occidental.

También la política de la Iglesia católica estaba encaminada a la defensa activa del régimen feudal. Esa política obedecía tanto a los intereses inmediatos de la Iglesia en su condición de rico propietario feudal, como a las necesidades sociales y políticas de toda la clase dominante de Occidente. En el siglo XI el poder central estatal en los países europeos era sumamente precario. La Iglesia católica, cuya organización jerárquica le permitía llegar a todas partes, con su actividad contrarrestaba esa debilidad: ayudaba a los señores feudales a someter a la masa de los siervos (tanto en Francia como en Alemania y en Inglaterra como en Italia), y prestaba a la clase dominante apoyo de todo tipo, inclusive cuando esa clase feudal se disponía a ensanchar sus límites territoriales.

Cuando en los siglos X y XI comenzaron los siervos a sublevarse contra los señores, la Iglesia católica empezó a temer, ante todo, por sus propios bienes. Cuando la insurrección campesina se convirtió en amenaza para sus extensos dominios, las jerarquías eclesiásticas se apresuraron a tomar medidas.

La institución económicamente más poderosa de la Iglesia, los grandes impulsores de la ideología religiosa eran los monasterios. Ya en el siglo X ellos habían promovido una serie de transformaciones

¹¹ F. Engels: «Las guerras campesinas en Alemania», Moscú, Gospolitizdat, 1952, pág. 34.

¹² C. Marx y F. Engels: «Obras escogidas», v. II, Gospolitizdat, 1955, pág. 95.

dentro de la Iglesia católica para fortalecer su posición moral y material, perfeccionar su organización y aumentar su poderío, haciendo de ella un vigoroso instrumento que contuviera a la masa de los siervos. El monasterio borgoñón de Cluny, fundado en 910, fue el que inició esa reorganización, de ahí que el proceso renovador de la Iglesia en el siglo X se llame *movimiento de Cluny*. Fue creada una organización centralizada de monasterios denominada Orden de Cluny. Posteriormente, a esta congregación se incorporaron centenares de conventos de distintos países. El jefe superior de la Orden era el Papa, que pasó a disponer de las enormes riquezas procedentes de las tierras monasteriales.

Con la implantación de las severas reglas monacales, la institución del celibato y otras reformas, los cluniacenses procuraban fortalecer el prestigio de la Iglesia ante la opinión pública. Al mismo tiempo, decidieron poner a raya a los elementos «rebeldes» de la masa campesina y a los señores que, persiguiendo su propio lucro, más abiertamente sacrificaban los intereses generales del feudalismo, concitando contra esa clase el odio del pueblo en general.

Para contener al campesinado y frenar la insubordinación de ciertos barones y caballeros, por iniciativa de Cluny se dispuso a fines del siglo X prohibir las hostilidades bélicas en determinados días de la semana («la paz divina» y «la tregua divina»), desde la tarde del miércoles hasta la mañana del lunes. La Iglesia calculaba aumentar así su prestigio entre el pueblo, como salvaguarda de la paz y enemiga de las irracionales y ruinosas guerras. Pero «las treguas divinas» no daban los resultados deseados, ya que no eliminaban las causas de las revueltas y de los disturbios que desgarraban a los países de Occidente. Se necesitaba renovar periódicamente los decretos sobre los días de «paz»: en la primera mitad del siglo XI, disposiciones de este tipo eran adoptadas por concilios y arzobispos de Francia cada diez años.

La Iglesia católica no se limitaba a las reformas: buscaba otros medios para preservar a la clase dominante del descontento de los campesinos oprimidos y salvar la propiedad feudal eclesiástica y la laica de la amenaza de la sublevación campesina, medios que acabaran con las insurrecciones de los siervos o cuando menos las redujeran al mínimo. Al mismo tiempo, había que ofrecer ciertas garantías a los grandes terratenientes, contra los desmanes y el bandolerismo de los segundones y a la vez contentar a la nobleza pobre. En fin, había que hallar la forma de conciliar los intereses de los caballeros pobres y de los magnates eclesiásticos y laicos.

La cuestión estaba en cómo y por cuenta de quién hacerlo. ¿Hacia dónde orientar las miradas de los campesinos ansiosos de tierra y de libertad, de modo que también se favoreciera la Iglesia y los demás feudales? ¿Hacia dónde encaminar a los caballeros ávidos de propiedades y riquezas, y a los nobles que anhelaban ensanchar sus dominios?

La solución no se halló de inmediato; fue madurando durante decenios. Procurando armonizar los intereses de las distintas capas sociales —y favoreciendo en mayor grado a la clase feudal— las jerarquías de la Iglesia católica, con el papado como centro rector, tomaron en cuenta los más variados factores nacionales e internacionales. La solución del problema se buscaba no solamente en los medios eclesiásticos, sino también en determinados círculos de la nobleza feudal: el panorama histórico del siglo XI llevaba a unos y otros a la convergencia.

El primer aspecto a tomar en cuenta era la fuga en masa de los siervos, factor que damnificaba a todos los feudales. Los terratenientes eclesiásticos hacía tiempo que procuraban aprovechar en beneficio propio esa circunstancia, acogiendo a los campesinos fugados, concediéndoles asilo, y utilizándolos en la tala de bosques, para ampliar sus dominios¹³. Pero aun así, no se libraban las propiedades de la Iglesia del peligro de una sublevación campesina, ni de otras amenazas. Tales medidas no podían acabar con el descontento de los campesinos.

Por otra parte, estaban los libres caballeros empobrecidos, que ya no se contentaban con el pillaje en sus propios países, y en el siglo XI emprendían campañas de conquista en otras naciones.

Desde el siglo XI los caballeros franceses se incorporaron a la reconquista de los territorios en poder de los árabes en España. Importantes destacamentos de caballeros y de barones feudales de Normandía y de Francia meridional cruzaban los Pirineos, atraídos por la posibilidad de lograr tierras y de enriquecerse con el saqueo en las ricas ciudades árabes. Primero fueron los del ducado de Aquitania y del condado de Tolosa, que en 1063-64 marcharon hacia el río Ebro, formando un ejército bastante grande al mando del duque Guillermo VIII de Aquitania. Los relatos de los que regresaron a Francia sobre el rico botín, animaron a otros. Fueron organizadas nuevas campañas a España como la de 1073, conducida por el barón de la Champagne, Aiblem de Roussy (cuyo ejército sufrió un descalabro) y en el último cuarto del siglo XI la expedición de los señores y caballeros de Borgoña, que asumían un papel cada vez más activo en la reconquista. En la toma de Toledo en 1085 por el rey Alfonso VI participaron, junto a los caballeros españoles, los franceses y los alemanes.

En 1087, después de la derrota infligida a Alfonso VI de Castilla por el sultán almorávide Yusuf Ibn-Tafin (en octubre de 1086), en Francia se formó otro fuerte ejército feudal, encabezado por el duque Ed de Borgoña y el conde Raimundo de Tolosa, que posteriormente participó en la cruzada de Jerusalén. Los resultados de esa empresa,

¹³ Esos campesinos prófugos, refugiados en los dominios eclesiásticos, se denominan en los documentos «huéspedes».

aparte de los actos de bandolerismo, fueron nulos¹⁴. En la guerra contra los árabes intervenían, además de los caballeros y los príncipes belicosos, los campesinos. Esas expediciones se hacían más numerosas y no era sólo España la que atraía a los pequeños y grandes feudales.

En 1016 los normandos, descendientes de escandinavos, se lanzaron a la conquista de las fértiles tierras de Italia meridional. Después de vencer a árabes y bizantinos fundaron allí una serie de principados feudales. En 1066, Inglaterra fue conquistada y devastada por las belicosas huestes normandas. En 1071, los normandos se apoderaron de Sicilia. Todo el siglo XI es pródigo en correrías de destacamentos de caballeros por todos los confines del mundo conocido. Para cualquier guerra, siempre se encontraban muchos voluntarios dispuestos a participar atraídos por los trofeos. Los milites, cuyo único medio de vida era la espada, se mostraban dispuestos a luchar en cualquier parte y por cualquier causa.

Todas esas acciones por fuerza atraían la atención de la Iglesia, tan preocupada por la situación de los terratenientes feudales, y por aumentar su propio poderío. Los monjes borgoñeses de Cluny se convirtieron en el siglo XI en enérgicos propagandistas de la incorporación de los feudales franceses a la reconquista de España; el papado, por su parte, aprobó la intervención de los franceses¹⁵. Los papas veían en la reconquista un medio apropiado para resolver los problemas más acuciantes.

La curia romana utilizaba cada vez más las formas pasivas de lucha campesina por una vida mejor, la fuga, el «sacrificio» religioso, etc. La Iglesia buscaba el control de esos movimientos, a fin de darles un carácter más «organizado» para neutralizar la lucha antifeudal de la masa campesina. Estimulando su participación en la Reconquista, los dirigentes de la Iglesia católica lograban dos propósitos:

1. Llevaban la propuesta campesina contra la opresión feudal por un cauce bastante seguro para la clase dominante: las propiedades de las jerarquías laicas y eclesiásticas se libraban en cierta medida de los segundones rebeldes.

2. El movimiento campesino se encaminaba en favor de los jefes eclesiásticos y de los señores feudales que ansiaban obtener ventajas en España.

Al mismo tiempo, el papado, aprobando la participación en la Re-

¹⁴ Interesantes datos sobre la participación de los franceses en la Reconquista están reunidos en la obra del historiador francés A. Défourneau: «Les français en Espagne au XI et XII siècles», París, 1949.

¹⁵ P. David: «Etudes historiques sur la Galice et le Portugal du VI-e au XII-e siècles», Lisbone et París, 1947, pág. 317 (La papauté et la reconquête); Défourneau: *Op. cit.*, pág. 18.

conquista de los caballeros europeos, indicándoles un campo de acción «más propicio», situaba a los más belicosos en las zonas periféricas del mundo feudal.

La curia romana apoyaba las expediciones francesas contra los árabes en España y procuraba aumentar el entusiasmo bélico en Francia, rodeando a los expedicionarios con una aureola de «martirio» por la fe.

Los dirigentes de Cluny declararon sagradas las guerras contra los árabes-musulmanes en España. El Papa Alejandro II, que bendijo la campaña de 1063-64, concedió la absolución a todos los que lucharan por «la causa de la cruz». Gregorio VII, uno de los más destacados reformistas de Cluny, a la semana de ser elegido exhortó (para fines de abril de 1073) a los franceses a emprender una expedición a España: les fue anunciado que podían apoderarse de las tierras que quitaran a los «infieles», siempre que reconociesen la soberanía de la sede apostólica sobre los territorios reconquistados. En su carta a los príncipes que se dirigían a España, Gregorio VII recuerda ante todo que «el reino de España, aunque ocupado actualmente por paganos, pertenece únicamente a la sede apostólica», y nuevamente otorgaba la absolución a todos los que cayeran combatiendo contra los «infieles». El papado se incorporó con mayor energía a la causa de la Reconquista, llamando a los franceses a realizar hazañas y sacrificios «por la gloria de Dios». Se puede decir que las expediciones militares de los caballeros franceses (con participación de los campesinos), constituían en realidad «cruzadas precruzadas». Marx consideraba la campaña de Alfonso VI de Castilla contra Toledo (en 1085) como «el preludio de la primera cruzada»¹⁶.

El papado también sostenía y utilizaba con fines políticos las expediciones normandas en Italia meridional. Los destacamentos normandos se establecieron en la Italia bizantina con la bendición del Papa Nicolás II. Roberto Guiscard, capitán de los conquistadores normandos, nombrado duque de Apulia y de Calabria, en 1059 rindió homenaje al Papa como su soberano; comprometiéndose a pagarle un tributo anual y a prestarle apoyo militar. Como vasallo de la Santa Sede, Roberto Guiscard asumió también la obligación de defender el nuevo sistema de elección del Papa, introducido en 1059¹⁷. El jefe normando puso a disposición del Papa no sólo las regiones de Italia meridional, sino también Sicilia, aún por conquistar. El Papa aprobó

¹⁶ C. Marx: «Notas cronológicas», «Arxiv Marksa i Engelsa», V. VII, pág. 93.

¹⁷ Hasta mediados del siglo XI, en la elección papal intervinieron directamente los emperadores del Sacro Imperio Romano y otros feudales, lo que menoscababa la autoridad papal. El Concilio de Letrán de 1059, convocado por el Papa de Cluny, Nicolás II, estableció la elección papal por el Colegio Cardenalicio sin la injerencia del emperador.

la conquista de Sicilia, igual que apoyara a los caballeros normandos de Guillermo el Bastardo, que se apoderaron de Inglaterra en 1066.

Finalmente, en el siglo XI se extiende un movimiento socialmente muy heterogéneo: el peregrinaje a Jerusalén desde Europa Occidental. Sin duda alguna, este movimiento desempeñó su papel en la preparación de las cruzadas y facilitó al papado la formulación del programa que satisficiera a todos los feudales y recogiera los afanes contradictorios de las diferentes clases y grupos sociales.

Los historiadores burgueses son casi unánimes en afirmar que las peregrinaciones tenían un sentido exclusivamente religioso. El historiador inglés St. Runciman, que en la primera parte de su *Historia de las cruzadas*, en tres tomos, dedica un capítulo entero a los «peregrinos de Cristo», manifiesta, en la línea de Michaud, que a los peregrinos les movía un solo deseo piadoso: pasar la tierra donde nació, sufrió y murió Cristo, contemplar las reliquias sagradas y ponerse en contacto místico con Dios y con sus santos¹⁸. La realidad era bien distinta. En las peregrinaciones a la «ciudad santa», que a fines del siglo XI se hicieron frecuentes, participaban gentes de distintos países y condición social. Entre los peregrinos estaban los feudales de Francia, España, Inglaterra y otros países (los condes de Tolosa, de Anjou, de Barcelona, Conrado de Luxemburgo en 1085, Roberto de Flandes en 1088, los condes de Holanda, de Kent, el duque de Normandía). Para estas personas los móviles religiosos tenían cierta importancia, en ocasiones mucha, pero las razones que impulsaban a los grandes feudales a emprender viajes a ultramar eran con frecuencia las que en su patria les convertían en despiadados tiranos de sus siervos: las ansias de riqueza, el deseo de adquirir los objetos suntuosos que solamente se conseguían en Oriente. Jerusalén era un importante centro comercial entre Occidente y Oriente. A los grandes señores se unían muchos segundones «sin tierra» y «desheredados», dispuestos a mejorar su situación y a «obtener el perdón» de los crímenes cometidos en su país. También participaban en las peregrinaciones un número considerable de campesinos y gentes de baja condición de las ciudades y pueblos. Para los siervos el peregrinaje era un sacrificio religioso y una forma de «expiar los pecados». Ya dijimos que la devoción fue, en efecto, la expresión religiosa de las ansias de libertad de la masa de siervos. En consecuencia, hay motivos para ver en el peregrinaje de la gente del pueblo una forma de resistencia pasiva de la clase campesina a la opresión feudal. El cronista borgoñés Radulfo Glaber observa que en un principio se dirigían a Jerusalén los pobres; luego, las personas de posición mediana, y finalmente los ricos y los reyes.

Pero es evidente que las peregrinaciones ofrecían una solución

¹⁸ St. Runciman: «A history of the crusades», Vol. I, Cambridge, 1951, pág. 44.

muy limitada a los sentimientos antifeudales de los pobres. Ese camino lo emprendían centenares, raramente miles de personas. El movimiento más importante de ese tipo tuvo lugar en 1064-65, cuando se dirigieron a Jerusalén siete mil (según otras fuentes, trece mil) peregrinos alemanes e ingleses conducidos por el arzobispo Sigfrido de Maguncia y por el abad Ingulfo de Croyland ¹⁹. El historiador francés Ives Le Febvre calificó a esa peregrinación como un «prólogo de la cruzada» ²⁰.

El papado no podía desentenderse de los movimientos de esta clase, tanto más que ofrecían un evidente carácter religioso y transcurrían bajo la bandera de la religión. Los altos dignatarios del clero católico tomaban parte en esas peregrinaciones. En el transcurso del siglo XI visitaron Jerusalén los obispos italianos y franceses (Tierry, obispo de Verdún; Pibon, obispo de Toul), los alemanes, los suecos (en 1086 el obispo Roskild) y los prelados ingleses. Para ellos, el peregrinaje fue una forma de elevar el prestigio de la Iglesia ante los fieles, uno de los principales propósitos de los reformadores eclesiásticos de la época. Con todo, los jerarcas de la Iglesia tampoco fueron ajenos a los objetivos mercantiles de las peregrinaciones.

Así, pues, varias décadas antes del comienzo de las cruzadas hacia Oriente, la Iglesia católica fue, por así decir, buscando las vías de solución del principal problema planteado ante ella, en su condición de «centro internacional del sistema feudal», por el desarrollo social de Occidente.

En esos años la Iglesia hizo una revisión de los métodos que se disponía a utilizar. Por ejemplo, el fracaso de los franceses en España fue evidente. Los feudales locales se resistían a compartir con sus «aliados» tierras y riquezas. Los continuos conflictos entre los feudales franceses y españoles ²¹ hacían peligrar tanto los propósitos de la nobleza francesa como los planes del papado con respecto a España. Ello se hizo evidente a fines del siglo IX. Pero ya entonces la Iglesia católica ofrecía un nuevo objetivo hacia el cual orientar las divergentes aspiraciones de los feudales y de los campesinos. Y la Iglesia logró la convergencia de movimientos tan variados en su esencia, que permitían asegurar sus propios intereses y los de la clase feudal en su conjunto. El objetivo y los medios para alcanzarlo fueron determinados por la situación internacional, bruscamente alterada en la segunda mitad del siglo XI.

¹⁹ La mayoría de los peregrinos perecieron en el camino, antes de alcanzar su destino.

²⁰ I. Le Febvre: Ob. cit., pág. 55.

²¹ Al. Défourneaux: Ob. cit., pág. 145.

El programa papal de una monarquía teocrática. Primeros esbozos del plan de la cruzada

La congregación de Cluny, encabezada por los papas, y las reformas eclesiásticas internas, contribuyeron al fortalecimiento del papado. La curia romana se convirtió en el único centro organizador y unificador de las dispersas fuerzas de la clase dominante. Desde la época de Gregorio VII (1073-1085), el papado manifestó con insistencia su deseo de supremacía no sólo sobre la Iglesia cristiana (pretensiones que obedecían al propósito de fortalecer aún más la posición lograda con el movimiento de Cluny), sino también sobre los jefes de Estado laicos. Gregorio VII formuló una especie de programa de dominio «ecuménico» de los papas. Según ese programa los príncipes y los reyes eran meros vasallos del trono romano; el Papa dispondría de las coronas, designaría y sustituiría a los duques, reyes y emperadores igual que hacía con los obispos. Todo poder sería válido en tanto procediera del jefe de la Iglesia. Tenía que ser así porque Dios «dio poder a San Pedro para concordar y absolver tanto en los cielos como en la tierra», escribía Gregorio VII al arzobispo Germán de Metz en 1076.

Gregorio VII concibió el plan de un estado mundial con el Papa como soberano ilimitado. Esa monarquía teocrática²² integraría a la totalidad de los países «cristianos».

Gregorio VII fue más allá de las formulaciones teológicas, teóricas y abstractas, e hizo tentativas para aplicar esas ideas de dominio papal en el mundo, reñidas con el desarrollo histórico. Gregorio VII estaba empeñado en someter al rey de Inglaterra, Guillermo el Conquistador. El Papa le escribía: «Debes de obedecerme sin vacilar, para que puedas heredar el reino de los cielos.» Exigía, asimismo, al rey de Francia Felipe I que se abstuviera de intervenir en los asuntos de la Iglesia: el Papa era el encargado de designar en Francia a los obispos; si el rey no le obedeciera «los franceses, alcanzados por la espada de la anatema, negarán en adelante obediencia al rey.» Al rey de Hungría Heyse I, el Papa le expresaba que «el reino húngaro pertenece a la Santa Sede». En Polonia, excomulgó al rey Boleslav II. Consideraba a España un feudo de San Pedro. Hasta en la lejana Rusia intentó el Papa establecer su dominio: aprovechando las divergencias entre los príncipes de Kiev, otorgó en 1075 el poder sobre Rusia al príncipe Iziaslav, que expulsado de su patria, rindió homenaje al Papa y se comprometió, en el caso de conseguir el trono de Kiev, a convertir el país en feudo de la sede apostólica²³.

²² La teocracia en griego —dominio de Dios— es un régimen estatal donde ejerce el Gobierno el clero.

²³ B. D. Grekov: «La Rus de Kiev». Gospolitizdat, 1953, página 496.

Gregorio VII se proponía seriamente que todos los «reyes cristianos» aceptaran su vasallaje, que les obligaría a pagar un tributo anual al tesoro papal.

El más prolongado y tenso fue el choque de la Santa Sede con emperadores del Sacro Imperio Romano, que devino prolongado conflicto entre distintas agrupaciones feudales de Alemania e Italia (en la Historia figura, no del todo correctamente, como la «lucha del papado contra el imperio» o la de «guerra de las investiduras»). La lucha prosiguió con los sucesores de Gregorio VII.

De este modo, los papas surgidos del movimiento de Cluny actuaban en el siglo XI como «césares investidos de supremo sacerdote», según la acertada expresión del historiador alemán W. Norden. La dominación y el poder se convirtieron en lema de los papas²⁴. Todo ello, por supuesto, no obedecía a ambiciones personales ni a las ansias de poder de tal o cual Papa; sus causas eran mucho más profundas. Las ambiciones políticas de los «representantes de San Pedro», las tentativas de crear una teocracia papal «ecuménica», fueron sólo manifestaciones e indicios externos de la importancia adquirida por la Iglesia católica romana y su centro, la curia papal, en la Europa del siglo XI. Hacia la segunda mitad de ese siglo, es decir, en los momentos más graves de la lucha social en Occidente, la Iglesia católica resultó ser la organización feudal más potente y más centralizada. Esta posición hacía de ella una fuerza directamente interesada en el máximo fortalecimiento del régimen feudal. El papado pretendía algo más que defender los intereses materiales de la Iglesia: ser también el centro aglutinador de las desperdigadas fuerzas feudales. Ello explica las pretensiones «ecuménicas» de Roma, que no constituían un objetivo en sí mismo, sino más bien un medio para lograr el pleno fortalecimiento del régimen y de la propiedad feudal frente a las discordias que desgarraban a Occidente en el siglo XI.

Una parte esencial de ese programa lo constituía el empeño del papado de liquidar la independencia de la Iglesia oriental, greco-ortodoxa²⁵. Precisamente en relación con esos propósitos se perfilaron las primeras previsiones del plan para organizar una campaña de

²⁴ W. Norden: «Papsttum und Byzanz», Berlín, 1903, pág. 56.

²⁵ La escisión definitiva («cisma») de las Iglesias, es decir, la formación de la Iglesia católica romana y de la Iglesia ortodoxa griega, debida a los diferentes destinos políticos y sociales de los países que integraban los Imperios romanos, Oriental y Occidental, tuvo lugar en 1054. Las divergencias dogmáticas y rituales entre la Iglesia «latina» y la «griega» fueron insignificantes, a pesar de que precisamente ellas fueron desde el principio origen de encarnizadas polémicas entre los teólogos y los eclesiásticos de Occidente y Oriente. En esas disputas siempre se reflejaron las contradicciones políticas y los intereses de determinados sectores de la sociedad feudal de Occidente («latina») y Bizancio («ortodoxa»), y en particular las contradicciones originadas por el afán de ambas partes de imponer su dominio a los países eslavos del Sur y del Este.

conquista del Oriente. Dicho plan fue propuesto, claro está, por Gregorio VII. Su objetivo inmediato era colocar a la Iglesia ortodoxa bajo el dominio de la sede apostólica, para luego someter al propio Imperio bizantino. Ello incrementaría sensiblemente el poderío económico de la Iglesia católica romana y facilitaría al papado la ejecución de su programa universalista en Occidente, particularmente la creación del Sacro Imperio Romano.

Para poner en práctica esos ambiciosos planes, el papado se valió de los cambios de la situación internacional al comienzo de los años setenta del siglo XI, que habían deteriorado sensiblemente la situación de Bizancio.

La heredera del Imperio romano en Oriente había perdido hacía tiempo gran parte de sus antiguas posesiones. La base territorial del Imperio bizantino la constituían ahora principalmente los Balcanes y el Asia Menor. Pero mantener esas posesiones también se hacía cada vez más difícil. No obstante, las ciudades bizantinas desempeñaban un importante papel en el comercio mediterráneo y concentraban, particularmente Constantinopla, importantes riquezas. A mediados del siglo XI los dominios de Bizancio comenzaron a ser hostigados por los pechenegos, tribus nómadas de raza turca que se habían apoderado de las enormes estepas de Europa oriental, entre el Danubio inferior y el Dnieper, y al este del mismo río. Desde 1048, los kanes pechenegos realizaron frecuentes incursiones al territorio bizantino: devastaron Bulgaria, Macedonia y Tracia, llegaron hasta Adrianópolis y amenazaron a la propia capital, Constantinopla. A comienzos de los años cincuenta del siglo XI Bizancio ahuyentó el peligro desplazando a los pechenegos de los límites de Tracia y Macedonia; en su lugar aparecieron otros nómadas: los oguztorkas y los polovianos. El peligro de las incursiones de los nómadas esteparios tuvo en jaque durante muchos años al Imperio.

Más peligrosas aún para el Imperio fueron las incursiones de las tribus nómadas turcas de los selyúcidas, llegadas del Asia Central. En los años cuarenta del siglo XI, los selyúcidas se apoderaron de las regiones al sur del mar Caspio, del Irán occidental y central, y en 1055, después de conquistar Mesopotamia, ocuparon Bagdad, capital del otrora poderoso califato de los Abasidas. Los selyúcidas no se limitaron a esas conquistas. Durante el reinado del sultán Alp-Arslan (1063-1072) invadieron Armenia, cuya mayor parte se hallaba dominada por Bizancio; combatieron contra Georgia y, en número siempre creciente, penetraban en las provincias bizantinas de Capadocia y Frigia, en el Asia Menor.

El pánico cundió en Bizancio. Del peligro selyúcida salió favorecido, en la lucha de los partidos feudales, el «partido militar» de las dinastías del Asia Menor. La corona del Imperio cayó en poder del relevante jefe militar Román IV Diógenes (1068-1071), quien procuró

detener el avance de los selyúcidas. Pero, aun en ese crítico momento para Bizancio, las clases dominantes colocaban en primer lugar sus propios intereses. En la corte de Román IV anidaba la traición. Los espías proporcionaban noticias totalmente falsas sobre las fuerzas del adversario. Los jefes militares carecían de moral y la tropa de disciplina. En 1071, en el combate de Manazquerta, al norte del lago Van (en Armenia), el ejército bizantino sufrió un terrible descalabro. Román IV cayó prisionero. Mientras tanto, en Constantinopla subía al trono Miguel VII Duca, protegido de la burocracia de la capital. Los bizantinos se negaron incluso a abonar el rescate por su emperador cautivo. Este fue puesto en libertad bajo palabra de honor por Alp-Arslam, pero al regresar a Bizancio, Román IV cayó en manos de los partidarios del nuevo emperador, que le cegaron, según la costumbre bizantina, y le recluyeron en una mazmorra.

A consecuencia del catastrófico revés de Manazquerta, Bizancio fue privado de sus ricas provincias del Asia Menor, aunque conservó algunas ciudades costeras en el oeste de la península. Según un historiador, ahora desde las ventanas del palacio imperial de Constantinopla se podían ver al este las montañas, que ya no pertenecían al Imperio. Bizancio fue rápidamente presa del conquistador principalmente porque el régimen social de los selyúcidas significaba cierto alivio para las masas de campesinos siervos del Asia Menor, extenuadas por los gravámenes que les imponía la nobleza feudal bizantina y por los onerosos impuestos estatales²⁶. Los selyúcidas, en cambio, recién estrenaban las relaciones feudales.

Las consecuencias de la derrota de Manazquerta fueron catastróficas para las clases dominantes bizantinas: la mitad del Imperio quedó en manos de los selyúcidas, mientras la otra se debatía en la anarquía más absoluta. La nobleza feudal con frecuencia se sublevaba contra Constantinopla en apoyo de sus candidatos al trono imperial. El Estado se desintegraba en feudos semiindependientes.

El Papa Gregorio VII quiso valerse de todas esas circunstancias para poner al Imperio oriental bajo la influencia de Roma. Debilitado por la lucha con los selyúcidas y por los desórdenes internos, Bizancio sería presa fácil.

Al comienzo, Gregorio VII recurrió a la diplomacia: en 1073 inició negociaciones con Miguel VII Duca para «renovar la antigua armonía, establecida por Dios —escribía en el verano de 1073 al emperador bizantino—, y la amistad entre las iglesias de Roma y de Constantinopla». El Papa quería imponer a Bizancio la unión de las iglesias bajo la condición de un total sometimiento de la Iglesia griega a Roma. Sin embargo, las excesivas exigencias de Gregorio VII en el

²⁶ M. V. Levchenko: «Historia de Bizancio», M., 1940, pág. 196.

curso de las negociaciones encontraron en Constantinopla una dura oposición. Fue entonces cuando el Papa concibió la idea de lograr sus propósitos por la fuerza, mediante una campaña militar contra Bizancio, pero ocultando los verdaderos propósitos bajo consignas de defensa de la cristiandad y de ayuda a los griegos contra los musulmanes-selyúcidas.

¿Por qué no intentar en el Este lo que no se consiguió en el Oeste (en España)? ¿Por qué no enviar a Constantinopla a los caballeros segundonos fracasados en la Reconquista de España, y con ellos a los campesinos «rebeldes» con indudable beneficio para el trono papal?

En 1074, pocos meses después del comienzo de las negociaciones diplomáticas con Constantinopla, Gregorio VII dirigió un llamamiento «a todos los fieles de San Pedro»: al conde Guillermo I de Borgoña, al Emperador Enrique IV —posteriormente su mayor enemigo—, a la condesa Matilde de Toscana, incitándoles a participar en su proyectada guerra contra Oriente. El Papa llamaba a proteger a la Iglesia oriental y prometía recompensas celestiales para los que combatieran a los herejes. «Luchad con valor —exhortaba el Papa a los fieles— para ganar la gloria celestial que colmará todas vuestras esperanzas. Tenéis la oportunidad de lograr con poco esfuerzo la dicha eterna.»

Tal vez el llamamiento de Gregorio VII tuviera repercusión entre los destinatarios. Por lo menos, a fines de 1074, el mismo Papa aseguraba a Enrique IV que había logrado reunir un ejército de más de 50.000 hombres (italianos y ultramontanos, es decir, franceses) para allende el mar llevar a a cabo su empresa contra los paganos. Cabe suponer que varios magnates feudales de Francia meridional y de Italia, como los condes Guillermo de Borgoña y Raimundo de Tolosa, apoyaban al Papa, y que ya en 1067 juraron al Papa Alejandro II que acudirían con sus fuerzas armadas en «defensa de la causa de San Pedro».

Gregorio VII confería enorme importancia a su empresa. En sus cartas él en más de una ocasión confirma su propósito de «dirigirse a ultramar» al frente del ejército cristiano occidental. La idea del Papa era muy sencilla: presentar como objetivo de la campaña la ayuda a los hermanos en la fe y la salvación de los cristianos-griegos frente a los «infieles»²⁷. Tal proyecto debía de encontrar la favorable acogida de los caballeros y de la masa campesina de Occidente, es decir, de los estratos que con la venia del Papa ya habían combatido a los árabes en España bajo las banderas de la religión. «Confío —escribe el

²⁷ Aunque también es probable que Gregorio VII estuviera dispuesto a ir mucho más allá de Constantinopla, porque escribía a Enrique IV un tanto de paso, que su propósito era combatir «a mano armada a los enemigos del Señor y de llegar, conducidos por Dios, al Santo Sepulcro», a Jerusalén.

Papa a Matilde de Toscana— en esta empresa: cuento con el apoyo de numerosos caballeros.»

En realidad, las consignas sobre la defensa de la fe cristiana pretendían encubrir las verdaderas intenciones de Roma, que no eran la salvación del «cristianismo» oriental, cosa que, por otra parte, nadie había solicitado. Los intereses religiosos a los que el Papa aludía en los llamamientos a Occidente en realidad no pesaban mucho en la ideología de este político eclesiástico. En su correspondencia, Gregorio VII no insistía en las diferencias ideológicas básicas entre la religión cristiana y la musulmana, si así convenía a los intereses políticos de Roma. En 1076, Gregorio VII escribía con toda franqueza al príncipe Al-Nasir, de Argel: «Nosotros y vosotros creemos en el mismo Dios, aunque de modo distinto. Todos nosotros adoramos igualmente a Dios y santificamos a diario su nombre como Padre celestial y Supremo hacedor.»

Devolver la Iglesia griega al seno de la romana o, dicho de otro modo, apoderarse de las riquezas de la Iglesia ortodoxa griega, extender la influencia católica a Bizancio, incluyéndolo por la fuerza en la órbita papal; tales eran los propósitos inmediatos de Gregorio VII. En sus cartas, el Papa afirmaba que «hubiera deseado entregar su vida» por sus hermanos griegos de ultramar. Lo que menos le importaba eran esos «hermanos». Su propósito era establecer la unión de las iglesias bajo su dominio para manejar los ingresos de la Iglesia católica y de la Iglesia ortodoxa-griega.

Para llevar a cabo esos ambiciosos planes políticos el dinero no era lo último. Gregorio VII se hallaba estrechamente vinculado a los usureros y cambistas romanos. En 1074 intervino enérgicamente en defensa de los mercaderes italianos despojados por el rey de Francia, Felipe I, en la feria de Saint Denis, y dos años después prestó protección a los mercaderes romanos que viajaron con fines comerciales a Bougie, en el norte de Africa, en los dominios de Al-Nasir²⁸.

El papado estaba particularmente interesado en el comercio con Oriente. Para llegar a los sentimientos de los creyentes más propensos a «la subversión» y a la desobediencia se necesitaban grandes recursos. En los siglos X y XI el culto católico se hizo más fastuoso, lo cual incrementó los gastos de la Iglesia. En Roma aumentó la demanda de mercancías orientales, ya que la industria en Europa occidental, poco desarrollada, no podía satisfacer las crecientes necesidades en objetos de culto, ornamentos, ungüentos, perfumes, esencias, incienso, etc. Incluso algunos historiadores burgueses modernos (R. S. Lopes) esti-

²⁸ R. S. Lopes: «Le facteur économique dans la politique africaine des papes». «Revue historique», t. CXCVIII, 1947, página 180.

man que la política de Gregorio VII estaba determinada en general por los intereses materiales ²⁹.

Los piadosos llamamientos de Gregorio VII a «los fieles de San Pedro», formulados en 1074, eran un anticipo de los lemas de la futura cruzada. La actividad de Gregorio VII, que a mediados de los años setenta del siglo XI pretendía organizar una guerra de caballeros con el pretexto de «defender a Bizancio», sirvió de punto de partida para el ambicioso plan de conquista del Oriente, elaborado en la curia papal de acuerdo a la política teocrática de «los césares vestidos de supremos sacerdotes».

Gregorio VII no llegó a realizar sus propósitos. Los asuntos occidentales distrajeron por mucho tiempo su atención de Bizancio. Pero nunca descartó esa posibilidad. Tras la derrota de Miguel VII en 1078, Bizancio volvió a ser escenario de luchas entre los partidos feudales. Esa circunstancia fue aprovechada por Roberto Guiscard, quien invadió las posesiones italianas del Imperio bizantino. En el verano de 1080, Gregorio VII dio su bendición a Roberto Guiscard para la guerra contra Bizancio. A demanda del Papa, el clero católico de Italia meridional llamó a los caballeros a unirse a Guiscard, prometiéndoles la «absolución de pecados». En 1081 los normandos penetraron en la península balcánica, sitiaron y tomaron la fortaleza marítima de Durazzo (en el Epiro) y penetraron en el interior del país. Los habitantes de cada lugar conquistado eran obligados a convertirse al catolicismo. Gregorio VII aplaudió el éxito de sus vasallos y felicitó al jefe de los normandos, recordándole que la principal causa de su victoria había sido la protección de San Pedro. En los años posteriores la lucha contra Enrique IV absorbió por completo a Gregorio VII.

El plan de la campaña militar contra Oriente, trazado por el papa en los años setenta del siglo XI, fue desarrollado por los sucesores de Gregorio VII. En los últimos decenios de esa centuria la situación política de los países del Mediterráneo oriental era favorable a los propósitos de la curia romana.

Simultáneamente, con la conquista del Asia Menor, los selyúcidas se apoderaron de Siria y Palestina. En 1071 tomaron Jerusalén, bajo dominio del califato egipcio de los Fatimidas. En 1084, el caudillo selyúcida Suleiman ibn-Kutlumush se apoderó de Antioquía, privando a Bizancio de esa importante y estratégica ciudad del Mediterráneo oriental. También fueron conquistadas Damasco y otras ciudades sirias. Durante el reinado de Malik-shaj (1072-1029), la mayor parte de Siria y Palestina pasó a dominio de los selyúcidas.

Pese a la magnitud de los territorios conquistados, éstos no dieron

²⁹ Id., id.

origen a un Estado centralizado. Tal Estado existía nominalmente, pero en realidad era un precario conglomerado de muchos principados semiindependientes. La más importante de las posesiones de los selyúcidas era el sultanato de Rumi (o Romea), en Asia Menor (denominado así porque sus sultanes se decían «herederos» del Imperio Romano de Oriente), con centro primero en Nicea y luego en Conia (Iconium)³⁰. En vida de Malik-shaj ese conglomerado de distintos principados conservó una relativa unidad política, pero después de 1092 esa débil unión se desintegró; las guerras intestinas entre los pequeños y los grandes príncipes fueron disgregando el Estado de los selyúcidas.

Mucho tiempo después de las cruzadas, los cronistas occidentales inventaron distintas leyendas sobre la persecución que sufrían los cristianos en los países orientales por parte de los selyúcidas; afirmaban que los «paganos profanaban los santuarios cristianos y mostraban su hostilidad hacia los peregrinos que iban a Jerusalén». Los historiadores de tiempos posteriores adornaron esas leyendas con nuevos detalles. Después, y durante nueve siglos y medio, los numerosos autores de «historias» de las cruzadas repitieron que la conquista por los selyúcidas del Cercano Oriente fue el motivo, o la causa directa, del «peregrinaje armado» a Jerusalén, que inició Occidente a fines del siglo XI: los selyúcidas amenazaban a la «cristiandad» y ello obligó a intervenir a los piadosos católicos guiados por el papado.

Todavía hoy algunos señalan éstas como las causas inmediatas de las cruzadas. Las investigaciones han disipado poco a poco la fantástica mentira que durante siglos envolvió la prehistoria de las cruzadas. El orientalista francés Claude Cahen ha demostrado que los selyúcidas (y sus antecesores, los árabes) carecían por completo del intolerante fanatismo religioso y que la situación de la población cristiana de Siria, Palestina y Asia Menor, conquistadas por los turcos, en el aspecto religioso no empeoró. Con respecto a otras creencias, los selyúcidas proseguían la misma política tolerante establecida en la época del dominio árabe. Antioquía siguió siendo sede del patriarca ortodoxo; otro patriarca recibió permiso para residir en Jerusalén. Los selyúcidas no ejercieron una opresión más o menos seria por motivos religiosos. Por el contrario, con ellos cesaron las persecuciones religiosas y fiscales ejercidas por la Iglesia bizantina contra la mayoría de la población cristiana monofisita, nestoriana, copta, etc.³¹. Es significativo que los habitantes de los países del Mediterráneo oriental jamás buscaran protección contra las supuestas persecuciones selyúci-

³⁰ Romen: Denominación griega de los romanos; así se autodenominaban los bizantinos.

³¹ Cl. Cahen: «Notes sur l'histoire des croisades et de l'Orient latin». «Bulletin de la faculté des lettres de l'Université de Strasbourg», 1950, núm. 2, pág. 121.

das, jamás pidieron ayuda a Occidente ni a Bizancio. Ninguna crónica antigua recoge ningún deseo de «librarse» de los «paganos, o presores de la fe cristiana».

Los peregrinos de Occidente podían visitar, como antes, Jerusalén sin sufrir ofensas de los gobernadores selyúcidas. Por visitar la «ciudad santa» todos los peregrinos pagaban un tributo, pero éste era similar al que cobraban las autoridades bizantinas en Constantinopla. En Jerusalén, dos posadas seguían abiertas, mantenidas por los italianos de Amalfi. También se conservaba intacto el lugar vacío que los cristianos denominaban «santo sepulcro». El único cambio fue que los peregrinos tuvieron que sustituir la ruta terrestre por la marítima, porque la anarquía reinante en Asia Menor dificultaba los viajes a Jerusalén por tierra. Pero este hecho tampoco revela la supuesta intolerancia religiosa de los selyúcidas.

Los relatos sobre los «martirios» ocasionados por los musulmanes a los cristianos orientales en tiempos de los selyúcidas, sobre las dificultades al peregrinaje, etc., fueron meras invenciones de los escritores eclesiásticos bizantinos y occidentales de épocas posteriores³². Fueron divulgados rumores sobre atrocidades cometidas contra los cristianos, con el fin puramente político de reclamar la incorporación desde Occidente de nuevos contingentes militares para la defensa de los santuarios cristianos amenazados por los «infieles»³³.

Así, pues, la presunta persecución de cristianos por parte de los selyúcidas no servía de pretexto formal para una expedición militar en defensa de la fe y de los santuarios cristianos. Sin embargo, la conquista del Cercano Oriente y en particular de Jerusalén por los selyúcidas sirvió al papado de excusa para encender en Occidente el odio religioso hacia los «infieles». ¿Qué otro pretexto podía esgrimirse? ¿Acaso las conquistas selyúcidas habían perjudicado el comercio de las ciudades italianas con Oriente? Ningún hecho confirma esta hipótesis. Al contrario, los selyúcidas se posesionaron solamente de unos pocos puertos en las costas de Siria y Palestina, a los que seguían arribando los comerciantes de Venecia y de Amalfi³⁴.

³² Sobre todo está plagada de esas especies la «Historia» de Guillermo de Tiro, escrita decenas de años después de comenzadas las Cruzadas.

³³ Los datos reunidos por Cl. Cahen refutan de forma convincente las ficciones de los cronistas de los siglos XII y XIII y revisan las ideas tradicionales sobre las causas inmediatas de las cruzadas. Es interesante que las conclusiones del historiador francés (que resumió en el Congreso Internacional de Historiadores de Roma, en su informe «El Islam y las Cruzadas», «Relazioni», volumen III, págs. 625-626) concuerdan en cierto grado con las tesis de la historiografía soviética de que la población de los países del Cercano Oriente vio en los selyúcidas, con un sistema social más primitivo, a sus liberadores del yugo bizantino.

³⁴ Cl. Cahen: «An introduction to the first crusade». «Past and Present», 1954, núm. 6, pág. 14.

Para convencer a Occidente de la necesidad de una «guerra santa» contra los musulmanes, los pontífices romanos recurrieron a una propaganda falsa: propalaban rumores sobre las persecuciones religiosas, abultaban los mínimos percances ocurridos a los peregrinos, inevitables en las condiciones de anarquía en la época de la conquista del Cercano Oriente por los selyúcidas.

La invasión de los selyúcidas sirvió de pretexto para la guerra religiosa de Occidente contra Oriente sólo en la medida en que esa invasión dañó a Bizancio, desde hacía tiempo objetivo apetecido de la curia romana. El papado vio la oportunidad de poner en práctica sus antiguos planes de conquistar Bizancio. La posterior expansión selyúcida brindaba a la curia romana la gran ocasión para desplegar su programa de expansión, amparándose en los notorios infundios sobre la amenaza selyúcida a la «cristiandad».

Los planes de Gregorio VII fueron resucitados y ampliados por su segundo sucesor, el Papa Urbano II (1088-1099). Este a los planes con respecto a Bizancio añadió otros, que pretendían que todo el Mediterráneo oriental fuera explotado por la Iglesia católica romana. Para ello, Urbano II, aún en mayor escala que Gregorio VII, recurrió a la demagogia religiosa y a la «gran mentira». Las dificultades del Imperio bizantino en los años ochenta del siglo XI facilitaron al papado la consecución de su objetivo.

En el transcurso de esa década, los normandos, dirigidos por Roberto Guiscard, seguían arrebatando a Bizancio sus provincias europeas: penetraron en el Epiro (Albania), cruzaron las montañas y se aproximaron a Tesalónica, provocando el pánico en Constantinopla. El nuevo emperador bizantino Alejo I Comneno (1081-1118), apoyado por la nobleza militar de Asia Menor, recurrió a todos los medios, desde las armas a la diplomacia, para conjurar el peligro normando. Se aseguró el apoyo de Enrique IV, emperador germano, y los ejércitos alemanes invadieron Italia. Al mismo tiempo utilizó contra los normandos la ayuda de la República Veneciana, que temía por su comercio en el Adriático, cuyas rutas controlaban los normandos. También recurrió al soborno dentro de las huestes normandas, particularmente en Italia. Amenazado por un ataque alemán desde la retaguardia, Guiscard levantó su campaña contra Bizancio. Después de su muerte (1085), todas las tierras conquistadas por los normandos en los Balcanes y en las islas y puertos del Adriático fueron reconquistadas por Bizancio con la ayuda de la flota veneciana. A cambio los venecianos cobraron un precio muy alto: obtuvieron enormes privilegios, como la libertad de comerciar sin pagar impuestos en todas las ciudades bizantinas, extendieron el control aduanero a los puertos griegos, recibieron el derecho de libre navegación por los mares y estrechos; además, el tesoro bizantino debería pagar una renta al Dux veneciano y ceder para los mercaderes de Venecia un barrio especial

en Constantinopla, dotado de tres muelles, y los ciudadanos venecianos fueron eximidos del cumplimiento de las leyes griegas ³⁵.

No obstante, el peligro para Bizancio aumentaba desde el Norte y desde el Este en forma simultánea. Las poblaciones eslavas de Bulgaria, en protesta contra los impuestos, se sublevaron y llamaron en su ayuda a los pechenegos. Los ejércitos bizantinos sufrieron una derrota tras otra; los pechenegos penetraron en Tracia. Tras derrotar a Alejo Comneno en 1088 en Silistria, los pechenegos ocuparon Adrianópolis y Filipópolis y llegaron hasta las murallas de la capital. En ese preciso momento el emir selyúcida Chaja, establecido en el oeste del Asia Menor (en Esmirna) y en algunas islas del mar Egeo, lanzó su flota a la conquista de Constantinopla. El emir Chaja estableció contactos con los pechenegos, que dieron como resultado un plan ofensivo común contra la capital del Imperio. La situación de Bizancio en esos años (1088-1091) fue sumamente difícil. El conocido bizantinista ruso F. I. Uspenski la compara con la situación del Imperio siglos después, en los últimos años de su existencia, cuando los turcos osmanlíes rodearon Constantinopla y la aislaron del mundo exterior ³⁶. Precisamente en ese momento tan crítico para Bizancio, cuando —como dice la historiadora bizantina Ana Comneno (hija de Alejo I)— la situación del Imperio tanto «en el mar como en la tierra era malísima, agravada porque el duro invierno de 1090-91 había cerrado todas las salidas y los montículos de nieve impedían abrir las puertas de las casas», el papado, igual que lo hiciera quince años antes, presionó sobre Bizancio. Los embajadores de Urbano II, que se encontraban en Constantinopla desde principios de 1088, presentaron a Alejo I una protesta porque a los latinos (a los católicos) se les obligaba a officiar los servicios religiosos de acuerdo al rito ortodoxo-griego. Alejo Comneno contestó al Papa en tono conciliatorio e hizo concesiones a Roma. Fue acordado celebrar en Constantinopla un concilio eclesiástico para eliminar las diferencias dogmáticas y rituales entre la Iglesia católica y la ortodoxa y se iniciaron negociaciones sobre la unificación.

Los gobernantes bizantinos se mostraban de palabra dispuestos a limar las diferencias teológicas entre Roma y Constantinopla por una razón muy sencilla: el Imperio estaba ante un serio peligro. Los turcos (los pechenegos y los selyúcidas) habían invadido literalmente a Bizancio. Cercado por los enemigos, Alejo buscaba aliados en Occidente (y también en Rusia).

³⁵ N. Sokolov: «La política oriental de la plutocracia veneciana en el siglo XII». «Uchionye zapiski Gorkovskogo gos. un-ta Ser. Ist.-Filol.», Vyp. XVIII, Gorki, 1950, pág. 128.

³⁶ F. I. Uspenski: «Historia del Imperio bizantino», t. III, Moscú-Leningrado, 1948, pág. 140.

En 1090-1091 el emperador bizantino se dirigió a los reyes y príncipes de Occidente solicitando ayuda militar. También envió embajadores al Papa. Alejo Comneno depositaba en Roma esperanzas bien definidas: necesitaba aumentar el ejército del Imperio. Occidente ya había suministrado antes a Bizancio gran cantidad de mercenarios normandos, escandinavos, anglosajones, etc. Ahora Constantinopla necesitaba con urgencia más tropas. Roma podía ayudar a Bizancio a enrolar mercenarios; esa razón explica la aparente disposición del gobierno bizantino a negociar la unificación. Pero Constantinopla no podía confiar excesivamente en el Papa, pues conocía bien las pretensiones hegemónicas de la curia romana en una Iglesia unificada. Mientras seguía negociando con Roma la unificación de las iglesias y seducía a los feudales occidentales con el señuelo de las riquezas orientales, Bizancio recurría a otras fuerzas más directas para romper el cerco de la coalición de pechenegos y selyúcidas; concretamente a los polovianos, nuevos aliados del Imperio.

Los pechenegos fueron atacados y derrotados por las tribus polovianas a fines de abril de 1091. La flota del emir Chaja no tuvo tiempo de acudir en ayuda de los pechenegos y también fue derrotada. Recurriendo unas veces a la fuerza militar, otras a las intrigas políticas y al soborno, Alejo I pudo finalmente librarse del terrible peligro que amenazaba a Constantinopla y recuperar las costas del mar de Marmara, las islas de Quío, Samos y Lesbos, obligando a los selyúcidas a retroceder. Ya no tenía necesidad de seguir coqueteando con Roma. Las negociaciones sobre la unificación no dieron resultado. A despecho de Urbano II, Bizancio tampoco hizo concesiones a la curia romana. El concilio proyectado no se realizó; las diferencias religiosas quedaron vigentes.

Sin embargo, la ayuda solicitada por Bizancio a Occidente iba a tener repercusiones. Los caballeros segundones y los príncipes feudales de Occidente, a los que el afán de saquear había llevado a España, a Italia, a Sicilia y hasta a los Balcanes, soñaban con las campañas en Oriente, más desarrollado económicamente que Occidente y una fuente de enormes riquezas y de un lujo jamás visto. Ponían sus miradas ávidas en los opulentos países orientales, de donde llegaban por intermedio de los árabes las más variadas y valiosas mercancías. Los relatos de los peregrinos que regresaban de Jerusalén y de Constantinopla desataban su imaginación: veían esplendorosos templos y magníficos palacios de las ciudades orientales, el lujo de las clases ricas bizantinas y árabes. Sobre las maravillas de los países de Oriente los juglares componían poemas que difundían por los castillos. ¡Dejar que esa presa tan tentadora cayera en manos de los selyúcidas! Esta idea sobre todo excitaba a los normandos establecidos en Italia meridional y en las islas del Mediterráneo. Vinculados estrechamente a Bizancio desde hacía décadas, ya como mercaderes-piratas ya como

guerreros mercenarios, nadie mejor que ellos podía valorar las riquezas de Constantinopla. La suerte de Bizancio «preocupaba» no sólo a los normandos, sino también a muchos príncipes y caballeros de Occidente, que sólo esperaban el momento propicio para caer sobre las riquezas del Imperio griego. Téngase en cuenta, además, que para los señores feudales de Occidente, que poco o nada sabían de geografía, las tierras del emperador bizantino se extendían por todo el Oriente. No se podía consentir que una presa tan codiciada se hallara en manos de los «infielos» selyúcidas.

El papado, que a la vez que protegía sus propios intereses velaba por los de la clase dominante, tenía bien presente la importancia de las revueltas, de las fugas campesinas y del éxodo rural, la disposición de las masas para el sacrificio ascético y también los ánimos de conquista entre los caballeros y grandes señores feudales. Ya en la década de los setenta del siglo XI Roma había intentado satisfacer esos afanes orientando contra los selyúcidas, con el pretexto de salvar a Bizancio, a los elementos que suponían peligros para los intereses de los terratenientes feudales. La nueva situación de principios de los años noventa de ese siglo resultaba la más apropiada para poner en práctica los planes que Roma se había trazado hacía veinte años.

La atmósfera de Occidente se caldeaba. A fines del siglo las contradicciones sociales se agudizaron. Tras los «siete años flacos», la miseria campesina se hizo insoportable. La indignación de los de abajo aumentaba y adquiría las formas más distintas. Los caballeros segundones se entregaban al bandolerismo sin freno. La sensación de inseguridad en el futuro se apoderaba más y más de los feudales eclesiásticos y laicos.

El llamamiento de Bizancio no pudo ser más oportuno. El camino a Oriente lo habían marcado los peregrinos, cuya ruta habitual pasaba por el Rin y el Danubio y cruzaba Hungría hasta Constantinopla. La anarquía reinante en el Estado selyúcida, dividido en principados, prometía que Oriente sería una presa fácil. En esas condiciones, la petición de Constantinopla, atendida rápidamente por los caballeros, fue uno de los primeros estímulos exteriores del movimiento de los feudales occidentales en favor de la campaña hacia Oriente. Ya en 1092 se hablaba de la cruzada para «salvar el Imperio de Grecia»³⁷. Los llamamientos de Alejo I a los príncipes occidentales, en particular al conde Roberto de Flandes³⁸, encendieron la avidez de los caba-

³⁷ F. I. Uspenski: Ob. cit., págs. 140-141.

³⁸ Se conserva el texto del mensaje del emperador bizantino a Roberto de Flandes, lleno de tentadoras promesas para los caballeros. El mensaje parece una invitación a saquear Constantinopla: «Nos ponemos en vuestras manos..., es preferible que Constantinopla sea vuestra que de los turcos o los pechenegos; en ella están las valiosas reliquias del Señor; los ricos tesoros de sus iglesias bastarían para adornar todas las

llos. Pero los feudales estaban demasiado divididos, y los planes de ayuda no pasaron de la etapa inicial. Se requería una intervención activa de la Iglesia católica, máximo exponente del «internacionalismo» de los feudales. Esa intervención no se hizo esperar.

Convencido del fracaso de las tentativas de unificar las iglesias por medios diplomáticos, Urbano II optó por el camino de Gregorio VII, resucitando sus planes de conquistar a Bizancio por la fuerza de las armas, pero con el pretexto de ayuda contra los «infieles». El Papa, conocedor de los ánimos belicosos de los señores feudales de Occidente, procuró extraer de ellos el máximo provecho para la Iglesia católica. Las circunstancias parecían propicias para llevar a cabo con ayuda de los caballeros, los antiguos planes expansionistas del papado y dar un importante paso hacia la creación de una monarquía teocrática «universal». El papado decidió aprovechar la ocasión para satisfacer, por cuenta ajena, las exigencias de los feudales de Europa occidental y lograr al mismo tiempo los ambiciosos propósitos propios.

Urbano II asumió la iniciativa de organizar una expedición en gran escala a Oriente; la idea se difundió en las esferas feudales de Occidente. En 1095 el Papa avanzó un amplio programa de unificación de los caballeros de Europa occidental para conquistar los países orientales bajo la consigna de «rescatar el sepulcro del Señor».

Así surgió y tomó cuerpo la idea de las cruzadas.

iglesias del mundo. Huelga hablar de los incalculables tesoros ocultos en los sótanos de los anteriores emperadores y de los poderosos nobles griegos», etc.

Es dudoso que Alejo Comneno escribiera en tales términos. Probablemente el texto de esta carta (en latín) sea una falsificación posterior de los cruzados para justificar sus robos en la capital bizantina. No obstante, algunos historiadores estiman bien que ese texto latín se basa en un original perdido de la auténtica carta de Alejo Comneno. No caben dudas que Bizancio solicitó la ayuda de los príncipes europeos en 1090-1091.

CAPÍTULO II

LA PRIMERA CRUZADA

El concilio de Clermont y la predicación de la cruzada a Oriente

En noviembre de 1095, el Papa Urbano II viajó desde Italia a la ciudad francesa de Clermont para asistir a un concilio eclesiástico. Muchos feudales comprendían que la llegada del jefe de la Iglesia católica estaba motivada por causas de gran importancia. También las masas populares, extenuadas por las calamidades de los últimos años, presentían que se iban a tomar decisiones trascendentales. En Clermont se congregaron miles de caballeros y clérigos, llegados de todas partes. También se reunió una enorme cantidad de gente del pueblo. Tan grande multitud no encontró alojamiento en la ciudad, y numerosísimas tiendas de campaña se levantaron en la campiña de Clermont. El concilio trató cuestiones habituales en esta clase de reuniones, como la «paz divina», etc., pero tenía un carácter extraordinariamente solemne. Asistían a él catorce arzobispos, más de doscientos obispos y cuatrocientos abades.

Al terminar las deliberaciones, el 26 de noviembre de 1095, Urbano II dirigió una alocución a la enorme multitud reunida, en la que llamó a los fieles a tomar las armas contra «la tribu de los turcos». En Clermont, el Papa había lanzado el grito de guerra de la cruzada al Oriente ¹.

¹ El texto oficial del discurso de Urbano II no se ha conservado. Numerosos cronistas occidentales lo transcriben, cada cual a su manera. Los historiadores intentaron en más de una ocasión reconstruir el texto, confrontando las variantes que ofrecen los anales. La reconstrucción textológica más fundamentada pertenece al historiador norteamericano D. C. Munro (D. C. Munro: «The speech of pope Urban at Clermont, 1095». «American Historical Review», 1906, vol. XI, núm. 2).

Por supuesto, el pontífice romano esgrimió en su exhortación los argumentos religiosos más convincentes. No escatimó detalles para pintar los supuestos agravios que a los «hermanos en la fe orientales» causaban los paganos selyúcidas, y caldear al rojo el fanatismo religioso de sus numerosos oyentes. De este modo Urbano II intentaba presentar la acción de la curia romana como una guerra para «liberar el santo sepulcro del Señor» en Jerusalén.

La piadosa demagogia no estaba mal calculada. El llamamiento de Urbano II a iniciar la cruzada respondía a los deseos de sacrificio ascético de las masas populares. Los pobres campesinos soñaban con realizar «un sacrificio redentor» que les liberara del yugo feudal. Teniendo en cuenta estos ánimos de la masa de siervos, el papado ofrecía la ocasión para el sacrificio, aunque sus propósitos eran muy distintos a los de los campesinos. La curia romana pretendía de esta forma liberar a los grandes terratenientes del acoso de las masas revoltosas, aplacando los sentimientos antifeudales de esas masas con un movimiento colonizador hacia Oriente bajo el lema de «guerra santa». Urbano II prometió a los participantes en la empresa, a quienes denominaba «mártires de la fe», la absolución de sus pecados, una eterna recompensa en los cielos, etc.; todo ello quedó consignado en una resolución especial del concilio de Clermont. Pero el Papa, consciente de que la promesa de una felicidad en el más allá no era suficiente para arrastrar a un gran número de hombres a la empresa proyectada, agregó a la promesa de bienes «celestiales», promesas de bienes terrenales. A los pobres que contrajeran la promesa de dirigirse a «tierra santa» les esperaba la gloria en los cielos; la victoria sobre los «infieles» les reportaría sustanciosos beneficios terrenales. En Occidente, decía Urbano II, la tierra no da riquezas: «apenas si alimenta a quienes la trabajan»; en Oriente, en cambio, a los pobres les espera una vida distinta y holgada; por aquellas tierras «corre la miel y la leche», «Jerusalén es el ombligo del mundo, sus tierras son las más fértiles de todas y es como otro paraíso».

El argumento más poderoso del Papa, que debió de conmover a los pobres, fue éste: «¡El que aquí está dolido y pobre, estará allí alegre y rico!» Afirman algunos cronistas que en este pasaje el discurso de Urbano II fue interrumpido por fuertes exclamaciones: «¡Quiéralo Dios! ¡Quiéralo Dios!»

El discurso del Papa en su parte dirigida a la masa campesina cayó en terreno abonado. La promesa de salvación eterna a los mártires por la «santa causa», y, más todavía, las fábulas sobre los ríos de miel y leche, y la tierra sin opresión ni pobreza, desataron la imaginación de los pobres: los campesinos hacía tiempo que soñaban con una vida mejor, con tierras nuevas donde se respirara mejor, donde no oprimiese el yugo de la servidumbre.

Urbano II deseaba incorporar a la campaña el mayor número po-

sible de los «rebeldes» que en cada comarca amenazaban a la seguridad de los propietarios feudales. Por esa razón a la ficción de la gloria celestial y de las futuras alegrías terrenales agregó esta otra ficción: Jerusalén no quedaba lejos, llegar a la «ciudad santa» no era muy difícil. El Papa minimizaba ante el pueblo las dificultades de la empresa, aunque comprendía perfectamente que de tal modo ponía en el penoso y fatídico «camino del Señor» a millares de personas que estaban en la miseria. No obstante, insistía en su llamamiento. Los pobres debían renunciar a lo último para salvar a sus «hermanos orientales».

De ese modo, atendiendo a los intereses materiales de los señores feudales, el Papa no vaciló en arrastrar con una mentira consciente a una difícil —y para los míseros campesinos desesperada— empresa a una gran masa de personas sencillas.

El discurso de Urbano II estaba dirigido no sólo a las capas bajas del pueblo. En primer término, el Papa llamaba a conquistar los países occidentales a los caballeros segundones y a grandes feudales que ansiaban ensanchar sus dominios. Seducía a los caballeros con las perspectivas de saqueo y expropiaciones territoriales en los ricos países orientales. A los desheredados «vástagos de los antepasados invencibles» les habla de la «estrechez de tierra», diciéndoles: «no os seduzca esta tierra que habitáis, esta tierra donde sois cada vez más, mientras las riquezas no aumentan». El Papa invitaba sin tapujos a los caballeros a saquear Oriente, a «apoderarse de los tesoros enemigos». A todos esos guerreros «grandes» y «fuertes» cuyas hazañas bélicas dañaban seriamente las propiedades de la Iglesia en Occidente, Urbano II les ofrecía como solución participar en la Cruzada.

El Papa llamó a contribuir con lo último a la «causa sagrada» y dio un original consejo a los que emprendían «el camino del Señor»: para preservar sus bienes mientras permanecían en la expedición, debían dejarlos en manos seguras, entendiéndose como tales las de la Iglesia católica.

Pese a todos los esfuerzos por evitarlo, el Papa reveló en su discurso los auténticos planes de la sede apostólica con respecto a la futura campaña. La curia romana calculaba derrotar con las fuerzas de los cruzados a los selyúcidas, ampliando así los límites de influencia de la Iglesia católica a cuenta de los hermanos en la fe «liberados» (tanto del este de Siria y de Palestina como de Bizancio), y apoderarse de las riquezas de la Iglesia oriental. Este era uno de los objetivos principales del papado al organizar la cruzada.

Algunos historiadores burgueses occidentales contemporáneos afirman que los móviles de Urbano II al proclamar las cruzadas fueron totalmente desinteresados, que al Papa le movían únicamente sublimes ideas religiosas y hasta... razones humanitarias: que al organi-

zar la guerra en Oriente, el papado se preocupaba por... la paz europea. En realidad, como hemos visto, la propaganda papal de la cruzada obedecía a intereses político-sociales de la clase dirigente de Occidente. La Iglesia católica procuraba sustraer a la clase feudal de la ira de los siervos de la gleba, que con mayor frecuencia atacaban a los representantes de esa clase. Al mismo tiempo la Iglesia católica deseaba desviar hacia Oriente los ánimos de rapiña de los caballeros empobrecidos, cuyas consecuencias hasta entonces las habían soportado las propiedades de la Iglesia y de los grandes feudales. La Iglesia pretendía que los caballeros segundones aplacaran su sed de tierra y de riquezas fuera de los límites europeos. A fin de cuentas, la cruzada debía perpetuar el poder de la Iglesia católica tanto en Occidente como en Oriente, incrementar sus riquezas y robustecer el camino de los terratenientes feudales sobre los campesinos. Esas eran las metas del papado, de la campaña proclamada en el concilio de Clermont.

El discurso de Urbano II llegó al público. El programa de la campaña contra Oriente halló una gran acogida entre los campesinos y los feudales. Fue un discurso para todos los gustos. Los siervos oprimidos y hambrientos vieron en él una promesa de pan, de libertad y de esperanza. El siglo XI llegaba a su fin. Los campesinos, alucinados por los sermones eclesiásticos, esperaban los nuevos milagros, que supuestamente había prometido Jesucristo al terminar el milenio. Cien años atrás también existieron las mismas expectativas, y aunque las esperanzas no se cumplieron, la fe en los milagros seguía inamovible.

Los feudales esperaban de la expedición al Oriente nuevas tierras y copioso botín. El llamamiento de Urbano II fue muy oportuno: el movimiento en favor de una campaña al Oriente en los ambientes feudales de Occidente era ya anterior al concilio de Clermont.

La consigna papal de «liberar la tierra santa» fue un gran acierto. Así lo corrobora la incorporación a la cruzada desde un comienzo de grandes estratos de la sociedad feudal de Europa occidental, que al llamado de la Iglesia se incorporaron a una empresa reñida con los genuinos intereses del pueblo embaucado.

Inicio de la cruzada

La alocución de Urbano II surtió efecto. El rumor sobre el concilio de Clermont y sus decisiones (los bienes de los cruzados quedarían al «cuidado» de la sede apostólica, igual que sus almas estarían al cuidado del clero católico) y de la inminente campaña sobre Jerusalén se propagó rápidamente «hasta las islas del mar». Comenzaron los preparativos de la campaña, en los que Francia tomó la delantera a los demás países. En una atmósfera cargada de ánimos religiosos,

aparecieron en distintos lugares predicadores fanáticos, frailes y beatos, que llamaban al pueblo a luchar por las «reliquias sagradas del cristianismo». Nacieron múltiples relatos sobre sueños proféticos y visiones milagrosas para confirmar que la cruzada «no es obra humana, sino obra divina», como afirmaba el cronista franciscano Roberto el Monje.

A medida que la idea de la campaña al Oriente, en la que los ignorantes campesinos cifraban sus esperanzas de libertad, arraigaba en el pueblo bajo, en el seno de ese pueblo surgían propagandistas espontáneos de la cruzada. Entre esos propagandistas fanáticos de la «guerra sagrada» adquirió gran notoriedad el monje Pedro el Ermitaño, que predicó en Berri, en la Picardía, en Orleans y en la Isla de Francia en el invierno de 1095-96. Poco antes del concilio de Clermont, Pedro emprendió un peregrinaje a los «santos lugares»; pero, según diversas fuentes (en particular, según la historia de Ana Comneno), no alcanzó Jerusalén. Las posteriores leyendas y relatos sobre las cruzadas relacionaban con su peregrinaje a Jerusalén una serie de acontecimientos fantásticos que supuestamente le animaron a predicar la cruzada. Según los cronistas (Alberto de Aquisgrán, más tarde Guillermo de Tiro y otros), Pedro se durmió en el templo de Jerusalén y tuvo un sueño profético: se presentó al patriarca local y le entregó un mensaje remitido supuestamente por el mismo Dios, en el que se llamaba a los cristianos de Occidente a liberar Jerusalén de los paganos; éste monje regresó a Europa y se presentó al Papa, que a raíz de esta visita convocó el concilio de Clermont para proclamar la cruzada. Todos esos relatos sobre las aventuras de Pedro el Ermitaño en Jerusalén hace tiempo que fueron desenmascarados como apócrifos por los historiadores (H. Siebel, G. Hagermeister, B. Kügler y otros); pero tienen un interés bien concreto, pues descubren, aunque de forma indirecta, los vínculos entre Pedro el Ermitaño y el papado ². Por lo visto, este «predicador popular» fue uno de los tantos que actuaban por encargo de la sede apostólica. No tiene razón presentarlo como un «fanático» ignorante, como es tradición en la historia. Fue un gran orador y sus discursos causaban gran impacto no solamente en el pueblo llano. Pedro de Amiens, como a veces se le llama por su lugar de nacimiento, fue, sin duda, un hábil demagogo eclesiástico, que actuaba en el sentido deseado por la curia romana.

² Es curioso que la figura de este predicador católico y los menores detalles de su biografía sigan suscitando el interés de los historiadores burgueses. A la obra de Pedro el Ermitaño dedica no pocas páginas el francés Yves Le Febvre (I. Le Febvre: «Pierre l'Ermitte et la croisade», Amiens, 1946), también Ch Dereine en «Pierre l'Ermitte, le saint fondateur du Neuf-moustier a Huy», «Nouvelle Clio», t. V, 1953, y H. Grégoire, «Pierre l'Ermitte, le croisé d'avangarde et sa tombe à l'abbey de Neuf-moustier a Huy», «Nouvelle Clio», 1951, Vol. III.

Su modo de vivir y toda su conducta, su ascetismo, su desinterés, sus «generosas dádivas» a los pobres a cuenta de las abundantes donaciones que le llegaban de fuentes que los historiadores no revelan, todo ello, unido a su encendida retórica, le crearon entre los campesinos fama de «hombre de Dios». «Con ojos ardientes —escribía B. Kügler—, flaco de la abstinencia y quemado por el sol meridional, aparecía ante los campesinos de Francia central y septentrional y causaba una impresión tan fuerte en sus mentes enfebrecidas que le seguían en muchedumbre como a un profeta del Señor»³.

La cruzada y sus objetivos anunciados por el Papa fueron asimilados e interpretados a su modo por la masa popular, que les dio un sentido distinto, acorde con sus intereses, que en esencia estaban reñidos con los intereses y los propósitos de los organizadores eclesiásticos y feudales de la cruzada.

Pedro el Ermitaño y otros predicadores, que actuaban principalmente en Francia del noroeste, en Lorena y en las ciudades de la Renania alemana, lograron una copiosa cosecha: en el invierno de 1095-96 se reunieron en Francia multitudes de pobres hombres, mujeres y niños, dispuestas a marchar a las regiones lejanas. Pero para los campesinos, más convincente que las encendidas prédicas era la terrible miseria del campo en aquel invierno como consecuencia de las malas cosechas de años anteriores. La gente se alimentaba con raíces de plantas silvestres; el trigo estaba carísimo. Según un cronista francés, «el pobre pueblo era atormentado por el hambre».

El hambre y la miseria impulsaban a los campesinos; la espera se les hacía insoportable. Es cierto que el hambre, las enfermedades, los sufrimientos, también les acechaban en el camino, pero al final de él brillaba la esperanza de una vida mejor, prometida por la Iglesia, mientras que en sus hogares no había salida. Los campesinos abandonaban sus chozas, malvendían todo lo que podían, en particular sus viñedos, y «marchaban al exilio voluntario», escribe el abad francés Guiberto de Nogent, testigo de estos hechos. Cada uno procuraba reunir como fuera algún dinero, vendía todas sus propiedades, no por su precio, sino por el que le fijaba el comprador, para no emprender «el camino del Señor» más tarde que los demás. Guiberto de Nogent, que no podía entender todos los verdaderos móviles de los campesinos, decía que los pobres parecían querer arruinarse intencionadamente. Vendían doce ovejas por siete denarios, menos de lo que costaba una oveja antes de la cruzada. La caída de los precios en vísperas de la partida de los pobres fue un fenómeno muy significativo, señalado por los contemporáneos, prueba de que el movimiento era auténticamente masivo.

³ B. Kügler: «Historia de las Cruzadas», San Petersburgo, 1895, pág. 22.

El benedictino Guiberto de Nogent lo consideraba un milagro: «Todos vendían muy barato y compraban muy caro... Pagaban muy caro por lo que necesitarían en el camino, vendían barato para obtener los medios con que iniciar la empresa.» Tenían prisa, indica este cronista; la expresión define muy bien los ánimos de la masa campesina. También otros historiadores señalan la premura con que los pobres abandonaban sus lugares. El mismo Guiberto de Nogent nos da en sus anales una imagen muy acertada cuando compara los afanes de los campesinos que abandonaban sus lugares patrios con los afanes del preso que sale de la cárcel a la libertad: «Era como si la gente estuviera recluida en una terrible prisión de la que necesitaba liberarse urgentemente.» Con esa comparación, el escritor medieval, que no veía con muy buenos ojos los impulsos de los pobres, refleja sin proponérselo el auténtico carácter del movimiento de las masas campesinas, con sus prisas para emprender la marcha.

Fueron numerosos los ganados por la exaltación religiosa; entre los pobres no faltaban los fanáticos que en su cuerpo marcaban a fuego el signo de la cruz. Era algo natural para aquella época. El fanatismo religioso estaba muy extendido entre el pueblo bajo. Pero los campesinos se apresuraban porque no podían ni querían esperar a los señores. Los siervos habían padecido tanto, que querían liberarse cuanto antes de sus opresores. Este deseo de adelantarse a los feudales era más fuerte que todos los sentimientos religiosos de las masas campesinas y el mayor estímulo para emprender cuanto antes la empresa.

También contó grandemente el deseo de muchos pobres de escapar a sus acreedores para, según expresión del obispo Guillermo de Tiro, «dejarles con un palmo de nariz». Las deudas de los campesinos habían crecido enormemente en los años de hambre, particularmente las contraídas con los conventos, que durante los «siete años flacos» habían proporcionado a los campesinos trigo de sus depósitos, pero en forma muy interesada y en condiciones muy favorables a los «benefactores» y muy onerosas para los campesinos deudores. Es significativo que, según ciertas fuentes, fueran las instituciones eclesiásticas las que en ciertos lugares intentaron contener a los siervos que se disponían a «liberar el santo sepulcro», poniendo como razón la «pobreza» de los campesinos. Sin embargo, nada podía detener a los campesinos en sus propósitos.

El principal aliciente para los campesinos era la posibilidad de desprenderse de las cadenas de la servidumbre. Ahora abandonaban los lugares patrios, igual que antes escapaban a los bosques o al extranjero, en busca de la salvación. Era como una declaración de guerra al orden establecido por el régimen feudal.

Con mucha anticipación al plazo fijado para la salida por el concilio de Clermont (el 15 de agosto de 1096), ya a comienzos de la pri-

mavera de ese año las primeras multitudes campesinas desde Francia septentrional y central, desde Flandes, Lorena y el Bajo Rin, iniciaron el «santo peregrinaje». A esas muchedumbres de pobres les siguieron posteriormente otras multitudes de pobres de Escandinavia, Inglaterra, España e Italia. Por separado y sin ninguna sincronización, emprendían el camino turbas desorganizadas de campesinos de numerosos países europeos. Iban casi totalmente desarmados. Los garrotes, las mazas, las guadañas, las hachas y los rastrillos reemplazaban a las lanzas y las espadas, aunque tampoco todos los campesinos poseían esos aperos. «Muchedumbres desarmadas», posteriormente definiría a esos «guerreros de Dios» la historiadora Ana Comneno. Apenas llevaban provisiones. Marchaban presurosos, en desorden, algunos a pie, otros en carros con las mujeres y los hijos, llevando sus miserables pertenencias, ansiando dejar a sus espaldas la esclavitud, la opresión y el hambre, guiados por la esperanza de una vida mejor en la «tierra de promisión». En largas filas rodaban esas caravanas por los caminos que antes recorrieron los peregrinos, a lo largo del Rin y del Danubio hacia Constantinopla.

Eran decenas de miles. La muchedumbre campesina del norte de Francia, dirigida por el arruinado caballero Walter el Desnudo, estaba integrada por unos quince mil hombres (sólo cinco mil de ellos iban armados)⁴. Un poco menor, catorce mil cruzados, era la muchedumbre que seguía a Pedro el Ermitaño; seis mil campesinos marchaban al frente del caballero francés Foulcher de Orleans; un número casi igual seguía desde Renania al sacerdote Gottschalk; cerca de doce mil personas formaban el ejército de campesinos de Inglaterra y de Lorena, etc.⁵.

El grueso de esos «innumerables ejércitos» lo integraban los siervos. Sin embargo, de ese movimiento campesino ya entonces querían aprovecharse en interés propio algunos caballeros segundones bélicos y también algunos feudales ricos. Para ellos la masa campesina era una especie de «fuerza de choque», que les abriría el camino de Oriente. Estos sectores se hicieron con el mando militar de las masas campesinas. Los feudales estaban bien armados y protegidos con armaduras, cosa que no tenían los campesinos. Además iban a caballo, que también les daba ventaja sobre los campesinos. En Francia se colocaron al frente de estas muchedumbres el caballero Walter el

⁴ Th. Wolff: «Die Bauernkreuzzüge des Jahres 1096», Tübingen, 1981, pág. 131.

⁵ Los cronistas exageran considerablemente el número de campesinos y dan a veces cifras fantásticas de 600.000 hombres (Guillermo Malmesbury) y más. A los autores de los siglos XI y XII les gustaba comparar las muchedumbres de cruzados con nubes de langostas, con las arenas del mar, con las estrellas del cielo, etc. Las «incontables muchedumbres» de los cronistas de la época, por regla, no pasaban de las 12-15.000 personas.

Desnudo, con sus tres hermanos y un tío; Foulcher de Orleans; el bandido y aventurero Guillermo Charpantier; vizconde de Melun, que algunos años antes probara suerte en España y que no había reparado en quitarles la última camisa a sus siervos antes de emprender la cruzada. Muchos caballeros empobrecidos se integraron en el ejército de los campesinos, como el conde de Clermont, Lamberto el Pobre (pariente lejano de Godofredo de Bouillón) —quien, según los cronistas, tenía por única fortuna un caballo—, y muchos cientos de guerreros que no poseían más que sus títulos nobiliarios. Unidos a los campesinos de Alemania, emprendieron también la marcha numerosos caballeros-bandidos (desde las regiones del Rin y de Suabia); un tal Volkmar, posteriormente conde Emicho de Leiningen, que no era precisamente pobre (tenía propiedades entre el obispado de Speier y el Worms, cerca de Maguncia), notable por su codicia y rapacería; el caballero Hugo de Tübingen, y varios centenares más.

De este modo el ejército campesino estaba penetrado por un número importante de feudales. Pero ello no se reflejaba en el aspecto externo de los destacamentos de cruzados. El movimiento, anárquico desde sus comienzos, seguía sin la organización adecuada ni plan alguno. Los cruzados pobres tenían una idea muy vaga sobre la situación geográfica de la meta final. Según Guiberto de Nogent, los niños campesinos, que acompañaban a sus padres, cuando divisaban en el camino «algún castillo o alguna ciudad... preguntaban si era Jerusalén». Los destacamentos campesinos carecían de toda dirección y, según se expresó el obispo Guillermo de Tiro, «marchaban sin una cabeza». Ese eclesiástico, que detestaba a los campesinos, escribía con altanería de los cruzados pobres: «Esa gente testaruda y rebelde que no sabe sobrellevar el peso de una disciplina eficaz.»

La presencia de cierto número de feudales en las filas de los pobres no podía afectar a su espíritu principal, que era el de la libertad. A veces los mismos campesinos procuraban librarse de sus acompañantes caballeros. La expedición de Pedro el Ermitaño llegó a Colonia (12 de abril de 1096); a los tres días la masa campesina se apresuró a reanudar el viaje, según el testimonio de Orderico Vitalio. En Colonia quedaron con Pedro de Amien unos trescientos caballeros franceses, que abandonaron la ciudad recién el 19 de abril. Los siervos procuraban separarse de los caballeros, aunque no tenían más remedio que aceptar a los aventureros feudales como jefes militares.

Un hecho curioso relatado por Alberto de Aquisgrán en su *Crónica de Jerusalén* revela la disposición de ánimo de los cruzados pobres: al frente de uno de los destacamentos del ejército de Pedro el Ermitaño marchaban... un ganso y una cabra, que para los campesinos estaban «dotados de la gracia divina» y gozaban de gran respeto. El cronista relata este episodio con gran indignación. Para él, eclesiástico, se trataba de «un abominable crimen», de «un extravío paga-

no... del estúpido y ridículo tropel humano». Ese curioso episodio muestra de manera original el ansia de libertad que movía a los pobres. Los campesinos que se disponían a «salvar los santos lugares» llamados por la Iglesia y bajo su bandera, habían vuelto a la pagana adoración de los animales. En la alta Edad Media las creencias paganas con frecuencia eran un símbolo de protesta campesina contra el orden feudal establecido, ya que la Iglesia católica y su doctrina santificaban y aprobaban el yugo feudal. La cruzada de los campesinos pobres de 1096 tenía carácter de protesta antifeudal, por lo que se puede admitir como lógica la conversión al paganismo de una parte de ellos. Este hecho revelaba nítidamente la disparidad de propósitos de los siervos y de los feudales participantes ⁶.

Tampoco ciertos historiadores burgueses contemporáneos pueden negar el carácter antifeudal en su esencia de la cruzada campesina ⁷. Hasta el idealista Ives Le Febvre califica el comienzo de las cruzadas de «revolución» que «eximía de sus obligaciones feudales a los siervos, uncidos a la tierra y sometidos a los gravámenes y a la prestación personal, impuestos al sometido de sus señores... El campo buscaba el camino de la libertad», escribe refiriéndose al movimiento de los campesinos ⁸. Claude Cahen, en su *Introducción a la primera cruzada*, dice: «Si no era una sublevación, era, al fin de cuentas, una ruptura (entre campesinos y señores. M. Z.)» ⁹.

⁶ N. A. Sidorova: «Estudios sobre la temprana cultura urbana de Francia», Moskva, 1953, págs. 29-30. No es cierto, como afirma esta autora, que la ideología oficial de la Iglesia con sus consignas sobre la «liberación de los santos lugares», «expiación de los pecados», etc., era por completo ajena a los campesinos. Las masas populares acogían estas consignas con entusiasmo, aunque las interpretaban a su manera: como una justificación de sus ánimos antifeudales.

⁷ Estos autores describen con manifiesta hostilidad a los cruzados campesinos. Otros, como P. Rousset, no quieren o no pueden comprender el auténtico sentido de la cruzada de los pobres y ven en estas víctimas de la pobreza y del yugo feudal a místicos, fanáticos, a portadores del espíritu evangélico y profético de la Cruzada. Las causas sociales que motivaron la expedición de los pobres se eluden (P. Rousset: «Les origines et les caractères de la première croisade», Neuchâtel, 1945, págs. 138, 139 y 140).

Otros historiadores son mucho más francos en su expresión, pese a ser tan remotos los acontecimientos, netamente negativa hacia los acontecimientos de la cruzada del año 1096. Así, para R. Grousset, los cruzados campesinos eran «vagabundos y criminales», «hombres sin conciencia», que tomaban la cruz para camuflar su pillaje, «bandas» que empañaban la idea de la cruzada, etc. El espíritu clasista de estos juicios es evidente y Grousset se revela como ideólogo burgués cuando halla en la cruzada de 1096 «un pretexto religioso para la Jacquería», «una expresión anárquica», ya que la gente del pueblo es «enemiga del orden social» y en la destrucción encuentra el sentido de «toda revolución» (R. Grousset: «Histoire des croisades», Vol. I, París, 1948, págs. 6, 7, 9, 10 y 11).

⁸ I. Le Febvre: Ob. cit., pág. 112.

⁹ Cl. Cahen: «An introduction to the first crusade». «Past and Present», 1954, núm. 6, pág. 27.

Como quiera que se miren las razones que impulsaron a los campesinos a emprender la marcha, no se deben silenciar los aspectos negativos. Los campesinos que huían a Oriente de la opresión feudal con la esperanza de hallar una suerte mejor, por el camino se dedicaban al pillaje. Al atravesar los territorios húngaros, búlgaros y bizantinos, arrebatában las provisiones a la población local. Cerca de Belgrado el destacamento de Walter el Desnudo se apoderó a principios de junio de 1096 de gran cantidad de caballos, vacas y ovejas. Un poco más tarde, a fines de junio, los cruzados, mandados por Foulcher de Orleans, se apoderaron por la fuerza de la localidad de Neutra, en Hungría; luego destruyeron la ciudad de Zemlin (en el límite de Hungría y de Bizancio), matando a unos cuatro mil habitantes. El camino de los ejércitos de Emicho de Leiningen, de Guillermo de Charpantier y de otros quedó jalonado por las violaciones y los robos.

Para los pobres el robo era el único medio de hallar sustento. Además, una parte importante de los saqueos a húngaros, búlgaros y griegos fue perpetrado por las bandas de caballeros que se unieron a los campesinos. Concretamente los caballeros alemanes que se incorporaron a Pedro el Ermitaño en Colonia y en Suabia, saquearon la ciudad búlgara de Nish (en julio de 1096). Los caballeros (particularmente los alemanes) fueron los responsables de la cruel matanza de judíos que los cruzados fanáticos perpetraron en Colonia, Speier, Worms, Trier, Praga, Metz, Regensburg y en otras ciudades al comienzo mismo de la marcha. Esas matanzas causaron un gran quebranto al comercio en las ciudades renanas de Alemania, pues obligaron a muchos comerciantes judíos a huir (principalmente a Polonia)¹⁰.

Finalmente, también es cierto que en las expediciones campesinas pululaban en número considerable ladrones profesionales y criminales de distinta laya. Esos elementos desclasados, capitaneados por los feudales segundones, veían en la cruzada un ambiente propicio para el bandidaje.

Los húngaros y los búlgaros, y posteriormente los bizantinos, ofrecieron una resistencia enérgica a los importunos «libertadores del santo sepulcro». En numerosos combates con las turbamultas de caballeros y de campesinos, aniquilaban sin compasión a los cruzados, a quienes denominaban «falsos cristianos» y «ladrones», les arrebatában el botín, perseguían a los rezagados. En esos combates, los cruzados sufrieron grandes pérdidas. Algunos fueron dispersados; otros, como los ejércitos de Gottschack, de Volkmar y de Emicho de Leiningen, quedaron totalmente destruidos en Hungría (cerca de Wieselburg). Fue tan numerosa la matanza de cruzados que, según los anales de Lorena, las aguas del Danubio bajaban rojas de sangre y cubiertas de cadáveres que flotaban en el río.

¹⁰ Th. Wolff: Ob. cit., pág. 170.

Los cruzados atravesaron Hungría y Bulgaria y entraron en territorio de Bizancio. Pasaron por Filipópolis, Adrianópolis y otras ciudades, rumbo a la capital griega. El saqueo proseguía también en Bizancio. Los campesinos carecían de medios para pagar las provisiones puestas por orden de Alejo Comneno a disposición de los cruzados.

En la segunda mitad de julio de 1096, las primeras muchedumbres de pobres muy maltrechas —¡habían pasado tres meses del inicio de la cruzada!— entraron en Constantinopla. Primero llegó el destacamento de Walter el Desnudo; luego, a principios de agosto, se unieron a él los campesinos de Pedro el Ermitaño, que asumió el «mando general». Muchos campesinos que soñaban con la libertad de las ignotas tierras «sarracenas», no llegaron nunca a Constantinopla. Según un investigador alemán, los cruzados perdieron a su paso por Europa unas treinta mil personas.

Acostumbrados al pillaje, los cruzados procedieron en la capital de Bizancio con igual desenfreno que hasta entonces. Deslumbrados por el boato de Constantinopla, destruían e incendiaban los palacios de los suburbios; saqueaban las iglesias y robaban hasta el plomo de la techumbre en los templos cristianos. Toda esa heterogénea marabunta de millares de personas inundó los alrededores de la capital.

El Imperio bizantino se había recuperado de sus dificultades externas en 1091. Ya no necesitaba «aliados», tanto menos a los que llegaron a la capital en el verano de 1096. Había que alimentar a decenas de miles de personas hambrientas, que armaban trifulcas por una nimiedad. El gobierno bizantino procuraba contener a las muchedumbres de pobres de Occidente hasta que arribara el ejército feudal. Era imposible. Los campesinos, víctimas de la opresión feudal, no perdían así como así las esperanzas en un futuro mejor. Soñaban con «la tierra de promisión» y ardían en deseos de llegar hasta ella, costara lo que costara. Los fanáticos divulgaron la especie de que el emperador los detenía en Constantinopla con aviesas intenciones. En esas condiciones Alejo I consideró la mejor solución quitarse de encima lo antes posible a los importunos «aliados» y comenzó a trasladarlos a la otra orilla del Bósforo a la semana escasa de la llegada a Constantinopla de Pedro el Ermitaño. Las harapientas y casi desarmadas muchedumbres acamparon en la costa meridional del golfo de Nicomedia, en la región fortificada de Civitot (hoy Gersek), a treinta y cinco kilómetros al noroeste de Nicea. Reacios a toda disciplina, los distintos destacamentos empezaron a emprender por su cuenta y riesgo incursiones más o menos profundas contra los selyúcidas. Algunos destacamentos llegaron hasta los suburbios de Nicea. A finales de septiembre una banda de cruzados tomó la fortaleza de Xerigordon, cerca de Nicea, pero los selyúcidas rodearon a los cruzados y los derrotaron a mediados de octubre, obligando a los situados en Xerigor-

don (donde faltaba el agua) a rendirse (posteriormente, los que quedaron con vida fueron vendidos como esclavos).

Pedro el Ermitaño, ante la imposibilidad de detener a la gente que ardía en deseos de avanzar, regresó a Constantinopla. Poco después, en el campamento principal de Civitot cundió el rumor de que los normandos habían conquistado Nicea. Tal vez el rumor fue propalado por el sultán de Nicea. Al conocer la noticia, todos los que permanecían en Civitot marcharon apresuradamente sobre Nicea, unos para no perder su parte en el botín, otros para «vengar» la «profanación» de la fe cristiana por los selyúcidas. El 21 de octubre de 1096, antes de llegar a Nicea, los cruzados se encontraron con el ejército selyúcida, desplegado en orden de combate. En el choque, el «ejército» cruzado perdió veinticinco mil hombres. «Fue tal el número de galos y de normandos abatidos por la espada de Ismael —escribe Ana Comneno—, que sus cadáveres apilados no formaron una colina, ni un montículo, sino una gran montaña.» En el combate cayeron Walter el Desnudo y demás caballeros que intentaron mandar en los cruzados. Del exterminio se salvaron poco más de tres mil hombres, que se refugiaron en Civitot. De aquí los cruzados sobrevivientes fueron trasladados a Constantinopla en navíos bizantinos. Algunos procuraron retornar a sus hogares, otros quedaron en Constantinopla en espera del grueso de los cruzados.

Tal fue el trágico balance de la tentativa de los campesinos de Europa Occidental de sacudirse el yugo feudal.

En su raíz, la cruzada de los pobres fue nada más que una forma singular, teñida de matices religiosos, de protesta social de los siervos contra el sistema feudal. Esta protesta era la continuación de una serie de manifestaciones antifeudales campesinas, activas unas y pasivas otras. El movimiento de 1096 ofrece la particularidad de que fue una protesta campesina contra sus enemigos de clase en su propio país, hábilmente desviada por la Iglesia católica hacia Oriente.

La masa de siervos pagó muy cara su tentativa de hacer realidad los sueños de liberación por medio del «sacrificio» religioso de la cruzada. Esas ingenuas ilusiones, alimentadas por la Iglesia católica, se perdieron al primer choque con la realidad. Los campesinos sojuzgados no hallaron en Oriente ni tierra ni libertad, sino la muerte.

La lección fue pagada con decenas de miles de vidas brutalmente sacrificadas en aras de los intereses de los grandes feudales de Europa Occidental, a los que la Iglesia católica quiso librar así de los «revoltosos» y de los «incendiarios». Muchos millares de campesinos fueron desviados de la lucha inmediata contra sus opresores y encontraron una muerte sin gloria en el «camino del Señor». No fueron víctimas de sus afanes ignorantes, como opinan ciertos historiadores burgueses, para sustraer de la condena de la historia al papado, el culpable directo de la tragedia campesina de 1096.

Comienzo de la cruzada de los feudales

La campaña de los campesinos pobres, de tan trágico final para la mayoría de sus participantes, sólo fue el prólogo de las «grandes» cruzadas posteriores, en las que el papel decisivo perteneció a los caballeros y a la nobleza occidentales. Ellos entraron en la «guerra santa» cuando los siervos, que se les adelantaron, iban camino de la muerte, o ya la habían encontrado.

En agosto de 1096 emprendió la marcha el gran ejército feudal de Lorena, comandado por Godofredo IV, duque de la Baja Lorena, más conocido como Godofredo de Bouillón por el nombre del mayor de sus castillos —el de Bouillón—, en las Ardenas. Su título ducal y su abolengo (Godofredo descendía de Carlomagno) no se hallaban en consonancia con sus dominios, pues sólo poseía la Marca de Amberes y el castillo de Bouillón, mientras que la Baja Lorena se la había concedido en usufructo el emperador germano. Godofredo IV respondió rápidamente al llamado del Papa, con la esperanza de lograr en Oriente una posición más sólida.

Se unió a él su hermano menor Balduino, que fue clérigo, carrera que no colmaba su avidez. Balduino carecía de posesiones en su país, y el afán de adquirirlas de cualquier modo le impulsó a tomar parte en la «guerra santa». También se unieron a Godofredo de Bouillón muchos de sus vasallos de Lorena, acompañados de sus propias huestes armadas, además de los caballeros alemanes de la orilla derecha del Rin. Esta expedición de los señores se dirigió a Constantinopla, punto de reunión de los cruzados, por la misma ruta que la expedición de los pobres: a lo largo del Rin y del Danubio, atravesando Hungría y Bulgaria.

Las leyendas posteriores han hecho de Godofredo de Bouillón el gran héroe de la primera cruzada. En realidad, este representante de la nobleza feudal no destacó en absoluto por sus dotes militares; desempeñó en la empresa un papel muy modesto, mas precisamente esa absoluta mediocridad posteriormente le favoreció decididamente. Mucho más que él destacaron en la cruzada los jefes de los ejércitos feudales formados en Italia meridional y en Francia.

Acaudillaba a los caballeros normandos de Italia meridional el príncipe Bohemundo de Tarento, uno de los más ambiciosos feudales de la primera cruzada. Su etapa anterior a la cruzada revela sus intenciones. Bohemundo estaba enemistado con Bizancio. A comienzos de los años ochenta del siglo XI Bohemundo tomó parte en la campaña de su padre, Roberto Guiscard, para conquistar tierras en la Península Balcánica, pero fue derrotado por los griegos. Ahora se le presentaba una nueva oportunidad para poner en práctica sus propósitos, esta vez a cuenta de Bizancio o del Oriente. Los dominios de Bohemundo en Italia meridional eran relativamente pequeños, pues sólo

había heredado el pequeño principado de Trento. La campaña de Oriente, a la que invitaba el Papa, le brindaba una gran ocasión. Estaba muy al corriente de las riquezas de Oriente y de las discordias de sus gobernantes por las noticias que traían los mercaderes de Bari y de Amalfi. La idea de crear un principado grande e independiente en Oriente hizo más ferviente su propósito. Bohemundo, gran militar y diplomático, fue preparando sus planes de forma meditada y metódica.

Cuando Bohemundo, durante el sitio de la rebelde Amalfi, tomó la cruz, su ejemplo fue seguido por su sobrino Tancredo (caballero pobre y muy belicoso, aventurero, astuto, ávido, pero sin dotes para el mando militar), por sus primos y por muchos otros pequeños feudales de Italia meridional y de Sicilia.

El ejército de Bohemundo de Tarento, el caudillo más capaz y quizá el más ávido de las cruzadas, se embarcó en octubre de 1096 en el puerto de Bari, cruzó el Adriático y desembarcó en Aveona, puerto del Epiro en la costa occidental de la Península Balcánica. Desde aquí, los normandos itálicos se dirigieron hasta la capital del Imperio, cruzando las provincias bizantinas de Macedonia y de Tracia.

También en octubre de 1096 emprendió la cruzada un gran ejército de Francia meridional. Su jefe era el poderoso noble Raimundo IV de Saint Giles (en el castillo de Saint Giles tenía su residencia principal), conde de Tolosa y marqués de Provenza. El irreprimible deseo de ampliar aún más sus dominios llevaron a Raimundo IV a participar en la campaña española en los años ochenta del siglo XI. Sin embargo, igual que Bohemundo de Tarento en Bizancio, Raimundo IV fracasó en la aventura española. Este fracaso enardeció más aún su espíritu emprendedor. Vinculado desde hacía mucho al trono papal y siendo, en realidad, vasallo del Papa, Raimundo IV, pese a su avanzada edad (había rebasado los cincuenta años), fue el primero en hacerse eco del discurso de Urbano II en Clermont.

El cronista francés Baudry de Bourgeille describe la espectacular escena ocurrida en Clermont al finalizar el discurso papal; cuando los embajadores de Raimundo de Tolosa anunciaron a viva voz que el conde de Saint Giles, fiel al llamamiento de la Santa Sede, se incorporaba a la cruzada por la causa de la cristiandad. La aparición en Clermont de los embajadores del conde, como todos sus otros actos, estaba preparada de antemano con el conocimiento de Urbano II. En septiembre de 1095, camino de Clermont, el Papa visitó a su vasallo, asegurándose su participación en la cruzada. Para el Papa fue muy importante atraer a su empresa a uno de los grandes príncipes de Europa meridional: la decisión del conde de Saint Giles serviría de ejemplo y de estímulo a otros señores y caballeros. Raimundo IV accedió de muy buena voluntad a los deseos de Urbano II, porque la conquista en Oriente coincidía plenamente con sus propios intereses. Así, pues, antes aún de la proclamación oficial de la cruza-

da, el conde de Tolosa ya militaba en las filas de sus futuros y activos participantes; la ceremonia montada por sus embajadores en el Concilio de Clermont fue sólo un golpe de efecto teatral.

Durante un año entero se preparó Raimundo de Tolosa para, en unión de sus vasallos, iniciar «el camino del Señor». Proyectaba afinarse sólidamente en Oriente, y por eso llevaba consigo a su esposa Elvira de Castilla y a su heredero de corta edad.

Crear en Oriente un principado propio constituía el principal propósito del conde de Saint Giles; eso mismo se proponía Bohemundo de Tarento. Los motivos religiosos desempeñaban un papel secundario.

Ambos se empeñaban en lograr sus fines también por otra razón: controlar las ciudades comerciales del Mediterráneo oriental, centros principales del intercambio entre Occidente y Oriente era de extraordinaria importancia. En efecto, Bohemundo de Tarento dominaba la ciudad de Bari, en la Apulia, cuyos mercaderes mantenían desde el siglo X relaciones comerciales con Bizancio y con Siria; por su parte, Raimundo de Tolosa había sometido numerosas ciudades de Francia meridional, que en esa época iniciaban su desarrollo. La idea de reunir en unas mismas manos los eslabones extremos de la cadena comercial que se extendía del Mediterráneo oriental al occidental, era sumamente tentadora. El comercio marítimo del Mediterráneo se incrementaba cada vez más; entonces, ¿por qué no procurar aprovechar también esta fuente de enriquecimiento? ¹¹.

La bandera de Raimundo IV fue abrazada por numerosos feudales medios y pequeños de Francia meridional, inclusive por varios obispos. Entre éstos estaba el obispo Adhemar de Puy, legado apostólico en el ejército de los cruzados, encargado de velar por los intereses de la Iglesia romana. Este ejército feudal inició en octubre de 1096 su marcha por los Alpes, bordeó la costa del Adriático, pasó por Istria y Dalmacia, tomando luego el camino de los caballeros de Bohemundo hacia la capital de Bizancio.

Al mismo tiempo empuñaron las armas los señores y los caballeros de Francia del Norte y del Centro. El primero en emprender el camino fue Hugo Vermandois, hermano menor del rey de Francia y caballero ilustre, que poseía sólo un pequeño condado y anhelaba poderío y riqueza. Con unas pequeñas huestes, formadas por sus propios vasallos y vasallos reales, en agosto de 1096 se dirigió a Italia y luego, desde Bari, por mar a Grecia. Para este aventurero (al que se unieron algunos caballeros que quedaron con vida después de la derrota de

¹¹ V. V. Stoklitskaia-Tereshkovich: «La lucha entre los países de Europa Occidental por la hegemonía en el Mediterráneo en la época de las Cruzadas», «Izvestia AN SSSR, Ser. Ist. i Filosofii», 1944, núm. 5, pág. 215.

Nicea, en el otoño de 1096) los infortunios comenzaron desde el primer momento: una tormenta destrozó sus naves cerca de la costa oriental del Adriático, pereciendo muchos de sus acompañantes; el propio Hugo ganó la orilla cerca de Durazzo y fue enviado a la corte bizantina.

Algo más tarde emprendieron el camino las grandes milicias de caballeros franceses acaudilladas por el duque Roberto de Normandía, del conde Esteban de Blois y del conde Roberto II de Flandes. Roberto de Normandía, primogénito de Guillermo el Conquistador, se hallaba en una situación muy comprometida: en constantes guerras con su hermano Guillermo II el Rojo, rey de Inglaterra, por los derechos al trono, estuvo a punto de perder la Normandía. La cruzada era una solución a todos estos problemas y prometía, en cambio, nuevas tierras. Motivos puramente mundanos arrastraron a la empresa al rico pero ávido conde de Blois, que posteriormente se reveló como un pusilánime «defensor de la fe cristiana». Por idénticos motivos participó en la cruzada Roberto II de Flandes.

Al duque de Normandía se unieron, además de sus vasallos franceses, barones y caballeros de Inglaterra y Escocia; un gran número de cruzados secundaban también a los otros dos jefes.

Todas esas milicias de caballeros franceses y parte de los ingleses cruzaron los Alpes y llegaron en noviembre de 1096 a Italia, donde la gran mayoría pasó el invierno. Sólo en la primavera del año siguiente reanudaron la travesía por mar, de Brindisi a Durazzo, y de allí por la Vía Egnatia (por Ojrid, Tesalónica, Rodosto, Selimvria) la ruta de los antiguos romanos a Constantinopla.

Así, por distintos caminos, aunque con propósitos casi idénticos, marcharon a Oriente las milicias de los feudales occidentales. Sus componentes no eran exclusivamente nobles; seguían a los caballeros numerosos pobres, en su mayoría campesinos, que anhelaban alcanzar mejor suerte en tierras lejanas.

Desde luego, los caballeros y los señores estaban infinitamente mejor preparados para la «empresa misericordiosa» —a la que iban invitados por el pontífice romano— que las muchedumbres de primeros cruzados. Procuraron proveerse de lo necesario para la marcha.

Unos quitaban a sus propios campesinos lo último que tenían. Un cronista de la época relata que los condes alemanes de Zimmern, antes de emprender el camino, saquearon sin escrúpulo alguno a su gente, «particularmente a la aldea de Rulinghofen», así que cuando la abandonaron hubo grandes lamentos.

Otros, no contentos con esquilmar a sus propios siervos, saquearon, poco antes de partir, a los de sus vecinos. El conde Roberto II de Flandes, en pugna con el obispo de Cambrai, según el cronista, «devastó la región (del obispo) de tal modo, que la dejó sin labradores y no quedaron allí ni bueyes, ni vacas, ni otros animales, mientras

los hombres, las mujeres y los niños iban a pedir limosna a otras regiones».

Los terceros, antes de emprender la «guerra santa» consideraron conveniente vender o hipotecar sus tierras y demás bienes (total o parcialmente). La Iglesia no dejó escapar la ocasión de incrementar sus posesiones y sus riquezas. Los feudales eclesiásticos de Francia meridional, aprovechando la coyuntura (los bajos precios, la necesidad de dinero por parte de los caballeros cruzados, etc.), compraban febrilmente las propiedades de los que emprendían la cruzada. Igual procedían los sacerdotes de Lorena y de otras regiones. Godofredo de Bouillón convino con los obispos de Lieja y de Verdún la venta por tres mil marcos de plata de una serie de propiedades e hipotecó al primero su castillo de Bouillón. Del mismo modo dispusieron de algunos de sus bienes Raimundo de Tolosa y sus futuros compañeros de armas de Languedoc. Roberto de Normandía no vaciló en hipotecar todas sus tierras al rey de Inglaterra, por diez mil marcos; y así sucesivamente.

Con dinero, los señores importantes se aseguraban todo lo necesario para la campaña. Su ejemplo fue secundado por los feudales menores, que vendían sus derechos (de caza, de juzgado, etc.) e hipotecaban sus bienes inmuebles. Un cierto caballero Achard hipotecó a la abadía de Cluny su castillo de Monmerle por mil *sou* lioneses y cuatro mulas¹². Los documentos confirman que los monjes de Cluny, que en sus sermones censuraban la avidez y el materialismo, en la realidad mostraron mucha diligencia para aumentar las riquezas de sus conventos por cuenta de los cruzados.

El armamento y el equipamiento de las milicias de caballeros eran considerablemente superiores a los de las milicias campesinas y su organización mejor, aunque no con mucho.

Las milicias de los caballeros feudales desde el comienzo de la cruzada no representaban un ejército unido; eran más bien destacamentos separados, casi desvinculados. Cada señor feudal marchaba con sus huestes. No existían jefes superiores ni inferiores, tampoco un mando único ni un plan común de ruta o de acciones militares. Las diferentes milicias, agrupadas de forma espontánea en torno a los feudales más ilustres, variaban su composición con frecuencia, porque los milites pasaban de un jefe a otro en busca de mayores beneficios.

Aun antes de llegar a Constantinopla, esta pandilla ya tenía en su haber robos y saqueos sin cuenta. Los caballeros de Lorena arrasaron toda la Tracia inferior. Los caballeros normandos de Bohemundo de Tarento cometieron terribles abusos contra la población del Epiro, de Macedonia y de Tracia. Actos de bandolerismo no menos salvajes

¹² 1. Le Febvre: Ob. cit., pág. 165.

jalonaban el paso por Dalmacia de los «defensores de la fe cristiana» del conde de Tolosa. Raimundo de Aguillere, cronista de Francia meridional y capellán del conde durante la cruzada, cuenta en su *Historia de los francos que tomaron Jerusalén* que los agricultores de Dalmacia se negaban a venderles nada y a proporcionarles guías, y que al aproximarse los cruzados, los habitantes abandonaban sus pueblos y sacrificaban los animales para que no cayeran en manos de los guerreros que venían de Occidente. Para los habitantes de Eslavonia (Dalmacia), las milicias con la cruz en sus estandartes eran antes que nada bandas de salteadores y violadores. Raimundo de Tolosa, «el más destacado de los cruzados», según el historiador St. Runciman, se hizo tristemente famoso por sus atrocidades contra la población autóctona. En cierta ocasión (cuenta con orgullo su capellán) ordenó sacar los ojos y cortar las manos y los pies a los habitantes de Dalmacia apresados por sus vasallos. En las ciudades de la Tracia cristiana, Ruza y Rodosto, los caballeros del conde Saint Giles, cuenta el mismo cronista, lograron un copioso botín: atacaron la ciudad de Ruza al grito de «¡Tolosa, Tolosa!», y una vez dentro se entregaron a un saqueo desenfrenado. Todo el camino de los cruzados occidentales por la Península Balcánica estuvo acompañado de saqueos y despiadados actos vandálicos. Era sólo el comienzo. La conducta de los «guerreros de Dios» alcanzó su grado máximo de desenfreno más tarde.

Los cruzados y Bizancio

El gobierno bizantino se sintió alarmado con las noticias sobre los «innumerables» ejércitos de los francos, que se dirigían hacia la capital griega. La invasión de los «salvadores» en plan de conquista, podía ser muy peligrosa para Bizancio, dada la superioridad numérica de los cruzados, que no eran menos de cien mil hombres. Por eso Alejo Comneno recibió a los «guerreros de Dios» de manera poco amistosa y sin ninguna confianza. El emperador tomó medidas para que las posesiones bizantinas por donde pasaban las milicias de los feudales occidentales quedaran a salvo del desenfreno y la avidez de los futuros «libertadores de la tierra santa». Los destacamentos de pechenegos, al servicio de Bizancio, recibieron órdenes de hostigar de vez en cuando a los caballeros que se dirigían a la capital bizantina.

Temiendo al ejército de los cruzados y obstaculizando su marcha, Alejo Comneno procuró al mismo tiempo sacar de esos visitantes importunos el mayor provecho para Bizancio. Decidió convencer a los jefes cruzados para que le juraran el vasallaje de todas las tierras que conquistaran. Sencillamente quería conseguir para Bizancio, con ayuda de los caballeros, lo que él no había podido lograr con sus propias

fuerzas: recuperar los territorios que en distintas épocas le habían arrebatado los pueblos orientales en Asia Menor, Siria y otras tierras de Oriente. Para ablandar a los jefes de los cruzados y obligarles a rendirle homenaje, Alejo I les asestó duros golpes por medio de los pechenegos, desde el momento en que los caballeros comenzaron sus excesos en los Balcanes. Varios destacamentos de Raimundo de Tolosa fueron totalmente derrotados por los bizantinos cerca de Rodosto y huyeron, abandonando en el campo de batalla sus armas, botín y equipamiento.

No fue fácil imponer el vasallaje a los caudillos de los cruzados. En el invierno de 1096-1097, cuando el ejército franco-alemán de Godofredo de Bouillón se aproximó a Constantinopla, tuvo un serio conflicto con Bizancio, porque Godofredo se negó a rendir homenaje a Alejo Comneno. Dejando momentáneamente a un lado los métodos diplomáticos, el emperador bizantino recurrió a la presión militar, rodeando el campamento del duque con la caballería pechenega. En el choque armado entre los destacamentos imperiales y los caballeros de Lorena, éstos sufrieron graves pérdidas. Godofredo de Bouillón fue obligado a convertirse en vasallo del emperador bizantino. Después de ese episodio, Alejo Comneno apresuró a trasladar a los caballeros de Lorena a la otra orilla del Bósforo. También procuraba impedir que todas las milicias de los cruzados se congregaran al mismo tiempo en Constantinopla: esa concentración de ejércitos «bárbaros» podía malograr sus propósitos.

El emperador griego, sobre todo, temía la llegada a la capital del ejército de Bohemundo de Tarento, antiguo enemigo de Bizancio, jefe de los normandos de Italia y de Sicilia. Pero precisamente Bohemundo, por lo menos al comienzo, fue el que causó al emperador menos sinsabores. Llegó a Constantinopla a principios de abril de 1097 y, tras una breve reflexión, accedió a convertirse en vasallo de Alejo I. Es evidente que este buscador de riquezas no dio importancia a un juramento que para él no pasaba de puro trámite. El emperador, por su parte, también recelaba de los votos de amistad del astuto normando: Alejo I, a su vez, no se proponía correr con las obligaciones emanantes de su posición de soberano.

A fines de abril de 1097, también cruzó el Bósforo el ejército del príncipe de Tarento con dirección al Asia Menor. Al mismo tiempo aparecieron en Constantinopla las numerosas huestes de Raimundo de Tolosa y luego, uno tras otro, los demás destacamentos de caballeros. Cerca de Constantinopla se concentraron considerables fuerzas de «peregrinos» armados. La capital del Imperio vivía días de zozobra. Los choques entre los griegos y los cruzados eran frecuentes. Para la aristocracia bizantina, los caballeros de Occidente eran unos salvajes. Estos, con su conducta, parecían querer confirmar tal reputación. Su proceder era brutal, provocativo y desafiante. Ana Comne-

no traza en su *Alexiada* una característica muy poco halagadora de los patanes titulados. Los alrededores de Constantinopla eran sometidos al saqueo. Los cruzados, gente sumamente voraz y sin ningún espíritu ascético, robaban los alimentos a la población local.

Mientras tanto, adulando a unos, sobornando a otros, ocultando sus temores y preocupaciones, Alejo Comneno exigía a los jefes cruzados la promesa de devolver a Bizancio todas las ciudades y tierras reconquistadas a los selyúcidas. Muchos se resistían a acceder.

Finalmente, el tacto diplomático bizantino se impuso. Casi todos los caudillos, según la costumbre feudal de Occidente, prestaron juramento a Alejo Comneno, lo que significaba aceptar el vasallaje del emperador griego con respecto a las posesiones que reconquistaran a los «infielos». Este juramento no obligaba a nada. No obstante, algunos se negaron a encubrir con él sus auténticos planes de conquista en Oriente. Uno de ellos era Raimundo de Tolosa, que se negó a someterse al emperador de Constantinopla. El conde de Saint Giles manifestó que había tomado la cruz no para convertirse en un soberano, ni para luchar por los intereses de otros, sino únicamente por Dios, por el cual él había abandonado sus tierras y riquezas. Este feudal de Provenza no era tan astuto como su futuro rival, Bohemundo de Tarento¹³. Bohemundo, por su parte, intentó convencer a Raimundo IV para que rindiera homenaje al emperador. De esta forma el jefe normando quería ganarse la confianza de Alejo Comneno. Su mediación no dio resultado. Por otra parte, con los caballeros provenzales tampoco surtió efecto la táctica, que el emperador utilizara anteriormente contra los caballeros de Lorena, a los que hostigaban las tropas bizantinas. El conde de Tolosa temía que el juramento al emperador le privase de las tierras, que era el aliciente por el que emprendió la expedición a Oriente.

En la primavera de 1097, los ejércitos de caballeros fueron trasladados al Asia Menor. Se inició la larga marcha sobre Jerusalén, que duró más de dos años.

Los cruzados en Asia Menor

La primera batalla con los selyúcidas se libró por la posesión de Nicea, capital del sultán Kilidzh-Arslan. Las fuerzas aliadas de los caballeros se aproximaron a Nicea y le pusieron sitio en mayo de 1097; en junio se inició el asalto general a la ciudad. En él también tomó parte la flota bizantina (las naves fueron arrastradas por tierra

¹³ P. Rousset le presenta tendenciosamente como movido únicamente por una ardiente fe (P. Rousset: Ob. cit., pág. 139).

desde Nicomedia al lago de Ascania, que bañaba a Nicea por el Sudoeste). Ayudaron a los cruzados las fuerzas terrestres enviadas por Alejo I con el aparente propósito de colaborar en el asalto, aunque en realidad era para salvaguardar los intereses bizantinos. La batalla acabó de manera bastante inesperada.

El sitio transcurría de manera favorable para los cruzados. Pero en el momento en que se disponían a asaltar los muros de la ciudad, inesperadamente alguien abrió las puertas, dio paso a las tropas griegas y volvió a cerrarlas delante de los cruzados. Inmediatamente, en las torres de Nicea ondearon las banderas de Bizancio.

Alejo Comneno, que conocía lo que valía el juramento de los cruzados, temía que, tomada Nicea, «los guerreros de Dios» incumplieran lo convenido con Bizancio y a espaldas de los cruzados acordó con los jefes de la guarnición de Nicea la rendición de la ciudad a los griegos, apoderándose de ella alevosamente, según la opinión de los caballeros occidentales. Estos vieron frustradas sus esperanzas de apropiarse en Nicea de un gran botín. Tuvieron que conformarse con cierta cantidad de oro y de plata, que les fue entregada del tesoro bizantino por los daños sufridos. Muy pronto a los cruzados se les presentó la oportunidad de desquitarse de su flamante soberano.

De Nicea, el ejército de los cruzados marchó hacia el Sudoeste. El 1.º de julio de 1097, en un gran combate cerca de Dorilea, las fuerzas de Kilidzh-Arslan sufrieron una gran derrota. Esa nación decidía el resultado de la guerra en Asia Menor; no obstante, el posterior paso por las regiones montañosas, carentes de agua y bajo los terribles calores del verano, se hizo difícil. Además, los selyúcidas tendían emboscadas a cada paso para dificultar el avance del adversario y devastaban muchas regiones, con lo que los caballeros acusaban a veces una aguda falta de viveres y de agua.

Pero el espíritu de conquista se imponía a las dificultades. Los caballeros iban en busca de botín, para resarcirse de lo perdido en Nicea. El oro y la plata cegaban los ojos de los «nobles» «salvadores del santo sepulcro». El brillo de esos metales hacía más llevadero el calor del sol, que extenuaba a los hombres y a las acémilas. En visperas del combate de Dorilea, Bohemundo de Tarento, para elevar el ánimo de sus guerreros, les dirigió una arenga, llamándolos a «mantenerse unidos en la fe cristiana»: «Todos seréis ricos, si hoy Dios nos otorga el triunfo sobre los infieles», dijo el príncipe de Tarento. El aventurero normando sabía perfectamente qué argumentos elevaban la moral de los «guerreros de Dios». Por algo los cronistas latinos, cuando describen el paso de los cruzados por Asia Menor y sus combates con los selyúcidas, siempre enumeran prolijamente el botín que les proporcionaban sus armas. En esas descripciones, el oro y la plata están en primer plano, mientras que «el santo sepulcro» y la liberación de los «hermanos cristianos» aparecen en un segundo plano.

Una vez en Asia Menor, los señores feudales se lanzaron con avidez a conquistar tierras.

Mientras el grueso de las fuerzas marchaba desde Heraclea hacia el Nordeste en dirección a Marash ¹⁴, bordeando la cordillera de Tauro por Cesarea, Comana, Caxon y desde allí por las altas montañas de Anti-Tauro («diabólicas», dicen los cronistas), donde hombres y animales resbalaban en los angostos senderos y caían a los precipicios; los ejércitos acaudillados por Balduino (hermano de Godofredo de Bouillón) y por Tancredo se separaron y viraron bruscamente hacia la Cilicia armenia, en el Sur. Cada caudillo se apresuraba a convertirse en soberano, conquistando tierras y ciudades de ese país.

Dominados por la sed de riquezas, ambos feudales, como aves de rapiña, entraron en septiembre de 1097 en Tars y se enzarzaron en una batalla, disputándose la ciudad. Primero Balduino propuso a Tancredo saquear al alimón a la... población cristiana de Tars. «Juntos entraremos en la ciudad y la saquearemos; y el que pueda tomar más, que lo tome, y el que pueda obtener más, que lo obtenga», así describe un cronista sus propósitos. Esos planes fueron abandonados muy pronto. La ciudad cayó primero en manos del sobrino de Bohemundo de Tarento, luego pasó a poder de Balduino, cuyas tropas, ayudadas por el pirata marítimo Guinimero de Boulogne, expulsaron a Tancredo de la ciudad. Este no se desconcertó y se apoderó de otras ciudades de Cilicia: Adana y Mamecia. Luego, para vengar su afrenta de Tars, atacó a los caballeros de Balduino, pero el combate resultó desfavorable para el «vengador» y algunos de sus milites (Ricardo de Salerno y otros) cayeron prisioneros de Balduino.

Ciertos historiadores contemporáneos hablan de la «concordia» entre los cruzados. Para estos historiadores la primera cruzada fue el resultado de un afán común de los señores y los caballeros de distintos países occidentales ¹⁵ unidos por un sentimiento piadoso. Los acontecimientos iniciales de esa empresa de agresión y rapiña demuestran claramente que no hay razones para ver en la cruzada una manifestación de la unidad del Occidente cristiano frente al Oriente musulmán. Si algo unió a los feudales, no fueron los sentimientos con respecto a las reliquias sagradas, sino el espíritu de rapiña de los cruzados. Tal unidad no podía ser duradera ni sólida. La disputa entre Balduino y Tancredo en Cilicia es cronológicamente la primera muestra de la «unanidad» con que los ávidos «libertadores» de las reliquias cristianas marchaban hacia su objetivo principal.

Las discrepancias con Tancredo obligaron a Balduino a abandonar

¹⁴ Marash era el centro de los dominios del príncipe armenio Filaret Varazhnuni.

¹⁵ P. Rousset, en su «Introducción» a las conferencias sobre las cruzadas leídas en el X Congreso Romano de Historiadores, afirma que la primera cruzada fue una demostración de «fe y de unidad de Occidente» («Relazioni», vol. III, págs. 545-546).

Tars y a reincorporarse apresuradamente al grueso de las tropas que se aproximaban a la fortaleza armenia de Marash. Pero Balduino permaneció allí sólo dos días y se dirigió al Este, hacia el Eufrates. A principios de 1098, Balduino se apoderó de la rica ciudad armenia de Edesa.

Edesa, situada en el camino de la Mesopotamia a Siria, era un importante centro de artesanía y de comercio de caravanas. De gran importancia estratégica, fue conquistada por los selyúcidas en 1087, pero valiéndose de las rencillas entre los príncipes selyúcidas y manibrando entre los selyúcidas y Bizancio, el gobernador armenio de la ciudad, Toros, mantenía una relativa independencia. Toros confiaba en fortalecer su dominio con la ayuda de los cruzados o contrarrestando el poderío de los emires selyúcidas de su entorno. En febrero de 1098 designó heredero a Balduino, que acababa de llegar a Edesa. Poco después, Toros fue muerto en una sublevación, durante la cual una parte de la nobleza armenia que conspiraba contra él entregó el poder a Balduino, esperando convertir a este aventurero en su dócil instrumento. Balduino, pues, se convirtió en señor de Edesa.

En los estudios de historia con frecuencia leemos que los cruzados se entendieron rápidamente con la población armenia, porque los unía en la guerra contra los selyúcidas una religión común. Algunos historiadores presentan a los cruzados como libertadores de los armenios cristianos frente a los turcos musulmanes. R. Grousset, en su *Historia de las Cruzadas* (1948), destaca el talento político del «genial» Balduino, y escribe que todos los armenios recibieron amistosamente a los «francos», sus «libertadores», como si todo el pueblo se hubiera sublevado contra el tirano armenio Toros, y entregado a Balduino el gobierno de Edesa¹⁶. St. Runciman, en su informe al X Congreso Internacional de Historiadores, manifestó que el armenio fue «el único pueblo de la zona de influencia bizantina» que vio en la cruzada una verdadera «guerra santa» y que consideraba a los cruzados dirigidos e inspirados por Dios¹⁷.

En realidad, las cosas fueron muy diferentes. No todos los armenios consideraban a los cruzados «libertadores». La aparición de las milicias cruzadas en los principados armenios de Cilicia y de Siria agudizó la lucha política y social interna. Una parte de la nobleza de Edesa aprovechó el movimiento popular en su propio beneficio, uniéndose a los «francos». Balduino supo utilizar con habilidad las

¹⁶ R. Grousset: Ob. cit., págs. 54 y 60. La presunta alianza de los armenios y de los cruzados la apoya también el soviético G. G. Mikaelián en su «Historia del estado armenio de Cilicia» (Ereván, 1952, págs. 76 y sigs., 92 y sigs.).

«Los armenios de Cilicia —escribe— ayudaban a los cruzados por considerarlos aliados en su lucha contra los musulmanes» (página 93).

¹⁷ St. Runciman: «The Byzantine provincial peoples and the crusade». «Relazioni», vol. III, pág. 624.

rivalidades políticas entre los dirigentes armenios para vincularse a los nobles que conspiraban contra Toros y convertirse en gobernante de Edesa. Los que encontraron «intereses comunes», y por poco tiempo, no fueron los cristianos latinos con los cristianos armenios, sino ciertos representantes de la nobleza feudal de una y otra parte.

Establecido Balduino en Edesa, sus caballeros saquearon a los habitantes de la ciudad sublevados. El mismo se casó con la hija de uno de los notables de Edesa y se lanzó a enriquecerse febrilmente, extorsionando a los habitantes de la ciudad y a los labriegos de los alrededores. Muy poco le preocupaba la suerte de sus «correligionarios armenios»; lo que de verdad tentaba a Balduino y a sus devotos acólitos (que a su llamada acudieron rápidos a Edesa, abandonando la empresa de liberar a Jerusalén), eran las riquezas reunidas en esta ciudad. Según un cronista, Balduino «todos los días repartía numerosos regalos consistentes en besantes de oro, talentos y vasijas de plata», es decir, expoliaba la ciudad descaradamente. Sus acompañantes se apoderaban de tierras, cargos y dinero. Los «correligionarios armenios», oprimidos y humillados por sus «libertadores», se sublevaron en diciembre de 1098 y pidieron ayuda... a los selyúcidas. Los jefes de la sublevación fueron apresados y ejecutados por orden de Balduino, y sus bienes entregados a los caballeros francos. Muchos participantes de los motines fueron recluidos en las cárceles; algunos de ellos, los ricos, recobraron la libertad mediante un enorme rescate (de 20 a 60.000 besantes por persona). El poder de Balduino en Edesa, desde entonces se mantuvo exclusivamente por el terror, con las torturas y martirios a que se sometía a los «aliados» de ayer.

Sobre estos métodos propios de bandoleros se asentó el primer Estado de los cruzados en Oriente: el condado de Edesa.

El cronista armenio Mateo de Edesa describe muy expresivamente cómo se afincaron los feudales occidentales en esta región: «Actos innumerables e inusitados como éste fueron cometidos para obtener riquezas, sometiendo el país al pillaje y condenando a sus habitantes a las torturas más crueles. Sólo pensaban en el mal y eligieron el camino de la maldad.»

El más primitivo afán de bienes materiales dominaba a los jefes y a los caballeros de segunda fila, que también soñaban con tierras y riquezas. Estos verdaderos ánimos de los cruzados no eran secreto para sus adversarios, los selyúcidas, que sabían perfectamente que lo que más atraía a aquéllos eran las riquezas, no importaba de qué clase. Los selyúcidas empleaban un curioso método para convertir a los caballeros capturados a la religión musulmana. Al caballero Reynaldo Porchet le dijeron sin rodeos: «Si lo haces, te daremos lo que quieras, oro y plata, caballos y mulas, y muchas otras joyas, que pudieses.»

Los selyúcidas sabían con quién trataban, y no se equivocaban.

La lucha por Antioquía

Luego de dominar paso a paso Armenia Menor (Cilicia), el grueso de las fuerzas de los cruzados entró en Siria y se aproximó a Antioquía; era el 21 de octubre de 1097. La lucha por Antioquía duró cerca de un año y es pródiga en ejemplos de «asombrosa unidad» de los feudales cruzados y de la manifiesta indiferencia ya revelada en Cilicia hacia las cuestiones religiosas de algunos jefes.

Antioquía era una de las ciudades más importantes del Mediterráneo oriental. En las últimas décadas del siglo X pasó a poder de Bizancio: en 1084-1085 la conquistaron los selyúcidas y en 1087 estaba gobernada por el emir selyúcida Bagui-Zian. Ciudad-fortaleza, las murallas de Antioquía eran tan gruesas que, según los contemporáneos, podían dar paso a una cuadriga; a lo largo de ella había cuatrocientas cincuenta torres y la ciudad por el Suroeste se alzaba sobre montañas abruptas. La conquista de Antioquía, tan importante para el comercio oriental, era empresa muy difícil y muy tentadora para los caballeros occidentales. Iniciaron el sitio con ardor, pero desconocedores de las tácticas de asalto, cometían muchos fallos. En varios meses sólo recogieron reveses. Mientras les llegaban los beneficios celestiales y terrenales, muchos caballeros practicaban un continuo saqueo de los ricos alrededores de Antioquía, sin reparar en las consecuencias futuras. Los sitiados lograban salir de la ciudad, que no estaba bloqueada por el Sur, y fustigar con sus contraataques a los cruzados, impidiéndoles el normal pertrecho de víveres. Llegó el invierno con interminables lluvias. Al comenzar el tercer mes del sitio las provisiones expedicionarias se hallaban casi agotadas. Cuando a las comilonas les sucedió el hambre, muchos cruzados empezaron a desanimarse.

Comenzaron a llegar refuerzos de Occidente. De las costas atlánticas y mediterráneas zarpaban para Antioquía decenas de naves genovesas, flamencas e inglesas: más que de los mercaderes occidentales, la ayuda provenía de los piratas. Por su parte, Bagui-Zian demandó ayuda de otros jefes selyúcidas. El emir Diucak, de Damasco, envió grandes refuerzos que fueron derrotados por el ejército unido de veinte mil hombres capitaneado por Bohemundo y por Roberto de Flandes, que en diciembre de 1097, en búsqueda de provisiones, volvieron a saquear las regiones al Sur de la ciudad sitiada. Algo más tarde fue repetido el ataque del ejército del emir Rydvan de Alepo. Pero la situación de los cruzados se hacía cada día más difícil. Hambrientos, les desmoralizó la noticia de que por el Este marchaba hacia Antioquía un gran ejército de Kerbuga, emir de Mosul.

Los barones cruzados intentaron una alianza con el Egipto fatimita, nueva muestra de que en circunstancias comprometidas para la cruzada los intereses políticos estaban muy por encima de toda consideración religiosa. Pero el visir egipcio Al-Afdal propuso repartir Si-

ria y Palestina; Jerusalén quedaría en poder del Egipto; los jefes cruzados rechazaron esas condiciones.

Bohemundo de Tarento, que hacía tiempo pretendía posesionarse de Antioquía, no «por el bien de toda la cristiandad entera», sino en provecho propio, decidió aprovecharse de la difícil situación. Logró sobornar al jefe selyúcida que custodiaba una torre en la parte occidental de la ciudad, que accedió a abrir las puertas a los caballeros de Bohemundo.

Cuando los «libertadores de los santos lugares», atormentados por el hambre y el temor, parecían totalmente desmoralizados, Bohemundo anunció a los caudillos cruzados que podía acabar rápidamente con Antioquía si se le concedía la ciudad de forma exclusiva. En un principio la insolente propuesta del aventurero normando provocó la protesta de los caudillos. Nadie quería ceder una presa tan tentadora al señor normando; algunos bandoleros cruzados, y entre ellos el conde Raimundo de Tolosa, aspiraban a ser príncipes de Antioquía y le recordaron que había jurado vasallaje a Alejo Comneno. El príncipe de Tarento no pensaba renunciar a sus propósitos, y ante la oposición de otros jefes de la cruzada, hizo como que abandonaba su proyecto. Los mediocres milites, atemorizados por las noticias sobre la aproximación de Kerbuga, finalmente tuvieron que ceder.

Obtenidas todas las garantías (de que Antioquía pasaría a su usufructo exclusivo, una vez salvara a los cruzados de su desesperada situación), Bohemundo pasó inmediatamente a la acción y en la madrugada del 3 de junio de 1098 introdujo su ejército en la ciudad, por una torre que le fue entregada. Al mismo tiempo los cruzados atacaban por distintos sitios. Los selyúcidas fueron tomados por sorpresa; la ciudad pasó a manos de los cruzados. Los vencedores se resarcieron con creces de las calamidades soportadas durante el sitio; degollaron a todos los habitantes no cristianos de Antioquía, saquearon toda la ciudad y consumieron en festines los pocos alimentos que quedaban en la fortaleza tras los siete meses de asedio.

A los pocos días de la conquista de Antioquía por los cruzados, el enorme ejército del emir de Mosul puso cerco a la ciudad y los sitiadores pasaron a ser sitiados. Kerbuga encerró a los cruzados en Antioquía con el propósito de rendirles por hambre. Los sitiados se encontraron en una situación crítica, al punto de que consumían hierba, corteza de los árboles y carroña.

En tales circunstancias, algunos caballeros y señores perdieron todas sus esperanzas de lograr una fortuna fácilmente. Desesperados, los esforzados defensores del «santo sepulcro» huían de Antioquía por decenas y centenares, por separado o en grupos. Generalmente, los desertores se deslizaban por la muralla con cuerdas hasta el mar, para alcanzar en la oscuridad las naves próximas a la costa; por eso se les llamó los «fugitivos de la cuerda».

Algunos de ellos estimaban simplemente que ya no tenían nada que hacer en la cruzada: ya habían saqueado bastante, ¿para qué arriesgar el botín logrado? Entre los guerreros que ya habían colmado su avidez y temían perder lo robado, estaba el conde Esteban de Blois. Este importante feudal francés, de quien en Francia se decía que poseía tantos castillos como días hay en el año, no quedó precisamente arruinado por la campaña. Desde Antioquía escribía a su esposa: «Créeme, querida, que ahora poseo dos veces más oro y plata que cuando me separé de ti.»

Este desinteresado «guerrero de Dios», no queriendo arriesgar el tesoro robado en Oriente mientras rescataba los «santos lugares», se embarcó para su patria. Le secundaron otros salteadores feudales, temerosos de caer en manos de los selyúcidas y perder su botín. Evidentemente, no todos los fugitivos salvaban sus tesoros, la mayoría de esos fervorosos defensores de la fe cristiana sólo pensaban en salvar su vida (entre estos fugitivos se hallaba Pedro el Ermitaño, que en Constantinopla se había incorporado al ejército de caballeros).

El pánico de los cruzados sitiados en la ciudad conquistada por ellos iba en aumento. Muchos consideraban que todo estaba perdido. Algunos, dominados por la exaltación religiosa, se dedicaban a la oración; en otros, las desdichas del sitio de Antioquía causaron un efecto opuesto, de modo que en el ejército sitiado empezó a decaer el fervor religioso que en uno u otro grado tenían los caballeros participantes en la cruzada.

Sería erróneo pensar que en los caballeros no causaban ninguna mella las consignas lanzadas por la Iglesia católica. Para la mayoría de los caballeros, los motivos religiosos estaban presentes hasta en sus reales propósitos de rapiña. En el sentido espiritual, el caballero de aquella época se diferenciaba bien poco de los campesinos. La religión ocupaba en su vida un lugar preferente, pues el catolicismo era antes que nada una expresión de la ideología predominante. Mientras que para el campesino la idea de la liberación del «santo sepulcro» estaba ligada a la libertad y a la tierra, para el codicioso caballero segundón la empresa suponía un sacrificio, en el que hallaban cabida los objetivos religiosos «superiores» y los proyectos terrenales. Es evidente que algunos recurrían a las ideas religiosas para ocultar su objetivo primordial: sus ansias de riquezas y de bienes; otros, sin embargo, y éstos fueron muy numerosos en el ejército de caballeros, observaban la situación sólo desde el prisma religioso.

Tómese también en cuenta que el «fervor» religioso que encubría los afanes terrenales de los cruzados, se manifestaba de forma desigual en los distintos momentos de la expedición. A veces los sentimientos religiosos de la masa de los cruzados cedían para dar paso a los auténticos propósitos de los caballeros; otra vez, a tenor con la marcha de la campaña, de sus triunfos o de sus derrotas, de los éxitos

o de la muerte inminente, los afanes «terrenales» de los participantes de la cruzada parecían desaparecer bajo una sólida capa religiosa; entonces daba la impresión de que para cada cruzado no había objetivo más importante que el de alcanzar los fines espirituales de la campaña.

También debe ser tomado en cuenta que, además de los cruzados-caballeros, en el ejército había muchos campesinos-siervos. No todos los pobres se habían incorporado a las primeras milicias campesinas de Pedro el Ermitaño y de otros caudillos similares. Como sabe el lector, la religión en la vida del campesino atrasado tenía una importancia enorme.

Los padecimientos del ejército de los cruzados en Antioquía influyeron en la parte campesina de la milicia occidental de dos maneras diferentes: por un lado, contribuyeron a desatar hasta el límite los sentimientos religiosos, por otro, contribuyeron a disipar la fe en el «sacro» carácter de la cruzada: ¡si Dios condenaba a tales sufrimientos a los dispuestos a sacrificarse por él, alguna razón tendría! En este clima de profunda exaltación religiosa, unida al hambre en Antioquía, muchos cruzados comenzaron a ver en su imaginación atormentada apariciones «misteriosas»: alucinaciones «milagrosas», sueños «extraordinarios». En todo ello se reflejaba el deseo de hallar una salida a muy reales dificultades, pero la gran masa de cruzados veía en todos esos factores hechos «verídicos» y «proféticos».

Los cronistas no ahorran detalles para describir una serie de «visiones» y de «milagros» de los desdichados conquistadores de Antioquía. A unos se les «aparecían» en sueño los apóstoles; a otros, los guerreros recién muertos en los combates. Todos ellos hacían más o menos lo mismo: pronunciaban largos sermones moralizantes, afeaban la conducta de los que con sus actos se hacían indignos de Dios, insuflaban confianza en la victoria, apoyándose en toda clase de «profecías» místicas, o, finalmente, apuntalaban la deteriorada fe de las masas en el paraíso que esperaba a los caídos en la «guerra santa», con lo que daban ánimos a los predestinados para que aceptaran su suerte.

Algunos eclesiásticos, para caldear aún más la atmósfera religiosa, inspiraban «visiones proféticas» de unos u otros cruzados, y montaban «milagros».

Con frecuencia, los relatos sobre «apariciones» eran dictados por los propios pastores espirituales de las «huestes divinas». Es curioso que tenían apariciones casi exclusivamente los cruzados de fila, caballeros o campesinos. Tal vez se debiera a que los cruzados importantes dormían más tranquilos. Los relatos sobre profecías y apariciones perseguían el propósito de impresionar a la masa de cruzados que sufría hambre en la Antioquía sitiada y, por todo ello, más impresionables: «las visiones» relatadas por un caballero común o por un cam-

pesino inspiraban más confianza que en boca de un señor ilustre.

Esa demagogia religiosa tenía como propósito avivar la llama del fanatismo religioso-bélico en las difíciles circunstancias del sitio. Cuando muchos perdían la fe en la «santidad» de la cruzada y en su resultado victorioso, esa demagogia aglutinaba a la masa de los cruzados, tanto a los milites segundones como a los pobres campesinos, en torno a los jefes; la perspectiva de una felicidad de ultratumba hacía más llevadera la agotadora campaña, animando a los «guerreros de Dios» a proseguir la abyecta empresa inspirada por el papado.

Para mantener vivo el espíritu de la cruzada, fueron inventados también «milagros» que debían mostrar, que las «fuerzas superiores» estaban de parte de la «guerra santa por la fe cristiana». De los «milagros» producidos a voluntad de los siervos terrenales de Dios en la sitiada Antioquía, el más sonado fue el descubrimiento de la «santa lanza». Esta historia que da una idea del engaño empleado por algunos «guías espirituales» de los cruzados la narra con detalle el capellán del conde de Tolosa en la *Historia de los francos que tomaron Jerusalén*, y otros cronistas. Cierta día Pedro Bartolomeo, campesino provenzal, comunicó al conde Raimundo de Tolosa que el apóstol Andrés, que se le había «aparecido» en sueños, le había indicado que la «santa lanza» (según el evangelio, un guerrero romano, en el momento de la ejecución de Cristo, lo traspasó con una lanza) estaba sepultada en la iglesia de San Pedro en Antioquía: si los cruzados lograran apoderarse de ella —así era la voluntad celestial, expresada por el apóstol—, se librarían de todas las «desgracias». Cuenta el cronista que el conde de Tolosa ordenó la búsqueda en el lugar correspondiente, y la reliquia fue hallada: ¡las palabras del apóstol se habían confirmado! Según los cronistas, el acontecimiento desempeñó un papel decisivo en la victoria de los cruzados sobre Kerbuga.

El «milagro» fue preparado de antemano por el conde de Tolosa con hombres de su confianza, entre ellos su capellán Raimundo de Aguilier, autor de las crónicas. Este sacerdote católico no reparó en someter a la «prueba del fuego» a Pedro Bartolomeo para convencer del sentido milagroso de lo ocurrido a los que se resistían a dar crédito al fantástico relato del campesino provenzal y se negaban a ver una relación entre el descubrimiento de la «santa lanza» y la «profecía» del apóstol. Fueron muchos, en efecto, los que dudaron de la veracidad de esa historia: ¡era demasiado evidente el tinglado! Hasta el propio nuncio papal Adhermar de Puy y otros clérigos se mostraron escépticos y Bohemundo de Tarento se burló del amaño urdido por su rival Raimundo de Tolosa. El capellán del conde no vio otra solución que someter a la «prueba del fuego» a Pedro Bartolomeo, «inspirado del cielo» y autor del «hallazgo sagrado», que falleció de las horribles quemaduras recibidas en el tormento.

Con éstos y otros métodos semejantes los caudillos de la cruzada,

eclesiásticos y laicos, levantaban la moral y daban nuevos ánimos a sus hambrientos y desmoralizados guerreros para proseguir la «guerra santa».

Finalmente, los cruzados lograron superar sus dificultades y vencieron al ejército de Kerbuga, numéricamente superior. También esta vez el mérito principal fue de Bohemundo, a quien los otros jefes de muy mala gana encomendaron el mando por dos semanas. Al éxito de los cruzados también contribuyeron mucho las divergencias entre los gobernadores selyúcidas y la enemistad de Mosul con otros principados mulsulmanes. A fines de junio de 1098 el ejército del emir de Mosul fue derrotado por los cruzados, que saquearon por completo el campamento de Kerbuga. Cuenta el cronista que los devotos cristianos «no hicieron ningún daño a las mujeres que encontraron en el campamento aparte de que les traspasaron con las espadas el vientre». Coronada su hazaña de modo tan digno, los cruzados se entregaron al saqueo y a las orgías más salvajes, que organizaban después del «éxito» en las incursiones a los pueblos vecinos. Los cronistas describen las escenas de desenfreno en Antioquía, a las que se entregaban los caballeros de la cruz.

Algunos historiadores describen esas escenas con toda clase de detalles y con los mismos tintes naturalistas con que enumeran los infinitos manjares engullidos por los piadosos peregrinos: «del buey consumían sólo las nalgas y el solomillo, y casi nunca el pecho; de la facilidad con que conseguían el vino y el pan, no merece la pena hablar». Los cruzados se entregaban con tanta pasión a la gula que hasta descuidaban la guardia.

Medio año permanecieron en Antioquía «los guerreros de Dios». El pretexto oficial de la demora fue evitar el insoportable calor. En realidad, la verdadera causa estaba en que tras la conquista de Antioquía comenzaron las divergencias entre los jefes de la cruzada por el gobierno de la ciudad. Los principales pretendientes, Bohemundo de Tarento y Raimundo de Tolosa, se disponían a dirimir sus divergencias con las armas. Pero no se llegó a un conflicto armado. La mayoría de los señores feudales no compartía el criterio del conde de Tolosa, empeñado en que se entregara Antioquía al emperador de Bizancio. Alejo Comneno, cuyo vasallaje se negó a aceptar en su momento Raimundo de Tolosa, tampoco perdía el tiempo. Mientras los cruzados marchaban hacia Siria, Alejo I, valiéndose de la difícil situación de los selyúcidas, atareados en la lucha contra los caballeros occidentales, les arrebató y recuperó para el Imperio numerosas ciudades de la costa del Asia Menor (Esmirna, Efeso, etc.) y algunas regiones en el interior de la península (Frigia). Considerando definitivamente fracasada la causa de la cruzada (los fugitivos de Antioquía traían malas noticias), el gobierno bizantino le retiró su ayuda. Esta política de Bizancio aumentó las posibilidades de Bohemundo frente a Raimun-

do de Tolosa; Antioquía al fin fue entregada al príncipe de Tarento.

Así, en 1098 surgió el segundo importante dominio de los cruzados: el principado de Antioquía. Logrados sus propósitos, el flamante príncipe Bohemundo de Antioquía renunció a proseguir la campaña. ¡Los «santos lugares» ya no interesaban a este cruzado: él había hallado su propia «tierra santa»! ¡Para qué quería más!

Raimundo tampoco se apresuraba a abandonar Antioquía, dispuesto, llegado el momento, a desenmascarar las maquinaciones de su rival. Otros caudillos de la cruzada, enfrascados como estaban en robar y saquear en las zonas próximas a Antioquía, tampoco se apresuraban a marchar hacia el objetivo oficial de la campaña, que era Jerusalén.

El carácter rapaz de la cruzada feudal se manifestaba cada vez más claramente. Tras la toma de un poblado de cierta importancia, los cabecillas del ejército se enzarzaban en disputas por la posesión del mismo. «Cualquier lugar que nos entregaba Dios, provocaba disputas», escribe un cronista. Cada uno procuraba ser el primero en entrar en las aldeas, fortalezas o ciudades selyúcidas. Los feudales más poderosos se llevaban la parte leónina del botín, mientras que a los caballeros segundones y a los campesinos, no les quedaba casi nada.

El cronista Pedro Toudebaude, en su relato sobre la toma de un lugar de Siria, se lamenta: «Muchos de los nuestros, / caballeros /al entrar en la ciudad, no encontraron nada»: todo el botín se lo habían repartido los caudillos. Otro cronista, que relata los hechos de armas del ejército cristiano en Siria («las aldeas, los campos y todo lo demás lo sometíamos a la devastación»), cuenta que cuando las tropas del duque de Bouillón, del conde de Flandes y del conde de Tolosa se unieron para sitiar una fortaleza, estos caudillos cruzados no encontraron mejor distracción que jactarse de las riquezas que cada uno había logrado «en los países de los sarracenos».

La posesión de la fortaleza siria de Maarra, a la cual se dirigieron muy entrado el otoño de 1098 las tropas de Raimundo de Tolosa, provocó una violenta disputa entre los más codiciosos defensores del «santo sepulcro». Bohemundo, para no ceder a su rival la importante fortaleza, fue tras él, de modo que la fortaleza fue tomada por los normandos y por los provenzales. La ciudad sufrió un saqueo despiadado. «El que encontraba en las casas bienes, los tomaba en propiedad», relata impávido el cronista, como si tal conducta de los caballeros de la cruz no estuviera reñida con el mandamiento cristiano de «no matarás». Bohemundo ordenó que todos los habitantes de Maarra se reunieran en un mismo lugar, «con sus mujeres y sus niños»; luego «les quitó todas sus pertenencias, el oro, la plata y las diferentes joyas que llevaban consigo». No menos desaprensivo fue su rival.

Todos estos hechos prueban la falta de unidad en el ejército feudal de Occidente; tampoco servían de elemento aglutinador los «subli-

mes» objetivos de la cruzada. En realidad, era una unión de saqueadores, superficial y precaria, pues se rompía al primer choque de los mezquinos intereses de los ilustres señores.

Contradicciones sociales en el ejército de los cruzados

A medida que transcurría el tiempo, en el ejército de la primera cruzada se revelaban más intensamente las contradicciones de clase. Muchos historiadores burgueses de hoy elogian el movimiento de las cruzadas, sobre todo porque suprimió las diferencias sociales y estableció una completa igualdad entre sus participantes: a nadie le importaba que uno fuera *villano* y el otro *noble*. Y en realidad, ¿para qué necesitaban conocer esa diferencia? «Todos se sentían hijos de la misma religión, hijos del mismo Dios», así expresa ese punto de vista el historiador francés J. Charpentier¹⁸. En realidad, eso dista mucho de la verdad. Por el contrario, la primera cruzada reveló con gran fuerza las contradicciones sociales en el ejército de los cruzados, y la falta de unidad entre los invasores occidentales.

Durante la campaña, no cesó la lucha entre siervos y señores que tanto deseaban atenuar los organizadores de la cruzada, y en particular la Iglesia católica. Esta lucha proseguía, aunque en formas algo distintas, impuestas por las nuevas condiciones de los protagonistas en la campaña de Oriente. No podía ser de otra manera: los objetivos de los campesinos, que en crecido número se hallaban en el ejército feudal, y los objetivos de los señores eran totalmente distintos. De una parte estaba el movimiento de los siervos, cuyo propósito era la liberación; de la otra, el movimiento netamente feudal, la conquista. Aunque los nobles, los caballeros segundones y los pobres marchaban bajo la misma bandera religiosa, carecían de objetivos comunes. Los grandes feudales perseguían sus propios intereses de clase y poco o nada les preocupaba la suerte de los pobres. Los pobres, tanto los campesinos, como los caballeros segundones, que en el curso de la campaña se hallaron en situación bastante similar al campesinado, desde el mismo comienzo de la cruzada no tenían excesiva confianza en sus jefes.

El descontento contra ellos se manifestó ya en Constantinopla, en 1097, al conocerse que los caudillos habían rendido homenaje al emperador bizantino. El autor anónimo de la crónica *Hechos de los francos*, con una posición muy próxima a las masas de los cruzados, recoge en sus anales la gran indignación y el descontento de las masas, cuando se dieron cuenta que las negociaciones con el emperador

¹⁸ J. Charpentier, «L'ordre des Templiers», París, 1945, pág. 14.

estaban reñidas con sus aspiraciones: «¿Por qué los jefes tienen que burlarse siempre de nosotros?», así podrían resumirse las quejas en el ejército durante su permanencia en la capital bizantina.

El descontento creció durante el paso por Asia Menor, cuando los jefes de la cruzada, ocupados en apropiarse de riquezas y de tierras, mostraron una absoluta indiferencia hacia las necesidades de los guerreros simples y pobres. Los grandes feudales se valían de algunos elementos de la masa campesina particularmente aptos para la guerra y se desentendían por completo de los demás. Trataban a esa masa con desprecio. Para ellos los cruzados pobres sólo eran una rémora, que les impedía alcanzar sus objetivos. A veces procuraban quitarse de encima a los pobres. Así ocurrió en Tarso, tomada por Balduino. Poco después de haber sido ocupada esta ciudad por los feudales, llegaron unos trescientos hombres que se habían rezagado en el camino. Escribe Guillermo de Tiro: «Estaban muy cansados de la larga marcha, carecían de alimentos y muchos pedían que les dejaran entrar en la ciudad.» Balduino les prohibió la entrada en Tarso. «En su defensa —prosigue ese cronista— salieron los cruzados villanos que se hallaban en la ciudad, pero tampoco les dejaron entrar... Compadecido de ellos, el pueblo bajaba desde las murallas de la ciudad canastas de pan y odres de vino... De noche todos fueron degollados por los turcos.» Este manifiesto desprecio de los jefes hacia la masa de los cruzados, motivó una revuelta de los villanos que se encontraban en Tarso, indignados por la suerte de los pobres cruelmente abandonados por orden de Balduino y de otros jefes feudales. Esa revuelta adquirió gran envergadura y se convirtió en una acción armada contra los caudillos feudales. En las crónicas de Guillermo de Tiro leemos: «El pueblo, compadecido de los que perecieron en la noche, tomó las armas contra Balduino y otros jefes, considerándolos culpables de la muerte de sus compañeros... Si los jefes no se hubiesen refugiado en las torres, el pueblo habría vengado en ellos la muerte de sus hermanos.» Cabe pensar también que en la suerte de los trescientos cruzados villanos, abandonados a una muerte segura por Balduino, los guerreros de fila vieron lo que les podía ocurrir a ellos mismos en un futuro inmediato.

Las dificultades de la campaña ahondaron aún más el abismo entre los pobres y los ilustres. Los cruzados importantes, como Esteban de Blois, habían acrecentado sus riquezas explotando en provecho propio las dificultades de la masa de los cruzados. De igual modo, los allegados a Raimundo de Tolosa mataban clandestinamente caballos y vendían la carne a sus «hermanos en la fe» a precios abusivos. GuiBERTO de Nogent al referirse a las enormes riquezas hechas por un jefe de la cruzada en el curso de la campaña escribe: «Los lingotes y las monedas de oro formaban montones en sus tiendas, como simples hortalizas en las chozas de los campesinos.»

En ese mismo tiempo, en cambio, numerosos caballeros menores se empobrecieron en el camino, particularmente en la época de miseria soportada en Antioquía, sitiada por Kerbuga. Pero nadie lo pasó peor que los pobres labriegos que, acompañados de sus familias, se incorporaron por millares a los ejércitos de caballeros y entre los que había numerosos ancianos, inválidos y mujeres. Todos ellos perdieron en la campaña lo último que tenían. Narra Guiberto de Nogent que «iban andrajosos, descalzos, sin armas ni dinero, alimentándose con lo que encontraban». El contraste entre la misera y harapienta masa de pobres y la de los nobles caballeros feudales se hizo más patente en el transcurso de la cruzada. Todo ello hacía las relaciones en el ejército cruzado entre elementos tan dispares por su situación y su origen social cada vez más tensas. Tales circunstancias influían por fuerza en la misma organización de los cruzados. Determinadas milicias de los pobres, particularmente hostiles a los feudales, procuraban separarse del resto de las tropas. Guiberto de Nogent dice que «el pueblo descalzo» marchaba «delante de todos». Esas milicias de los pobres fueron reunidas en destacamentos especiales, cuyos miembros en algunos documentos históricos reciben el nombre de *tafures*. De los *tafures* dice muchas cosas curiosas el *Canto a Antioquía* poema épico del siglo XII. Que los *tafures* fueron los cruzados más pobres, lo demuestran sus armamentos: garrotes, cuchillos, mazas de piedra y demás «armas improvisadas»¹⁹.

También lo confirman según el *Canto a Antioquía*, el consejo de Pedro el Emitaño a los *tafures* de cómo deberían de buscarse el sustento: les aconsejaba satisfacer el hambre, alimentándose con los cadáveres de los selyúcidas: «cocidos y salados, serán muy sabrosos». Muestra de que los *tafures* integraban destacamentos propios era que sólo obedecían a su propio jefe, electo por ellos mismos. Los *tafures* no ocultaban su hostilidad hacia los caballeros y los nobles. Guiberto de Nogent cuenta cómo el «rey de los *tafures*» pasaba revista a su «ejército»: si encontraba en podre de algún *tafur* dinero u objetos que valieran más de dos soldes, éste era apartado inmediatamente y se le ordenaba comprar las armas e incorporarse a los armados. En cambio, los «que habían hecho de su pobreza virtud y nada poseían», quedaban en sus filas. Son detalles muy reveladores: los cruzados pobres no toleraban en sus filas a nadie que por su situación material se aproximase lejanamente a las capas inferiores de los feudales: le expulsaban y enviaban junto con los caballeros. Parecían intuir que se trataba de un potencial enemigo de clase. No en vano los feudales de la cruzada temían a los *tafures*, pese a estar éstos arma-

¹⁹ W. Porges: «The clergy, the poor and the non-combattants in the first crusade». «Speculum», t. XXI, núm. 1, 1946, pág. 12.

dos tan primitivamente. El *Canto a Antioquía* alude a los jefes de las milicias de caballeros que se aproximaban a los *tafures* sólo después de haber tomado todas las precauciones.

«El pueblo descalzo y andrajoso» no era muy partidario del amor cristiano hacia los señores feudales. En los momentos críticos de la campaña, cuando las contradicciones sociales se agudizaban al máximo y la diferencia de objetivos ahondaba la división del ejército cruzado, la hostilidad clasista entre los pobres y los feudales se manifestaba abiertamente.

Así ocurrió en Antioquía, y luego, a fines de 1098, en Maarra. Era tan manifiesto el afán de acaparar de los jefes feudales, y sus pugnas por cada palmo de tierra tan constantes, que deslucieron por completo los supuestos fines piadosos de la empresa. Por el contrario, el deseo de libertad de los pobres, causa principal de su participación en la campaña, con frecuencia se formulaba por medio de un ideal religioso: la liberación de Jerusalén del poder de los «infieles»— lema lanzado por el Papa—, era para la enorme mayoría de los cruzados el objetivo que prometía «una vida mejor en la tierra de promisión».

El conflicto entre Bohemundo de Tarento y Raimundo de Tolosa, originado por la posesión de Antioquía, retrasó la marcha de la cruzada por varios meses y provocó un fuerte descontento entre los cruzados pobres, que exigían la continuación del avance. Según un cronista, los pobres sólo tenían un deseo: llegar lo más rápidamente al «santo sepulcro». Es evidente que la diferencia no consistía tanto en el espíritu religioso «del pueblo descalzo», como en que los planes de conquista de los caudillos estaban reñidos con los ánimos antif feudales de las masas, que se expresaban a través de un espíritu religioso.

El descontento del ejército contra los caudillos surgido en Antioquía, fue en aumento y amenazó con convertirse en una revuelta más grave que la de Tarso. «Los jefes frenan nuestra marcha a Jerusalén—decían los descontentos—. Elijamos a un hombre valeroso, que con ayuda de Dios nos lleve al santo sepulcro.» Las protestas arreciaban. Un cronista escribía sobre la determinación de los cruzados de fila en Antioquía: «El que quiera que se apodere del oro del emperador y de las riquezas de Antioquía; nosotros queremos ir adelante guiados por Dios. Muera el que quiera quedarse en Antioquía. Si siguen las discusiones / por poseer Antioquía / destruiremos la ciudad... Así quedara restablecida la concordia entre los jefes.»

Al analizar los acontecimientos ocurridos en Antioquía, el historiador alemán H. Siebel hace una observación muy característica: en ese movimiento en favor de continuar la marcha hacia Jerusalén «vemos en toda su fuerza a los elementos rebeldes» que participaron en la empresa de Walter el Desnudo y de Pedro el Ermitaño. Efectivamente, cuando los cruzados pobres dijeron que seguirían adelante guiados por Dios, ¿acaso no expresaban, bajo el aspecto religioso, su

protesta contra el mando feudal, y por tanto, contra los objetivos feudales de la cruzada, ajenos a los pobres?

La fuerza de esta protesta intimidó a Raimundo de Tolosa, que temiendo una sublevación popular, ordenó la salida de Antioquía hacia Maarra. Las nuevas rencillas entre los jefes en el invierno de 1098-1099 por la posesión de esta ciudad, provocaron la enérgica protesta de los cruzados de Francia meridional. Las crónicas de Raimundo de Aguillier describen así la indignación ante las querellas de los señores: «Disputas por Antioquía y disputas por Maarra; disputas por todas las ciudades que Dios pone en nuestras manos, querellas entre los jefes...» Cuenta el cronista que los sanos y los enfermos, los jóvenes y los viejos y hasta los enclenques y los inválidos, apoyándose en sus muletas, se apresuraron a dar rienda suelta a su ira: destruyeron todos los muros, las torres y las fortificaciones de Maarra hasta los cimientos, para que nada pudiera provocar las querellas de los caudillos.

Los pobres habían abandonado sus hogares, habían renunciado a todo, no para que Bohemundo se hiciera dueño y señor de Antioquía ni Raimundo de Maarra. Esos actos espontáneos de los cruzados de fila fueron la máxima expresión de su protesta contra la codicia de los grandes feudales. Raimundo de Tolosa tuvo que renunciar a castigar a los «rebeldes». Manifestó que ese ardiente deseo de dirigirse a Jerusalén había sido inspirado al pueblo por los cielos; a mediados de enero de 1099 fue dada la orden de abandonar Maarra.

Así, pues, la resistencia de las masas obligó a los jefes a emprender el camino de Jerusalén. Los campesinos marchaban obstinadamente adelante, guiados por la esperanza de alcanzar el «paraíso terrenal» prometido por el Papa en Clermont.

La toma de Jerusalén. Creación de los estados de los cruzados

Procurando adelantarse unos a otros, los cruzados literalmente corrían en muchedumbre hacia Jerusalén. La cruzada llegaba a su fin.

En esos momentos, los planes de conquista de los feudales adquirieron su más acabada expresión. Después de la toma de Ramlah, entre los jefes cruzados se oyeron voces de que había que abandonar el camino de Jerusalén y dirigirse «hacia Egipto y Babilonia»: «Si con ayuda de Dios vencemos al rey egipcio, tomaremos no sólo Jerusalén sino también Alejandría, Babilonia y muchos reinos», tales eran los fantásticos proyectos —según el cronista— de algunos codiciosos jefes del ejército, que, ensoberbecidos por los éxitos, ya no pensaban en las reliquias cristianas de Jerusalén ni en la «ayuda a los hermanos cristianos», nada más que en los «numerosos reinos» y en la posibi-

lidad de conquistarlos. Esos proyectos quedaron en lo que eran: en el fruto de la excitada imaginación de los agresores.

Los cruzados sitiaron Jerusalén, que poco antes, en 1098 Egipto había arrebatado a los selyúcidas. Los genoveses descargaron en el puerto de Jafa harina, vino y madera para la construcción de torres de asalto. El 15 de julio de 1099, después de un cruento ataque, fue tomada Jerusalén.

El saqueo total de la ciudad conquistada dejó corto el despojo de Antioquía. Los desmanes y la codicia de los cruzados no tenían límites. Los caballeros irrumpieron en la mezquita del califa Omar en busca de tesoros, de los que habían oído hablar. Simultáneamente procedieron al degüello de los musulmanes, y de paso, de los judíos. Un cronista, que indudablemente exagera para hacer más impresionante su relato, cuenta que la sangre dentro de la mezquita de Omar, «llegaba hasta las rodillas de un caballero a caballo y hasta las quijadas del caballo». Los primeros en penetrar allí fueron Tancredo y Godofredo de Bouillón, que se apoderaron de los tesoros más valiosos. Al saqueo le sucedían las oraciones en honor al «santo sepulcro», a éstas el pillaje y los crímenes. Mataban a hombres, a mujeres, a niños, que estrellaban contra las piedras. «Después de una gran sangría —cuenta el cronista Foulcher de Châtre— los cruzados entraron en las casas de los habitantes, y se llevaron todo lo que encontraron en ellas. Quedó establecido que el primero que entraba en una casa, fuese rico o pobre, pasaba a ser dueño absoluto de la casa o del palacio y de todo lo que hubiese en ellos.»

A tal punto llegó la codicia de los guerreros de la cruz, que «abrían el vientre a los muertos para extraer las monedas de oro que las víctimas en vida se tragaban para conservarlas... Con igual propósito ellos / los caballeros / en unos días apilaron los cadáveres y los quemaron, reduciéndolos a cenizas para poder encontrar mejor dicho oro», escribe el mismo autor.

El verdadero carácter de los cruzados feudales, «libertadores del santo sepulcro», se reveló en la toma de Jerusalén con toda claridad. E. Gibbon, historiador inglés de fines del siglo XVIII, en su *Historia de la decadencia y la destrucción del Imperio Romano*, califica a los cruzados feudales de «bandidos, incendiarios y asesinos», que ante todo buscaban «con la espada ricas y prestigiosas propiedades». Exactamente, el proceder de los cruzados en Jerusalén, escribía Carlos Marx, «provocó la ira de toda la población musulmana de Oriente»²⁰.

El rescate de Jerusalén de las manos «infieles» fue sólo el aspecto oficial del programa de la cruzada, planeada por el papado. Pero una vez puesto el programa en práctica, se manifestaron los auténticos

²⁰ C. Marx: «Apuntes cronológicos». «Arjiv Marksa i Engelsa», t. V, pág. 125.

intereses de los participantes en la campaña, lo que dio lugar a graves divergencias entre los jefes eclesiásticos y laicos de los cruzados.

Los jerarcas de la Iglesia insistían en hacer de Jerusalén un Estado religioso gobernado por el patriarca. El Papa delegó a Jerusalén al ambicioso Daimberto, arzobispo de Pisa. Este celoso partidario de Urbano II (que falleció sin conocer la toma de Jerusalén) recababa el poder para los eclesiásticos. El nuevo Papa, Pascasio II, recordó a los caudillos de la cruzada que la legítima promotora de la empresa era la Iglesia católica, por lo que debería ser debidamente recompensada.

Los príncipes, en cambio, reclamaban Jerusalén para uno de ellos. Se desataron las pasiones y las divergencias estaban a punto de desembocar en una verdadera guerra civil. Por fin, los caudillos hallaron una fórmula conciliatoria. La ciudad fue entregada oficialmente al legado del Papa, patriarca Daimberto, y entre los príncipes fue elegido el auténtico señor de Jerusalén, Godofredo de Bouillón, que recibió el sonoro título de «defensor del santo sepulcro». Godofredo juró vasallaje al patriarca: ¡para qué ponerse a malas con la Iglesia por una formalidad! De todos modos la Iglesia, aunque aspiraba al dominio total de Jerusalén, no contaba con efectivos para ello.

Las pretensiones de la sede apostólica de controlar Jerusalén, a miles de kilómetros de Roma, no convencían a los caballeros ni a sus caudillos.

Algún tiempo después se vio que los señores no se mostraban dispuestos a compartir con el Papa sus nuevas posesiones. Balduino de Edesa, tras el fallecimiento del «defensor del santo sepulcro», heredó Jerusalén; con el título de Balduino I, rey de Jerusalén (1100-1118), se mostró más contundente y despreció las pretensiones eclesiásticas sobre la ciudad.

Una vez afincados en Jerusalén, los cruzados prosiguieron sus conquistas en el interior de Palestina y de Siria. Entretanto, las fuerzas de los «guerreros de Dios» mermaban considerablemente. A Jerusalén llegaron no más de 40.000 hombres. La mitad consideró cumplida su misión y se apresuró a retornar a Europa: Roberto de Normandía y Roberto de Flandes, y muchos otros caballeros, querían gastar en sus países, en placeres, el rico botín; los pobres, porque en su mayoría no tenían otra solución. Quedaron los que querían arraigar en «tierra santa» (no más de 20.000, de los que sólo unos centenares pertenecían a la nobleza), que continuaron la conquista.

Con el apoyo de las flotas de Venecia y Génova, en los años posteriores a la toma de Jerusalén, los cruzados se apoderaron de todo el Mediterráneo oriental. Tomaron una tras otra las importantes ciudades portuarias de Haifa, Arsur, Cesarea, San Juan de Acre, Trípoli, Sidón, Beirut y, finalmente, en 1124, Tiro, después de un largo asedio.

Poco a poco surgían los estados de los cruzados. Los más impor-

tantes fueron el condado de Edesa, el condado de Trípoli y el principado de Antioquía, todos en el norte, y el reino de Jerusalén en el sur. En cada uno se establecieron como gobernantes los principales caudillos cruzados: Balduino, en Edesa (al ser nombrado rey de Jerusalén, Edesa pasó a sus herederos); Bohemundo, en Antioquía, desde donde procuraba ensancharse peleando contra sus vecinos²¹; el condado de Trípoli fue heredado por los descendientes de Raimundo de Tolosa (que falleció en el sitio de la ciudad en 1105); el trono de Jerusalén fue retenido por los parientes de Godofredo de Bouillon, que constituyeron la dinastía Ardeno-Anjou²².

Así, pues, a comienzos del siglo XII los feudales occidentales, valiéndose de la cruzada, intentaron establecer su dominio sobre las ricas tierras de Siria y de Palestina.

Los cruzados triunfaron en Oriente. Sus triunfos no se debieron a que sus ideales religiosos les confirieran fuerza excepcional o valor sobrenatural en la lucha contra los «infielos», ni porque su organización militar era superior a la del adversario; tampoco a su capacidad, sino a la desorganización del mundo musulmán, disperso en un gran número de pequeños estados, lo que facilitó la empresa del «ejército cristiano».

El gran balance práctico de la primera cruzada —la conquista del Mediterráneo oriental— satisfacía en primer término los ávidos intereses de un grupo de codiciosos feudales, eclesiásticos y laicos. Mas por ello los pueblos de Occidente pagaron un precio muy elevado. Las masas populares de Francia, Alemania, Italia y otros países de Europa occidental sufrieron cuantiosas pérdidas. También los caballeros tuvieron grandes bajas. En 1096 el número de caídos se contaba por decenas de miles. Otras decenas de miles cayeron en los combates «por la fe» —en realidad por los intereses de los grandes feudales de Occidente— en la «gran» cruzada de 1096-1099. En ella participaron cerca de 100.000 hombres, que en su mayoría no pertenecían a la clase feudal. El investigador norteamericano W. Porges calculó que los guerreros feudales sumaban menos de la sexta parte de los cruzados. Para el historiador francés J. Richard, los feudales no rebasaban la mitad de todos los participantes en la campaña²³. El resto (con

²¹ En 1101, Bohemundo fue hecho prisionero por un emir selyúcida; se liberó con muchas dificultades y en 1107 se dirigió a Europa, donde, ayudado por Pascasio II, empezó a reunir fuerzas para una nueva cruzada contra... Bizancio, que no renunciaba a sus intentos de recuperar Antioquía. Bohemundo no logró sus planes y fue derrotado por los griegos en Durazzo y terminó sus días en Italia.

²² Balduino II (1118-1131) casó a su hija con un notable feudal francés, el conde Folco de Anjou, quien posteriormente ocupó el trono de Jerusalén; de ahí la denominación de la dinastía Ardeno-Anjou.

²³ W. Porges: *Ob. cit.*, pág. 3; J. Richard: «Le royaume latin de Jérusalem», París, 1953, pág. 23.

excepción del clero) lo constituían los pobres, en su mayoría campesinos, que iban a tierras ignotas en busca de mejor destino. Sólo una mínima parte llegó a Jerusalén; la mayoría pereció en los combates o murió de hambre y de las epidemias.

En el año 1100 surge una nueva oleada. La noticia de la toma de Jerusalén causó en Occidente un enorme impacto. Los historiadores lo comparan a veces con los posteriores grandes descubrimientos geográficos, cuando las noticias sobre las riquezas del Nuevo Mundo conmocionaron a Europa y animaron las expediciones españolas a México y a Perú. Los relatos de los cruzados que regresaban de Siria y Palestina sobre las fabulosas riquezas logradas en Oriente provocaron la codicia y las esperanzas de muchos que habían permanecido al margen del movimiento. En 1100 desde Lombardía, Borgoña, Champaña y Alemania nuevos contingentes humanos emprendieron la ruta del Oriente; no eran «guerreros» dispuestos a combatir a los «infieles», sino buscadores de fortuna²⁴. Según la historiografía moderna, los lombardos sumaban entre los 50 y los 160.000; en los ejércitos de Borgoña y de Alemania, sólo los campesinos eran 15 y 60.000 respectivamente. En esta segunda oleada de la cruzada participaron cerca de 200.000 personas, una enorme masa humana que pereció en su gran mayoría en Asia Menor, en el verano de 1101.

Esas fueron las pérdidas humanas aproximadas de la primera cruzada. Ese fue el gigantesco «holocausto» de los pueblos de Occidente, organizado por el papado, la Iglesia católica y los grandes feudales, movidos por la avidez.

¿Qué dieron a cambio los «libertadores» occidentales a la población de los países dominados? ¿Qué orden establecieron en sus estados de Siria y de Palestina?

Los estados francos en Oriente

Una vez se repartieron las nuevas posesiones, los feudales occidentales impusieron en ellas, en lo fundamental, el sistema político y social del país al que pertenecía la mayoría: de Francia. Aunque también tuvieron que aceptar ciertas particularidades económicas y sociales existentes en las regiones conquistadas.

La base esencial de los estados cruzados (en Oriente denominados «francos») estaba constituida por campesinos. Una pequeña parte de ellos eran los que habían alcanzado «la tierra santa». Su situación era mejor que la anterior, pero muy pronto los feudales comenzaron a recortarles los privilegios adquiridos, hasta convertir a sus «herma-

²⁴ H. Prutz: «Kulturgeschichte der Kreuzzüge», Berlín, 1883, pág. 99

nos» europeos en siervos. Sólo la existencia efímera de los Estados de los cruzados salvó a los campesinos francos de la esclavitud plena.

Los campesinos francos eran una insignificante minoría dentro de la población local, étnicamente muy heterogénea. Habitaban allí griegos, sirios, árabes, judíos y gente de otras nacionalidades. Hablaban distintos idiomas, tenían distintas religiones: los árabes eran musulmanes; los sirios, los griegos y los armenios eran cristianos. Como es notorio, los cruzados emprendieron la guerra para «liberar» del yugo musulmán a sus «hermanos en la fe». Todas esas palabras altisonantes fueron olvidadas cuando los nuevos dueños se afincaron en las tierras conquistadas. Los agricultores, tanto los musulmanes como los cristianos, que antes de la cruzada eran libres, fueron convertidos en siervos de los feudales recién llegados. Los conquistadores cruzados aniquilaron las últimas libertades individuales de la población campesina de las regiones invadidas. La situación económica y legal de los agricultores y ganaderos, viticultores y fruticultores de Siria y Palestina empeoró bruscamente. Todos ellos, musulmanes y cristianos, debían de trabajar para sus nuevos señores, los francos, con mayor intensidad que para los anteriores: bizantinos, árabes o selyúcidas.

Los siervos fueron sometidos a la más despiadada opresión y explotación. Sus tierras fueron consideradas propiedad de los conquistadores, y ellos personalmente adscritos a la tierra: cambiaban de dueño junto con ella (a veces por separado).

Los siervos gemían bajo el peso de las más diversas contribuciones de sus señores y de los impuestos estatales. En los estados de los cruzados la prestación personal fue limitada, como regla, debido a que la escasez de mano de obra (la población de Siria y Palestina disminuyó notablemente por causa de las guerras de los cruzados) hacía más ventajoso para el señor cobrar en especie las cargas sobre los fundos, en lugar de obligar al campesino a trabajar la tierra del señor. La prestación personal se practicaba de forma más o menos amplia sólo en plantaciones de caña de azúcar, como en las propiedades de los reyes de Jerusalén, por ejemplo. En este caso, según estableció el profesor J. Prawer, de la Universidad de Jerusalén, los campesinos estaban obligados a trabajar la tierra del señor de cuatro a seis días al mes²⁵. En los demás casos, la prestación personal se hacía algunos días al año.

Por el contrario, eran extremadamente onerosas tanto para los «hermanos» cristianos como para los «infiel»es sarracenos (como denominaban a los árabes los conquistadores) las contribuciones en especie y otros pagos. Todas estas cargas eran tanto más pesadas que su cuantía no era permanente y dependía del antojo del señor —señala

²⁵ J. Prawer: «Etudes de quelques problèmes agraires et sociaux d'une seigneurie croisée au XIII siècle». «Byzantion», t. XXIII, 1953, pág. 165.

el historiador Cl. Cahen—, contra el cual el villano no tenía ninguna protección ²⁶. Sobre la cuantía de esas contribuciones hay datos breves, aunque bastante reveladores, en la descripción que hizo del sistema reinante en los estados de los cruzados el viajero musulmán Ibn-Dzhubayr, que visitó los estados francos en 1184. Según esos datos, los señores cobraban a los siervos entre un tercio y la mitad de la cosecha total. También se entregaba al señor una parte de la cosecha de frutas, de aceitunas y hasta la mitad de la cosecha de uvas.

Existían asimismo distintos impuestos estatales: sobre la persona (semejante al «jarach» musulmán), sobre los árboles frutales, sobre la venta de productos en los mercados populares, etc.

Además los siervos carecían de todos los derechos y en eso, como en todas sus relaciones con los habitantes de las regiones conquistadas, los señores occidentales no establecían diferencias religiosas. El trato a los cristianos no era mejor que a los «infieles».

Todo eso es otra muestra del verdadero significado de la consigna sobre la liberación de «los hermanos en la fe», lanzada por los organizadores de la cruzada: en realidad, los cruzados impusieron a los campesinos de Siria y Palestina un yugo más pesado.

Estos hechos, en mayor o menor grado, los conocen hace tiempo los historiadores burgueses. Lamentablemente, numerosos autores contemporáneos exponen la situación de los campesinos en los estados francos de forma inexacta, intentando demostrar al lector que la conquista de Siria y Palestina por los cruzados fue muy beneficiosa para la situación de la población sometida o, cuando menos, ésta no cambió sustancialmente. Tal es el punto de vista de R. Grousset, para el cual los feudales de Occidente llevaron a Oriente «orden y justicia» ²⁷. Su opinión es compartida por el historiador inglés R. C. Smail ²⁸, mientras que en los últimos años este punto de vista es defendido por el historiador francés J. Richard, que en su libro *El reino latino de Jerusalén* advierte al lector que «no debe ver en los indígenas a una masa trabajadora y artesana oprimida y sin derechos: según él, «los francos les aseguraron una vida material llevadera, respetaron las tradiciones locales», etc. ²⁹. También otros investigadores (como la norteamericana M. E. Nickerson) ³⁰ afirman que tanto la clase dominante como la población laboriosa dominada mantenían en Oriente una unión armoniosa, y que las innovaciones de los cruzados

²⁶ Cl. Cahen: «Notes sur l'histoire des croisades et de l'Orient latin». «Bulletin de la faculté des lettres de l'Université de Strasbourg», 1959, núm. 7, pág. 299.

²⁷ R. Grousset: «L'empire du Levant». París, 1946, pág. 318.

²⁸ R. C. Smail: «Crusaders castles of the twelfth century». «Cambridge historical journal», 1951, vol. X, núm. 2.

²⁹ J. Richard: Ob. cit., pág. 126.

³⁰ M. E. Nickerson: «The seigneurie of Beirut in the twelfth century and the prise-barre family of Beirut-Blanchegarde». «Byzantion», t. XIX, 1949.

conquistadores no afectaron a los campesinos. J. Prawer habla de «relaciones casi patriarcales» entre los señores feudales francos y sus campesinos, aunque reconoce que «después de pagar las contribuciones al señor, al campesino le quedaba una cantidad tan pequeña que apenas le llegaba para alimentar a su familia y para la siembra»³¹.

En realidad, la vida social en los estados de los cruzados distaba mucho del idilio dibujado por estos historiadores para rehabilitar a los cruzados y justificar, de paso, las cruzadas³².

Los villanos, sirios, griegos, árabes, odiaban a sus «benefactores» extranjeros y con frecuencia les ofrecían tenaz resistencia. Toda la historia de los estados francos en Siria y Palestina es de una lucha permanente de los campesinos autóctonos contra los amos occidentales. Muchos cronistas y escritores de los siglos XII y XIII, occidentales (latinos) y orientales (árabes, sirios, armenios), hablan, aunque muy escuetamente, de revueltas de los trabajadores.

Fulcher de Chârtre escribe que la población campesina del reino de Jerusalén apoyaba a los países de Egipto y Siria en sus guerras contra los francos. Con frecuencia, las derrotas de los feudales en sus guerras contra los selyúcidas o con Egipto impulsaban las grandes revueltas campesinas. En 1113, después de la derrota de los caballeros frente a los egipcios en Sin al Nabr, los campesinos de la región de Samaria invadieron y saquearon Naplus, una de las más importantes ciudades del reino de Jerusalén (J. Richard califica de «jacquería» esos acontecimientos de 1113)³³. Hechos análogos se registraron algunas décadas más tarde, en 1187, coincidiendo con la derrota que el sultán egipcio Salaj-ad-Din (Saladino) infringió a las fuerzas del reino de Jerusalén: el cronista árabe Al-Imad cuenta que los sirios salieron en apoyo de Salaj-ad-Din.

En 1125 estalló una gran revuelta campesina en las ciudades de Beirut y Sidón. En estas regiones los caballeros francos imponían su dominio con grandes dificultades. Fulcher de Chârtre informa escuetamente que «los labriegos sarracenos no querían pagar las contribuciones». El señor de Beirut, Gautier I, recurrió a la fuerza para someter a los campesinos. El rey de Jerusalén también acudió en su ayuda. Fue construida la fortaleza de Mont Glavier, que debería servir a

³¹ J. Prawer: Ob. cit., pág. 151.

³² El escritor norteamericano C. Rexrot acusa a Grousset de «chovinista»: «Cuando lees sus primeras palabras sobre el papel civilizador de las cruzadas, te parece haber olvidado el idioma francés y que confundes el sujeto con el complemento». («The Nation», 10 de septiembre 1955, pág. 226). C. Cahen, en su crítica del libro de Richard, considera un defecto la apología de la Cruzada: según el profesor de Estrasburgo, la idea de la misión colonizadora (como define la apología que algunos historiadores hacen de las cruzadas) en el libro de Richard asoma a veces «las orejas» («Revue historique», t. CCXIV, núm. 1, 1955, pág. 113).

³³ J. Richard: Ob. cit., pág. 123.

Gautier I en su lucha contra los campesinos sublevados como punto de apoyo y de protección. En 1131 estalló una revuelta en el condado de Trípoli y en ella pereció Poncio de Trípoli; de ello encontramos noticia en Guillermo de Tiro. El cronista que continuó los anales de éste en el siglo XIII, registra otra sublevación en Trípoli, en 1226, cuando «los villanos mataban de noche a los caballeros francos».

Muchos datos indirectos confirman la tenacidad de la resistencia de los campesinos, convertidos en siervos frente a sus «señores protectores»; así lo muestra la negativa a recoger las cosechas y los asesinatos de feudales. No por casualidad el rey de Jerusalén, Balduino II, en su Código penal (*L'établissement de Baudouin de Bourg*), previó medidas especiales para los casos de sublevación de los villanos contra su señor. Si algún vasallo de ese señor prestaba apoyo a sus villanos sublevados³⁴, el Código otorgaba al señor el derecho a requisar sus bienes. Esta reglamentación se conservó también en los documentos posteriores al reino de Jerusalén. Las *Asises de Jerusalén* establecen el derecho del señor a perseguir y recuperar por la fuerza a los villanos fugados. La fuga de villanos era frecuente. A veces éstos formaban destacamentos de bandidos que recorrían el país y asaltaban a los odiados francos. El cronista sirio Ernoul cuenta que el juez (bally) de una de las ciudades «ordenó apresar y ahorcar a muchos bandidos y asesinos». La población local consideraba a todos los peregrinos llegados de Occidente conquistadores; por eso los peregrinos encontraban numerosas dificultades, principalmente por parte de los campesinos musulmanes. En 1113 la «tierra santa» fue visitada por Daniel, superior de un convento ruso. A muchos «lugares sagrados», señala en sus apuntes, no podían llegar «los que iban allí en pequeño número»: «a causa de los infieles», «porque son muchos los sarracenos que andan por esas tierras y matan en las montañas y en lugares desiertos y terribles». El mismo Daniel pudo realizar con éxito su viaje por Galilea unido a las tropas del rey Balduino I, que se dirigían a la guerra contra Damasco. Daniel escribe: el príncipe «me incorporó al número de sus caballeros» y de «este modo atravesamos aquellos terribles parajes con el ejército del príncipe, sin miedo ni contratiempos». Y agrega: «Pero sin tropas no hay quien transite esos caminos.»

Es significativo que los cronistas latinos hablan de los sirios casi siempre en tono desfavorable. Guillermo de Tiro se refiere a la perfidia de los sirios y los denomina «zorros astutos, faltos de coraje y de espíritu bélico». Esta forma «generalizada» de caracterizar es muestra clara de la hostilidad existente entre los señores y sus «beneficiados», los «hermanos en la fe». Se comprende perfectamente por qué los villanos oprimidos no querían someterse a sus conquistadores. Tanto

³⁴ Al parecer, se registraron esos casos, debidos a la frecuente enemistad mutua de los feudales.

los musulmanes como los cristianos odiaban el régimen de los conquistadores. Estaban dispuestos a todo para crearles un ambiente que obligara a los feudales cruzados y a sus vasallos a abandonar el país, lo cual tendría que ocurrir tarde o temprano.

Un cronista franco, Burjardo de Sion, describe muy expresivamente el estado de ánimo de la población siria: «Aunque también son cristianos, no conceden fe a los latinos» (es decir, a los feudales francos). Según Jacob de Vitry —analista religioso de principios del siglo XIII que vivió en Palestina y escribió allí su *Historia de Jerusalén*—, los sirios proporcionaban a los «sarracenos» toda clase de informes sobre secretos militares franceses. Con enojo mal disimulado escribe: «Con frecuencia piden ayuda contra los cristianos a los enemigos de nuestra fe, y no les avergüenza utilizar en perjuicio de los cristianos los medios y fuerzas que deberían utilizar, para la gloria de Dios, contra los paganos.» Por su parte el escritor árabe Usama ibn-Munkyz (1095-1188), en sus *Preceptos*, cuenta que cuando a los campesinos de cerca de Acre se dirigía un musulmán evadido del cautiverio de los francos, aquéllos le ocultaban y le ayudaban a reunirse con los suyos.

La hostilidad de las masas de siervos hacia los feudales fue tan grande que Guillermo de Tiro consideraba a los sirios —«enemigo próximo»— más temibles que la peste bubónica. La comparación transmite bien el odio de las amplias capas de la población local, y en primer lugar de los campesinos oprimidos hacia los conquistadores.

Para garantizar su seguridad, los cruzados tuvieron que levantar en las regiones conquistadas gran número de fortalezas y castillos. Esas construcciones eran, además de baluartes contra los países musulmanes vecinos, también —como reconoce el citado historiador inglés R. C. Smail— «instrumentos de colonización», especies de «puestos policiales», que aseguraban, según su expresión, el «orden público» del reino de Jerusalén ³⁵.

Esas fortalezas, tales como Mont Glavier, Blanchegarde y muchas otras, construidas por los feudales latinos, debían proteger a los señores de los labradores oprimidos. Así era en la realidad la «armonía de intereses» de los señores feudales y de la población subyugada de Siria y Palestina.

La aguda lucha de clases en los estados de los cruzados, que a veces adquiría carácter de hostilidad nacionalista o religiosa, fue una de las causas principales, no la única, de la inestabilidad de esos estados.

Su sistema político tampoco aseguraba una existencia estable a esos Estados. ¿Qué podían ofrecer los cruzados conquistadores a la

³⁵ R. C. Smail: Ob. cit., pág. 143, 144 y 149.

población autóctona, en constante «sublevación» latente cuando no abierta?: un régimen estatal feudal, trasplantado de Occidente. Ese régimen se apoyaba en una jerarquía de señores de distinta condición y rango, característica del período de fraccionamiento feudal.

El reino de Jerusalén se consideraba el primero de los estados latinos, pero los reyes de Jerusalén no ejercían ninguna jurisdicción sobre los señores de los demás estados. Los señores de Trípoli, Antioquía y Edesa eran, de hecho, independientes del reino de Jerusalén. Tampoco les ligaba el vasallaje, aunque habían rendido homenaje al rey. Este era una especie de jefe ficticio de una confederación de estados cruzados iguales en derechos. Dentro de sus dominios, los príncipes de Antioquía y los condes de Trípoli y Edesa tenían el mismo poder que su «soberano» dentro del reino de Jerusalén.

Según los hábitos de la época, todos esos estados feudales se dividían en dominios feudales más pequeños (baronías), que a su vez se subdividían en feudos, de caballeros, etc. Por ejemplo, dentro del reino de Jerusalén existían cuatro dominios de importancia: el condado de Jafa y de Ascalón³⁶, el principado de Galilea (Tiberíades), el señorío de Sidón, Cesaria y Betania, y el señorío de Craque, Montreal y Saint Abraham. Los señores de esos principados eran vasallos directos del rey. Cada uno tenía a su vez vasallos, los señores feudales más pequeños, que recibieron sus dominios (feudos) en herencia: el señor de Ramblah era vasallo del conde de Jafa y Ascalón, etc. Cada subvasallo a su vez cedía una parte de sus tierras a otros caballeros en carácter de feudos.

Así, en los estados de los cruzados, cada posesión era un feudo y cada caballero un vasallo.

El feudal más importante era el rey de Jerusalén, con gran cantidad de posesiones. Los dominios reales se extendían al Este hasta el mar Muerto. Además, estaban sometidas directamente al rey varias ciudades importantes, como Jerusalén y Naplus —con un importante comercio de lino y de vinos de Samaria—, y los puertos de Tiro y Acre, en Siria meridional, con su fértil campiña, donde se cultivaba el algodón y había extensos olivares y viñedos; cerca de Acre se cultivaba la caña de azúcar. Las posesiones y ciudades sometidas proporcionaban a los reyes pingües beneficios. El puerto de Acre tenía capacidad para decenas de navíos, si tenemos en cuenta que una tormenta destrozó en su fondeadero setenta y dos navíos. A favor del rey se recaudaban distintos derechos en los mercados de la ciudad y en los puertos: de aduana, de anclaje (un marco de plata por cada nave que entraba), los «terciarios» a los peregrinos, es decir, la tercera parte del costo de su pasaje, etc.

³⁶ Ascalón fue arrebatado a los egipcios sólo en 1153.

Además, los reyes cobraban peaje a las caravanas de mercaderes orientales que iban de Egipto a Bagdad, atravesando Siria. Importantes tributos se percibían de los beduinos trashumantes de Transjordania por pastar en las praderas que les arrebataron los cruzados. Los reyes de Jerusalén tampoco desdeñaban el bandolerismo. Usama ibn-Munkyz cuenta que Balduino II, rey de Jerusalén, con la ayuda de su gente hundi6 intencionadamente un buque cerca de Acre, para apoderarse de su cargamento. Eran proezas muy a tono con las costumbres feudales³⁷.

La mayor extensión de sus dominios y los ingresos relativamente superiores conferían al rey de Jerusalén cierta superioridad sobre los demás señores del reino. Los reyes tenían poder sobre los cuatro feudales principales y sobre muchos vasallos menores, como los de Arsus y de Ibelin y los de otras poblaciones y plazas fuertes.

La principal obligación del vasallo era la de prestar a su soberano ayuda militar. El rey podía solicitar esta ayuda durante todo el año, ya que los estados de los cruzados se hallaban en guerra casi continuamente con sus vecinos; además los estados francos vivían en un clima de intranquilidad. Al llamamiento del soberano, el vasallo tenía que presentarse a caballo, armado y al frente de su hueste. La indumentaria y las armas eran adquiridas por el feudal a cuenta de lo que le proporcionaban sus propiedades.

Otra obligación del vasallo era participar en el consejo feudal de su soberano, que examinaba los pleitos entre caballeros, cuestiones militares y otros asuntos.

En sus posesiones, los señores eran totalmente independientes: administraban la justicia, declaraban la guerra, firmaban la paz, hasta acuñaban su propia moneda. Los vasallos reales, como los condes de Jafa, los señores de Sidón y demás caballeros de la escala feudal inferior, en sus dominios gozaban de una independencia similar a la de los condes de Trípoli con respecto a los reyes de Jerusalén.

Los feudales cruzados rezaban porque el soberano no les exigiera «demasiado». En la práctica solía ocurrir que el señor tenía que emplear la fuerza para que el vasallo cumpliera con sus obligaciones. Igual ocurría con respecto a las relaciones con el poder real. En el reino de Jerusalén, igual que en los demás estados francos, el poder central era sumamente débil. El rey tenía que consultar todos sus actos con los vasallos de la corona. Sin su consenso no podía tomar ninguna resolución; del mismo modo esos vasallos principales debían de contar con el consentimiento de sus propios vasallos. En una oca-

³⁷ Según Usama ibn-Munkyz, los guerreros francos se apoderaron en el navío de «los adornos que portaban las mujeres, la vestimenta, las alhajas, las espadas y las armas, el oro y la plata, por un valor aproximado de treinta mil denarios. El rey se apoderó de todo y les entregó (a los que viajaban en el barco-M. Z.) 500 denarios, diciéndoles: “Con esto llegaréis a vuestro país.”».

sión Balduino I tuvo que anular una disposición sobre limpieza de las calles de Jerusalén, porque no la había acordado previamente con sus barones.

De cuando en cuando los barones y los caballeros se reunían en la asamblea feudal. Esas reuniones se llamaban asises o curias, y en ellas se decidían los asuntos feudales.

La curia real («alta cámara») limitaba y controlaba las atribuciones y derechos del soberano con respecto a sus vasallos. La «alta cámara» era el tribunal feudal y el consejo político-militar. La curia vigilaba además las costumbres feudales.

Las normas del derecho feudal se transmitían de una generación de caballeros francos a la otra. Algunas de esas normas fueron fijadas en 1120 en un código, en cuyos veinticuatro artículos se determinaban los poderes y la jurisdicción de la curia real. Esa reglamentación fue aprobada por los barones, los prelados y el rey Balduino II reunidos en Naplús. Posteriormente, a fines del siglo XII o comienzos del siglo XIII, fueron codificadas otras costumbres feudales. Así se creó el principal cuerpo de leyes de ese reino, *Asises de Jerusalén*, una especie de reglas jurídicas para los feudales cruzados y sus legistas (escrito en el francés de la época).

En los *Asises* quedó claramente definida la organización de la clase superior de los estados cruzados. Los *Asises* definían con mucho detalle el orden de prestación del servicio feudal, los derechos de los señores, las obligaciones de los vasallos y sus mutuas relaciones recíprocas. Enumeraban con precisión las condiciones en que los vasallos debían prestar su servicio al soberano, establecían en qué casos el rey u otro soberano podía despojar al vasallo del feudo, etc. La debilidad del poder central de los estados cruzados se refleja en esas reglamentaciones feudales con toda nitidez.

Si el señor privaba al vasallo de forma ilegal, todos los demás vasallos se comprometían a ayudar al perjudicado a recuperar las posesiones perdidas. Ellos podían negarle sus servicios al señor y al rey inclusive, si éste hubiera conculcado los derechos de algún vasallo. El rey podía privar al vasallo del feudo sólo si lo aprobaba la curia. En ciertas circunstancias, los vasallos hasta podían negar al rey el derecho de paso por sus posesiones. Se conocen casos de barones que hicieron uso de ese derecho.

Así, pues, en los *Asises de Jerusalén* se exponen los principios de la jerarquía feudal en forma completa. Un investigador francés definió el régimen político de Jerusalén como el de «una república feudal encabezada por un rey», que existía sólo porque la pirámide feudal necesitaba de un vértice ³⁸.

³⁸ M. Grandclaude: «Essai critique sur les livres des Assises de Jérusalem». París, 1923, pág. 150.

La organización política de la sociedad feudal de aquella época halla su manifestación más acabada en el código del reino de Jerusalén. Según Engels, el feudalismo «logró situarse lo más próximo a su verdadero sentido en el efímero reino de Jerusalén, que dejó en los *Asises de Jerusalén* la expresión más clásica del régimen feudal»³⁹.

La fragilidad de los lazos de vasallaje que unían a los feudales con el poder central, y la extrema fragmentación política de los estados cruzados, fueron la causa principal de su debilidad interna. Las continuas divergencias, la hostilidad entre los feudales francos, las desavenencias entre vasallos y soberanos, la rivalidad de los señores entre sí, los «motines» de los feudales contra sus reyes⁴⁰, marcaron la vida política de los estados francos de Oriente. Y todo ello fue minando desde dentro su existencia.

Para afianzar su dominio, a la vez que la espada, los feudales francos utilizaban la religión. Hemos comprobado la participación activa de la Iglesia católica en la organización y realización de la cruzada de forma nada desinteresada. Los conquistadores, muy a pesar suyo, hubieron de compartir con la Iglesia todo lo logrado. La Iglesia se hizo propietaria de grandes extensiones de tierra en los estados latinos de Oriente. Solamente en el reino de Jerusalén fueron creados cinco arzobispados y nueve obispados. Al clero católico pasaron los dominios que pertenecían a la Iglesia ortodoxa (los patriarcados de Jerusalén y de Antioquía). Los numerosos conventos surgidos eran dueños de enormes riquezas (el monasterio de Sión, la abadía de Josefato y otros). Los nuevos jerarcas católicos se convirtieron en parte influyente y poderosa de la clase feudal de Oriente. Algunas propiedades eclesiásticas rivalizaban en extensión con las de los príncipes laicos. El arzobispado de Nazaret, por ejemplo, tenía (en el siglo XIII) unas dos docenas de predios. También eran muy extensos los dominios del patriarca de Jerusalén y los del clero de la Iglesia del Santo Sepulcro. Los arzobispos y los obispos, igual que los barones, estaban obligados a poner a disposición del rey destacamentos militares bastante numerosos. El patriarca de Jerusalén tenía que presentar quinientos guerreros, y los arzobispos de Nazaret, de Tiro y de Cesarea, ciento cincuenta cada uno.

En sus dominios, los obispos eran señores tan absolutos como cualquier otro feudal. Algunos caballeros y barones laicos eran vasallos de los obispos. Los obispos de Lidida, por ejemplo, tenían diez vasallos caballeros. Los príncipes y señores, interesados hasta cierto punto en el apoyo de los Santos Padres, para afianzar su dominio

³⁹ C. Marx y F. Engels: «Cartas escogidas», Gospolitizdat, 1953, pág. 484.

⁴⁰ En 1132, durante estos «motines», Hugo II de Puise, conde de Jafa, se sublevó contra Folco de Anjou, rey de Jerusalén, y quiso confabularse con el comandante de la guarnición egipcia de Ascalón: Este devoto católico fue extrañado por tres años del reino de Jerusalén.

donaban a las instituciones eclesiásticas tierras y tesoros logrados en Oriente. Tampoco los preladados católicos se mostraron comedidos al adquirir propiedades. En «tierra santa» revelaron una avidez desenfrenada. También eran los más diligentes cuando se trataba de adquirir los feudos de aquellos caballeros que tenían prisa para dilapidar sus bienes. Los reyes de Jerusalén se vieron obligados a adoptar medidas que frenaran esos afanes de apropiación: a las instituciones eclesiásticas les fue prohibida la adquisición de feudos y a los caballeros la donación de sus castillos (las donaciones con frecuencia encubrían simples ventas).

Los eclesiásticos recaudaban grandes bienes en concepto del diezmo que percibían de todas las cosechas, los animales y demás rentas. El diezmo era desconocido hasta entonces en Oriente. Los recursos que recaudaba la Iglesia por ese concepto eran copiosos y los reyes y barones francos que observaban envidiosos cómo se llenaban los almacenes de sus «aliados» espirituales, en ocasiones se apoderaban de los diezmos de la Iglesia. El aventurero normando Tancredo cobró durante diecinueve años los diezmos pertenecientes a la abadía de Monte Tabor. El cobro del diezmo provocaba enconadas pugnas entre los terratenientes legos y eclesiásticos; incluso los propios eclesiásticos se querellaban entre sí con frecuencia por el reparto de bienes.

Como es notorio, los papas calculaban que la cruzada les aportaría grandes riquezas. Esas esperanzas se cumplieron sólo en parte. La esperanza de que la cruzada pondría fin al cisma no se cumplió. La Iglesia bizantina no quedó sometida a Roma. Por su parte, Bizancio, gracias a la cruzada, extendió y fortaleció sus dominios en el Cercano Oriente, especialmente en Asia Menor. Con todo, la formación de los estados latinos supuso una ampliación del ámbito de influencia de la Iglesia católica romana: el papado procuró que los nuevos dominios católicos se mantuvieran bajo su vigilante control: no en vano los legados papales visitaban casi anualmente los «santos lugares», para hacer valer sus intereses en los estados cruzados.

Pero la alianza entre los eclesiásticos y los barones no era suficiente garantía para que éstos se sintieran seguros en sus nuevos dominios orientales.

Muchas eran las causas, además de las indicadas, que contribuían a socavar el poderío de los estados francos. Los estadillos, que mantenían entre sí una precaria unión, se sucedían en una franja litoral bastante estrecha del Mediterráneo oriental: ¡sus fronteras tenían más de mil kilómetros de largo! Los cruzados vivían principalmente en las ciudades y en grandes castillos fortificados.

El reino de Jerusalén estaba constantemente amenazado por Egipto desde el Sur. Las agresiones egipcias se producían casi anualmente por tierra y por el mar; no había ciudad costera que no hubiera sido atacada (a veces con éxito) por navíos egipcios.

También por el lado del desierto de Siria los estados cruzados eran con frecuencia hostigados por las huestes de los pequeños jefes selyúcidas. En las fronteras fueron levantadas impresionantes fortalezas (a una de ellas los cronistas le concedieron el título metafórico de «roca de desierto»), que tampoco eran una garantía completa, pues las incursiones desde Oriente a veces eran absolutamente inesperadas.

Decíamos que los feudales de Occidente se hallaban en pugna constante. En esos casos, las diferencias materiales podían más que la aparente religiosidad. La obtención de ventajas políticas y militares era superior a las demás razones; por eso unos u otros «guerreros de Cristo» concertaban alianzas con los gobernantes musulmanes, contra sus propios correligionarios occidentales.

Finalmente, la clase dominante —los conquistadores feudales de Siria y Palestina y sus descendientes— era poco numerosa. Al mando de los reyes de Jerusalén nunca había más de seiscientos caballeros ecuestres (vasallos directos y subvasallos de distinta gradación). Eso en el mejor de los casos. Generalmente, el número de guerreros feudales que acudían a prestar servicio era muy inferior.

Las fuerzas de los vasallos eran insuficientes para someter a la población autóctona y para rechazar los ataques de los vecinos musulmanes. Los reyes de Jerusalén y demás príncipes cruzados compensaban la falta de hombres con mercenarios, reclutados entre peregrinos nada piadosos, que después de la primera cruzada frecuentaban la «tierra santa» no para establecerse en ella, sino con el propósito de saquear a los «infielos» y a los demás. El rey pagaba a cada «caballero-peregrino» una suma bastante alta (según datos posteriores, 500 besantes anuales, más que lo que rendía un feudo mediano a su dueño). Pero los «caballeros-peregrinos» tampoco incrementaban sustancialmente el poder defensivo de los estados francos, porque su estancia en Palestina solía ser breve.

Los estadillos cruzados se caracterizaban por su población flotante.

En las primeras décadas del siglo XII los pobres y los caballeros de Occidente seguían viajando a Oriente en busca de tierras y de botín. El triste sino de los cruzados del año 1101 no desanimó a los aventureros feudales; por otra parte, su penosa situación seguía animando a los campesinos de Europa a emprender el «camino del Señor». Anualmente, en la primavera (en vísperas de Pascua) y al fin del verano, las naves de los mercaderes de Venecia, Pisa, Amalfi y Marsella desembarcaban en los puertos de Siria y Palestina a los peregrinos —cruzados, llegados de Francia meridional, Italia, Alemania y Flandes—. Cada uno llevaba cosida en el hombro una cruz roja o de otro color, aunque en su abrumadora mayoría esos peregrinos no iban a Palestina a orar en la iglesia del Santo Sepulcro ni a bañarse en el río Jordán para después retornar a casa con una rama de palmera recoge-

da en sus orillas. Los más hábiles traían a «tierra santa» distintas mercancías para venderlas con ventaja, y así cubrían los gastos del viaje. A la vuelta de Oriente llevarían cosas para revender en su país. Otros se embarcaban en las amplias naves italianas y marselesas con las manos casi vacías, guiados únicamente por el afán de hacerse ricos como fuera en tierras de Oriente. El cronista Marino Sanudo escribía de los peregrinos: «Era muy difícil hallar una persona no contagiada por la avaricia.»

Entre los «santos peregrinos» había muchos mendigos, gente desclasada y hasta delincuentes. La Iglesia católica conmutaba a veces la pena de muerte por el peregrinaje a Jerusalén («para expiar el pecado cometido»). Como escribe el fraile Burjardo, «el malvado, el asesino, el bandido, el ladrón, el perjuró, todos iban a ultramar, a Oriente, con el supuesto propósito de purgar sus crímenes, cuando en realidad huían de la venganza que les amenazaba en casa. Se lanzaron hacia allí de todas partes, mudando de cielo bajo el cual vivían, pero no de costumbres. Cuando agotaban sus medios, empezaban a cometer peores delitos que los anteriores». En el mismo sentido habla de esos peregrinos Jacobo de Vitry, que menciona entre los mismos a ladrones, asesinos, piratas, borrachos, jugadores, monjes y monjas fugados de sus conventos, perjuros, «pecadoras», etc. Entre esos «santos peregrinos» se reclutaban principalmente los refuerzos que la Iglesia católica romana enviaba a sus dominios de ultramar.

Igual que sus predecesores de 1096, muchos de los peregrinos campesinos perdieron la vida antes de alcanzar la meta, otros se vieron obligados a mendigar. Algunos, especulando con su condición de peregrinos, lograban buenos ingresos. Se conocen casos de verdaderas fortunas, logradas con limosnas y donativos. Jacobo de Vitry habla de algunos pobres «llegados» de Occidente y convertidos luego en ricos por la generosidad de los señores feudales y por las limosnas de los «fieles». Compraban bienes y castillos, superando con sus posesiones a muchos príncipes. Naturalmente, se trataba de excepciones. Guiberto de Nogent nombra en los *Hechos* a un tal Balduino, que en «tierra santa» se hizo dueño de fundos y hasta de ciudades. Según el cronista, Balduino manifestaba: «Soy dueño de muchas cosas y en abundancia: solamente los castillos y las abadías me producen mil quinientos marcos al año.»

Así, pues, los sucesores de los «desnudos» y de los «pobres», junto con los elementos desclasados, veían en el peregrinaje un método más fácil de mejorar materialmente. Podemos afirmar, con el historiador alemán H. Prutz, que se dirigían a Oriente no para alcanzar una posición digna honradamente, sino para vivir por cuenta ajena y sin trabajo ⁴¹.

⁴¹ H. Prutz: Ob. cit., pág. 120.

Naturalmente, sólo unos pocos lograban «metas» tan «sublimes». La mayoría de los peregrinos no lograban arraigar en las posesiones latinas y regresaban a Europa. Entre los apetitos de los peregrinos y la posibilidad de satisfacerlos mediaba una gran distancia. Los caballeros europeos, afincados en Oriente, no estaban dispuestos a ceder su sitio a los recién llegados. Los príncipes y reyes se valían de la ayuda de los «caballeros peregrinos» contra los selyúcidas de forma eventual, pero no deseaban que permanecieran mucho tiempo junto a sus propias fuentes de riqueza, que no eran otras que el despojo de la población sometida. Los nuevos aventureros llegados a la «tierra de promisión» detrás de la primera cruzada, eran para los «caballeros oriundos» competidores indeseables. Los «defensores del catolicismo» procuraban perjudicar lo más posible a sus «semejantes». Más que nada temían perder lo adquirido con sus «esfuerzos piadosos», la posesión exclusiva de tierras en Siria y Palestina. Según un anónimo cronista francés, continuador de los *Anales de San Blas*, los francos temían mucho más la fuerza de los latinos llegados de Occidente que la perfidia de los paganos, y procuraban poner a aquéllos el mayor número de trabas.

Con frecuencia las guerras contra los selyúcidas, iniciadas conjuntamente por los «caballeros oriundos» y los buscadores de botín que acudían en su ayuda, acababan sin ningún resultado positivo, pues mientras los «peregrinos» combatían a los «infiel», sus «aliados» se apresuraban a firmar la paz con el enemigo sin esperar a que terminara el combate, una vez logrado un triunfo a medias. Guillermo de Tiro y otros cronistas de aquella época recuerdan muchos de esos casos.

La capa superior, dominante y privilegiada, de los estados latinos, estaba integrada sólo por algunos miles de señores y caballeros. Todos ellos vivían rodeados de una población local hostil y agresiva.

Para fortalecer la situación política interna y externa de los estados cruzados, poco después de la primera cruzada se crearon dos organizaciones militares especiales: la orden espiritual de los caballeros Templarios y la de los Hospitalarios. Se denominaban espirituales porque por sus fines y su aspecto eran hermandades religiosas. El caballero que ingresaba en una de esas órdenes se comprometía —a semejanza de los frailes— a no formar familia, no buscar riquezas y obedecer ciegamente a sus superiores. Según la idea de los eclesiásticos, y más que nada del papado —que tomó activa participación en la fundación de dichas órdenes—, debían dedicarse por entero a la «defensa de la cristiandad», y ningún interés «mundano» debía desviarles de su alta misión. Con ese fin los componentes de las órdenes fueron comprometidos por «votos» monacales (de castidad, de pobreza, de obediencia). En realidad, estas órdenes tenían de hermandades religiosas sólo su aspecto exterior. La capa blanca (a semejanza del hábi-

to monacal) con una cruz roja de los Templarios, y la capa negra —posteriormente roja— con una cruz blanca que distinguía a los Hospitalarios, fueron puros símbolos. Debajo de esa capa semimonacal unos y otros llevaban armadura.

En sus comienzos, los Hospitalarios se dedicaban a obras de beneficencia: alrededor de 1070, los mercaderes de Amalfi construyeron en Jerusalén el hospital de San Juan, en cuyo derredor se agrupaban inicialmente los miembros de la Orden (de allí su denominación de Hospitalarios u Orden de San Juan de Jerusalén). Tenía la misión de socorrer a los peregrinos llegados a Palestina, dándoles albergue, curando a los enfermos, etc. (hospitales similares fueron creados también en otras ciudades del reino de Jerusalén). Poco después de la primera cruzada las finalidades benéficas de la Orden pasaron a segundo plano y ésta adquirió un carácter netamente militar.

La Orden de los Templarios, fundada alrededor de 1118 por un grupo de caballeros franceses, tuvo desde sus comienzos misiones exclusivamente militares. Su denominación de Templarios proviene de que los caballeros fundadores de la Orden se instalaron inicialmente en una parte del palacio del rey de Jerusalén, anexa al templo del Salvador, construido en el lugar de la mezquita árabe Al-Aksa (según la leyenda, en ese mismo lugar se encontraba el templo del rey Salomón)⁴².

Las órdenes espirituales de caballeros eran ante todo formaciones militares de los feudales bajo la égida de la Iglesia católica. Reclutaban a sus miembros en las distintas capas sociales, incluso entre los ciudadanos. Es curioso señalar que los Templarios aceptaban de muy buen grado a criminales, violadores, asesinos «arrepentidos» etc., a los que se les prometía el perdón de los pecados por su servicio de Dios. Pero fundamentalmente eran organizaciones de los feudales.

El objetivo principal de las órdenes no era la defensa de la «cristiandad», sino el someter a la población local que no admitía el gobierno de los francos, y luchar contra los estados musulmanes vecinos para defender y dilatar los dominios de los cruzados. A ese cometido obedecía la rígida centralización de esas órdenes espirituales-caballerescas. Al frente de la Orden estaba el gran maestre, a quien se subordinaban los jefes de subdivisiones («provincias») de la Orden en las distintas localidades, los maestros o grandes priores y otros funcionarios: mariscales, comendadores, condestables, etc.; todos ellos constituían el Consejo o Capítulo general, que asistía al gran maestre. El mando superior de ambas órdenes pertenecía al Papa.

El papado otorgó distintos privilegios a las órdenes, como fue la

⁴² Inicialmente, los Templarios se llamaron «los pobres caballeros de Cristo y del templo de Salomón».

de sustraerlas a la subordinación de los príncipes, laicos o eclesiásticos de los estados francos.

Las actividades y el modo de vida de los «hermanos» de las órdenes no obedecían ni remotamente a los ideales monacales. Después de haber recibido de la Iglesia y de la nobleza en donación ricas propiedades (no sólo en Oriente, también en Occidente), las órdenes se convirtieron en los mayores propietarios de su época. De todas partes les llegaban generosas donaciones.

Los jefes de los estados y príncipes católicos europeos procuraban acrecentar el poderío material de las órdenes con la esperanza de que los «hermanos-caballeros» les ayudaran a mantener por mucho tiempo en su poder los países del Mediterráneo oriental. Las órdenes por encargo de los peregrinos occidentales ilustres adquirían fincas, palacios y casas en las ciudades de Siria y Palestina, donde vivían durante su permanencia en la «tierra santa»; luego todos esos bienes pasaban a propiedad de las órdenes. Tales convenios fueron concluidos en el siglo XII por los Hospitalarios con la princesa Constanza, hija del rey Luis VII de Francia, con el duque Ladislao de Bohemia y con otros poderosos personajes. En 1168 los Hospitalarios recibieron del señor de Hungría, que se disponía a realizar una peregrinación, diez mil besantes: seis mil de ellos se invirtieron en la compra en Acre de un palacio y cuatro casas, que posteriormente pasaron a propiedad de la Orden. Según el cronista Mateo de París, el rey de Inglaterra Enrique II legó a los Templarios cuarenta y dos mil marcos de plata y quinientos marcos de oro. Ciertamente, los «hermanos-caballeros» no podían quejarse de su «pobreza», no obstante, consideraban insuficientes las donaciones que recibían de los nobles. Tanto los Hospitalarios como los Templarios consumían sus energías en acaparar más y más. En este sentido, las órdenes superaban a los demás feudales. Para ellos todos los medios eran buenos: la guerra, el comercio y el saqueo.

En 1153, en la guerra contra Egipto, los cruzados se apoderaron de Ascalón; los Templarios fueron los primeros en entrar a la ciudad. Para que los demás caballeros no les importunaran, colocaron a cuarenta de sus guerreros ante la brecha abierta en la muralla, y no dejaban entrar a nadie, mientras ellos registraban casa por casa en busca de oro, plata y otros tesoros.

Los «pobres caballeros de Cristo» construyeron su armada. Traficaban y transportaban por un precio elevado a los peregrinos desde Europa a Oriente, y viceversa. Después de acumular importantes riquezas, los «hermanos-caballeros» se dedicaron también a la usura y a las operaciones bancarias. Ya en el siglo XII los Templarios prestaban dinero a los peregrinos ilustres. En tiempo de guerra numerosos feudales laicos y eclesiásticos de Oriente, ponían sus bienes bajo custodia de los Templarios, los cuales, pese a su voto de pobreza, se apropia-

ban de gran parte de esos bienes. En 1199 no devolvieron al obispo de Tiberíades mil trescientos besantes que recibieron en custodia, y el obispo tuvo que elevar una queja a Roma contra ellos.

Sobre todo se lucraban los Templarios. Sus propiedades en Oriente y Occidente crecían y se ampliaban continuamente. Algunas décadas después de su fundación, esta Orden era propietaria de miles de pueblos, campos, viñedos, salinas, solares en las ciudades y de mercados con sus beneficios. Sus dominios se extendían por Francia, Sicilia, España, Portugal, Hungría, Bohemia, Italia y otros países. Los «hermanos-caballeros» se convirtieron en los más crueles explotadores de sus siervos. En los predios de los Templarios se produjo más de una sublevación, la más importante de las cuales tuvo lugar en la isla de Chipre a fines del siglo XII.

Fortalecidos materialmente por medio de donaciones y piraterías, el comercio y la usura, en el siglo XII las órdenes alcanzaron una situación preponderante en los estados de los cruzados. Recibieron numerosos castillos y fortalezas y situaron guarniciones en casi todas las ciudades del reino de Jerusalén, en Trípoli y Antioquía, donde poseían sus «casas» (o cuarteles). A veces los «hermanos-caballeros» tenían conflictos con las autoridades locales eclesiásticas y civiles.

En 1155, los Hospitalarios llegaron a asaltar a mano armada la iglesia del Santo Sepulcro, en Jerusalén. Los caballeros de las distintas órdenes hacían ostentación de su independencia de los barones y de los obispos y no vacilaban en asumir actitudes «impropias» de «defensores del cristianismo». Así, cuando los obispos pronunciaban sus homilias, ellos lanzaban al vuelo las campanas de sus iglesias; un patriarca de Jerusalén se vio obligado a quejarse al Papa ante la insolente actitud de los «hermanos-caballeros». El papado pasaba por alto estos hechos perpetrados por los caballeros de las órdenes. En ocasiones su pillaje causaba perjuicios a la corona de Jerusalén; los reyes no tuvieron más remedio que recurrir a la fuerza para aplacarles. Gautier de Menille, templario de Sidón, asesinó en 1173 al enviado de una secta musulmana con una misión diplomática ante el rey Emery I. El monarca exigió del gran maestre la inmediata entrega del criminal, pero el jefe de la Orden se negó: el derecho a juzgar y castigar a un templario pertenecía únicamente al gran maestre y al Pontífice romano. Emery I envió sus tropas armadas a Sidón para detener a Gautier de Menille. Las huestes del rey atacaron el cuartel de los Templarios y raptaron al asesino.

A finales del siglo XII las órdenes espirituales de los caballeros eran ya una potente fuerza política, militar y económica de Oriente y de Occidente. Concentraban en sus manos enormes riquezas en bienes muebles e inmuebles.

Numerosos caballeros de los países occidentales ingresaban en las órdenes para llevar una vida opulenta al amparo de la cruz. En corto

plazo, el número de miembros de las órdenes creció en proporción notable. La Orden de los Templarios, a fines del siglo XII, tenía unos quince mil miembros.

Las órdenes eran la fuerza más organizada de los países cruzados. Tenían una participación decisiva en el sometimiento de los campesinos explotados y en las interminables guerras contra los selyúcidas y Egipto. Con todo, su independentismo, sus robos y asaltos, y sus choques con los feudales laicos y eclesiásticos, contribuyeron a desquiciar aún más la vida política de los estados cruzados.

Sin otro afán que el de enriquecerse, la contribución de las órdenes a la consolidación de las conquistas de los francos fue más bien pobre.

CAPÍTULO III

LAS CRUZADAS DEL SIGLO XII

La segunda cruzada

Mientras los feudales cruzados de las primeras generaciones se asentaban en sus nuevos dominios «de ultramar» en un vano intento de afincarse definitivamente, los principados y Estados musulmanes se fueron cohesionando en el siglo XII. En el Oriente musulmán se crearon alianzas estatales más o menos importantes. Los invasores de Occidente encontraban una creciente resistencia, aunque no sólo de parte del mundo musulmán. Cada año empeoraban las relaciones de los Estados cruzados con Bizancio. Los gobernantes bizantinos veían con malos ojos al reino de Jerusalén, surgido en territorio que había pertenecido a su imperio. Sobre todo irritaba a las esferas rectoras de Bizancio la existencia del principado normando de Antioquía. Las fuerzas terrestres y marítimas de los griegos con frecuencia atacaban las fronteras del Estado creado por Bohemundo. La situación se hizo muy crítica en 1137, cuando el emperador bizantino Juan Comneno (1118-1143) llegó con sus tropas a Antioquía y tomó la ciudad, aunque por poco tiempo.

Su sucesor, el emperador Manuel Comneno (1143-1180), desarrolló en 1144 una ofensiva tan enérgica contra Antioquía, que obligó al príncipe Raimundo de Antioquía a renovar su juramento de vasallo al emperador de Bizancio.

Mientras, los selyúcidas asestaron a los cruzados el primer golpe de importancia. Imad al-Din Zangi, emir de Mosul, que había sometido algunos principados selyúcidas de Mesopotamia y Siria, en diciembre de 1144 tomó y destruyó la ciudad de Édesa, apoderándose luego de todo el territorio de ese condado. La caída de Édesa puso en serio

peligro la existencia de todos los demás Estados cruzados y en primer término del de Antioquía.

Fueron enviados con urgencia embajadores al Papa Eugenio III, para pedirle que «el victorioso coraje de los francos» protegiese a Oriente de las nuevas desdichas. Eugenio III envió inmediatamente un mensaje a Luis VII, rey de Francia, instándole a asumir «la defensa de la fe». El Papa urgía el envío de tropas para castigar a los enemigos de la fe cristiana, prometiendo a los participantes de la empresa la bendición de la sede apostólica, la absolución de los pecados y la exención de impuestos. Además, a los caballeros se les permitía hipotecar sus fincas para adquirir los pertrechos necesarios.

Igual que medio siglo antes, en Occidente fue desplegada una extensa campaña en favor de una nueva expedición a Oriente: ¡el «santo sepulcro» peligraba! El más enérgico inspirador de la cruzada y su promotor fue Bernardo de Claraval, prior de la orden de los Monjes Cistercienses e influente abad de Borgoña, uno de los más reaccionarios líderes del catolicismo de aquella época. En él recayó el encargo del Papa Eugenio III de predicar la cruzada. Fanático belicoso, posteriormente canonizado, este fraile había demostrado gran interés por la suerte de los Estados cruzados. En los años veinte del siglo, Bernardo de Claraval fue un entusiasta valedor de la orden de los Templarios, uno de cuyos fundadores era pariente suyo. Bernardo protegía a los Templarios por todos los medios: redactó sus estatutos y escribió también un tratado en el que elogiaba las acciones bélicas de los guerreros-monjes, que «protegían su cuerpo con armaduras de acero y sus almas con las armaduras de la fe». En dicha obra (titulada *Elogio al nuevo ejército de los caballeros del Templo*), Bernardo de Claraval invitaba a los Templarios a exterminar sin contemplación a los paganos musulmanes o a incautar, para mayor gloria de la Iglesia, los bienes de los «infieles» y a implantar en los nuevos territorios el poder de la sede romana. En su panegírico a los Templarios, Bernardo escribía: «A los paganos no habría que matarlos si hubiera otra forma de frenar su exceso de hostilidad o su opresión de los fieles. Hoy es preferible exterminarlos.» Ese era uno de los puntos principales del programa del catolicismo militante, expuesto por el sanguinario prelado católico, en quien había recaído la misión de predicador principal de la nueva «guerra santa».

Téngase en cuenta que la primera cruzada, aunque arrojó un balance favorable, no había colmado muchas esperanzas del papado. La muerte en ultramar de muchas decenas de miles de personas, a donde los había arrastrado la curia de Roma para aliviar las contradicciones sociales de Occidente, no dio los resultados esperados. Ciertamente, la Iglesia católica consiguió sustraer, temporalmente, a una parte de los campesinos de la lucha activa contra los feudales, pero quedaban lejos sus propósitos; por el contrario, la atmósfera social se caldeó

más aún. Los campesinos siervos seguían rebelándose contra los impuestos, superiores a sus fuerzas, y contra los abusos señoriales. Además, los feudales eclesiásticos y laicos se encontraban ante un nuevo y poderoso adversario: los ciudadanos, fenómeno social que en el siglo XI sólo existía en Italia y en Francia. El siglo XII fue la época del impetuoso auge de las ciudades en esos países y también en Alemania e Inglaterra. En las ciudades, al abrigo de sus murallas, se refugiaban los siervos de las aldeas, que aspiraban a convertirse en artesanos y comerciantes libres. Ellos eran los que se alzaban contra la opresión señorial en favor de sus fueros, a veces en lucha armada contra los barones y los obispos.

Los ánimos de «rebeldía» iban en aumento; ora en un sitio, ora en otro, surgían «herejías» en las que se expresaba la protesta de los aldeanos y de las capas inferiores de las ciudades contra el régimen feudal. Fue la época, según el célebre librepensador Abelardo, de «las mil herejías». Estas iban en aumento en Francia y Flandes, en Inglaterra y la Alemania renana. ¿Quién si no la Iglesia, entonces, era la llamada a erradicar las «herejías»?

Antes de convertirse en el promotor de la nueva cruzada, Bernardo de Claraval se había revelado como enemigo encarnizado del librepensamiento. Persiguió por todos los medios al «hereje» Abelardo, que osó oponer su espíritu racionalista a los dogmas de la Iglesia y a sus numerosos partidarios. En el siglo XII se encendieron innumerables hogueras, en las que los Santos Padres quemaban a los herejes. Pero el «espíritu de rebeldía» podía más que las llamas.

En ese contexto, la derrota infligida por los selyúcidas a un Estado franco de Siria fue muy oportuna. Las esferas rectoras del catolicismo resolvieron reanimar la belicosa intransigencia de las masas para aplacar el «espíritu de rebeldía» en Occidente. La ola de entusiasmo que despertaría la cruzada serviría para apagar el incipiente brote de descontento popular. El papado y los jerarcas del catolicismo, entre los que figuraban Bernardo de Claraval, utilizaron la caída de Edesa como pretexto para renovar el llamamiento a la «guerra santa». Igual que en el siglo XI, la Iglesia católica se proponía principalmente asegurar el bienestar de la clase dirigente de Occidente y al mismo tiempo satisfacer los habituales apetitos de los feudales laicos y eclesiásticos. Ya la primera cruzada había aportado considerables beneficios a la propia Iglesia romana. ¿Por qué no repetir la ventajosa operación, si existía un buen pretexto?

Por encargo del Papa, en la primavera de 1146, el abad de Clara- val acudió a la asamblea de barones, caballeros y jerarcas eclesiásticos franceses reunida en Vezelay (Borgoña). Desde un alto estrado, construido en el campo con tal propósito, el enviado papel leyó la bula de Eugenio III sobre la cruzada y pronunció una encendida arenga sobre la necesidad de una nueva «guerra santa». Allí mismo Bernardo re-

partió cruces hechas de tela. Agotados esos símbolos de la futura campaña, el abad de Claraval, en el deseo de encender más aún el fervor religioso de la concurrencia, hizo cruces con tiras de su hábito monacal.

Después del congreso, visitó Bernardo de Claraval una serie de ciudades de Francia, y luego pasó a la Alemania renana, predicando entre los caballeros y el pueblo la cruzada. Dirigía sus exhortaciones verbales y escritas no sólo a los «buenos católicos», sino también a los asesinos, ladrones y otros criminales que encontrarían el perdón en la lucha por la «tierra santa». Así se reclutaba el nuevo ejército. Según recientes investigaciones, los propagandistas más activos de la cruzada fueron los monjes cistercienses, enviados a todas partes por Bernardo de Claraval. Resultados directos del fanatismo de algunos de ellos, como el monje Rodolfo, fue la oleada de matanzas de judíos en las ciudades renanas, en Francia e Inglaterra ¹.

Al llamamiento de Bernardo de Claraval y de sus colaboradores acudieron numerosos pobres, principalmente de las regiones azotadas por el hambre. No obstante, en las masas campesinas apenas existía aquel entusiasmo religioso de liberación de vísperas de los acontecimientos de 1096. Las tristes experiencias de la primera cruzada no habían caído en saco roto. Las crónicas de la época recogen la indignación popular causada por los preparativos de la cruzada. El descontento se debía principalmente a los nuevos impuestos sobre todos los habitantes del reino de Francia para cubrir los gastos de la «guerra santa». Según un cronista, la guerra se inició «deshonestamente» mediante el «saqueo de los pobres».

Por el contrario, las bulas papales y los sermones de Bernardo de Claraval fueron recibidos calurosamente por los feudales. Igual que la primera vez, numerosos caballeros, guiados por la posibilidad de lucrarse, abrazaron la causa de la lucha contra los «infieles». Numerosos ilustres feudales franceses, como los condes Alfonso de Tolosa y Guillermo de Nevers, Enrique —heredero del condado de Champaña— y el conde Thierry de Flandes, se mostraron dispuestos a hacer la guerra a los paganos. A los nobles se unieron notables jerarcas de la Iglesia, entre ellos el obispo Godofredo de Langres, que fue educado por Bernardo en el monasterio de Claraval (o Clairvaux). Su ejemplo fue secundado por un considerable número de feudales alemanes, grandes y pequeños, principalmente de las regiones que estaban en el «camino de los curas» ², y en Suabia. También empezó la formación de las milicias de los cruzados en Inglaterra.

¹ E. Willems: «Citeaux et la seconde croisade». «Revue d'histoire ecclésiastique», Vol. XLIX, núm. 1, Louvain, 1954, págs. 130 y sigs.

² Al Rin lo llamaban el «camino de los curas» porque en ambas orillas tenían sus posesiones los señores de la Iglesia (los arzobispos de Tréveris, Mannheim y otros).

En la segunda cruzada participaron por primera vez testas coronadas: el primero en acceder fue el joven Luis VII de Francia, y luego, Conrado III Hohenstaufen. Bernardo de Claraval, que recorrió Alemania (pronunciando numerosos discursos para justificar la necesidad de la cruzada en «bien de la cristiandad»), también logró convencer al rey. Este, que mantenía una guerra intestina contra el partido de los güelfos, «tomó la cruz».

Bernardo de Claraval consideraba este éxito suyo como «un milagro milagroso». Evidentemente, no hubo tal milagro. Efectivamente, en la primera cruzada no participó ningún jefe de Estado. Pero desde mediados del siglo XII y en el siglo XIII una particularidad de las numerosas expediciones cruzadas es la gradual incorporación de un elemento nuevo: las fuerzas organizadas de los Estados feudales de Europa occidental, en los que en esa época se fortalece el poder real. En cada país este proceso tenía características propias. Pero en el siglo XII en todas partes se observa una lucha tenaz entre el poder del rey y de los grandes señores feudales; se toman medidas tendientes a la centralización política, formando el aparato de Gobierno estatal y creando un ejército permanente como apoyo de los reyes y para debilitar el separatismo feudal. Así ocurría en la monarquía francesa de los Capetos, en la alemana de los Hohenstaufen, en el reino normando de Sicilia y en Inglaterra. El fortalecido poder real requería cada vez más medios materiales para su política centralizadora, lo que inducía a los jefes de Estado a emprender nuevas anexiones territoriales. La expansión territorial caracterizó la política de los emergentes Estados feudales de Occidente. Desde mediados del siglo XII la dirección principal de esa expansión de rapiña fue el Mediterráneo. Las más importantes monarquías de Europa occidental centraron su atención en las costas del Africa del Norte, particularmente en Bizancio y en los dominios francos de Siria y Palestina, expuestos a los golpes de los selyúcidas. El sometimiento de esas regiones se convirtió en uno de los objetivos de la política de agresión de esos Estados europeos.

La razón era bien sencilla: el Mediterráneo se convirtió en el siglo XII en la gran arteria de un intenso tráfico comercial con Levante, como se empezaron a denominar los países orientales. El empeño de poner bajo su control las regiones decisivas para el comercio del Mediterráneo animó a las monarquías occidentales a participar en las cruzadas. Por eso al llamamiento de Bernardo de Claraval los reyes de Francia y Alemania respondieron favorablemente; lo mismo los caballeros venidos a menos y los representantes de las más ilustres familias. Los reyes no querían desaprovechar la posibilidad de obtener beneficios de la «guerra santa». Tanto Luis VII como Conrado III se mostraron directamente interesados en mantener y ampliar las posesiones francas en Siria y Palestina. Como consecuencia del matrimonio de Luis VII con la heredera del ducado de Aquitania, esa ex-

tensa región del sur del país pasó a formar parte de la corona francesa. Las ciudades de Aquitania intensificaban su comercio con el Levante. A través de las ciudades de Italia del Norte, también se incorporaron al comercio con Oriente las ciudades alemanas en los dominios de los Staufen. El comercio mediterráneo aportaba crecientes beneficios al poder real de Francia y de Alemania. Ello animaba a Luis VII y a Conrado III a secundar la empresa papal. Este fue el «milagro» que se adjudicaba Bernardo de Claraval.

La decisión definitiva de iniciar la campaña fue adoptada en la reunión de la nobleza francesa en Etampes, en febrero de 1147. En dicha reunión, dirigida por Bernardo de Claraval, estuvieron presentes los embajadores alemanes.

En el verano de 1147 fueron formadas las milicias de cruzados de Alemania y Francia. Cada una estaba compuesta por setenta mil caballeros, aproximadamente, que fueron seguidos, aunque en menor escala que en 1096, por muchedumbres de millares de campesinos pobres.

Luis VII encabezaba a los cruzados franceses, en compañía del legado papal. Conrado III se colocó al frente del ejército alemán. Este inició la marcha y las tropas francesas lo hicieron un mes más tarde.

Los caballeros alemanes, al atravesar el territorio húngaro y luego los dominios griegos, saqueaban despiadadamente a la población local, a pesar de que el Imperio germano era aliado de Bizancio. Sobre todo fue azotada por los desmanes de los caballeros alemanes la provincia de Frigia, donde el emperador Manuel Comneno tuvo que contener a los cruzados con tropas. Cerca de Adrianópolis, los alemanes y los griegos mantuvieron una reñida batalla. Manuel propuso a su aliado³ que el ejército de los cruzados bordeara Constantinopla y pasara por el Helesponto (Dardanelos) para preservar a la capital de las depredaciones de los codiciosos caballeros teutones. Conrado III rechazó la propuesta y llevó su ejército por el camino de Godofredo de Bouillón.

El paso por Constantinopla de los caballeros alemanes fue jalonado por saqueos (concretamente del rico palacio imperial, próximo a la capital), borracheras y otras proezas de esa ralea. Si en la capital se hubieran juntado los camorristas caballeros alemanes y los franceses,

³ La alianza de Alemania y Bizancio, llamada la «Alianza de los dos imperios», surgió en base a intereses políticos comunes, principalmente a la lucha contra el Reino Normando de Sicilia de Roger II (1130-1154). Roger II, después de unir Sicilia con Italia meridional, continuó la vieja política antibizantina de los feudales normandos. Al mismo tiempo frenaba la expansión de la influencia de los Hohenstaufen en Italia. Las divergencias con el reino de Sicilia sobre la política mediterránea aproximaron a la Alemania de los Staufen con Bizancio. En 1146, la «Alianza de los imperios» se fortaleció con el matrimonio de Manuel Comneno con la condesa Berta Suzbach, con cuñada de Conrado II.

que ya estaban en camino, habría surgido una difícil situación. Manuel Comneno, con buenas razones y utilizando la fuerza, convenció a su aliado germano para que pasara a la orilla opuesta del Bósforo. A fines de octubre de 1147, los cruzados alemanes, indisciplinados y anárquicos, fueron derrotados en sucesivos combates cerca de Dorilea por la poderosa caballería del sultanato de Iconio. A la derrota se sumó el hambre y las enfermedades, que aniquilaron a la mayor parte de las tropas alemanas. Sus restos volvieron con deshonra, sin ganas de continuar la «guerra santa». Sólo unos pocos cruzados alemanes, los más bélicos, y entre ellos Conrado III y su sobrino, el duque Federico de Suabia (futuro emperador germano y caudillo de la tercera cruzada), permanecieron a la espera de los franceses para reanudar la expedición.

Mientras, la situación internacional, dentro de la cual transcurría la cruzada, se había complicado.

Desde que se creó el reino de Sicilia, Roger II se lanzó a una política de conquista en la región del Mediterráneo. Concretamente, los caballeros normando-sicilianos renovaron su ofensiva contra Bizancio, iniciada en la época de Roberto Guiscard y de Bohemundo. Cuando en Francia estaban en pleno auge los preparativos de la cruzada, a la corte de Luis XVI llegaron embajadores sicilianos para persuadir al rey de que para llegar a Siria tomase la ruta a través de los dominios de Roger II en Apulia y Sicilia. Roger II, que se autodenominaba «defensor de la cristiandad», abrigaba el secreto propósito de atraerse a los feudales franceses y a su rey para conquistar... Constantinopla. Los esfuerzos de los embajadores sicilianos no tuvieron éxito. Luis VII y sus barones preferían recorrer el camino de las tropas alemanas a través de los dominios del emperador bizantino. Entonces, Roger II decidió actuar por su cuenta. Precisamente cuando los alemanes cruzaban territorio bizantino, ocasionando con sus saqueos grandes preocupaciones a sus gobernantes, Roger II comenzó sus hostilidades contra el Imperio de Constantinopla. En el verano de 1147, la flota siciliana se apoderó de la isla de Corfú, devastó Corinto y Tebas en Grecia y saqueó las islas Jónicas. Por si fuera poco, el «defensor de la cristiandad» se alió con el sultán egipcio para asegurar la retaguardia. La situación era muy original. Mientras los caballeros occidentales llamados por la Iglesia llevaban la «guerra santa» contra el Islam, uno de los grandes Estados católicos firmaba una alianza con el Egipto musulmán, aprovechando la cruzada en intereses políticos propios y para perjudicar en lo posible a Bizancio.

Vemos, pues, que desde el comienzo mismo de la segunda cruzada se ponía de manifiesto la divergencia de intereses de los «cristianos occidentales».

La acción de Roger II, como es natural, colocó a los cruzados, y ante todo a los franceses (que camino de Constantinopla saqueaban a

los griegos igual que lo hicieron los caballeros germanos), en una situación bastante embarazosa frente a Bizancio. Constantinopla dudaba cada vez más de las auténticas intenciones de los cruzados. ¿A qué arreglo habrían llegado los embajadores del jefe de los piratas normando-sicilianos (Roger II) con el rey de Francia? Manuel Comneno procuraba poner al mal viento buena cara. Sus mensajes a Luis VII eran afectuosos y amistosos; mientras, el Gobierno bizantino tomaba sus medidas.

En respuesta a la agresión de Roger II, Bizancio concentró sus fuerzas contra el reino de Sicilia. En el Oeste, el Imperio firmó una alianza con Venecia, concediéndole mayores privilegios comerciales⁴. Y para tener libres las manos en Oriente, Manuel Comneno, tan fiel «aliado» de los cruzados como éstos de él, firmó la paz con el sultanato de Iconia, contra el cual ya habían luchado sin éxito los caballeros alemanes y aún lo harían los franceses. Los cruzados se encontraron entre dos fuegos: por una parte, el rey de Sicilia había firmado un convenio con Egipto y atacado a Bizancio, lo cual hacía aumentar la desconfianza hacia los cruzados. Roger II, valiéndose de triquiñuelas diplomáticas, hizo creer a la administración bizantina de que él estaba apoyado por Luis VII. Por otra parte, la firma de la paz entre Bizancio y los selyúcidas ponía en peligro los planes de los conquistadores occidentales. Así, pues, en la guerra contra el sultanato de Iconio, los «peregrinos» no podían contar con el apoyo de Bizancio.

En tales circunstancias, en 1147 las consignas religiosas comenzaban a ser un obstáculo para los cruzados. Estos estaban dispuestos a superar todo lo que se interpusiera a su guerra de rapiña en Oriente. A fines de septiembre de 1147, cuando el ejército francés se aproximaba a Constantinopla, en sus filas se escucharon propuestas de tomar por la fuerza la capital del Imperio griego (aunque fuera cristiano), para eliminar todo lo que les impedía alcanzar los objetivos de su campaña.

Según el cronista Odón de Deul, algunos cortesanos proponían entrar en contacto con Roger II, que ya se encontraba en guerra con Bizancio, esperar la llegada de la flota siciliana, unirse al rey de Sicilia y conquistar Constantinopla. El partidario más entusiasta de este plan era el obispo Godofredo de Langres, discípulo y colaborador de Bernardo de Claraval, que insistía también en que las fortificaciones de la capital griega eran pésimas, que los griegos no disponían de fuerzas suficientes para la defensa de la ciudad, y que una vez sitiada, Constantinopla caería rápidamente en poder de los cruzados. El obispo de

⁴ N. Sokolov: «La política oriental de la política nacional de la plutocracia veneciana en el siglo XII». «Uch. zap. Gorkovskogo gos. un-ta, ser, ist-filol.», Vyp. XVIII, Gorki, 1950, págs. 132-133

Langres, por su parte, hombre de «costumbres santas», según el cronista, aportaba razones para demostrar que la toma de Constantinopla no dañaría la causa de la cruz. La conquista de Constantinopla —argumentaba el obispo— era contraria al cristianismo sólo en apariencia: en la realidad el emperador bizantino en más de una ocasión había apoyado a los musulmanes y luchado contra los cruzados sirios. Así de simple era la lógica de ese «hombre muy sabio», según Odón de Deul.

Ya sabemos de dónde le venía tanta «sabiduría». Ya los primeros organizadores de las cruzadas, los Papas Gregorio VII y Urbano II, pensaron aprovechar la «guerra santa» para crear circunstancias que permitieran al papado someter a la Iglesia bizantina. La proposición del destacado dignatario de la Iglesia católica de apoderarse de Constantinopla estaba inspirada en los antiguos planes antibizantinos de la sede papal. Godofredo de Langres y los demás consejeros de Luis VII que defendían esa proposición, actuaban como portadores de las ideas políticas del papado, que no tenían nada en común con los lemas religiosos proclamados por la curia romana como programa oficial de la cruzada. Los jerarcas de la Iglesia católica jamás abandonaron su idea de someter Bizancio. Los propósitos secretos de Bernardo de Claraval eran convertir al rey de Francia y a su ejército en los ejecutores de los planes políticos de los pontífices romanos. La conquista del Imperio de Constantinopla sería el primer caso para poner en práctica los designios teocráticos de la curia romana.

En 1147 esos planes no llegaron a materializarse. Los nobles de Francia rechazaron los consejos de los servidores papales, aunque muchos feudales aplaudieron la opinión de Godofredo de Langres⁵. Posteriormente, algunos líderes católicos afirmaban que en 1147 «los cruzados habían ido a Constantinopla a tomar esa tierra» (así escribía en su *Tratado sobre los herejes* el célebre inquisidor del siglo XII Anselmo de Alejandría)⁶.

Manuel Comneno, difundiendo el rumor de que los cruzados alemanes habían logrado una importante victoria e incluso tomado la capital del sultanato de Iconio, consiguió que los franceses, dominados por la codicia, se apresuraran a cruzar el Bósforo. En Nicea se encontraron con los míseros restos del ejército alemán mandados por Federico de Suabia, y poco después con los contados supervivientes de las huestes de Conrado III. Los cruzados siguieron su avance, pero no hacia el interior del país, sino dando un rodeo por las regiones occidentales del Asia Menor. El miedo a correr la triste suerte de los

⁵ E. Willems: Ob. cit., pág. 141.

⁶ Cf. Th. Thouzellier: «Hérésie et la croisade au XII siècle». «Revue d'histoire ecclésiastique». Vol. XLIX, núm. 4, Louvain, 1954, pág. 861.

ejércitos alemanes derrotados por los selyúcidas, les indicó esa nueva ruta. El itinerario pasaba por ciudades bizantinas (Pérgamo, Esmirna, Efeso y otras); no obstante, el paso por altas montañas y el cruce de impetuosos ríos debilitaron seriamente el ejército. Los alemanes emprendieron el regreso de Efeso a Constantinopla por mar para rehacerse del descalabro que les causaron los «infieles». Además, tampoco lograron compenetrarse con los caballeros franceses, que se mofaban abiertamente de sus aliados.

A principios de 1148, las tropas francesas, extenuadas por la dura marcha por caminos rocosos, partieron de Laodicea hacia el Sur. Los selyúcidas hostigaban constantemente y causaron importantes bajas a los cruzados; los franceses perdieron la mayor parte de los convoyes con vituallas y forrajes, que caían en manos de los selyúcidas. Los cruzados se vieron obligados a abandonar las acémilas por falta de forrajes. La situación más difícil era la de los pobres campesinos participantes en la cruzada, que tenían que soportar las mayores calamidades.

A pesar de la dureza de la campaña, los señores feudales que iban a Oriente para aumentar sus riquezas no se privaban de las diversiones. Luis VII iba acompañado de sus casquivana esposa, Eleonora de Aquitania, que se entregaba a toda clase de entretenimientos. El ejemplo del rey fue seguido por otros señores. El lujoso cortejo del rey y de los nobles, los vistosos trajes de sus «nobles compañeras», la numerosa y abigarrada servidumbre (incluidos los músicos) al servicio de las damas, todo eso contrastaba con las agotadas y andrajosas muchedumbres de pobres, que marchaban a países ignotos en búsqueda de mejor suerte.

En la segunda cruzada, igual que en la primera, los feudales no se desvían por los míseros campesinos. Los consideraban un estorbo, y en la primera oportunidad propicia se libraron de ellos. Los cruzados llegaron a comienzos de febrero de 1148 a la ciudad bizantina de Attalia (en la Panfilia) y su gobernador puso a su disposición las naves que los trasladarían a Siria. En las naves griegas apenas cabían los nobles, que se hicieron a la vela y abandonaron a los pobres a su propia suerte en las costas del Asia Menor. En su mayor parte, éstos fueron aniquilados por los selyúcidas, o perecieron de hambre.

El ejército, relativamente pequeño, de los cruzados franceses. Llegó a Antioquía. Poco tiempo después arribó también el pequeño ejército de feudales alemanes de Conrado III, que desde Constantinopla se dirigió por mar a Acre. Entonces el reino de Jerusalén estaba en guerra con Damasco. Los jefes de la cruzada, «olvidando» que su fin primordial era vengar la toma de Edesa por los paganos, abandonaron sus planes de guerra contra Mosul, se unieron al ejército reclutado en el reino de Jerusalén y pusieron sitio a la bien fortificada ciudad de Damasco.

El sitio fracasó. Las discrepancias entre los caballeros alemanes y franceses no cesaban. Entre los barones del reino de Jerusalén aparecieron «traidores a la causa de la cristiandad» sobornados por el oro del emir de Damasco. Sin haber logrado su propósito, a fines de julio de 1148 los caballeros de la cruz abandonaron la empresa; además, el emir de Damasco recurrió a la ayuda de Mosul: las tropas de Nur-al-Din, el sucesor de Zangi, acudieron desde el Norte a la ciudad sitiada.

Al ver que la situación era insostenible, Conrado III y los pocos hombres que le quedaban en la primavera de 1149 regresaron por Constantinopla a Alemania. Algunos meses después regresó también Luis VII, cuyo entusiasmo bélico decayó, en buena medida, debido a las aventuras amorosas por «tierra santa» de su esposa Eleonora, que estableció relaciones «incestuosas» con su tío, el príncipe Raimundo de Antioquía.

La segunda cruzada no tuvo ningún resultado práctico para los organizadores ni para los participantes. La empresa, mal organizada y peor ejecutada, sólo produjo enormes pérdidas humanas y materiales, sobre todo a los franceses. Los cuantiosos medios materiales obtenidos con la explotación de las masas fueron gastados en vano. La cruzada también dañó políticamente al reino de Francia. El papado y sus partidarios en Francia, y antes que nada Bernardo de Claraval, pretendían debilitar el poder del rey. Durante la cruzada, Francia fue azotada por otra oleada de guerras feudales internas. A ello hay que añadir las grandes deudas contraídas por Luis VII con los Templarios y los Hospitalarios, que le habían facilitado muchos miles de marcos de plata para sufragar la cruzada.

La segunda cruzada, igual que la primera, puso de relieve la desunión de los señores feudales de Occidente. Los proyectos de la toma de Constantinopla demostraron que las razones religiosas pesaban cada vez menos. Los monjes-cronistas del siglo XII ya se quejaban de que en la segunda cruzada se había debilitado el fervor religioso. También numerosos historiadores burgueses reconocen que desde mediados del siglo XII el programa oficial de las cruzadas se hizo puro trámite. El conocido historiador belga Henri Pirenne considera que el lamentable resultado de la expedición cruzada de 1147 se debió exclusivamente a la importante evolución espiritual sufrida por Occidente en aquel entonces: a mediados del siglo XII «la disposición mística de las mentes era menor que cincuenta años atrás»⁷. En realidad, las razones eran de naturaleza bien distinta a las espirituales.

La segunda cruzada fue un rotundo fracaso, en primer lugar, porque los afanes expansionistas de Occidente en el Mediterráneo

⁷ H. Pirenne: «Les grands courants d'histoire universelles», t. II, Neuchâtel, 1944, pág. 99.

umentaban las contradicciones de los distintos Estados europeos entre sí y de éstos con Bizancio. Los proyectos expansionistas de los jefes de la Iglesia católica chocaron en la segunda cruzada con las crecientes tendencias «separatistas». También las querellas entre los caudillos de las milicias y sus disputas con los francos de Siria contribuyeron al fracaso de la empresa⁸.

Ese fracaso además socavó considerablemente el prestigio papal y, en particular, redujo la influencia de la orden Cisterciense⁹. Las esferas eclesiásticas superiores se pusieron a buscar a los culpables del fracaso. El Papa Eugenio III echó todas las culpas a Bernardo de Claraval; éste manifestaba que él actuaba de acuerdo a las órdenes del Papa¹⁰. Para salvar el «honor» de la Iglesia romana, sus altos dignatarios se querellaban entre sí; todo eran reproches e insultos. El Papa llamó estúpido a Bernardo de Claraval.

Las acusaciones recíprocas no sirvieron para salvar el «honor» de Roma y de sus protegidos. En las amplias masas de Occidente aumentaba el descontento hacia el Papa y el abad de Claraval, que habían llevado a la muerte a un enorme número de personas. Llamaban a Bernardo «el falso profeta» (había anunciado un final victorioso), mientras que a Eugenio II, que bendijo la aventura, le tildaban de «anticristo».

En 1150 Bernardo hizo otra tentativa de organizar una nueva cruzada, pero no obtuvo el apoyo del Papa, pese a que Bernardo seguía siendo candidato de algunos barones franceses y autoridades eclesiásticas, como caudillo de una nueva «guerra santa». Por decisión del Concilio de Chartres (mayo de 1150), Eugenio III, por bula del 19 de junio, confirmó al abad de Claraval jefe de los cruzados, pero la cosa no pasó de ahí.

La cruzada hacia Oriente fue sólo una parte de la grandiosa aventura feudal de conquista organizada por el papado. En esa misma época, la Iglesia católica aprobó y bendijo en 1147 una nueva expansión feudal. La nueva agresión, que correría a cargo preferentemente de los feudales germanos y por supuesto de la Iglesia católica, serían las tierras eslavas al otro lado del río Laba (Elba).

⁸ Esas circunstancias las señala con acierto el historiador francés A. Seguin en su artículo «Bernard et la seconde croisade». Col. «Bernard de Clairvaux», París, 1953.

⁹ E. Willims: *Ob. cit.*, pág. 148.

¹⁰ Algunos historiadores contemporáneos intentan rehabilitar a Bernardo de Claraval, esgrimiendo sus propios argumentos de que obedecía órdenes de Eugenio III. Concretamente, E. Willems, en su artículo antes citado (pág. 137), sale en defensa del abad de Claraval, al que sólo le reprocha haber consentido la participación de mujeres en la cruzada y no haber previsto los resultados escandalosos de un hecho tan lamentable (*ob. cit.*).

La cruzada de 1147 contra los eslavos

Los feudales alemanes desde hacía mucho tenían puestas sus miradas codiciosas en las tierras de los eslavos, al este del río Laba y en el litoral báltico. En estas regiones, entre los siglos IX y XI, surgieron muchas ciudades importantes, con un animado comercio. Mercaderes de diversos países llegaban a Volinia (en el delta del río Oder), a Stettin (la mayor ciudad de la costa), a Arcona (en la isla de Ruian), para adquirir pieles, sal, miel, cera y artesanía de oro, plata y marfil. A medida que aumentaba el bienestar de sus vecinos orientales, los feudales germanos sentían mayores deseos de invadirlos. Los colonizadores alemanes intentaron establecerse del otro lado del río Laba en el siglo X, pero a fines de ese siglo fueron desplazados de la mayor parte de las regiones ocupadas a causa de una potente sublevación eslava. A mediados del siglo XII los príncipes alemanes hicieron otro intento de apoderarse de las tierras eslavas del Laba y de la costa. Cuando en 1147 Bernardo de Claraual proclamó la cruzada a Palestina, una parte de los príncipes y caballeros de Alemania decidieron aprovechar esa oportunidad para buscar el botín mucho más cerca.

La idea de conferir el carácter de «guerra santa» a la nueva agresión contra los eslavos, surgió en las esferas feudales de Sajonia. Los dignatarios de la Iglesia católica apoyaron la idea; Bernardo de Claraual puso en juego toda su elocuencia y movilizó a sus monjes cistercienses para organizar una cruzada contra el Oriente eslavo. En marzo de 1147 el abad habló en la dieta de Francfort, ante los príncipes y obispos alemanes. En la asamblea hizo un llamamiento a todos los católicos, a que tomasen las armas contra los paganos del Laba, para «destruirlos o bien convertirlos a la religión cristiana». A los participantes en la empresa les fueron prometidos iguales beneficios en cuanto a la «salvación del alma», que a los que se dirigían a la «tierra santa».

Tres semanas después, el Papa Eugenio III confirmó las «gracias» concedidas por el abad de Claraual. En una bula especial exhortó a los futuros cruzados a actuar en tierras eslavas con firmeza y sin compasión. Conociendo la codicia de los guerreros cristianos, el Papa les prohibió recibir de los paganos «dinero o rescate alguno por permanecer estancados en la irreligión».

Después de aprobar la conquista de Siria y Palestina, la Iglesia romana bendijo el «Drang nach Osten» (Marcha hacia el Este), como posteriormente llamaron los historiadores nacionalistas alemanes a la agresión de los caballeros germanos contra los eslavos y demás pueblos del Báltico.

Al llamamiento a la «guerra santa» contra los paganos del otro lado del Elba acudieron grandes y pequeños feudales de Alemania, a los que se unieron sus cofrades de Dinamarca y Borgoña. En el vera-

no de 1147 se constituyeron en Alemania dos ejércitos cruzados. Al frente del primero estaban el ambicioso duque Enrique de Sajonia y Baviera (el León), el duque Conrado de Borgoña, el arzobispo Adalberto de Bremen y otros. Dirigían el segundo ejército el margrave Alberto el Oso (posteriormente enemigo encarnizado de Enrique el León), el feldgrave Federico de Sajonia, el arzobispo Federico de Magdeburgo y algunos otros feudales laicos y eclesiásticos. Ambos ejércitos cruzados sumaban cien mil hombres. El ejército de Enrique el León penetraría desde el Laba inferior a las tierras de los eslavos obodritas. El golpe principal del segundo ejército, que saltó de Magdeburgo, iba dirigido contra los eslavos liutiches.

La conversión de los eslavos al cristianismo no era más que un pretexto para los feudales alemanes: el verdadero propósito era saquear las ricas tierras eslavas y reducir a sus pobladores a la esclavitud ¹¹.

Helmoldo, cronista de los colonizadores alemanes, en su «*Crónica eslava*» afirma que Enrique el León nunca pensó seriamente en convertir a los eslavos al cristianismo: sólo pensaba «en el dinero» y «le dominaba la codicia». Otro tanto se puede decir de los demás jefes y señores feudales participantes en esta «guerra santa», y hasta de los obispos que los respaldaban: los eventuales diezmos eclesiásticos eran lo que les animaba a intervenir en la cruzada tras el Elba.

Los eslavos ofrecieron una tenaz resistencia a los intrusos. El príncipe obodrita Niklot fue el organizador de la defensa contra la invasión cruzada. Suyo fue el ingenioso plan para vencer a los invasores alemanes por el hambre. Niklot tomó medidas oportunas para privar a los cruzados de apoyo y de sus medios de aprovisionamiento.

Los eslavos, a fines de junio de 1147 atacaron por sorpresa la ciudad alemana de Lübeck, destruyéndola y hundiendo todas las naves ancladas en la rada. Los destacamentos de caballería enviados por Niklot aniquilaron o tomaron prisioneros a todos los colonos alemanes en la vecina región eslava de Vagria. Así, los cruzados se quedaron sin sus proveedores de vituallas. La arriesgada acción de los eslavos fue un éxito. Cuando el ejército cruzado invadió la tierra de los obodritas, Niklot, de acuerdo a un plan previo, devastó el territorio de su principado y al frente de un importante ejército se refugió en la fortaleza de Dobin, en una zona pantanosa, próxima al lago Zverinoe. Los cruzados, que se movían por zonas devastadas, sitiaron la fortaleza, pero pronto se encontraron en una situación comprometida, pues sólo podían ser abastecidos por la flota danesa, que se había aproximado a la costa eslava en las proximidades del lago Zverinoe. Entonces los ruianos —belicosos navegantes eslavos aliados de Ni-

¹¹ Cf. N. Gratsiankii: «La cruzada de 1147 contra los eslavos, y sus resultados». «Voprosy istorii», 1946, núms. 2-3, pág. 91.

klot— atacaron las naves danesas, causándoles importantes pérdidas. Las milicias alemanas y danesas que sitiaban Dobin quedaron amenazadas por el hambre. Mientras, los destacamentos eslavos efectuaban salidas sorpresivas de Dobin y aniquilaban a los cruzados; «abonaban con ellos la tierra», escribe Helmoldo.

El entusiasmo de los caballeros alemanes decayó sensiblemente. Las tropas se quejaban de la inutilidad de la empresa. Probablemente los guerreros alemanes no eran tan fervorosos devotos de la fe católica como para soportar privaciones «excesivas»; por otra parte, la dura lección que les proporcionaron los eslavos les quitó por un tiempo las ganas de apoderarse de lo ajeno. No tuvieron más remedio que hacer las paces con Niklot. «Así, una gran expedición —escribe Helmoldo— trajo pocos beneficios.»

No les fueron mejor las cosas a los que partieron de Magdeburgo para someter a los liutiches de la otra orilla del Elba y a los eslavos de la costa. Una parte de los cruzados llegó hasta la ciudad eslava de Dymin, sobre el río Pena; pero encontraron tal resistencia, que muchos abandonaron los sueños de conquista y volvieron a casa; otro ejército puso cerco a la ciudad de Stettin. Los cruzados de fila —que eran muchos— no sospechaban que todas esas regiones eran cristianas hacía ya varias décadas. Los preladōs católicos y los príncipes lo ocultaban, para presentar la cruzada como una campaña del ejército de Cristo contra las aberraciones paganas. Cuando el ejército cruzado cercó Stettin, los sitiados colgaron cruces en las murallas de la ciudad, en señal de que eran cristianos. La masa de los cruzados compuesta principalmente por campesinos ignorantes, comprendió que había sido embaucada por los príncipes. En las filas de los sitiadores se produjeron desórdenes. Los caballeros, dispuestos a lograr un botín, encontraron la firme oposición de los cruzados campesinos: el pueblo, para quien los lemas religiosos de la cruzada tenían un valor concreto, se negaba a continuar las hostilidades contra los cristianos, abandonando el campamento pese a las exhortaciones de sus caudillos. En completo desorden emprendió la retirada el «ejército de Cristo», que además había chocado con recias fortalezas eslavas.

El cronista checo Vicente de Praga cuenta que durante el sitio de Stettin ante los jefes de los cruzados comparecieron los representantes de la ciudad, con el obispo a la cabeza. «¿Por qué los príncipes alemanes acudieron tan armados? —preguntaron a los jefes del “ejército de Cristo”—. Si quieren que triunfe en alguna parte la fe cristiana, “que no la impongan con las armas, sino con la palabra obispal”.»

El relato de Vicente de Praga pone de manifiesto los verdaderos propósitos de los promotores y participantes en la compañía: «Los sajones —dice— llegaron con ese ejército para apropiarse de las tierras, más que para afianzar la religión cristiana.» Su guerra no «era una empresa de Dios». Esta, según el cronista religioso, era la causa

principal del revés de la campaña. En realidad, la cruzada contra los eslavos fracasó por otra razón: por la heroica resistencia de los eslavos a los invasores cruzados. Sólo posteriormente, a fines de los años cincuenta del siglo XII y aprovechando las luchas intestinas de los príncipes eslavos, los feudales alemanes se establecieron al otro lado del Elba y en la costa Báltica. Pero estos acontecimientos rebasan nuestro tema.

La tercera cruzada

La cruzada a Oriente de 1147 fue un fracaso. Mientras, las fuerzas del mundo musulmán iban en aumento. La creciente tendencia a la unificación facilitó la integración, a mediados de los años sesenta del siglo XII, de un importante Estado que abarcaba buena parte del Asia anterior. En la creación de dicho Estado fue decisivo el papel del visir Iusuf Salah ad-Din, que en 1171 asumió el poder en Egipto y años más tarde incorporó a Egipto a parte de Siria y la Mesopotamia. El sultán Salah ad-Din (más conocido como Saladino) invirtió todos los recursos de su extenso Estado en luchar contra los francos, para lo que se propuso destruir primero el reino cruzado de Jerusalén.

La falta de unidad entre los ambiciosos cruzados, volcados en hacer negocios y en aclarar disputas internas, facilitó a Saladino la invasión en 1187 de las regiones centrales del reino de Jerusalén. La agresión tuvo como causa inmediata uno de los habituales actos de pillaje del caudillo francés. Reinaldo de Chatillon. Este ingobernable caballero, después de varios años de cautiverio musulmán, se estableció en el castillo de Craque, para dedicarse al saqueo de las caravanas de mercaderes que pasaban en las proximidades. En una ocasión, en la primavera de 1187, por una ventana de la alta torre del castillo, avistó una caravana que transportaba de Siria a Egipto mercancías de gran valor, y la saqueó por completo. El sultán de Egipto exigió al rey de Jerusalén, Guy de Lusignan, el pago por perjuicios y el castigo del ladrón, pero el rey no se decidió a enfrentarse con un vasallo tan poderoso. Saladino aprovechó la negativa para declarar la «guerra santa» a los francos.

El reino de Jerusalén recibió golpes muy sensibles. A comienzos de julio de 1187, un ejército aliado de sesenta mil hombres de Egipto y Siria, avanzando de Alepo y Mosul, tomó Tiberíades y tendió cerco a importantes fuerzas cruzadas en las alturas próximas a Gattina (entre Nazarèt y el lago Tiberíades), que el 5 de julio de 1187 fueron derrotadas por completo en una encarnizada batalla. Centenares de caballeros y miles de infantes perecieron en el combate; Guy de Lusignan, el gran maestro de los Templarios, y numerosos nobles cayeron prisioneros.

Después de tomar Gattina, Saladino ocupó rápidamente todas las ciudades de la costa del Mediterráneo (Acre, Beiruth, Sidón, Jafa, Haifa, Césárea, Ascalón), cortando así todas las comunicaciones entre Europa y Jerusalén. En la segunda mitad de septiembre de 1187 las tropas del sultán sitiaron la capital del principal Estado de los cruzados. La guarnición, poco numerosa, no podía hacer frente al enorme ejército musulmán. Comprendiendo que toda resistencia era inútil, la población de Jerusalén se rindió incondicionalmente. El 2 de octubre se abrieron las puertas de Jerusalén y el ejército de Saladino ocupó la ciudad. El sultán pidió por su «clemencia» un precio muy alto: para abandonar la ciudad los habitantes cristianos tenían que abonar como rescate, cerca de dieciséis mil francos, una fuerte suma; los que no pudieran pagarla fueron hechos esclavos ¹².

Conquistada Jerusalén y aplastada la resistencia de los últimos caballeros cruzados en el interior de Palestina, Saladino quiso apoderarse de Tiro, defendida por el marqués siciliano Conrado de Montferrato, llegado de Constantinopla en julio de 1187. Saladino fracasó en Tiro; tampoco logró apoderarse de Trípoli y Antioquía, las principales plazas de los cruzados en el Norte.

La noticia de la caída de Jerusalén produjo en Occidente una enorme impresión. El Papa Urbano III falleció al conocer la noticia. Su sucesor, Gregorio VIII, convocó inmediatamente a una nueva cruzada. En sus mensajes, relacionados con la cruzada, este Papa prescribió una abstinencia total de todos los católicos un día a la semana (el viernes) durante cinco años; además, todos estaban obligados a no comer carne dos días a la semana (el miércoles y el sábado) también durante cinco años. La predicación de la «guerra santa» la continuó Clemente III, que dos meses después sucedió a Gregorio VIII. Había que mantener la menguante autoridad del catolicismo. Para despertar el entusiasmo religioso en las masas, los más fervientes cardenales hicieron el voto de recorrer a pie toda Francia, Inglaterra y Alemania.

La Iglesia católica logró organizar una nueva cruzada, la tercera. En ciertos aspectos ésta se diferenciaba sustancialmente de las anteriores. A fines del siglo XII, las características de las cruzadas fueron modificándose hasta cierto punto, comparadas con las anteriores.

Los campesinos pobres, que fueron una gran fuerza en la primera y participaron en proporción considerable en la segunda, esta vez se mantuvieron al margen. El fracaso de sus tentativas para obtener en

¹² En un primer momento, los templarios y los hospitalarios se negaron a aportar el dinero para el rescate, alegando que no podían disponer de un dinero que les habían entregado en custodia. Sólo el temor de una explosión de indignación de la masa de francos pobres obligó a los caballeros de esas órdenes a facilitar el dinero (cf. J. Richard: *Ob. cit.*, pág. 143).

Oriente tierras y liberarse del yugo feudal, minó las ilusiones de los siervos. A lo largo del siglo XII, los siervos de Occidente fueron optando por otros medios más seguros para aliviar su situación, como era el de huir a las ciudades, que se hallaban en pleno desarrollo: esto les permitía liberarse en su patria de verdad, no en la quimérica. El aire de la ciudad hace libre, afirmaba un adagio popular de la época.

La corriente campesina hacia Oriente quedó casi cortada; desde fines del siglo XII la fuerza principal, aunque no la única, de las cruzadas, fueron los caballeros y los grandes feudales de Europa occidental. También se incorporaron activamente a las nuevas «guerras santas» los más jóvenes Estados feudales de Occidente. También se produjo la incorporación, paulatina y cautelosa, de las repúblicas italianas¹³, que, como veremos, procuraban sacar de ello la mayor tajada. El interés de las ciudades comerciales, principalmente de las del Norte de Italia¹⁴, por las cruzadas, se convirtió desde fines del siglo XII en uno de los principales móviles de las expediciones.

En el siglo transcurrido desde la primera cruzada el comercio levantino alcanzó un fuerte desarrollo. En ese centenio se establecieron relaciones comerciales permanentes entre los países de Europa occidental y Bizancio, Chipre, Egipto, Siria, Palestina, Armenia y, a través de éstos, las regiones interiores de Asia y Africa. El comercio levantino estaba principalmente en manos de las ciudades italianas. De Venecia, Génova y Pisa, de las ciudades francesas de Marsella, Montpellier y otras, de las costas inglesas y más tarde de Barcelona, salían hacia Oriente flotillas de navíos mercantes, cargados con harina (en los Estados de los cruzados escaseaba el trigo), maderas para la construcción, metales (Inglaterra enviaba al Levante cobre y estaño), cueros, paños (en cuya fabricación se especializaban las ciudades del Sur de Francia), caballos y «mercancía humana», es decir, esclavos; éstos eran suministrados a los países de Oriente principalmente por los venecianos, que desde hacia mucho mantenían el abominable negocio de la caza del hombre, particularmente en las costas de Dalmacia. Los mercaderes occidentales descargaban su mercancía en Constantinopla, Alejandría, Tiro, Acre, Antioquía y Jafa, y cargaban también allí las mercancías orientales, adquiridas en las ciudades portuarias del Levante. Las naves venecianas, genovesas y marsellesas traían a Europa telas de seda y de algodón tejidas por los habilidosos artesanos sirios; frutas y nuez moscada, caña de azúcar, barriles de vino.

¹³ Cf. Cahen hace hincapié en esta circunstancia en sus últimas obras, concretamente en su conferencia ante el Congreso de Historiadores en Roma sobre «Las Cruzadas y el Islam» («Relazioni», vol. III, pág. 626).

¹⁴ Venecia no tomó parte en la segunda cruzada; los mercaderes venecianos prefirieron a esa aventura un negocio mucho más lucrativo: ayudar a Bizancio contra Roger II de Sicilia a cambio de mayores exenciones comerciales en Constantinopla.

También transportaban a Occidente seda cruda y balas de algodón, que a los puertos sirios llegaban del interior de Asia; almizcle del Tibet, vidrio egipcio, colorante y especies de la India (pimienta, clavo, canela) pagadas a alto precio en Alejandría; resina, incienso y ámbar de Arabia, perlas y piedras preciosas de los lejanos países asiáticos, marfil del Africa. Esas y otras muchas mercancías se vendían con grandes ganancias en los mercados de Europa.

Las mercancías orientales no sólo estaban destinadas al consumo de las clases altas de Europa occidental; algunos investigadores estiman que la seda cruda y el algodón importados de Asia determinaron el desarrollo de la industria textil en las ciudades de Occidente. Todos esos ejemplos revelan la gran importancia que para la economía de Europa occidental adquirió la cuenca del Mediterráneo en el siglo XII.

Se suele creer que el auge del comercio levantino en el siglo XII fue consecuencia de la primera cruzada y su principal causa. Aunque muy difundida en los textos de historia, es una apreciación errónea.

Es cierto: la conquista por los cruzados de Siria y Palestina fue un hecho relevante para las relaciones económicas de Europa occidental con Oriente. Las ciudades comerciales italianas mantenían las comunicaciones entre Europa y los cruzados, suministrando a éstos armas, provisiones, ingenios para el sitio y refuerzos humanos.

Por esa ayuda las clases pudientes de las repúblicas de Italia del Norte obtenían de los jefes cruzados diversos privilegios en las ciudades conquistadas de Siria y Palestina.

El mejor premio a los mercaderes venecianos, pisanos y genoveses fue la concesión en las ciudades portuarias de determinados barrios, en los que éstos tenían alojamiento, «el mercado, la Iglesia, el baño y la panadería». Los barrios eran a veces muy extensos. Los genoveses poseían la tercera parte de Jafa, de Acre y de Cesárea, el puerto de Trípoli y una isla próxima; en 1123 a los comerciantes venecianos les fue asignado un barrio de Jerusalén, que igualaba en extensión al resto de la ciudad. Venecia poseía en cada ciudad del reino de Jerusalén una calle o un mercado, por lo menos.

Los barrios de los comerciantes italianos eran zonas autónomas de los Estados cruzados, administradas por cónsules que designaban las autoridades de las ciudades italianas; sus habitantes no estaban sometidos a la jurisdicción de los tribunales de los gobiernos feudales locales.

De este modo, a los comerciantes y empresarios italianos les benefició la primera cruzada. Según un historiador, «realizaban las obras de piedad» como auténticos mercaderes. Además de obtener grandes privilegios comerciales y políticos en Jerusalén, Jafa, Tiro, Antioquía y otras ciudades del Mediterráneo oriental, acapararon casi todo el comercio de importancia y la industria de Siria.

Esas privilegiadas colonias orientales de los comerciantes europeos, principalmente de los italianos, se transformaron en una especie de bases de apoyo del comercio de Occidente con Levante (los italianos fueron secundados por los comerciantes de otros países, que fundaban allí sus colonias). Sin embargo, no se debe hiperbolizar el significado de esas colonias de mercaderes europeos para el comercio levantino del siglo XII. Distintas ciudades de Italia y de Francia meridional estaban vinculadas comercialmente a Siria y Palestina antes aún de las cruzadas. Por otra parte, el desarrollo del comercio en la cuenca del Mediterráneo no dependía de los privilegios concedidos a los comerciantes de Venecia y Génova, por muy importantes que fueran, sino del grado de desarrollo industrial y comercial de Europa y de Oriente. La condición esencial y decisiva para el florecimiento del comercio levantino en el siglo XII fue el progreso económico general de aquella época, que coincidió en el tiempo con la creación de los Estados latinos de Siria y Palestina ¹⁵.

La consolidación de los francos en Siria y Palestina después de la primera cruzada, no influyó decisivamente en el comercio del Mediterráneo. Lo determinante para su desarrollo fue la evolución interna de la economía en la sociedad feudal, que ya se perfilaba en el siglo XI fue el desarrollo de las fuerzas productivas en la época en que la artesanía se desvincula de la agricultura, fue el progreso económico de Europa occidental, que continuó en el siglo XII. Este progreso incrementó el volumen general de mercancías en poder de los comerciantes, principalmente en las ciudades italianas, y aumentó la demanda de mercancías orientales ¹⁶.

Así, pues, el Mediterráneo se convirtió en el siglo XII en la gran ruta comercial entre Occidente y Oriente. Por esa razón, era cada vez más codiciado por los monarcas feudales de Occidente. El control sobre comercio mediterráneo prometía a los Estados feudales una am-

¹⁵ Las cruzadas y sus consecuencias dañaban las relaciones comerciales normales con Levante. Cl. Cahen muestra acertadamente en sus obras que los privilegios italianos quedaban sustancialmente mermados debido a diversos factores desfavorables, en primer término a las interminables guerras de los cruzados y los selyúcidas, que impedían el comercio con las regiones del interior de Siria. En base a un estudio de documentos de archivo, Cahen calculó que en número de transacciones de los comerciantes venecianos con los orientales en setenta años (1100-1170), Alejandría superaba a Acre y Constantinopla se hallaba casi al mismo nivel que Acre. Estos y otros datos muestran que en el siglo XVI Alejandría y Constantinopla, ciudades que no sufrieron la influencia «benefactora» de las cruzadas, eran centros de comercio de Levante más importantes que todos los puertos de Siria y Palestina, que se hallaban por completo en poder de los cruzados (Cl. Cahen: «Notes sur l'histoire des croisades et de l'Orient latin». «Bulletin de la faculté des lettres de l'Université de Strasbourg», 1951, núm. 8, págs. 332-333.

¹⁶ Cf. N. Sokolov: «La política oriental de la plutocracia veneciana en el siglo XII», pág. 103.

pliación considerable de sus recursos materiales. La forma más eficaz de controlar y encauzar en provecho propio el comercio era apoderándose de las regiones y ciudades que participaban en él.

La transformación de los caballeros y de los grandes señores en la fuerza principal de las cruzadas, la incorporación a la empresa de los Estados feudales y el importante lugar que el comercio mediterráneo ocupó en la política de Occidente, todo ello determinó las formas internas y las características externas del movimiento de las cruzadas desde fines del siglo XII. La religiosidad ostensible pasaba cada vez más a segundo plano, mientras que los mundanos intereses anexionistas que animaban a sus participantes abultaban cada vez más la envoltura religiosa con que la Iglesia católica pretendía encubrir ese movimiento.

El afán de los países de Europa occidental de dominar el Mediterráneo se convirtió en el resorte interno de las cruzadas. Ese afán en cierto grado, aunque por lo menos en apariencia, cohesionaba a los Estados occidentales frente a Oriente. Pero aún más fuerte era la enemistad que la empresa creaba entre esos mismos Estados. La «unidad del mundo Occidental», ficticia ya en las primeras cruzadas, en la segunda mitad del siglo XII quedó en la nada: a primer lugar en las cruzadas pasó la lucha entre los Estados de Europa occidental por la supremacía económica, política y militar en el Mediterráneo¹⁷. Esos cambios se revelaron plenamente en el curso de la tercera cruzada.

El llamamiento de los Papas a una nueva cruzada no fue acogido por las masas igual que en ocasiones anteriores. Cuando a comienzos de 1188, por exigencia de la Curia romana, se implantó, primero en Inglaterra y luego en Francia, un diezmo sobre el valor de los bienes muebles (destinado a organizar el ejército contra los «turcos» y denominado «diezmo de Saladino»), la medida fue recibida con indignación por el pueblo. Para los campesinos que soportaban los onerosos gravámenes feudales, el «diezmo de Saladino» hacía más agobiante la carga. En Francia estalló una sublevación de campesinos contra los recaudadores del «diezmo de Saladino», que finalmente fue anulado. Las quejas procedían no sólo del pueblo bajo, sino también de los clérigos, que por orden papal debían de ceder para la cruzada parte de sus ingresos. El archidíacono Pedro de Blois, destacado jerarca y escritor eclesiástico, consideraba que si «los príncipes, con el pretexto de un nuevo peregrinaje..., imponen el estigma de la esclavitud a la Iglesia de Cristo, exigiéndole impuestos, el hijo fiel de la Iglesia deberá morir antes que obedecer». La hostilidad de las masas populares contra la nueva cruzada era aún más manifiesta. Un poeta francés de

¹⁷ V. V. Stoklitskaia-Tereshkovich: «La lucha de los Estados de Europa occidental por la hegemonía en el Mediterráneo en la época de las cruzadas». «Izv. AN SSSR, ser. ist. i filosofii», 1944, núm. 5.

aquella época (Conon de Béthune) acusaba a los poderosos de este mundo, porque «tomaban la cruz por dinero y aplicaban el diezmo al clero, a los ciudadanos y a los siervos. Su signo de la cruz no es la fe, sino la codicia». Esas palabras reflejan una aversión manifiesta a la idea de la cruzada: las masas populares perdían la fe en la «guerra sagrada» como obra redentora.

El llamamiento de Roma fue apoyado principalmente por los señores y por los Estados feudales y por los patricios de las ciudades de Italia del Norte. Ya en 1188 se dirigió a Siria una pequeña flotilla del reino normando de Sicilia, capitaneada por el «almirante» Margaritone y varias decenas de galeras de Pisa y Génova. Pero el grueso de las cruzadas se formaba en Inglaterra, Alemania y Francia.

Uno de los primeros en manifestarse dispuesto a tomar la cruz fue el rey de Inglaterra Enrique II Plantagenet (1154-1189). Durante su reinado hizo mucho por fortalecer el poder real en Inglaterra, a la vez que procuró que su país obtuviera sólidas posiciones en el Mediterráneo. Porque Inglaterra ya participaba en el comercio levantino, y además porque a los Plantagenet les pertenecía la Aquitania francesa¹⁸, con un importante papel en ese comercio¹⁹.

Enrique II quiso imponer la influencia de los Plantagenet en todos los países del Mediterráneo. En aquellos tiempos en el juego diplomático desempeñaban un importante papel los matrimonios con fines políticos entre representantes de las dinastías reinantes. El rey de Inglaterra recurría ampliamente a esa «diplomacia matrimonial», valiéndose de casi todos sus hijos. Casó a una de sus hijas con el rey Alfonso de Castilla; a otra con el rey Guillermo II de Sicilia (este matrimonio fue estéril y no dio un heredero inglés para el trono ítalo-normando); comprometió a su hijo Ricardo con la princesa Berenguela de Navarra. Finalmente, a Enrique II le hubiera gustado apoderarse del... reino de Jerusalén, pues también allí los Plantagenet tenían vínculos familiares a través de la casa Anjou: Fulco, el rey de Jerusalén (1131-1143), jera abuelo de Enrique II! Este, desde el momento que se estableció en Inglaterra, no perdió de vista los dominios de ultramar de sus parientes. Entregó importantes sumas para defender la «tierra santa» de los musulmanes, y con mucha anterioridad a la

¹⁸ Enrique II Plantagenet era, además de rey de Inglaterra, el mayor feudal de Francia, conde de Anjou y de Mens. Poco después de la segunda cruzada casó con la ya citada Eleonora de Aquitania (de la que se había divorciado Luis VII), con lo que incorporó el ducado de Aquitania a sus dominios.

¹⁹ Las naves inglesas llegaban al Mediterráneo costeano Francia y España por Gibraltar, o bien por mar, hasta Burdeos; allí las mercancías se transbordaban a gabarras y por el Garona llegaban a Tolosa. En Tolosa las mercancías inglesas se cargaban en acémilas hasta Narbona. Aquí eran cargadas en naves y trasladadas a Alejandría y otras ciudades de Oriente. Este segundo camino (trazado por el historiador alemán W. Haid en base a las noticias del historiador árabe Ibn Said) cruzaba Aquitania (V. V. Stoklitskaia-Tereshkovich: Ob. cit., pág. 217).

caída de Jerusalén, mantuvo conversaciones con Luis VII, y luego con su propio yerno Guillermo II de Sicilia, con vistas a organizar una cruzada.

Es evidente que al Papa no le costó mucho convencer a este poderoso gobernante, posesionado por la idea de «dominar el mundo»²⁰, para que tomara parte en la cruzada: el propio Enrique II depositaba grandes esperanzas en esta empresa, que debía ampliar considerablemente las posesiones de los Anjou en el Mediterráneo.

La diplomacia papal también logró convencer a otro pretendiente al «dominio mundial» con una amarga experiencia en la cruzada: al emperador Federico Barbarroja (1152-1190), quien siendo duque de Suabia participó en la malograda expedición de 1147-1148. El belicoso y agresivo gobernante alemán no extrajo enseñanzas de la triste experiencia.

La participación de Federico I en la tercera «guerra santa» se hallaba en correspondencia con la vieja política de agresión de los Staufen en el Sur de Europa. Barbarroja pasó casi la mitad de su reinado en guerras de conquista de las ciudades de Lombardía, aunque al final salió derrotado por los ejércitos aliados de las ciudades lombardas; en la batalla de Legnano, en 1176, fue obligado a capitular y llamar (en 1177) la humillante paz de Venecia. Recuperado de la derrota, Federico intentó apoderarse de la Italia meridional y de Sicilia. Igual que Enrique II, comprendía la importancia de Sicilia para el comercio mediterráneo y los beneficios de la posesión de esa isla. Por ella pasaba la ruta más corta de Europa a Africa del Norte. En sus cómodos puertos de Mesina, Palermo y Catania hacían escala todos los buques de los países occidentales, que llevaban y traían mercancías de Levante. El dominio de Sicilia proporcionaría grandes recursos y obligaría a numerosos países interesados a depender de su dueño. Para incorporar Sicilia e Italia meridional a los dominios de los Staufen, Federico I, igual que Enrique II, aunque con mayor éxito, recurrió a la «diplomacia matrimonial»: en 1186 en Milán se celebró el matrimonio de su hijo y heredero, el futuro emperador Enrique VI, con Constanza, heredera del trono siciliano. Con este matrimonio Federico Barbarroja aseguraba la incorporación de Sicilia a los dominios de los Staufen.

De los aventureros planes del emperador alemán, que, igual que Enrique II, soñaba con el dominio mundial, formaba parte importante el Imperio bizantino, «la pequeña Grecia», como definía despecti-

²⁰ Los planes de Enrique II de convertir Inglaterra en potencia mundial los estudia con detalle. A. Cartellieri, particularmente en su obra «Die Machtstellung Heinrich II von England» («Neue Heidelberger Jahrbücher», Bd. VIII, 1898). También Ch. Petit-Dutally: «Las monarquías feudales de Francia e Inglaterra en los siglos x-xiii, Moscú, 1938, págs. 138, 156-157.

vamente Federico I los restos del Imperio bizantino. En la biografía de Barbarroja, escrita por su tío Otto de Freisingen, se dice entre otras cosas que su sobrino en muchas oportunidades se llamaba a sí mismo «rey del mundo» y manifestaba abiertamente su propósito de llevar, como heredero de Carlomagno, las fronteras del Imperio germano hasta los antiguos límites del Imperio romano. La cruzada —no importaba que su iniciativa partiera de la curia romana, reciente rival del emperador alemán— ofrecía una buena oportunidad para la realización de los sueños de Barbarroja. Federico I se mostró inmediatamente partidario de la iniciativa papal, porque los círculos feudales, principalmente los de Alemania meridional (los Staufen orientaban su política de acuerdo a los intereses de aquéllos), estaban directamente interesados en las conquistas en Oriente. Pese a su edad, cercana a los sesenta años, Federico I tomó la cruz a fines de marzo de 1188.

El tercer jefe de Estado que aceptó participar en la cruzada fue Felipe II de Francia (1180-1223). Francia se mostró mucho menos interesada en la empresa que Inglaterra y Alemania. En aquella época era un Estado de tercer orden en Europa. Sólo posteriormente Felipe II con el título de *Augusto* comenzó a reunificar los territorios franceses bajo el dominio de los Capetos. En los comienzos de su reinado, Felipe II no era más que un soberano nominal de su mucho más poderoso vasallo y enemigo irreconciliable: Enrique II Plantagenet. El reino de Francia en realidad se reducía a los dominios de la corona, de manera que Felipe II no era siquiera rey de la mitad de Francia. Las regiones occidentales del Atlántico pertenecían a Inglaterra; las meridionales también dependían en parte de Inglaterra (el condado de Tolosa)²¹ y en parte estaban sometidas al Imperio germano (el reino de Arelat o de Borgoña). Los ingresos de la corona, sin salida al mar, eran más que modestos.

Precisamente todas estas circunstancias animaron a Felipe II —político maniobrero, que desde su juventud supo aprovechar las situaciones— a participar en la cruzada. Veía en ella una oportunidad para robustecer el poder real en Francia, elevar su prestigio interno e internacional y acopiar fuerzas y medios que le permitieran asestar luego un golpe demoledor a Inglaterra, su adversario principal.

Además, el concepto del «honor» feudal no permitía a Felipe II desestimar la propuesta del Papa, cuando desde un primer momento se vio que la empresa del rey de Inglaterra, vasallo de la corona de Francia, desempeñaría un papel preponderante. Es decir, Felipe II accedió a participar en la cruzada por razones políticas.

En el invierno de 1183 los hasta hacía poco adversarios se apresu-

²¹ Enrique II, en calidad de duque de Aquitania, impuso su vasallaje a los condes de Tolosa, en cuyos dominios se hallaba Marsella, importante centro del comercio levantino.

raron a reconciliarse —aunque por corto tiempo— para apaciguar los ánimos en sus respectivos países antes de abandonarlos, y convinieron salir al mismo tiempo hacia el Oriente. El ejemplo de los reyes fue seguido por sus vasallos franceses e ingleses. Se acordó que los franceses llevarían como distintivo una cruz roja cosida a su vestimenta; los ingleses, una blanca, y los flamencos, una verde. Se ultimaban los preparativos de la cruzada cuando volvió a estallar la guerra entre los reyes. Felipe II lanzó contra Enrique II a su hijo Ricardo, conde de Poitou y duque de Aquitania. Todo eso retrasó el comienzo de la cruzada. Al final de las hostilidades, en julio de 1189, falleció el rey de Inglaterra. El lugar de Enrique II, en el trono y en la cruzada, fue ocupado por su hijo Ricardo, llamado posteriormente Corazón de León. El se convirtió en el «gran» héroe de la tercera cruzada.

De lo expuesto vemos que los principales protagonistas de la nueva «guerra santa» no concedían mayor importancia a los motivos religiosos. Esta cruzada tenía todas las características de conquista feudal, alentada por el poder estatal ²². El interés por ella de los Estados de Europa occidental no se debía a una preocupación por la suerte del cristianismo, sino obedecía a motivos de orden económico y político.

Los caudillos de la cruzada no tenían un plan militar común y actuaron separadamente desde el principio.

En mayo de 1189 se puso en camino el ejército alemán, de unos 30.000 hombres entre caballeros e infantes. Lo encabezaba Federico Barbarroja.

En vísperas de la campaña, Federico I negoció con Hungría y Bizancio el paso de su ejército por territorios de esos países. Las negociaciones parecían transcurrir por el buen camino. Bela III, rey de Hungría, prometió el paso a los cruzados por su país y el suministro, a cambio de dinero, de las provisiones necesarias; efectivamente, el paso por Hungría no ofrecía dificultades. También con los embajadores bizantinos que acudieron al Parlamento de Nuremberg en diciembre de 1188 se acordó el paso libre por los dominios de Bizancio del ejército alemán, que a un módico precio obtendría provisiones y forrajes. A su vez, Federico I aseguró a los embajadores griegos que Bizancio no debía temer ninguna hostilidad por parte de su ejército.

Pero los cruzados, como auténticos cruzados, no estaban dispuestos a cumplir las obligaciones contraídas: los caballeros nunca anduvieron con cumplidos, y menos en tierras extrañas. Por su parte, las esferas gobernantes de Bizancio, de palabra partidarias de la campa-

²² No hay razón alguna para considerar la tercera cruzada como «una expedición básicamente popular», según afirma St. Runciman en su informe («Decadencia de las ideas de las Cruzadas») al X Congreso Internacional de Historiadores en Roma («Relazioni», vol. III, pág. 637).

ña, empezaron desde el comienzo a poner dificultades en el camino de los cruzados ¿Por qué?

Bizancio conocía los planes agresivos de Barbarroja y no confiaba demasiado en sus votos de amistad. El Gobierno de Isaac II el Angel tenía razones para estar preocupado. En primer término despertaban sospechas las extrañas relaciones del «defensor de la religión cristiana» Federico I con el enemigo oriental más próximo de Bizancio: el sultán Kilidj-Arslán de Iconio. Federico I intercambiaba embajadas con éste y hasta obtuvo de Kilidj-Arslán, enemistado con Saladino, permiso para que los caballeros alemanes cruzaran el Asia Menor sin trabas. En segundo lugar existía un peligro todavía mayor, éste en Europa: desde algunos años antes de iniciarse la cruzada, a consecuencia de la sublevación del pueblo búlgaro contra Bizancio (1185-1187), había surgido el Estado independiente de Bulgaria; Servia también estaba próxima a independizarse de Bizancio. La situación del Imperio bizantino se tornaría muy difícil si los gobernantes de Bulgaria y Servia se aliaban con Barbarroja. En el Parlamento de Nuremberg ya se habían mantenido negociaciones con los embajadores de Esteban Nemanya, el gran zupán de Servia. A fines de julio de 1189 los cruzados alemanes llegaron a la ciudad servia de Nish, donde tuvo lugar el encuentro del emperador con el gran zupán; allí mismo se realizaron también negociaciones con los representantes de la nobleza búlgara. El propósito de éstas no podía ser otro que el de una alianza contra Bizancio. Todos esos hechos aumentaban el recelo de Constantinopla hacia el ejército de Federico I²³.

Cabe destacar que, contrariamente a sus gobernantes, a las masas populares de Bulgaria y Servia no les entusiasmaba la acción conjunta con los cruzados contra Bizancio: la población trabajadora de esos países había soportado demasiados abusos de los caballeros alemanes, que a su paso violaban y saqueaban. Para los ciudadanos y campesinos búlgaros y servios, la cruzada equivalía a una invasión enemiga. Posteriormente el sacerdote alemán Eberhard, enviado en misión diplomática a Hungría, informaba al emperador que en Bulgaria encontró las sepulturas de los cruzados muertos en el camino abiertas, y sus cadáveres fuera de ellas. Los cronistas occidentales escribían que los «bandidos» servios y búlgaros atacaban siempre a los cruzados, asesinando a caballeros y arrebatando convoyes y caballos. En Constantinopla, más que esas manifestaciones espontáneas de la ira popular,

²³ El cronista inglés Benedicto de Peterborough y otros hacen referencia a un intercambio de cartas entre Federico Barbarroja y Saladino, a quien el Emperador alemán reclamó la devolución a los cristianos del reino de Jerusalén. En respuesta el sultán egipcio habría amenazado con conquistar el Imperio alemán. Son muchos los historiadores que dudan de la veracidad de esos datos (St. Runciman: «A history of the crusades», vol. III, Cambridge, 1954, pág. 11).

importaba la política de los gobernantes búlgaros y servios, a los que Federico Barbarroja procuraba enemistar con Bizancio, aunque eludía una verdadera alianza con ellos.

Por último, pese a su difícilísima situación interna y externa a fines del siglo XII, las esferas gobernantes del debilitado Bizancio no estaban dispuestas a renunciar al Mediterráneo oriental. Al debilitamiento de Bizancio en aquella época contribuyeron tanto las ciudades de Italia del Norte como los normandos sicilianos (en 1185 éstos se apoderaron por breve tiempo de Tesalónica, la más importante ciudad griega después de Constantinopla). Mas, pese a la creciente rivalidad por parte de Occidente, Constantinopla seguía siendo el mayor centro mercantil y el gran impulsor del comercio levantino. Bizancio no podía permanecer indiferente ante la rivalidad de los Estados occidentales por la supremacía en el Mediterráneo (supremacía unas veces disfrazada de «guerra santa» contra el Islam y otras sin disfraz); para Bizancio los cruzados eran usurpadores de sus antiguos derechos sobre las regiones de Siria y Palestina.

Igual que en las dos primeras cruzadas, el Gobierno bizantino se mostró opuesto a los participantes en la tercera, creándoles toda clase de dificultades a su paso por territorio griego y escatimándoles las provisiones prometidas por Isaac II el Angel. Los caminos por donde debían pasar los cruzados aparecían semidestruidos; los caballos de los señores cubiertos de armaduras tropezaban, caían, se rompían las patas; los puertos de montaña estaban interceptados por destacamentos griegos armados. Las embajadas que Federico I adelantaba a Constantinopla eran retenidas por el emperador griego; los miembros de la primera embajada incluso fueron encarcelados.

Por su parte, los caballeros alemanes despertaban el odio de la población local con su merodeo y sus abusos. Al entrar en Macedonia, los cruzados incendiaron los alrededores de Filipópolis, y en agosto de 1189 ocuparon de hecho la ciudad. Asaltaban las ciudades y aldeas griegas, mataban a los habitantes, arrasaban las viviendas e incendiaban las iglesias. No es de extrañar que el patriarca de Constantinopla —como a fines de octubre de 1189, de vuelta a Filipópolis, informaron a Barbarroja sus embajadores— llamara en sus sermones perros a los «guerreros de Cristo» y asegurara a sus oyentes que el mayor criminal, aun el acusado de diez asesinatos, recibiría la absolución de todos sus pecados si matara a un centenar de cruzados.

Para colmo, en el verano de 1189, antes de entrar los cruzados en Bulgaria, Isaac II el Angel se alió con Saladino, enemigo de los cruzados, a quien prometió ayuda contra Kilidj-Arslán. ¡Así ambos emperadores cristianos, el germano y el bizantino, en 1189 estaban aliados a sultanes musulmanes enemistados!

Los acontecimientos conducían a una guerra de los cruzados alemanes con Bizancio: en realidad, la guerra ya se libraba en Tracia.

Federico Barbarroja envió en el otoño de 1189 una carta a su hijo (el futuro emperador Enrique VI) con una especie de plan de agresión a Bizancio. En ella le pedía llegase a un acuerdo con Génova, Venecia, Pisa y Ancona para reunir y armar en esas ciudades italianas a una flota con vistas a iniciar en la primavera siguiente el sitio de Constantinopla por tierra y por mar. Al mismo tiempo, Enrique debería lograr que el Papa predicara una cruzada contra los griegos, que obstaculizaban la lucha contra los «infieles».

De este modo, los proyectos de dominación de Bizancio por el Imperio de los Staufen pasaron a un terreno práctico. Pero el papado no quería imponerse a la Iglesia griega valiéndose de Federico Barbarroja, su reciente enemigo. Roma desconfiaba de él. De esta forma la cruzada contra Bizancio en 1189, igual que había ocurrido en 1147, no llegó a ponerse en práctica; también esta vez Bizancio se salvó de la invasión de las huestes cruzadas, pero la tregua fue breve.

Después de saquear los dominios bizantinos (Federico Barbarroja arrancó ciertas concesiones a Isaac II el Angel), a fines de marzo de 1190 la milicia alemana de Adrianópolis fue enviada al Asia Menor a través de los Dardanelos.

El ejército cruzaba las regiones occidentales del Asia Menor devastadas por los selyúcidas. Los bizantinos, por su parte, no les suministraban vituallas ni forraje para las caballerías. Los selyúcidas atacaban constantemente. Además, el sucesor de Kilidj-Arslán (éste había abdicado) se alió con Saladino contra los cruzados. Los guerreros occidentales padecían de calor, de sed y de hambre: se alimentaban con la carne de los caballos muertos y con todo lo que encontraban a mano. En mayo de 1190 los cruzados lograron tomar Iconio, haciéndose con un rico botín; luego, por los abruptos senderos de las montañas de Tauro, marcharon hacia Cilicia; un percance inesperado trastocó todos sus planes: el 10 de junio de 1190, cuando cruzaba el Salef, un impetuoso río de montaña no lejano de Seleucia, se ahogó Federico Barbarroja. Su muerte desorganizó al ejército germano. Una parte de los caballeros se apresuró a regresar a su país por mar (desde Seleucia y Tarso); otra, después de cruzar las regiones armenias (y, de paso, saqueándolas), se dirigió a Antioquía, donde muchos caballeros, príncipes y obispos perecieron de peste bubónica en el verano de 1190. Los sobrevivientes llegaron en el otoño a Acre, que, poco después de haber sido tomada por Saladino, fue sitiada por las fuerzas de los Estados cruzados y de los caballeros llegados de distintos países por su cuenta. Poco después llegó también a Acre un pequeño ejército alemán comandado por el duque Leopoldo de Austria.

Sólo ahora la nobleza y los caballeros de Francia e Inglaterra empezaban su cruzada. Los preparativos de la campaña terminaron en esos países hacia el verano de 1190. Cabe señalar que el rey Ricardo de Inglaterra, con el objeto de recaudar el dinero para la campaña,

recurría a los métodos más deshonestos. Obligaba a pagar el «diezmo de Saladino», puso en venta todo lo que podía aportarle beneficios: se vendían cargos (incluso los de obispos), derechos, castillos, aldeas. El Papa Clemente III había concedido a Ricardo permiso para eximir de la cruzada a todas las personas necesarias para objetivos militares, internos; éste concedía tales favores a los que pagaban sumas considerables. De esta forma los ricos se libraban de la cruzada pagando; los pobres eran reclutados por Ricardo por dinero. Este caudillo cruzado, al que los cronistas y poetas contemporáneos atribuían nobleza, magnanimidad, sabiduría y otras cualidades que no poseía, dijo que estaría dispuesto a vender Londres si tuviera un buen comprador.

A principios de julio de 1190, luego de que Ricardo con su séquito y la mayor parte de los caballeros cruzaran el canal de la Mancha, las tropas inglesas y francesas congregadas en Vezelay (Borgoña) iniciaron la marcha. Los dos reyes no olvidaron acordar previamente que en el botín irían a medias. Inicialmente los cruzados marcharon juntos, pero las dificultades de avituallamiento obligaron a la bifurcación. Felipe II con su ejército se dirigió a Génova, que había prometido tres naves para el traslado de los cruzados franceses a Siria. Los ingleses se dirigieron a Marsella, donde Ricardo les esperaba con su flota (más de doscientas naves entre galeras, gabarras y lanchas, que llegaron costeano España y Francia).

En septiembre de 1190 ambos ejércitos llegaron uno detrás del otro a Sicilia y acamparon cerca de Mesina. Fue acordado invernar en Sicilia para eludir los peligros que acechaban a los navegantes en esa época del año. Ricardo de Inglaterra aprovechó la estancia en Sicilia para apoderarse de la isla, poniendo así en práctica los planes concebidos por su padre. Con tal propósito el rey de Inglaterra intervino en la lucha de los nobles de Sicilia, que estalló al morir Guillermo II en 1189, enfrentándose a Tancredo de Lecce, el gobernante normando de la isla; éste había sido proclamado rey por los barones, no sin el concurso del Papa Clemente III, que se oponía a que allí impusieran sus dominios los alemanes. Ricardo se proclamó defensor de los «legítimos derechos» de la viuda del fallecido rey, que era su propia hermana Juana. Pero este «gesto caballeresco» no ocultaba a nadie los verdaderos propósitos del Plantagenet de conquistar Sicilia. Los cruzados ingleses se ganaron inmediatamente la enemistad de la población nativa con sus abusos. La disputa de un mercenario inglés con una vendedora de pan de Mesina degeneró en trifulca entre los «guerreros de Cristo» y sus correligionarios mesinos. Ricardo se valió inmediatamente del suceso para comenzar la guerra: asaltó Mesina por mar y tierra y se apoderó de la ciudad. Sus habitantes fueron los primeros en experimentar la moral de las huestes de Ricardo, que durante varias horas se dedicaron a un irrefrenable saqueo, a asesinar y a violar. Luego, este cruel aventurero, a quien precisamente los

habitantes de Mesina habían dado el nombre de Corazón de León, se dispuso a extender las acciones bélicas a toda la isla.

Felipe II de Francia, desde el comienzo del conflicto entre ingleses y sicilianos, se oponía a su «aliado». Aparentemente se mantenía neutral (algunos historiadores, como F. I. Uspenski, le presentan como reconciliador entre los ingleses y los normandos), pero, en realidad, entró en negociaciones secretas con Tancredo de Lecce, el enemigo más inmediato del conquistador inglés. Felipe II intentó impedir el asalto de Mesina por la flota inglesa y llegó a disparar personalmente flechas contra los remeros ingleses; ¡no estaba interesada Francia en el fortalecimiento de los Plantagenet!

Las relaciones entre los jefes de ambos ejércitos cruzados se deterioraban. A ello contribuyó no poco la miopía política de Ricardo, guerrero temperamental en exceso, carente de todo tacto político, que en el arte de ganarse enemigos no tenía rival. Ricardo tuvo que hacer las paces con Tancredo. A Sicilia llegó la noticia de la muerte de Barbarroja y de que Enrique VI se dirigía a Roma con su ejército para ser coronado. Era evidente que de allí se dirigiría hacia Italia meridional y Sicilia: ¡Enrique VI era el «legítimo» heredero de Guillermo II! Este exponente de la expansión germana en el Mediterráneo era para Ricardo un enemigo mucho más serio. El peligro común que les amenazaba de Alemania reconcilió a Ricardo con la nobleza siciliana con Tancredo de Lecce al frente. Este, como muestra de reconciliación, pagó a Ricardo la enorme suma de 20.000 onzas de oro. Pero cuando el rey de Francia reclamó de su «aliado» cruzado la mitad de esa suma (según el acuerdo de repartir el botín a partes iguales), Plantagenet entregó a Felipe II sólo un tercio del dinero recibido de Tancredo. Esta vez Ricardo calculó mal: su proceder provocó la irritación de Felipe II. No obstante, la causa principal de la divergencia, más que ese dinero, era la política de conquista de los ingleses en Sicilia, que chocaba con los intereses de Francia.

Después de medio año de estancia en Sicilia, los ejércitos cruzados en la primavera de 1191 reanudaron su marcha. Felipe II izó velas en Mesina el 30 de marzo sin esperar a su «aliado», que levó anclas diez días después. Los acontecimientos de Sicilia presagiaban que serían malos compañeros de viaje.

Los franceses navegaron hacia Tiro, en Siria. Ricardo, para resarcirse de su fracaso en Sicilia, conquistó la isla de Chipre, desgajada de Bizancio, donde logró un copioso botín. También allí contrajo matrimonio con doña Berenguela de Navarra, que se había reunido con Ricardo en Sicilia.

La «alianza» de los cruzados anglo-franceses se reveló con fuerza nueva, cuando desembarcaron en Siria y se reunieron con los franco-sirios y con los caballeros alemanes, daneses, flamencos e italianos que sitiaban Acre.

El sitio de esa poderosa fortaleza duraba ya bastante tiempo. Fueron puestas en acción torres de asalto, catapultas, balistas y arietes (la madera para construir estas armas la suministraban, y no siempre a tiempo, los italianos).

El sitio se prolongaba, entre otras cosas, porque entre los caudillos de los ejércitos sitiadores (los feudales locales o los «defensores del Santo Sepulcro» llegados de afuera) surgieron rencillas. Su motivo eran las pretensiones al trono de Jerusalén de dos grandes feudales: de Guy de Lusignan y de su rival Conrado de Montferrato. En realidad lo que se hallaba en disputa era el título, pues el reino de Jerusalén estaba en poder de Saladino²⁴. Estas disputas minaban las fuerzas del «ejército de Cristo», más porque las diferencias entre ambos pretendientes al trono echaban nueva leña al fuego de la enemistad anglo-francesa. Ricardo Corazón de León apoyaba las pretensiones de Guy de Lusignan; Felipe II tomó la parte del marqués de Montferrato. Cuando uno de los reyes propuso en el consejo militar el asalto a Acre; el otro se opuso: una victoria lograda como resultado de una iniciativa de Ricardo contribuiría a fortalecer sus posiciones, cosa que no convenía a Francia. Por fin se impuso la opinión de Ricardo: el asalto comenzó el 11 de julio de 1191, y al día siguiente, debilitada por tan prolongado sitio, la ciudad se rindió a los cruzados. Al mes escaso de la toma de Acre, Felipe II, pretextando una enfermedad, se retiró a Tiro; de allí, a principios de agosto de 1191, se dirigió a Francia a través de Italia. Mientras el rey de Inglaterra seguía exterminando a «infiel» (por orden de Ricardo, tras la toma de Acre fueron degollados más de 2.000 rehenes), su «aliado» francés robustecía sus posiciones en casa. Felipe II atacó las posesiones francesas de los Plantagenet (previamente firmó una alianza contra Ricardo con el hermano menor de éste, el conde Juan Sin Tierra, que gobernaba Inglaterra en ausencia del rey). Además, camino de Francia, en diciembre de 1191, Felipe II acordó con el emperador Enrique VI acciones conjuntas contra Ricardo. Según el cronista inglés Roger de Howden, «el rey de Francia obtuvo del emperador romano la promesa de que éste haría prisionero al rey de Inglaterra si regresara de Palestina por tierras bajo dominio del emperador».

Más francamente aún actuaba Conrado de Montferrato, el defensor de Tiro. Este prefería traicionar a los cruzados, pasándose al lado de Saladino, del que esperaba obtener el derecho sobre las ciudades palestinas. De la alianza con el musulmán contra sus antiguos correligionarios, Conrado esperaba mayores beneficios que los que le pudiera proporcionar Ricardo, un jefe militar incapaz. A fines de abril de

²⁴ La pugna estalló después de la liberación de Guy de Lusignan del cautiverio musulmán. Conrado de Montferrato, que prácticamente se había adueñado de Tiro, prohibió la entrada a la ciudad a su «legítimo» señor.

1192 Conrado fue muerto en Tiro, por lo que no llegaron a ponerse en práctica sus designios secretos.

Pese a la partida de los franceses (en Palestina sólo quedaba una parte de los caballeros franceses mandados por el duque de Borgoña y el conde de Champaña) y a riesgo de perder la corona, el rey de Inglaterra mantuvo la lucha contra los musulmanes otro año más.

Tres veces intentó llegar, aunque sin éxito, a Jerusalén, aunque los cruzados concentraban sus esfuerzos principales en reconquistar las poblaciones de la costa. No obstante, las tentativas de conquistar Jafa y Ascalón tampoco dieron resultado favorable. Ante la amenaza de que esas ciudades cayeran en manos de los cruzados, Saladino las destruyó, dejando un montón de ruinas.

En Oriente, Ricardo se hizo famoso no por su talento estratégico, sino por sus saqueos y su crueldad. Para los musulmanes, Ricardo Corazón de León era la encarnación de impiedad de los cruzados. Las madres invocaban el nombre del rey de Inglaterra para hacer que sus hijos dejaran de llorar: «¡No llores, mira que viene el rey Ricardo!» También recordaba su nombre el jinete del caballo espantado: «¿Has- brás visto al rey Ricardo?», exclamaba irritado el jinete.

Por fin, cuando las fuerzas de los cruzados, entre las que las discordias eran permanentes, quedaron agotadas en la lucha contra Saladino, Ricardo, que comenzaba a preocuparse en serio por sus asuntos en Inglaterra y Francia, negoció con su enemigo la paz, que quedó firmada el 2 de septiembre de 1192. El tratado dejaba en poder de los francos una angosta franja costera desde Tiro hasta Jafa; Jerusalén quedaba bajo dominio egipcio. Saladino accedió a que durante tres años los peregrinos y comerciantes pudieran visitar la «ciudad santa». Es evidente que para los países de Occidente, el litoral con los puertos de Sidon, Tortosa y otros tenía mucha mayor importancia que Jerusalén o Nazaret, alejadas de la costa: la posesión de los puertos favorecía, en primer lugar, los intereses del comercio levantino. En ese sentido, Ricardo Corazón de León logró ciertos éxitos. Esos éxitos, que favorecían a los comerciantes de Italia del Norte, no eran suficientes para el Papa, para el cual la pérdida de Jerusalén era irreparable.

Estos fueron los resultados de la tercera cruzada de 1189-1192. En cuanto a Ricardo Corazón de León, al recibir noticias alarmantes de Europa, emprendió precipitadamente el regreso en octubre de 1192. Su retorno a Inglaterra fue largo. Ricardo se había ganado la enemistad no sólo del rey Felipe II, sino también del duque Leopoldo de Austria, que acaudillaba a los cruzados alemanes en Acre. Cuando sus huestes tomaron la ciudad, el duque se apresuró a izar en ella la bandera alemana; Ricardo ordenó arrancarla y tirarla al barro. Leopoldo no olvidó la afrenta. Cerca de Viena el rey de Inglaterra, disfrazado de mercader, fue reconocido y hecho prisionero por Leopoldo.

do de Austria, que lo entregó al emperador Enrique VI. El sucesor de Barbarroja, que veía en el conquistador inglés a un rival en el Mediterráneo, lo mantuvo dos años prisionero.

Vemos, pues, que la tercera cruzada se distinguió de las anteriores en muchos aspectos. Sus participantes no tenían el ardor religioso de antaño y la propia cruzada no fue una empresa espontánea de las masas. Fue una campaña de mercenarios y de caballeros y príncipes de tres Estados feudales ávidos de riquezas, organizada por los reyes. En esta cruzada se puso de manifiesto el propósito de los Estados feudales de Occidente de conquistar el Mediterráneo. Ello dio origen a una serie de conflictos internacionales (entre Alemania de los Staufen y Bizancio, entre Inglaterra y Alemania en Sicilia, entre Francia e Inglaterra en Sicilia y Palestina, etcétera). Eso predeterminó el triste desenlace de la empresa. Desde entonces los límites del reino de Jerusalén se redujeron más aún, y su capitalidad fue trasladada a Acre ²⁵.

La tercera cruzada agravó las contradicciones entre los Estados, motivadas por la expansión feudal de los reinos occidentales en el Mediterráneo.

Enrique VI quiso llevar a la práctica los planes que Federico Barbarroja no pudo realizar. En 1194, después de haber tomado posesión de Sicilia, desató represalias contra su población. De este modo Alemania quedó unida con Sicilia, cosa que hacía tiempo pretendían los Hohenstaufen. Enrique VI, ese «canalla de la mejor especie» ²⁶, menos capaz aún que su padre (Federico Barbarroja), en lugar de adecuar sus apetitos rapaces a las posibilidades políticas reales, comenzó a pensar en una monarquía mundial. Puso en libertad a Ricardo después que éste le rindió homenaje y le pagó un enorme rescate. Con ello Enrique VI quería frenar las pretensiones inglesas sobre el Mediterráneo. Luego, con la ayuda de Ricardo, se proponía dominar a Francia.

Pero su meta principal era la conquista de Asia Menor, Palestina, Siria, Africa del Norte y, en primer lugar, la guerra contra Bizancio. Enrique VI exigió a Isaac II el Angel la cesión a Alemania de la mitad del territorio bizantino (la región de los Balcanes) y el pago de los daños sufridos por los cruzados alemanes capitaneados por Federico Barbarroja. Posteriormente, en 1195, cuando Isaac II el Angel fue derrocado a consecuencia de un golpe de estado palaciego y el trono pasó a poder de su hermano, Alejo III, Enrique VI proyectó una nueva cruzada, cuya primera víctima sería Constantinopla. Para tener un pretexto formal mediante el cual acceder al trono bizantino, Enrique VI casó a su hermano, el duque Felipe de Suabia, con la princesa

²⁵ En la literatura moderna con frecuencia se denomina «Segundo reino de Jerusalén».

²⁶ C. Marx. «Notas cronológicas». «Arjiv Marksa y Engelsa», t. V, pág. 177.

bizantina Irene, hija de Isaac II el Angel, a la cual había apresado en Palermo.

Las ciudades italianas preparaban una escuadra. En Alemania se formaban nuevas milicias. Durante estos preparativos bélicos, a fines de setiembre de 1197, falleció Enrique VI en Mesina. Poco tiempo después, de nuevo se escuchó en Occidente el llamamiento del Papa a una nueva cruzada. Los resultados de la tercera «guerra santa» no habían satisfecho al papado: no habían respondido a las más modestas esperanzas de la curia romana.

CAPÍTULO IV

LA CUARTA CRUZADA

La cuarta cruzada en la historiografía

La cuarta ocupa un lugar especial en la historia de las cruzadas. Destaca de todas las demás por la claridad con que revela los auténticos planes de los organizadores y caballeros de fila. Algunos historiadores ven en la cuarta cruzada un «equivoco». No podemos compartir este punto de vista. Precisamente la cuarta cruzada, que terminó con la derrota de Bizancio y con la formación del Imperio latino, reveló con meridiana claridad los planes de rapiña de los feudales y de la Iglesia católica, es decir, el móvil principal de las cruzadas, y que era común a todas sin excepción de la primera a la última.

Si en la época de la tercera cruzada los motivos religiosos eran para la enorme mayoría de sus participantes una especie de añadido a los verdaderos propósitos de rapiña que les animaban, en la cuarta cruzada la frágil corteza religiosa con que el papado, para su prestigio, revestía a las cruzadas saltó hecha pedazos. Los cruzados, que en 1202 marchaban contra el Egipto musulmán para liberar Jerusalén, el principal santuario cristiano, en lugar de eso, dos años después, se apoderaron de Constantinopla, capital del Imperio bizantino.

¿Cómo fue posible que, con el propósito de «salvar la religión cristiana» de los «paganos musulmanes», los feudales franceses, alemanes, italianos y otros invadieran y saquearan un país cristiano, lo cual significaba una renuncia a sus propias promesas religiosas y una manifestación de codicia y deshonestidad?

El hecho ha tenido explicaciones muy distintas. Tanto los cronistas, testigos de los acontecimientos, como los historiadores ofrecen una exégesis incompleta, confusa e inconexa.

Para algunos, el desarrollo de esta cruzada se debió a un montón de casualidades. Geoffroi de Villehardouin, por ejemplo, en su obra *La conquista de Constantinopla* afirma que los cruzados no tuvieron ninguna culpa de que una campaña dirigida contra Egipto degenerara en la expedición que conquistó Bizancio. Según este mismo autor, los cruzados fueron arrastrados por el azar. Villehardouin, feudal importante, mariscal de Champaña y uno de los promotores de la empresa, pretendía justificar ante la posteridad los hechos y a los caudillos.

Otros testigos de los acontecimientos, que no consideran el resultado de la cruzada una conjunción de circunstancias casuales, señalan una serie de «culpables» de que la cruzada se apartara de sus planes iniciales. El caballero francés Roberto de Clari, que tomó parte en la campaña como un cruzado de fila y que, como toda la masa de cruzados, desconocía el lado oculto de los acontecimientos, en sus memorias *Sobre la conquista de Constantinopla* responsabiliza en parte a su jefe, el marqués italiano Bonifacio de Montferrato, el cual, según este historiador, estaba empeñado en conquistar Constantinopla.

Muchos consideran «culpables» del cambio de rumbo de la cruzada a los «pérfidos» e «impíos» venecianos y recalcan su papel en la toma de Constantinopla. Así describe los hechos el historiógrafo papal, autor de *Los actos de Inocencio III*, que a la vez oculta cuidadosamente la complicidad del Papa en la conquista de Constantinopla. También culpan a los venecianos el cronista sirio Ernul y el célebre historiador bizantino Nicetas Coniatos, que sobrevivió a la tragedia de Constantinopla de 1204. Según ellos, todo lo ocurrido fue consecuencia del odio que hacia Bizancio experimentaban los venecianos, autores, con la ayuda de los cruzados, del plan. No obstante, a diferencia del anónimo autor de *Los actos de Inocencio III*, el historiador bizantino considera al Papa cómplice directo de los caudillos seglares del «ejército de Cristo» en la conquista de la capital «ortodoxa-cristiana».

Otros cronistas, y entre ellos un anónimo autor ruso, cuyo relato sobre la campaña está incluido en los anales de Nóvgorod y es una fuente histórica muy valiosa ¹, estiman que «la desviación de los cruzados de su camino» se debió en parte a las tretas del rey Felipe de Suabia.

Los escritores de la Edad Media no destacaban por su imparcialidad. Ciertamente también los historiadores de épocas posteriores suelen carecer de ella.

La bibliografía sobre la conquista de Bizancio por los cruzados es enorme. Los numerosos libros, artículos y comentarios de documen-

¹ La importancia de esta crónica rusa «Sobre la conquista de Zargrad por los italianos», cuyo autor fue testigo de los acontecimientos, la resalta con acierto N. A. Meshcherski en «Vizantiiski vremennik», t. IX, 1955.

tos históricos exponen las más encontradas opiniones sobre las causas que motivaron la modificación del rumbo de la cuarta cruzada. La historia de esta expedición, en su conjunto, y sus diferentes episodios han originado encendidas polémicas entre los historiadores. Es difícil calcular la ingente labor desarrollada por los historiadores desde los años sesenta del siglo pasado para alcanzar los motivos por los que los cruzados se desviaron de Egipto a Constantinopla en 1202-1204, y para explicar las peripecias de la cuarta cruzada. Los historiadores han reunido y analizado una enorme cantidad de documentos en latín, griego, francés antiguo, armenio, ruso y otros idiomas, consiguiendo llenar numerosas lagunas en la historia de la cuarta cruzada. En este campo son grandes los méritos de los historiadores europeos occidentales P. Riant, N. de Vally, G. Hanotaux, K. Klimke, L. Streit, G. Tessier, W. Norden, E. Herland y otros, y de los bizantinistas rusos V. G. Vasilevsky y F. I. Uspensky, cuyas orientaciones han permitido aclarar numerosos aspectos del desarrollo de los acontecimientos en 1202-1204.

En este libro no trataremos todas las teorías sobre la cuestión ². Pero señalaremos que, si bien es cierto que cada nueva teoría contiene un núcleo racional e impulsa las nuevas investigaciones, las obras de los historiadores burgueses sin excepción son en mayor o menor medida parciales en la forma de enfocar los acontecimientos. Esa parcialidad refleja, en uno u otro grado, las ideas políticas y religiosas del investigador. En el fondo de esas diferencias que parecen puramente científicas y «académicas» subyacen los intereses ideológicos y políticos de determinados grupos sociales de cada país. Sin entrar en la larga historia de la polémica en torno a la cuarta cruzada, en la que se vertieron, en ocasiones, juicios muy escépticos ³, nos limitaremos a algunos ejemplos bastante reveladores.

A mediados de los años setenta del siglo pasado, el investigador francés P. Riant, en su libro «Inocencio III, Felipe de Suabia y Bonifacio de Montferrato» ⁴, para explicar la historia de la toma de Bizancio por los cruzados, recurría a la teoría de las «intrigas alemanas». Según esa teoría los principales acontecimientos de la cuarta cruzada, que desviaron a sus participantes de su «verdadero» objetivo, se debieron a la ingerencia alemana. Apoyándose en los testimonios de

² Para conocer a fondo la historia de las polémicas en torno a las razones de los «zigzags» de la cuarta cruzada véase P. Mitrofanov, «La modificación del rumbo de la cuarta cruzada» («Vizantiiski vrenennik», t. IV, San Petersburgo, 1897), obra que conserva su vigencia.

³ El historiador francés A. Luchire, por ejemplo, afirma que el problema de la cuarta cruzada no tiene solución (A. Luchaire: «Innocent III. La question d'Orient». París, 1911, pág. 97).

⁴ P. Riant: «Innocent III, Philippe de Suabe et Boniface de Montferrat». París, 1875.

algunos cronistas y en otros documentos, Riant señala como principal «culpable» de la desviación de los cruzados hacia Constantinopla al rey Felipe de Suabia (hijo de Barbarroja); según este investigador, el representante de los Hohenstaufen procuró desviar a la cruzada de su objetivo inmediato para desprestigiar al papado, enemigo del Imperio alemán, y fortalecer las posiciones de éste. Es una teoría bastante parcial, aunque aporta algunos argumentos atinados. Riant se olvidó de muchos otros factores de las relaciones internacionales que influyeron en los destinos de la cruzada. Su teoría expresaba un sentimiento nacionalista que, después de la guerra entre Francia y Prusia de 1870-1871, invadió la historiografía francesa (y también la alemana). Así se explica el empeño de Riant de «acusar» a Alemania de haber torcido el rumbo de la cuarta cruzada para tomar Constantinopla. El claro matiz nacionalista de la teoría sobre la «intriga alemana» iba acompañado del propósito de Riant de justificar por todos los medios al Papa Inocencio III, subrayando la supuesta oposición del jefe de la Iglesia católica al avance de los cruzados sobre Constantinopla. También es fácil entender esta idea de Riant, católico ferviente y aristócrata; como se sabe, en los ambientes de la nobleza francesa, con la derrota de la Comuna de París, aumentó el fanatismo religioso y los ánimos reaccionarios.

A fines del siglo XIX y comienzos del XX aparecieron los estudios del historiador alemán W. Norden sobre la cuarta cruzada y sobre las relaciones del papado con Bizancio⁵. Este ideólogo del imperialismo alemán rechaza enérgicamente, en estas obras, las acusaciones de Riant y posteriormente de otros investigadores (E. Piers y E. Boucher) contra la Alemania de los Hohenstaufen. Norden afirma que la Alemania de los Staufen participó en los acontecimientos de 1202-1204 «a la par» que las demás fuerzas de Occidente, como eran Venecia, los caudillos cruzados y otros. Norden intenta demostrar que la cuarta cruzada fue una tentativa histórica para solucionar la disputa secular entre Occidente y Bizancio y que Alemania, por su parte, sólo defendía «sus» intereses; por tanto, la desviación de los cruzados hacia Constantinopla no se debió únicamente a los planes alemanes. Según Norden, el viraje fue fruto de la coincidencia de la tradicional hostilidad de Occidente hacia Bizancio con circunstancias casuales, como fue la solicitud de ayuda formulada a los cruzados por parte del príncipe bizantino Alejo. En consecuencia —según Norden— la culpa de Alemania por la toma de Constantinopla no es mayor que la de cualquier otro participante de la cruzada. La teoría del historiador alemán (que contiene algunas tesis muy afinadas) tiene un trasfondo político bastante claro: justificar «históricamente»

⁵ W. Norden: «Der Vierte Kreuzzug im Rahmen der Beziehungen des Abendlandes zum Byzanz». Berlín, 1898; Papsttum und Byzanz».

la política colonizadora de la Alemania kaiseriana en Asia Menor.

Tomemos otro ejemplo. En los años sesenta y setenta del siglo pasado en la literatura histórica surgió la «teoría de la traición veneciana». Sus adeptos (L. Mac Latry en su «Historia de Chipre», 1861, y luego C. Hoff, L. Dtreit y otros) insistían en que la desviación de los cruzados fue por entero obra de los pérfidos venecianos. En 1202 —según ellos—, Venecia se confabuló con los «infeles», y por dinero y preferencias comerciales obtenidos del sultán egipcio, se comprometió a desviar a los cruzados de Egipto. Dicha teoría (sus partidarios, junto a opiniones erróneas, avanzaron ideas muy acertadas) fue rechazada enérgicamente por algunos investigadores, especialmente franceses. En 1873, N. de Vally —editor y comentarista de los apuntes de Geoffroi de Villehardouin— rechazó las formulaciones de Mac Latry y acusó a su erudito colega de falta de rigor científico (estudios posteriores, principalmente del académico francés Gabriel Hannotaux, demostraron que en 1202 no existió ningún convenio entre Egipto y Venecia; por tanto, la teoría de la «traición veneciana» carecía de fundamento). De Vally apoyó la marcha de los acontecimientos tal como lo había expuesto seiscientos años antes Villehardouin, es decir, la «teoría de las casualidades» como la denominó Riant. También en este caso la posición del investigador (N. de Vally) no obedece únicamente a consideraciones de orden científico. Independientemente del grado de veracidad que se quiera conceder a «La conquista de Constantinopla», del mariscal de la Champaña ⁶, objetivamente el cuadro que esta obra ofrece es una justificación de la toma de Constantinopla por los cruzados, cuyo grueso estaba formado por señores y caballeros franceses. Por eso, N. de Vally, y posteriormente G. Tessier y otros historiadores, partidarios de la expansión colonial de Francia en la época capitalista, defendían el esquema de Villehardouin. Uno de ellos —G. Bedier— manifestó abiertamente que las acusaciones de inexactitud e intencional tergiversación de los acontecimientos hechas a Villehardouin, eran, en su opinión, una acusación... de imperialismo contra la política exterior de Francia en el siglo XX ⁷.

⁶ La cuestión sigue siendo debatida. Mientras unos historiadores ven en Villehardouin poco menos que a un consciente falsificador de los acontecimientos, otros no dudan de la veracidad de cada palabra de sus memorias.

A fines de los años treinta el historiador E. Faral, en un trabajo especial subtulado «Sobre su sinceridad (la de Villehardouin), defiende decididamente a Villehardouin. El historiador búlgaro B. Primov, en su obra «Geoffroi de Villehardouin, la cuarta cruzada y Bulgaria» (Soffa, 1949) desde una postura conciliatoria opina con acierto que la sinceridad de Villehardouin no es fundamental para valorar su obra (pág. 16) y señala que Villehardouin silencia algunos hechos de la cruzada y minimiza lo que pudiera echar sombra sobre los caudillos (pág. 34). Primov, siguiendo a Faral, rechaza la acusación contra Villehardouin de falsificación intencionada de los hechos.

⁷ J. Bédier: «En réalisant Villehardouin». «La Rev. de France», t. II, 1923, págs. 711-721. Cf. B. Primov: Ob. cit., pág. 15.

No en vano, últimamente, E. Faral, Ch. Diehl y L. Brayer resucitaron los puntos de vista de Villehardouin, para afirmar que los «zig-zags» en la historia de la cruzada de comienzos del siglo XIII se debieron a una serie de casualidades. Todos ellos, de grado o por fuerza, analizan el pasado desde el punto de vista del presente y según sus particulares intereses de clase.

En este contexto cabe señalar la marcada tendencia de numerosos investigadores occidentales, tanto antiguos como modernos, a falsear la historia de las cruzadas y la actitud del papado (J. L. la Monte, J. Clayton, Ch. E. Smith y otros)⁸, casi todos ellos, siguiendo a Riant, intentan demostrar que el Papa Inocencio III no tuvo nada que ver en la apropiación por los cruzados de Constantinopla y de otras ciudades «cristianas»⁹.

En la actualidad, algunos estudiosos extranjeros de las cruzadas ponderan sin límite a las huestes occidentales que participaron en la conquista de Constantinopla. Aun los que tienen suficiente criterio para calificar la toma de la capital bizantina en 1204 de «acto de bandolerismo internacional», como el investigador francés R. Grousset¹⁰, describen la conquista de Bizancio en tonos épicos y la consideran poco menos que una heroica proeza de los «pueblos occidentales». Indudablemente, una interpretación tan parcial impide la solución acertada del problema. Los propios historiadores hasta hoy no han llegado a un pleno acuerdo sobre la cuarta cruzada: someten una y otra vez a discusión los testimonios de los contemporáneos y extraen a la luz fuentes nada o poco estudiadas sobre los hechos más pequeños. Sólo en los últimos lustros aparecieron monografías generales y especiales, entre las que cabría citar las de H. Grégoire¹¹, Ch.

⁸ Nos referimos a las obras de los siguientes historiadores norteamericanos: J. L. la Monte: «La papauté et les croisades», «Renaissance», vol. I-II, New-York, 1944-1945; J. Clayton: «Pope Innocent III and his times». Milwaukee, 1941; Ch. E. Smith: «Innocent III, church defender». Louisiana, 1951.

⁹ B. Primov, autor del importante trabajo ya citado «Geoffroi de Villehardouin, la cuarta cruzada y Bulgaria» mantiene una postura más realista, aunque no siempre consecuente. Primov pone de manifiesto los intereses políticos de Inocencio III en la cruzada y su intención de imponer el dominio sobre Constantinopla (pág. 46); señala el comportamiento ambiguo del Papa en vísperas de la conquista de Constantinopla por los cruzados y dice textualmente que «el Papa Inocencio III estaba muy interesado en la desviación de la ruta» (pág. 56), a la vez, rindiendo tributo a la tradición. Primov afirma que el Papa era decididamente contrario a la toma de la ciudad cristiana de Zara (págs. 25 y ss.) y que prohibió la marcha sobre Constantinopla, aunque «consideraciones de política real» le obligaron a aceptar la desviación de los cruzados de su objetivo (pág. 46).

¹⁰ R. Grousset: «L'empire du Levant», París, 1946, pág. 486.

¹¹ H. Grégoire: «The question of the diversion of the fourth crusade». «Byzantion», vol. XVI, 1940-1941.

Diehl¹², J. Longnon¹³, P. W. Topping¹⁴, V. Nikolaev¹⁵, B. Primov¹⁶, A. Frolov¹⁷, en el extranjero y de una serie de historiadores soviéticos¹⁸.

En resumen, podemos considerar aclarados con suficiente plenitud los acontecimientos esenciales de esta «notable» cruzada.

Preparativos de la cruzada

Los preparativos para la cuarta cruzada comenzaron a fines del siglo XII. La iniciativa se hallaba en manos del Papa Inocencio III (1198-1216); su nombre marca toda una época en la historia de los Estados pontificios, que bajo su papazgo alcanzaron su máxima extensión. Perteneciente a la influyente familia de los condes Segni, Inocencio III, elevado al trono papal a los treinta y siete años (siendo el cardenal más joven del sacro colegio), fue uno de los personajes

¹² Ch. Diehl: «La quatrième croisade». «Histoire du moyen âge», ser. «Histoire générale», por M. Glotz, t. IX, 1-e partie, París, 1945.

¹³ J. Longnon: «L'empire latin de Constantinople et la principauté de Morée». París, 1949.

¹⁴ P. W. Topping: «Feudale e istituzioni as revealed in the Assizas of Romania the law code of Frankish Greece». Philadelphia, 1949.

¹⁵ V. Nikolaev: «La crónica de Geoffroi de Villehardouin. La conquista de Zargrad». Sofía, 1947.

¹⁶ B. Primov: Ob. cit.

¹⁷ A. Frolov: «La déviation de la 4-e croisade vers Constantinople», «Revue de l'histoire des religions», t. CXLV, n. 2; t. CXLVI, n. 1-2, 1954. El autor toma en consideración algunas conclusiones de los historiadores soviéticos sobre los sucesos de los años 1202-1204. Pero en su obra salta a la vista la intención justificadora de los participantes de la cuarta cruzada, común a algunas obras recientes. Frolov halla una explicación bastante sorprendente al cambio de dirección de la cruzada. Según él, la cuarta cruzada, igual que las otras, estaba animada por la idea de la guerra santa; aunque los participantes estuvieron sometidos a la influencia de hechos externos, como «la coyuntura política» y la «ambición de los caudillos», no obstante la conquista de Constantinopla no era una alteración del «programa permanente» de las cruzadas. Al asaltar la capital bizantina los caballeros cruzados derramaban sangre por las reliquias sagradas que allí se encontraban, es decir realizaban una proeza religiosa, una «conquista santa». El abundante material que proporciona el estudio de Frolov refuta esa idea del autor, por cuanto muestra que a los cruzados no les animaban motivos religiosos.

¹⁸ M. V. Levchenko: «Historia de Bizancio», Moskva, 1940; V. V. Stoklitskaia-Tereshkovich: «La lucha de los Estados de Europa occidental por la hegemonía en el Mediterráneo en la época de las cruzadas», «Izv. AN SSSR, ser. ist. i filosofii», 1944, n.º 5; A. D. Epshtein: «La cuarta cruzada y la República de Venecia». «Kniga dlia chteniia po istorii srednij vekov», bajo la dirección de S. D. Skazkin. Moskva, 1948; N. P. Sokolov: La parte veneciana en la «herencia» bizantina», «Vizantiiskii vremennik», t. VI, Moskva, 1953; N. A. Meshcherski: Ob. cit.. M. A. Zaborov: «El papado y la conquista de Constantinopla por los cruzados a comienzos del siglo XIII», «Vizantiiskii vremennik», t. V., Moskva, 1952.

más notables entre todos los que ocuparon el trono de Roma. Político apasionado, hombre de vasta cultura, notable diplomático, Inocencio III hizo suyas las teorías teocráticas de Gregorio VII, introdujo en el derecho canónico la doctrina teocrática del poder y el derecho de los Papas a disponer de las coronas reales, lo que llevó a la práctica con toda su energía autoritaria. La línea de este político feudal en el trono papal estuvo encaminada por entero a crear un Estado «universal» encabezado por el pontífice romano, idea que abrigaron sus predecesores hacía ya más de un siglo.

Cabe señalar que a fines del siglo XII y comienzos del XIII, la política de los jefes de Estado tenía un marcado carácter ecuménico «universalista», es decir, tendía a crear un Estado «mundial» (en su interpretación medieval). Esas tendencias «ecuménicas» afectaron al Imperio alemán de los Staufén, en mayor grado aún al Estado anglo-francés de los Plantagenet, y en cierto modo a la misma Francia, donde el poder real comenzaba a fortalecerse. Es significativo que el cronista anónimo francés, autor de «Los hechos de los reyes francos» atribuye a Felipe II la siguiente expresión: «Basta un solo hombre para gobernar el mundo.»

Esas tendencias ecuménicas hallaban su más acabada expresión en la política de la curia romana, ya que, como sabemos, la Iglesia católica era el centro «internacional» del sistema feudal y sus proyectos de expansión eran los de mayor envergadura. Esos proyectos encontraron en Inocencio III a un fervoroso impulsor.

El objetivo principal de Inocencio III fue establecer la supremacía política de la curia romana sobre el mundo feudal de Occidente y de Oriente. Para llevar a cabo este programa cosmopolita del sumo pontífice el medio más apropiado sería la cruzada. Según un investigador, la cruzada fue el primero y el último pensamiento del Papa. Apenas subió al trono papal, Inocencio III llamó a Occidente a iniciar una nueva *»guerra santa» contra los paganos-musulmanes para liberar Jerusalén. En sus epístolas a Francia, Alemania, Inglaterra, Italia, Hungría y otros países (septiembre de 1198) exhortaba a «todos los fieles» a defender la «tierra sagrada» y reclamaba de los condes, de los barones y de las ciudades reclutar, para marzo de 1190, los destacamentos militares necesarios para la cruzada. V. Kluger escribía que las trompetas de guerra santa sonaban en tiempos de Inocencio III con más fuerza que en los tiempos de cualquier antecesor suyo¹⁹.

Al mismo tiempo se iban tomando las medidas prácticas para organizar la cruzada. Los conventos e iglesias debían entregar para la «guerra santa» la cuarentena de todos sus bienes e ingresos. Para obligar a los canónigos y a los frailes a alargar la bolsa Inocencio III

¹⁹ B. Kugler: «Historia de las cruzadas», pág. 279.

no escatimó expresiones fuertes. Con un estilo mordaz culpó a los servidores de Dios de predicar a sus feligreses la necesidad de sacrificarse por el «santo sepulcro», mientras ellos se sacrificaban «sólo de palabra». «¿Dónde están vuestras obras? Los legos os acusan de malgastar el patrimonio de Cristo en compañía de los bufones y de emplear mucho dinero en mantener las jaurías y los halcones.» El Papa ordenó a los clérigos el pago del impuesto por él fijado, de lo contrario, sufrirían todos los castigos del juicio final.

Además, todos los «buenos católicos» tenían que contribuir con su óbolo a los fondos de la cruzada: para recolectar las donaciones voluntarias en todas las iglesias se colocaron cepillos. Esos donativos que, en realidad, eran un impuesto obligatorio, ya se venían recolectando desde tiempos anteriores. Las sumas recaudadas (por frailes enviados a distintos países) pasaban al tesoro papal para cubrir los gastos de los ejércitos cruzados; en realidad, esas enormes sumas que afluían a Roma se empleaban, con frecuencia, para fines bien distintos.

También en este aspecto las cruzadas eran para la Iglesia católica fuente de importantes ingresos. No en vano el trovador alemán Walther von der Vogelweide, contrario a las colectas de Inocencio III para la cruzada, escribía en forma sarcástica que si «la plata alemana cae en los cofres italianos», la «tierra santa» se beneficiará muy poco: «La mano de los curas es remisa a repartir lo que recibe.» Para disipar la desconfianza hacia los objetivos de la curia, Inocencio III prometió entregar la décima parte de sus ingresos a la «guerra santa», y con su dinero armó una galera para ayudar a los «hermanos-cristianos» de Oriente.

Inocencio III, aparte las medidas de orden fiscal, desarrolló una extraordinaria actividad diplomática.

El cardenal Pedro de Capua fue enviado como legado papal a Francia, para poner fin a la guerra entre Felipe II Augusto y Ricardo Corazón de León, que impedía la incorporación de los franceses y los ingleses a la cruzada auspiciada por el Papa. Otro embajador papal, el cardenal Esteban, fue enviado a Venecia, el único Estado de Occidente capaz de asegurar el transporte por mar del futuro «ejército de Cristo».

De toda esa enérgica actividad desplegada por el sumo pontífice para organizar la cruzada, destaca su mensaje al emperador Alejo III, exigiéndole la formación de un ejército para liberar la «tierra santa». En los planes de expansión de la Iglesia romana por Oriente, entraba Bizancio, que, como recordará el lector, los pontífices romanos hacía tiempo querían incorporar a la órbita de influencia de Roma. Inocencio III pretendía no sólo la participación de Bizancio en la cruzada (aunque indudablemente deseaba valerse del poderío material y militar de Bizancio), sino, además, la unión de las iglesias, median-

te la total supeditación de la Iglesia ortodoxa a la católica-romana.

Una atención particular merece la circunstancia siguiente: Inocencio III, en el mensaje a Alejo III, en el que propone la unión, no se limita a exhortaciones «paternales» y a citas evangélicas. Su mensaje contiene una oculta amenaza: si Constantinopla rechaza las exigencias de la sede apostólica, podrían intervenir determinadas fuerzas de Occidente. Más tarde se sabrá a qué se refería el Papa. Pero es evidente que una amenaza de ese tipo en el preciso instante en que Inocencio III ponía en marcha sus planes para la cruzada, evidenciaba una relación directa entre esos planes y la política antibizantina del papado. Existen fundadas razones para creer que, desde el comienzo de la cruzada, Inocencio III abrigaba la idea (tal vez aún en forma generalizada) de lanzar contra Bizancio las fuerzas del Occidente feudal. La cruzada proyectada por Inocencio III brindaba la gran oportunidad de poner en práctica los planes papales de implantar el catolicismo en Oriente, y en primer lugar, en Bizancio. El Papa se apresuró a aprovechar las circunstancias favorables de la cruzada para activar su política antibizantina.

No obstante, el juego diplomático de Inocencio III (sus exhortaciones y amenazas) no surtieron efecto: igual que en 1198, también en 1199 Constantinopla rechazó las pretensiones de la sede apostólica. La postura de Bizancio enardeció más aún los apetitos de la curia romana. A medida que se iban desarrollando los acontecimientos, Inocencio III iría poniendo en práctica contra Bizancio sus amenazas, que en 1198-1199 tal vez no estaban claras en cuanto a las formas de llevarlas a cabo, pero que ya entonces tenían un indudable carácter usurpador.

En 1198 empezó a anudarse el lazo que en la primavera de 1204 estrangularía a Constantinopla. El antagonismo entre el papado y Bizancio, motivado por la política expansionista de los Papas, fue el primer motivo (por orden cronológico de los acontecimientos) del cambio de rumbo de la cuarta cruzada. Poco después surgieron otros motivos.

El llamamiento de Inocencio III a iniciar la cruzada fue apoyado por los eclesiásticos. Igual que en ocasiones anteriores los echacuerros comenzaron su propaganda con ardientes discursos en favor de la «guerra santa», en los que prometían felicidad en el cielo, para unos, y esperanza en la tierra, para otros.

Esta vez desempeñaba el papel del nuevo Pedro el Ermitaño el sacerdote francés Folco de Neuilly, que se rodeó de la aureola de bienaventurado, capaz de hacer milagros. Un cronista de la época, refiriéndose al mencionado predicador, señalaba sagazmente: «Sabía muy bien a quién, cuándo y qué tenía que curar.» Los sermones de Folco y de otros fanáticos tuvieron entre los campesinos un éxito pasajero: en la gente del pueblo que no lograba resistir a las tentadoras

exhortaciones de los cuestores papales y prometía participar en la liberación del «santo sepulcro», el período de exaltación religiosa duraba muy poco: la tercera cruzada ya había demostrado que la masa campesina era más que indiferente a los lemas de liberación de la «tierra santa».

Igual que diez años atrás, el llamamiento de la Iglesia católica encontró eco favorable en los ambientes feudales, principalmente en Francia. Los preparativos de la cruzada se iniciaron en este país en 1199, en respuesta de parte de los señores y de los caballeros al llamado papal. Los preparativos comenzaron a fines de noviembre de 1199 en un torneo de caballeros en el castillo de Ecry, en Champaña. Durante el torneo, Folco de Neuilly pronunció una encendida prédica; una parte de los asistentes prometió, allí mismo, ponerse en el «camino del Señor».

Entre los más importantes feudales de Francia tomaron la cruz los condes Thibaud de Champaña, su yerno Balduino de Flandes, Luis de Blois, Hugo de Saint Paul, Simón de Monfort y otros. Casi todos esos nobles, durante la guerra entre Francia e Inglaterra²⁰, habían tomado partido por esta última, es decir, estaban del lado de los enemigos de Felipe II Augusto. Los cronistas destacan que una razón importante de esos señores feudales para incorporarse a la cruzada, era el miedo a las represalias del rey de Francia por su reciente alianza con Ricardo Corazón de León. Es decir, temían por sus posesiones en Francia. Para ponerlas a salvo de Felipe II Augusto, los condes de Flandes, de Blois y otros decidieron convertirse en cruzados, ya que los bienes de los cruzados se hallaban bajo custodia de la Iglesia. «Balduino, conde de Flandes y de Hennegau, apesadumbrado por la muerte del rey Ricardo y temiendo las intrigas del rey de Francia, tomó la cruz, junto con otros barones, para eludir su dominio y evitar una guerra con él», así explica el cronista de Hennegau los motivos que impulsaron a los más poderosos feudales franceses a emprender la cruzada. Les atraía a Oriente no los «santos lugares», ni «el espejismo oriental», como afirman algunos historiadores modernos, sino unas preocupaciones y afanes muy realistas: preservar sus heredades de los atentados de la corona francesa y acrecentarlos con nuevas conquistas en Oriente. Los deseos de conquistar imperaban también entre la masa de caballeros, vasallos y subvasallos; aliados a los grandes señores. Roberto de Clary manifestaba posteriormente con toda franqueza que los cruzados fueron (a Bizancio) «para apoderarse de la tierra».

Los primeros pasos prácticos de los jefes cruzados franceses fue-

²⁰ El legado papal logró en enero de 1199 el armisticio entre Francia e Inglaterra; cuatro meses después, cuando sitiaba el castillo de uno de sus vasallos franceses, pereció Ricardo Corazón de León.

ron descritos con detalle por Geoffroi de Villehardouin. En 1200 la élite de los barones eligió jefe de la milicia al joven conde Thibaud de Champaña, sobrino de Felipe II Augusto. De Compiègne fueron enviados embajadores a Venecia para negociar el transporte por mar del ejército cruzado. Entre los seis embajadores estaba el propio Villehardouin. Tras dos meses de negociaciones con el dux de Venecia, Enrique Dandolo, a principios de abril de 1201 se firmó el tratado sobre las condiciones por las que Venecia proporcionaría sus naves a los cruzados.

Precisamente allí, en Venecia, fue fabricado otro resorte que, al destenderse luego, situó a los cruzados lejos de la «tierra santa». También es cierto, como veremos más adelante, que los cruzados se resistieron muy poco a la nueva orientación de la cruzada. La segunda causa en importancia determinante del giro en la ruta de la cuarta cruzada fueron las profundas contradicciones económicas de Venecia con otras ciudades de Italia del Norte, como Pisa y Génova, y, con el propio Bizancio, contradicciones motivadas principalmente por el choque de sus respectivos intereses comerciales en el Mediterráneo oriental. Desde fines del siglo XI, Venecia desempeñaba un papel preponderante en el comercio levantino. La oligarquía feudal-mercantil veneciana, respaldaba por el poderío económico y militar marítimo de esa república, gozaba hacía mucho tiempo de amplios privilegios en el Imperio bizantino.

Bizancio se debilitaba más y más y tenía que hacer concesiones a Venecia, cuya poderosa flota marítima en más de una ocasión había sacado de apuros a Constantinopla. Pero esa fuerza también podía volverse en contra y Bizancio tenía que tener en cuenta esa posibilidad. En el siglo XII los venecianos establecieron factorías y oficinas en los puertos bizantinos, donde vendían sus mercancías sin pagar aranceles; también gozaban del derecho a no pasar registro de aduana y a establecerse en Constantinopla. Pero esta situación privilegiada no era suficientemente sólida. Los manejos de los mercaderes, armadores y usureros venecianos en territorio del Imperio, y especialmente en la capital, con frecuencia chocaban con la enérgica oposición del Gobierno de Constantinopla, que a veces adoptaba contra los «piratas del Adriático» (como denomina a los venecianos Eustaquio de Salónica, historiador y escritor bizantino), severas medidas que afectaban seriamente a los intereses del comercio veneciano.

Las esferas gobernantes bizantinas se guiaban, en cada caso, por razones distintas. En ello tenían mucho que ver los comerciantes bizantinos, ya que los venecianos constituían una competencia muy peligrosa para el comercio bizantino. De tal modo, por orden del emperador Manuel Comneno, en marzo de 1171, fueron inesperadamente detenidos los comerciantes y los residentes venecianos en todo el territorio del Imperio y confiscados todos sus bienes, inclusive el dine-

ro, las mercancías y los inmuebles. A raíz de esa decisión el comercio entre Venecia y Bizancio quedó suspendido durante casi quince años. Sólo a comienzos de los años ochenta del siglo XII los venecianos regresaron a las ciudades griegas y quedaron restablecidas las relaciones comerciales. En 1185, Venecia llegó a un acuerdo con el Gobierno de Andrónico Comneno por el que se abonaban los daños causados a los comerciantes venecianos²¹. Los emperadores ulteriores reiteraron (en 1187 y 1198) su propósito de pagar los daños, pero las cosas no pasaron de las promesas. En consecuencia, la deuda de Bizancio a los venecianos aumentó a cifras fabulosas.

Al mismo tiempo, en sus periódicos frenazos al dominio veneciano, los emperadores bizantinos no se limitaban a las represalias directas y a la anulación de privilegios. En varias oportunidades intentaron enfrentar a Venecia con sus competidores comerciales, Pisa y Génova, abriendo a éstas los mercados bizantinos. El fruto de esa maniobra auténticamente «bizantina» (la diplomacia bizantina aplicaba hacia tiempo el principio romano de «divide et impera!») fue el recrudecimiento de la lucha entre las ciudades italianas en las rutas comerciales y los mercados de Bizancio. En ocasiones, los rivales llegaban a las manos: «Era frecuente ver en plena Constantinopla, o bien en mar abierto, cómo los ciudadanos de ambas repúblicas (Venecia y Pisa, M. Z.) entablaban una desesperada batalla con resultados alternativos, donde el saqueador era saqueado, y viceversa», escribía el cronista Nicetas Coniatis.

A su vez, la penetración en la economía bizantina de los pisanos y de los genoveses dañaba el comercio y la artesanía griega no menos que los manejos de los mercaderes y usureros venecianos. Así lo corroboran los acontecimientos de mayo de 1182, conocidos en la historia con el nombre de «baño de Constantinopla». En aquella ocasión, la nobleza y los comerciantes bizantinos se propusieron dos propósitos de una sola vez: librarse de los competidores extranjeros y desviar el malestar del pueblo bajo de Constantinopla hacia los «impíos» latinos²². Para ello provocaron una rebelión de los plebeyos de la capital²³, que culminó en una terrible masacre de extranjeros, principalmente de genoveses y pisanos.

²¹ N. P. Sokolov: «Sobre las relaciones de Bizancio y Venecia», «Vizantiiskii vremennik», 1952, t. V; M. M. Freidenberg: «Sobre la historia de la lucha de clases en Bizancio durante el siglo XII», «Uch. zapiski Velikolukskogo gos. ped. in-ta», Veli-kie Luki, 1954.

²² M. M. Freidenberg: Ob. cit., págs. 36-37.

²³ Según N. P. Sokolov, los venecianos no fueron víctimas de la masacre de mayo de 1182, porque no se hallaban en Constantinopla («Sobre las relaciones de Bizancio y Venecia», págs. 145 y siguientes). Es falsa la difundida opinión de que el dux Dándolo lanzó en 1202 a los cruzados contra Constantinopla para vengar el «baño de Constantinopla» de 1182.

Naturalmente, la protección, aunque transitoria, de Bizancio a los rivales de Venecia, desagradaba a los dirigentes de esta república lacustre. Venecia tenía que encontrar la forma de asegurarse la supremacía en el comercio levantino que pasaba por los puertos bizantinos en el Mediterráneo y en el mar Negro, y desplazar totalmente a Pisa, Génova y otros rivales. Precisamente cuando se iniciaron los preparativos para la cruzada, las relaciones entre Venecia y Bizancio estaban en un punto bajo, debido a que Alejo III, violando el convenio comercial que él mismo firmara con Venecia en 1194, comenzó a cobrar derechos a los comerciantes venecianos y suspendió los pagos por los daños sufridos en 1171; en cambio, ofreció protección a los pisanos y luego (desde 1201) a los genoveses.

La cruzada ofrecía a los venecianos una gran oportunidad para poner fin a su inestable situación en Bizancio, asestando al Imperio un golpe demoledor por medio de los cruzados y, de una vez para siempre, proteger sus beneficios y privilegios frente a los atentados del propio Bizancio y de las ciudades italianas. Estos planes venecianos maduraban paulatinamente, a la par que los acontecimientos: aunque tomaron forma definitiva a comienzos de la primavera de 1204, probablemente nacieron en 1201. Es difícil asegurar a ciencia cierta si ya entonces el dux Enrique Dandolo, hombre experimentado, de noventa años de edad, quería hacer de Bizancio —según F. I. Uspenski ²⁴— el yunque para el martillo de los cruzados. Pero lo que no ofrece dudas es que la decisión de utilizar el ejército cruzado en provecho de Venecia fue adoptada precisamente en ese tiempo.

Los caudillos de la cruzada se disponían a dirigir su ejército a Egipto, pero, desde la expulsión de Bizancio de sus comerciantes, Venecia estableció un activo comercio con Egipto. Esas relaciones comerciales siguieron desarrollándose aun después de haber quedado restablecidas las relaciones entre Venecia y Constantinopla. Los comerciantes venecianos, que obtenían grandes beneficios del transporte de peregrinos a Siria, y del transporte de refuerzos y de harina de Occidente a los francos orientales, se lucraban también con la venta de armas al sultán egipcio. Inocencio III se vio obligado, a fines de 1198, a prohibir por una disposición especial la venta de armas a los sarracenos. En tales circunstancias, la conquista de Egipto perjudicaba a los venecianos, que, por lo tanto, no estaban interesados en la empresa. Por eso, al hacerse cargo del transporte de los cruzados, Venecia rodeó sus compromisos de tales condiciones, que los políticos venecianos quedaron en entera libertad para definir la orientación y el destino de la cruzada. Venecia se comprometió a suministrar naves para transportar cuatro mil quinientos caballeros e igual número de

²⁴ F. I. Uspenski: «Historia del Imperio bizantino», t. III. Moskva-Leningrad, 1948, pág. 367.

caballos, nueve mil escuderos y veinte mil infantes. Además, los venecianos armarían por cuenta propia cincuenta galeras como ayuda a los cruzados. Estos, por su parte, abonarían a Venecia, en cuatro plazos, ochenta y cinco mil marcos de plata; el último plazo con fecha de fines de abril de 1202. Además, Venecia se aseguraba la mitad de lo que conquistaran los cruzados.

Las condiciones de este convenio eran muy ventajosas para Venecia. Los ochenta y cinco mil marcos que el dux reclamaba a los cruzados era una suma bastante importante, aunque no tan grande como para suponer que Dandolo ponía sus esperanzas en la insolvencia de los cruzados. Otra era la trampa que el ingenioso dux había preparado a los cruzados.

En primer lugar, el tratado entre Venecia y los jefes cruzados no precisaba el lugar en el que la flota veneciana debía de desembarcar a los cruzados. Aquellos contra quienes iba dirigida la campaña figuraban en el tratado con el nombre genérico de «enemigos». Esos «enemigos» ni siquiera se denominaban «infieles»; como si los autores del texto evitaran designar por su verdadero nombre a esos «enemigos». La redacción imprecisa del tratado de 1201 sin duda ofrecía una escapatoria a Venecia, dueña de las naves en que viajarían. Incluso los propios expedicionarios sólo después de la firma del convenio se enteraron de que «se dirigían a ultramar», según atestigua Villehoudin.

En segundo lugar, y esto es lo más importante, de acuerdo al tratado, los participantes de la cruzada se comprometían a pagar los ochenta y cinco mil marcos «independientemente del número de hombres transportados». El tratado mencionaba la cantidad de tropas de a caballo y de a pie a transportar, pero en ninguna parte se decía que la suma a pagar dependería del número de cruzados que para una fecha determinada se reunieran en Venecia. Ahí estaba la trampa que Venecia tendía a los «estúpidos cruzados» (como les llamó Carlos Marx). Los acontecimientos posteriores demostraron que el dux Dandolo ya en 1201 previó la posibilidad de que no se presentara el número de cruzados previsto en el tratado. El pérfido propósito del Gobierno veneciano consistía en aprovechar las dificultades con que tropezarían los cruzados (creadas por ese mismo Gobierno) e inducirles a marchar hacia un objetivo distinto, acorde con los intereses de Venecia.

Inocencio III intuía, indudablemente, las intenciones secretas de los venecianos: como dice Marx, el Papa veía el juego de Dandolo; comprendía que el dux quería utilizar a los cruzados «para las conquistas que interesaban a Venecia»²⁵. A pesar de ello, el 8 de mayo

²⁵ C. Marx: «Notas cronológicas». «Arjiv Marksa e Engelsa», t. V, pág. 194.

de 1201, el pontífice romano ratificó —y «de muy buen grado», según testimonia Villehardouin— el convenio entre los cruzados y Venecia²⁶. De esa forma, el Papa daba el visto bueno tanto a los venecianos como a los cruzados, para llevar a cabo una conquista cuyo objetivo respondería, en primer término, a los intereses económicos y políticos de Venecia. El objetivo más probable era, sin duda, Bizancio, a la cual también quería someter Inocencio III.

Así, en la primavera de 1201, los fines políticos del papado en la cruzada coincidieron con los afanes expansionistas de Venecia. Esto allanaba considerablemente el camino para transformar la cruzada contra el Egipto musulmán en una guerra de rapiña contra el Bizancio cristiano.

En ese momento empezó a surtir efecto el tercero y más complejo conjunto de circunstancias que desviaron a los cruzados de su objetivo inicial y determinaron a fin de cuentas el nuevo objetivo de la cruzada: Constantinopla.

F. I. Uspenski señalaba con acierto que la cuarta cruzada fue el resultado del conjunto de relaciones políticas de aquella época.

Una de las contradicciones nodulares entre los Estados en el Mediterráneo, a fines del siglo XII y a comienzos del siglo XIII, eran los intereses encontrados del Imperio germano de los Hohenstaufen y de los de Bizancio. Ese antagonismo germano-bizantino en el siglo XII fue consecuencia del expansionismo en el Mediterráneo de los feudales, principalmente de Alemania meridional, congregados en torno a los Hohenstaufen.

Para Bizancio, la amenaza alemana fue en aumento desde los años noventa del siglo XII, cuando Enrique XI, convertido en rey de Sicilia, refrendó las pretensiones de sus predecesores, los monarcas normando-sicilianos sobre las tierras balcánicas de Bizancio, y de hecho organizó una auténtica campaña de agresión contra Bizancio con el pretexto de una cruzada. Felipe de Suabia, sucesor de Enrique VI, continuó la política antibizantinista de su hermano mayor. La idea de entronizarse en Bizancio dominaba por completo al nuevo monarca alemán. La marcha de los acontecimientos en Bizancio ofrecían a Felipe de Hohenstaufen un cómodo pretexto para poner en práctica esa

²⁶ Algunos historiadores de la cuarta cruzada estiman que el tratado de abril de 1201 no fue ratificado por Inocencio III, que el Papa demandó que las partes se comprometieran a no agredir a los cristianos. Pero el hecho de que Roma ratificó el tratado está demostrado por Villehardouin y por una fuente tan verídica como la crónica conocida bajo el título de «La devastación de Constantinopla». En cuanto a la demanda de «no levantar las armas contra los cristianos», la conocemos sólo por el mensaje de Inocencio III a los cruzados, redactada mucho más tarde y a través del historiógrafo del Papa que se basa en ese mismo mensaje. La información debe de ser aceptada con reservas.

idea. Esos acontecimientos revelaban la debilidad interna de Bizancio en la época en que concluía el proceso de formación del sistema feudal.

Decíamos que en 1195, a causa de un golpe palaciego en Constantinopla, fue derrocado y cegado el emperador Isaac II el Angel, con cuya hija estaba casado Felipe de Suabia. El rey alemán estableció contactos secretos por carta y a través de hombres de confianza con su suegro, privado del poder y encarcelado. Nicetas Coniatos relata las reuniones secretas entre Isaac II el Angel y los «latinos», en las que se estudiaba «cómo vengarse de Alejo» (III) y derrocarlo. El ex emperador «enviaba cartas de allí, con indicaciones sobre cómo debía de actuar».

Así, en los últimos años del siglo XII, la Corte de los Hohenstaufen se convirtió en un centro de intrigas políticas, cuyo propósito oficial era restablecer el «legítimo» Gobierno de Isaac II el Angel, mientras que el propósito verdadero consistía en la toma del poder en Bizancio por parte del descendiente de Federico Barbarroja.

Los preparativos de la cruzada iniciados en Occidente no podían ser para Felipe de Suabia más oportunos: igual que los venecianos, él también estaba dispuesto a utilizar a los cruzados en su propio interés. La casualidad vino en su ayuda.

El 24 de mayo de 1201, cuando los preparativos de la cruzada estaban en su auge, falleció inesperadamente el conde Thibaud de Champaña, caudillo electo de los cruzados franceses; surgió el problema de su sucesor. Entonces la Alemania de los Hohenstaufen, que había permanecido al margen de la cruzada, se incorporó de lleno a ella. Valiéndose de la diplomacia secreta, Felipe de Suabia intentó que fuera designado jefe del ejército su testaferro y pariente el marqués Bonifacio de Montferrato, importante feudal de Italia del Norte. Bonifacio de Montferrato no carecía de capacidad militar y diplomática, cosa que indudablemente tuvo en cuenta el rey alemán, ya que depositaba en la cruzada unas esperanzas políticas bien definidas. Pero Felipe de Suabia se decidió por el marqués por otra razón. Los Montferrato mantenían con los Hohenstaufen una amistad muy antigua: Guillermo III, padre de Bonifacio, fue aliado de Federico Barbarroja en Italia del Norte, y éste premió generosamente sus servicios, otorgándole posesiones. Además, por razones familiares, Bonifacio estaba interesado en las conquistas de los cruzados en Oriente²⁷ y en Bizancio, donde en otras ocasiones los hermanos de Bonifacio habían

²⁷ Guillermo Espada Larga, hermano mayor de Bonifacio, casado con la hermana de Balduino IV de Jerusalén y de Ascalón. Su otro hermano, Conrado, tuvo participación activa, como sabe el lector, en la tercera cruzada; en 1192 poseía Tiro y estuvo a punto de obtener la corona de Jerusalén.

hecho una buena carrera, logrando altos cargos y posesiones ²⁸. En esa línea se mantenía el propio Bonifacio. El ávido y ambicioso marqués se proponía apoderarse de ciertos territorios bizantinos en la península balcánica; en particular, de Tesalónica ²⁹, gran centro comercial de Bizancio y segunda ciudad, después de Constantinopla. Así, pues, Bonifacio de Montferrato, respaldado por otros señores de Lombardía de rango inferior, estaba directamente interesado en llevar a cabo los planes antibizantinistas acariciados por la corte de los Hohenstaufen: la conquista de Bizancio también le prometía a él un importante botín. Elegido caudillo de la cruzada, él podría ayudar mucho a la utilización de los cruzados para lograr los planes antibizantinistas de los alemanes.

Para poner a la cabeza de los cruzados a Bonifacio de Montferrato, su hombre adicto, Felipe de Suabia recurrió a su alianza con el rey Felipe II Augusto de Francia ³⁰.

Felipe II Augusto decidió atender el deseo de su aliado alemán. Cuando a la muerte de Thibaud de Champaña, en el Consejo de Soisson los más importantes señores cruzados franceses discutían los candidatos para el cargo de caudillo, el rey de Francia, que hasta entonces no había opinado nada sobre la nueva cruzada, intervino inesperadamente en los acontecimientos. Los datos de los cronistas, no muy claros, permiten creer que él, presionando directamente sobre los dirigentes de la cruzada, «aconsejó» elegir a Bonifacio de Montferrato como jefe supremo de la expedición; su candidatura fue propuesta por Villehardouin según él mismo cuenta en sus memorias, que actuaba como portavoz del rey de Francia.

Su «consejo» fue aceptado, pese a que a los feudales franceses no podía gustar la candidatura «bastante inesperada» de un marqués italiano. La mayor parte de esos feudales eran rivales políticos de la corona francesa, mientras que Bonifacio era pariente y hombre de paja de Felipe II Augusto. Además, los príncipes cruzados (Balduino de Flandes y otros) que habían luchado hacía poco contra Felipe II Augusto en Francia junto a Ricardo Corazón de León, durante la discordia feudal de fines de los años noventa en Alemania apoyaban a los güelfos, aliados de Inglaterra y enemigos de la dinastía de los

²⁸ Conrado de Montferrato gozaba de una privilegiada situación en la corte de Isaac II el Angel, con cuya hermana, Teodora, estaba casado.

²⁹ En 1179, otro hermano de Bonifacio, Rainero, casó con María Comneno, hija del emperador bizantino Manuel; ella recibió Tesalónica por dote. Bonifacio se consideraba heredero «legítimo» de su cuñada.

³⁰ La alianza entre la Alemania de los Staufen y la Francia de los Capetos (la alianza de los dos Felipes) se concretó en 1198 y estaba dirigida contra los Plantagenet y contra los güelfos, feudales alemanes que después de la muerte de Enrique VI apoyaban al por ellos mismos elegidos antirrey Otto IV, sobrino de Ricardo Corazón de León.

Hohenstaufen. La candidatura de Bonifacio de Montferrato, adepto de los Staufen, no era del agrado de los partidarios de Inglaterra ni de los güelfos.

De todos modos, el «consejo» de Felipe II Augusto fue aceptado, y en septiembre de 1201, el marqués de Montferrato llegó a Francia para asumir el cargo de caudillo de los cruzados.

Felipe II Augusto ayudó a su aliado alemán a poner al frente de los cruzados a la persona que sería manejada por los alemanes que perpetraban el sometimiento de Bizancio.

Al mismo tiempo, Bonifacio de Montferrato estaba unido por lazos de parentesco y por intereses políticos con la Francia de los Capetos. Hay fundamentos para suponer que tampoco Felipe II Augusto era ajeno a los propósitos de conquistar Bizancio. Anteriormente, Luis VII quiso asegurar para los Capetos los derechos sobre el trono de Constantinopla: en 1180, la hermana de Felipe II Augusto se casó con el hijo de Manuel Comneno (Alejo II). Tal vez Felipe II Augusto abrigara la intención secreta de resucitar estos planes de su padre. El cronista inglés Roger de Howden relata un episodio, que arroja luz sobre la cuestión. Muerto Ricardo Corazón de León, el «almirante» Margariton, caudillo de los piratas normando-sicilianos, se presentó en París ante Felipe II, prometiéndole que le haría «emperador de Constantinopla». Según el cronista, Felipe II aceptó los servicios de Margariton y le prometió que tomaría las medidas necesarias para suministrar a los piratas víveres, armas y caballos para la campaña contra Constantinopla, que partiría del puerto de Brindisi. El inesperado asesinato de Margariton abortó el proyecto.

Aun cuando este relato del cronista no fuera verídico, es prueba de cómo los contemporáneos consideraban la actitud del rey de Francia con respecto a Bizancio. El relato confirma la suposición de que Felipe II estaría dispuesto a hincar el diente en el debilitado Imperio bizantino. Su apoyo a la candidatura de Bonifacio de Montferrato era una treta política para obtener beneficios directos de la cruzada en favor de la monarquía francesa.

En consecuencia, en esta etapa de los preparativos de la cuarta cruzada movían los hilos, junto con el papado y Venecia, la Alemania de los Hohenstaufen y la Francia de los Capetos. En la cadena de acontecimientos que determinaron la «desviación del camino de los cruzados» (según expresión de Inocencio III), en el otoño de 1201 apareció otro importante eslabón: la incorporación de Francia y Alemania a la campaña de agresión contra Bizancio.

A comienzos de 1202 Inocencio III, que no había logrado de Alejo III ninguna concesión en lo referente a la «unión» de las iglesias, llegó a un trato secretísimo con Bonifacio de Montferrato, que viajó a Roma, aunque antes estuvo en Alemania concertando los pasos ulteriores con Felipe de Suabia. Existen motivos para suponer que

el trato se refería a la utilización de los cruzados contra el Imperio bizantino. Inmediatamente después, en Roma fue cerrado un segundo trato, éste con el príncipe bizantino Alejo, hijo de Isaac II el Angel. Alejo, cuñado de Felipe de Suabia, se había fugado oportunamente de la cárcel de Constantinopla ayudado por un armador pisano, que le cedió un lugar en la nave y le permitió —según dice Nicetas Coniotos— «borrar sus huellas con el agua». La fuga del príncipe, cuenta este historiador, fue prontamente advertida, y «el emperador ordenó su captura, pero los perseguidores no lograron reconocer a Alejo, que se cortó el pelo en redondeo y se puso ropas latinas, se mezcló entre la muchedumbre y se ocultó a la vista de sus perseguidores». En la primavera de 1202, el príncipe Alejo llegó a Roma.

Actuando por indicación del rey de Alemania, asumió ante el Papa la humilde actitud del que pide ayuda contra Alejo III, el «usurpador». Para premiar esa ayuda que prestarían, claro está, los «liberadores de la tierra santa», el príncipe ofreció generosamente al Papa la sumisión de la Iglesia griega a la Iglesia romana y la participación de Bizancio en la cruzada.

Al pontífice se le presentaba la ocasión (tanto tiempo buscada) de camuflar sus auténticos planes respecto a Bizancio con el pretexto de reinstaurar en Constantinopla el gobierno «legítimo». Y el Papa no dejó escapar la ocasión.

Los «Anales de Nóvgorod», los escritores bizantinos y algunos cronistas occidentales confirman que Inocencio III y los enviados de Felipe Suabia llegaron en Roma a un pleno acuerdo en lo referente a la devolución del trono, con ayuda de los cruzados, al «adolescente» Alejo. En un mensaje especial, Felipe ratificó el compromiso de sus representantes de someter la Iglesia ortodoxa a la católica si, como rezaba el mensaje, «el Dios todopoderoso pone el Imperio griego en mis manos o en las de mi cuñado».

En la primavera de 1202, es decir, cuando los expedicionarios de Francia, Alemania e Italia quedaron concentrados en Venecia, los demiurgos de la cuarta cruzada podían considerar atados todos los cabos.

Los hilos de la trama estuvieron en todo momento en manos de Roma. Primero, Inocencio III aprobó los planes de los venecianos. Más tarde, obtenida la promesa de la unión de las dos Iglesias, dio su bendición secreta a Bonifacio de Montferrato y al príncipe Alejo; éstos se hallaban respaldados por determinadas esferas feudales de Francia, Alemania e Italia, que buscaban la oportunidad de saquear Bizancio a fondo y tal vez de afincarse allí bajo el pretexto de restablecer en el tronco a Isaac II el Angel.

Huelga decir que todos los que contribuyeron, aunque desde distintas direcciones, a trazar el plan de acción, actuaron con la máxima cautela. Sólo muchos siglos después los historiadores, mediante el es-

tudio minucioso de los documentos de aquella época, fueron desatando uno por uno los nudos que había atado la diplomacia secreta a principios del siglo XIII.

Toma de Zadar

En el otoño de 1202, los organizadores y caudillos de la cruzada comenzaron a poner en práctica sus propósitos ocultos y manifiestos.

En la primera etapa, la protagonista fue Venecia. Aquí, en el verano de 1202, se congregaron importantes fuerzas de cruzados alemanes, franceses e italianos que fueron acuarteladas en la poco poblada isla de Lido, próxima a la ciudad. Los «padres de la ciudad» colocaron a los «guerreros de Cristo» en una situación precaria con el evidente deseo de hacerles sentir su dependencia del «pueblo veneciano» y volverles más dóciles de cara al futuro. Los caballeros de la cruz pasaron en esa isla hambre, debido al avituallamiento irregular; con el hambre llegaron las enfermedades; la muerte hacía estragos entre los cruzados menos pudientes.

El autor anónimo de la crónica «La devastación del Constantino-pla» cuenta que «los vivos no se bastaban para sepultar a los muertos». Aunque el cronista, para desprestigiar a los venecianos, exagera, la situación del ejército cruzado no era nada envidiosa. Una parte de los cruzados que no querían resignarse con la situación de «cautivos» de Venecia (en esa condición estaban los cruzados en Lido, según el autor de la crónica citada) y para evitar males mayores, se evadían de la isla en la primera oportunidad y regresaban a sus países. Mientras tanto, venció el último plazo para pagar a la república de San Marcos las sumas establecidas por el convenio de abril de 1201. Evidentemente, los caballeros allí congregados eran insolventes. ¿Qué había pasado? Lo previsto por Enrique Dandolo un año antes. A la ciudad lacustre llegó sólo la mitad del número de cruzados esperados por los embajadores franceses, que habían firmado el tratado con Venecia. Muchos nobles y caballeros prefirieron prescindir de los «servicios» venecianos, excesivamente costosos: unos se embarcaron en naves flamencas en Brujas; otros (los borgoñeses y provenzales) se reunieron en Marsella; los terceros (los caballeros de Blois y de Champaña), tomaron el camino de Lombardía, pero en Piacenza cambiaron su itinerario y se dirigieron al sur de Italia. En Venecia se había congregado sólo una parte de los cruzados ³¹, por lo cual no

³¹ Según las cifras de Roberto de Clari, sólo había mil caballeros en lugar de los cuatro mil quinientos previstos; este cronista da un número de cincuenta mil infantes, cifra evidentemente exagerada, en lugar de los cien mil fijados.

lograban reunir el importe necesario: en el verano de 1202, de los ochenta y cinco mil marcos convenidos, Venecia percibió sólo cincuenta y un mil, quedándosele a deber otros treinta y cuatro mil marcos.

Con ese pretexto, los venecianos suspendieron por completo el abastecimientos de la isla, donde los cruzados estaban prácticamente recluidos, y llegaron a amenazar con no facilitar las naves si no les abonaban el importe convenido. Roberto de Clari cuenta que en Lido se presentó el propio dux Dandolo, para anunciar que «si no abonaban la deuda no saldrían de la isla, ni recibirían alimentos, ni agua». A los cruzados no les quedaba más remedio que buscar una salida. A lo comprometido de su situación se unía un sol de rigor. En agosto de 1202 arribó a Venecia Bonifacio de Montferrato, caudillo principal de los cruzados, que llegó fácilmente a un acuerdo con Dandolo: para ambos nada era tan importante como los beneficios. El historiador alemán D. Brader, biógrafo de Bonifacio, señala que el marqués participaba en la cruzada animado por «motivos nada idealistas»³². La campaña contra Bizancio, de la cual, es lógico pensar, habló Bonifacio al dux, también convenía a Dandolo. ¡Por fin los comerciantes, armadores y otra gente rica de Venecia podía arreglar las cuentas al Imperio de Constantinopla! Pero la puesta en práctica de ese proyecto requería más tiempo y una mejor preparación. Entre tanto, había que seguir haciendo creer que la cruzada mantenía su carácter de cruzada, y al mismo tiempo, y con ayuda de los caballeros-deudores, satisfacer los intereses inmediatos de la república veneciana. Dandolo también comprendía perfectamente que si el ejército se disgregaba (las desertiones en la isla de Lido alcanzaron dimensiones alarmantes), tendría complicaciones con Inocencio III: ¡los venecianos serían culpados del fracaso de la cruzada! Dandolo sopesó todas esas circunstancias y, preocupado en primer lugar por los beneficios de Venecia, propuso a los cruzados, por intermedio de Bonifacio, una «airosa salida» de la situación. Los cruzados, si querían cancelar su deuda o conseguir una prórroga del pago, tendrían que ayudar a Valencia a conquistar la ciudad de Zadar en Dalmacia, en la costa oriental del Adriático. Zadar pertenecía a Hungría, con la que Venecia llevaba luchando decenios por el control de la costa dálmata. Zadar era un estorbo para los venecianos: los corsarios que se ocultaban en dicho puerto, dañaban seriamente el comercio de Venecia en el Adriático. La oligarquía patricia estaba dispuesta a destruir aquel «nido de piratas», tanto más porque según lo convenido con los cruzados, la república de San Marcos percibiría la mitad del botín. ¿Acaso podía tener importancia que Zadar fuese una posesión del rey hún-

³² D. Brader: «Bonifaz von Monferrat bis zum Antritt der Kreuzfahrt (1202)». Berlín. 1907, S. 170.

garo Emérico, que también había «tomado la cruz»? Previamente, Dandolo hizo aprobar por los órganos superiores de la república su arbitraria decisión y luego la comunicó a Bonifacio de Montferrato. Según St. Runciman, el marqués «no era un cristiano excesivamente pundonoroso»³³. Consideró plausible y totalmente compatible con la misión de «liberar la tierra santa» de paso hacia su verdadero objetivo, hacia Bizancio, realizar una operación que convertiría provisionalmente a sus hombres en mercenarios de Venecia. Bonifacio cedió el mando al dux de Venecia, que «tomó la cruz» y dirigió personalmente la flota en la operación contra Zadar. Pese a sus noventa años, Enrique Dandolo conservaba una energía y una astucia envidiables.

La propuesta veneciana de tomar Zadar al principio provocó cierta confusión y hasta oposición en el ejército cruzado. Algunos de sus integrantes, principalmente, como atestiguan las crónicas, pertenecientes a las clases pobres, «abandonaron el ejército, largaron velas y regresaron a sus casas». A veces se ha dicho que esta oposición fue inspirada por el papado. En realidad, los cruzados, tanto más los pobres, abandonaron Venecia como protesta espontánea contra las privaciones sufridas en la isla de Lido y contra la conversión de la cruzada en instrumento de la política del gobierno veneciano: muchos cruzados no querían estar al servicio de los intereses de Venecia.

Inocencio III, al conocer el propósito veneciano, prohibió a los cruzados, bajo amenaza de excomunión, la «agresión tierras cristianas»; de hecho favoreció los planes venecianos, a los que estaba vinculado desde la primavera de 1201.

Si hubiera deseado sinceramente preservar las tierras cristianas, incluido Zadar, de lo que les sobrevino poco después, el Papa contaba con medios mucho más eficaces que las prohibiciones verbales.

Inocencio III, recurriendo al tesoro de la curia, hubiera saldado fácilmente con Venecia la deuda de su ejército en bancarrota. ¡Treinta y cuatro mil marcos no era una suma excesiva! Cuando a Roma llegaban del ejército cruzado estas inquietantes interrogantes: ¿qué hacer?, ¿no sería preferible disgregarse para malograr el «pérfido propósito» de Dandolo?, el Papa, a través de su legado, expresó la voluntad de la sede apostólica con estas palabras: «Es más perdonable expiar un pequeño mal con una gran obra de bien, que incumplir la promesa de cruzados y regresar como pecadores ignominiosos a la patria». Esta respuesta demostraba claramente que en opinión del Papa la cruzada tenía que salir adelante a cualquier precio. «No estará de acuerdo con los propósitos del Papa, la dispersión del ejército antes de haber logrado el fin del peregrinaje», decía a los cruzados el legado papal Pedro, obispo de Capua. ¿Qué otra cosa significaban

³³ St. Runciman: «A history of the cruzades», vol. III, Cambridge, 1954, pág. 114.

tales consejos que la insinuación de que los cruzados tenían que aceptar la propuesta del dux y atacar Zadar? Convencer a los cruzados no era nada difícil: en su mayoría, los «peregrinos» de 1202 eran unos rufianes empedernidos, a los que les daba lo mismo a quiénes y qué saquear. Este tipo de caballeros constituía el grueso del ejército cruzado: en su fuero interno eran indiferentes a las consignas oficiales de la empresa. Los caballeros de la cruz estaban dispuestos a poner su espada a disposición de cualquier causa lucrativa. La carencia total de escrúpulos, junto a una ilimitada avidez, sobre todo define a los participantes en la cuarta cruzada. Esa circunstancia permitió a los grandes feudales, que dirigían directamente o entre bastidores los acontecimientos, lanzarlos contra las ciudades «cristianas». Zadar fue la primera de ellas.

Los cruzados, salvo una pequeña excepción, consideraron ventajoso aceptar las exigencias de Venecia. La flota de los cruzados, con más de setenta galeras y cerca de ciento cincuenta naves de carga (con vituallas, arietes y otros ingenios bélicos) salió de Venecia en octubre de 1202. El 11 de noviembre irrumpió en la bahía cerrada de Zadar, y el 24 de noviembre, después de un asalto de cinco días, los cruzados quebraron la tenaz resistencia de la guarnición húngara y tomaron la ciudad. La población se defendió valientemente de los caballeros de la cruz: «En casi todas las calles —escribió Villehardouin más tarde— se combatía con espadas, flechas y lanzas.»

Los caballeros y los venecianos hicieron una escabechina, destruyeron numerosos edificios y se apoderaron de un rico botín. También saquearon las iglesias. Zadar pasó a manos de Venecia, aunque entre los cruzados y los venecianos estuvo a punto de producirse un choque, peligroso para ambas partes.

La conquista de una ciudad cristiana de Dalmancia fue el primer «éxito» de la cuarta cruzada.

Como cabía esperar, este hecho motivó un mensaje indignado de la sede apostólica a los cruzados. En el mensaje, Inocencio III expresaba su infinito pesar por la «sangre hermana» vertida por los cruzados que infringieron su prohibición de «agredir tierras cristianas». La ira papal no fue más allá. Los caballeros de la cruzada, para guardar las formas enviaron a Roma una delegación que expuso las circunstancias, presentó al Papa razones justificativas y le «aseguró» que los cruzados, pese a todo, proseguirían su marcha a «tierra santa». Inocencio III perdonó sus «pecados». Los delegados de los cruzados con el obispo Nivelon de Soisson al frente, probablemente desconocían el papel desempeñado por el propio pontífice romano en los acontecimientos de 1202, que de hecho había contribuido a la caída de Zadar.

Aunque consideró atenuante el que los que destruyeron Zadar no actuaban por voluntad propia, sino «obedeciendo a una necesidad», Inocencio III dispuso la excomunión eclesiástica de los venecianos:

resultaba un tanto incómodo no adoptar ninguna medida ante tan desagradable historia. Mas para evitar malentendidos, el Papa precisó que, aunque los venecianos quedaban excomulgados, los cruzados podían utilizar su flota y mantener con ellos relaciones amistosas. ¡En aras de unos «sublimes propósitos» hay que «soportar muchas cosas», escribía el Papá a los cruzados!

Muy pronto esos «sublimes propósitos» se revelaron con bastante nitidez. Poco después de la toma de Zadar, los caudillos visibles y ocultos de la cruzada hicieron los últimos ajustes al plan de invasión de Bizancio.

Marcha de los cruzados sobre Constantinopla. Caída de Bizancio

Destruído Zadar los cruzados invernarón en Dalmacia. A principios de 1203, a su campamento llegaron los embajadores de Felipe de Suabia, acompañados por los representantes del príncipe Alejo. Los embajadores tenían la misión de apoyar ante los caudillos cruzados la demanda del joven Alejo. Tanto el dux Dandolo, como los jefes de la expedición —y, por supuesto, Bonifacio—, apoyaron el proyecto del rey Felipe. Los caudillos cruzados accedieron a marchar contra Constantinopla para «restablecer la justicia», es decir, para sustituir en el trono de Constantinopla al usurpador Alejo III por sus «legítimos» parientes de la casa de los Angeles. El acuerdo fue ratificado en los correspondientes documentos con la firma de los jefes cruzados en febrero de 1203.

Por la ayuda que los cruzados prestasen a su padre y a él, el príncipe Alejo se comprometía a abonarle 200.000 marcos de plata. Bonifacio de Montferrato fue el primero en firmar el convenio sobre la campaña contra la capital bizantina. El generoso pago prometido a los cruzados por el heredero bizantino hizo partidarios del plan antibizantinista a los demás caudillos, tanto eclesiásticos como laicos. Indiferentes ante todo lo que no contribuyera a satisfacer su avidez, los caballeros siguieron a sus caudillos. Es significativo que en el tratado sobre la campaña contra la cristiana Constantinopla pusieron sus firmas los obispos de Trois, de Soisson, de Halberstadt y otros. No fue «el respeto a la ley» ni la compasión por el desdichado príncipe y su padre —como afirman hoy algunos historiadores de la cuarta cruzada— lo que movió a los cruzados a modificar su itinerario, sino el afán de lucro.

Bizancio hacía ya más de cien años que sentía los efectos de las cruzadas. Fue saqueado por los peregrinos de los tiempos de Godofredo de Bouillón, por los que iban a «tierra santa» al llamamiento de los abates y obispos católicos de 1147 y por los caballeros de Fede-

rico Barbarroja en 1189. Constantinopla más de una vez estuvo amenazada de conquista por los cruzados. Los conflictos con Bizancio durante las tres primeras cruzadas y las relaciones hostiles entre los países occidentales y Bizancio entre una cruzada y otra, debido al choque de intereses en el Mediterráneo, dieron origen a una opinión, generalizada en Europa, según la cual todos los fracasos de los ejércitos cruzados se debían a los pérfidos bizantinos. Estos supuestamente se aliaban a los «infieles» para tramar maquinaciones contra los cruzados y los Estados de los francos en Siria y Palestina. La Iglesia católica contribuyó no poco a fortalecer ese prejuicio que un autor contemporáneo denomina «desconfianza tradicional». Durante el siglo XII, la curia romana exacerbó la animadversión religiosa contra los «cismáticos» griegos para de este modo respaldar las pretensiones del papado sobre Bizancio. En las altas esferas católicas surgió una teoría según la cual era necesario combatir tanto a los herejes como a los «cismáticos». Inocencio III compartía totalmente este punto de vista. Según el cronista inglés Roger Wendawer, los cristianos que se negaban a acatar el poder de San Pedro y obstaculizaban la liberación de la «tierra santa» eran para el Papa «peores que los sarracenos»³⁴.

A principios del siglo XIII, la creciente expansión de los Estados occidentales en el Mediterráneo planteó con una agudez especial las relaciones entre Occidente y Bizancio, y cuando éste aparecía como uno de los objetivos a conquistar por los feudales de Occidente, esa propaganda eclesiástica católica dio sus frutos. Ella ofreció la justificación ideológica del ataque de los caballeros contra Constantinopla.

Es cierto que después de haber sido firmados en el campamento de Zadar los acuerdos sobre la campaña contra Constantinopla, no cesaron las advertencias de Inocencio III a los cruzados. El Papa remitía a los cruzados numerosos mensajes, les enviaba a sus nuncios, les amenazaba con el anatema si causaran daños al Imperio bizantino. Pero en todos sus mensajes, que tan «duramente» advertían contra la agresión a los países cristianos, el hipócrita Inocencio III, entre líneas, daba a entender a los jefes cruzados que tendrían el apoyo efectivo de la sede apostólica en caso de infracción de sus «severas» disposiciones.

La posición de Inocencio III es fácilmente explicable. El hijo de Isaac II el Angel, en el invierno de 1203 se había comprometido ante el caudillo de la cruzada a tomar medidas que respondían totalmente a los intereses del papado. En caso de reencontronizarse él en Constantinopla, armaría un ejército de 10.000 hombres para reconquistar

³⁴ P. Troop: «Criticism of the crusade» (A study of public opinion and crusade propaganda). Amsterdam, 1940, pág. 48.

la «tierra santa» en poder de los herederos de Saladino y, más importante aún, subordinar la Iglesia ortodoxa griega a la romana. ¡Era lo que los Papas hacia tiempo ansiaban lograr de Bizancio! Todas las hipócritas prohibiciones de Inocencio III en el sentido de que no se causaran ofensas a los griegos no valían un bledo. Los acontecimientos posteriores lo confirmaron plenamente.

En tales circunstancias, los cruzados, en abril de 1203, se dirigieron a la isla de Cofú, adonde al poco tiempo acudió el príncipe bizantino. Este fue presentado a los jefes cruzados y firmó personalmente el tratado que en su nombre habían concertado los embajadores alemanes. A continuación, Alejo se dedicó de lleno a... sobornar. El príncipe fugitivo no disponía de dinero en efectivo, por lo que procuraba atraerse (con bastante éxito) a los jefes del «ejército de Cristo» y a los caballeros de fila con prebendas... a crédito. La generosidad del príncipe tuvo que conmover a los barones: según el cronista Hernoul, prometió 900 marcos al conde de Flandes, 600 al conde de Saint Paul, etc. Alejo contrajo este tipo de «compromisos» por una suma muy considerable.

A fines de mayo de 1203, los cruzados doblaron el Peloponeso y de la isla de Andros pusieron proa a Constantinopla.

Les esperaba un adversario relativamente débil. La población trabajadora de Bizancio estaba arruinada por los crecientes impuestos, por la concusión de los recaudadores y por las guerras interminables. Los ingresos estatales eran cada vez menores. La prepotencia de los colonos italianos, con sus privilegios, arruinaban el comercio propiamente griego (lo cual, sobre todo, se acusaba en Constantinopla), del que dependían las arcas del Estado. Los altos funcionarios robaban a manos llenas al Estado. Todo ello minaba el poderío militar de Bizancio. Los bizantinos estaban acostumbrados a valerse de los servicios de la flota veneciana, y a comienzos del siglo XIII casi carecían de la propia. Nicetas Coniatos cuenta que Miguel Strifna, jefe de la armada y pariente de Alejo III, «tenía por costumbre convertir en oro no sólo los timones y las anclas, sino hasta las velas y los remos, y privó a la flota griega de grandes naves». Las fuerzas terrestres bizantinas también eran poco numerosas. Cuando llegó hasta el indolente Alejo III la noticia de que los latinos habían tomado Zadar, se limitó a ordenar la «reparación de veinte naves podridas y carcomidas».

Desde fines del siglo XII, el sistema estatal del Imperio se hallaba en completo desorden; mientras no cesaba la lucha social en el país, tanto en su centro como en la periferia. Mientras la pugna entre las distintas agrupaciones de la nobleza terrateniente y administrativa proseguía, se sucedían las pérdidas territoriales del Imperio en Europa y en Oriente. El Imperio de hecho se desintegraba en feudos semi-independientes.

La conquista de estos vestigios del que fuera un Estado poderoso

no ofrecía grandes dificultades a los cruzados. Es cierto, los cruzados eran tan sólo 30.000, pero en cambio Constantinopla sólo podía confiar en sus maltrechas fortificaciones.

A fines de junio de 1203, frente a Constantinopla apareció la flota veneciana, pertrechada de mecanismos para lanzar piedras y saetas y de otras máquinas de sitio. Las naves de los cruzados rompieron la cadena de hierro, colocada por disposición de Alejo III para interceptar la entrada a la bahía del Cuerno de Oro³⁵; destruyeron las naves bizantinas, y, a comienzos de julio, entraron en la bahía, el centro estratégico de defensa de la ciudad. Los destacamentos terrestres de los cruzados desembarcaron en Galata y atacaron las fortificaciones de la capital bizantina, defendidas por un ejército de ocasión. El sitio duró dos semanas. Junto con las tropas griegas y los mercenarios ingleses, daneses y otros, en la defensa de Constantinopla participaron activamente los colonos pisanos, rivales de los venecianos. El ataque de los cruzados fue arrollador; Alejo III desapareció de la capital con el tesoro de la corona. Al día siguiente, el 18 de julio de 1203, el ciego Isaac II el Angel fue liberado de la prisión y proclamado nuevamente emperador. En Constantinopla calculaban que con esas medidas lograrían evitar la invasión de los bárbaros-francos. Efectivamente, los cruzados ya no tenían motivos para continuar el sitio: ¿acaso no era su objetivo restablecer en el trono al «legítimo» gobernante? Más las cosas se complicaron: al «legítimo» gobernante tenía que abonar a los caballeros los servicios prestados, pero como las arcas de Isaac II habían quedado vacías, el nuevo emperador no podía satisfacer de inmediato las exigencias crematísticas de sus «valedores».

Días después de la proclamación de Isaac II entró en la ciudad el príncipe Alejo, acompañado de los príncipes cruzados. El 1 de agosto fue designado cogobernante junto con su padre, con el nombre de Alejo IV; sólo entonces Isaac accedió a ratificar las obligaciones contraídas por Alejo en Zadar en febrero de 1203. Después de esto, los cruzados suspendieron sus acciones bélicas.

Pero... los Angeles no tenían con qué pagar a sus benefactores. Solamente lograron reunir cien mil marcos, la mitad de la recompensa prometida, mediante confiscaciones, extorsiones, nuevos impuestos, gravámenes y otras medidas extraordinarias. Todas esas disposiciones provocaban en la capital una creciente indignación, avivada por el clero ortodoxo. Por otra parte los caballeros y los venecianos estaban impacientes por recibir el resto del pago. Los latinos, viendo que no obtendrían de los dos Angeles gran cosa y contando con la tácita conformidad de los impotentes emperadores bizantinos, comenzaron a

³⁵ El Cuerno de Oro es una profunda bahía que se adentra en tierra firme, separando casi en dos a Constantinopla.

saquear las iglesias más ricas de Constantinopla. En los últimos días de agosto, una banda de cruzados dio fuego a una mezquita musulmana; el fuego se propagó y destruyó casi la mitad de la ciudad. La población, que ya estaba indignada con la política de los Angeles, padre e hijo, «vendidos» a los latinos, comenzó a agitarse, según la expresión de Nicetas Coniatis, «como el mar infinito y libre bajo el viento fuerte, amenazando con amotinarse». Menudearon los choques entre la población local y los extranjeros-latinos. El trono de los autócratas aupados por los caballeros se tambaleó. Alejo IV manifestó a los jefes de la cruzada que él renunciaba a cumplir las condiciones de tratado de Zadar. Más aún, el avituallamiento de los cruzados quedó suspendido. Según Roberto de Clari, el dux Dandolo manifestó indignado a Alejo IV que los cruzados «le habían sacado del barro» y que volverían a «meterle de nuevo». Los cruzados, de hecho, declararon la guerra a sus recientes «aliados» imperiales, que no habían justificado las esperanzas puestas en ellos. Alguien manifestó que a los «guerreros de Cristo» no les quedaba más remedio que hacer valer sus «derechos».

Los jefes de la cruzada tenían prisa por acabar. Por su parte, los artesanos y los pobres de la capital no eran testigos indiferentes de los acontecimientos. En los últimos días de enero de 1204 estalló en Constantinopla una gran sublevación popular contra Alejo IV —«motivada por el incendio de la ciudad y el saqueo de los conventos», dice acerca de los motivos de la sublevación un ruso, testigo de los acontecimientos, en su relato «Sobre la toma de Zargrado por los friagos»³⁶—. El «populacho» designó su propio candidato al trono, a un simple guerrero llamado Nikola Kanava, que por voluntad del pueblo y en ausencia del patriarca fue coronado en la catedral de Santa Sofía. Los emperadores, refugiados tras los muros del palacio de Vlajernos, en el último momento intentaron salvar su trono recurriendo a la ayuda de sus probados «amigos», los cruzados, pidiéndoles que introdujesen sus tropas en la capital para restablecer el orden. Al conocer los griegos la noticia, su protesta adquirió mayor fuerza. La nobleza bizantina, que hasta entonces apoyaba a los Angeles, «temió la entrada de los friagos»; Isaac y Alejo IV fueron destronados (el primero falleció al poco tiempo). Tomó las riendas del poder el ambicioso dignatario Alejo Duca, apodado Mursufle («el Ceñudo», porque siempre tenía el ceño fruncido, según explica Nicetas Coniatis). La aristocracia lo elevó al trono con la esperanza de que el enérgico palaciego lograra organizar la resistencia armada a los latinos.

³⁶ Friagos es el nombre que en aquella época daban en Rusia a los venecianos.

Al comienzo, Mursufle procuró ganarse la confianza del pueblo bajo de Constantinopla, manifestando que era su partidario, y ofreció a Nikola Kanava compartir el poder. El pueblo no se dejó engañar por la demagogia de Mursufle. En estas circunstancias, los ciudadanos pudientes que dirigían la sublevación de Constantinopla traicionaron al «populacho». Aprovechando la confusión entre el «populacho» sublevado, Mursufle detuvo a Nikola Kanava. Antes había sido detenido Alejo IV. Ambos fueron asesinados a garrote vil en la cárcel por orden del flamante emperador Alejo V (así se hizo llamar Mursufle). Este mandó reconstruir las fortificaciones de Constantinopla y ordenó a los latinos abandonar la tierra griega en el término de una semana.

La ostentativa energía de Mursufle no podía ocultar la impotencia del poderío estatal. En la alta sociedad no cesaban las divergencias. No había dinero. Los mercenarios hacía tiempo que no cobraban su soldada y se mostraban poco dispuestos a combatir. Los cruzados, que ya en 1203 habían comprobado la poca combatividad de la guarnición de Constantinopla, iniciaron los preparativos para un nuevo sitio de la capital griega. Tenían prisa por «llevarse lo suyo».

El aspecto de la grande y opulenta ciudad que se extendía ante ellos despertaba con nueva fuerza la codicia de los cruzados. «Ellos —escribe Villehardouin— jamás podían imaginarse la existencia en el mundo de una ciudad como aquélla.» Unas semanas antes de iniciar el último asalto a Constantinopla, en marzo de 1204, Enrique Dandolo, Bonifacio de Montferrato y otros caudillos de la cruzada suscribieron un acuerdo para repartirse la «herencia» bizantina, que ya veían en sus manos. El documento establecía minuciosamente las condiciones del reparto del futuro botín: de los bienes muebles e inmuebles y del poder en el nuevo Estado que los señores occidentales habían decidido fundar en lugar de Bizancio. Los venecianos se preocuparon antes que nada de ampliar sus viejos privilegios comerciales y de asegurarse la parte del león, consistente en los tres cuartos del botín; los demás cruzados, según el acuerdo, obtendrían sólo la cuarta parte restante. El acuerdo de marzo de 1204 también establecía quiénes y cómo participarían en la futura administración, quiénes recibirían el poder y cómo quedaría repartido el territorio de Bizancio. Fue acordado que tras la conquista de Constantinopla el nuevo Estado recibiría a un emperador elegido por una comisión de doce miembros: venecianos y cruzados a partes iguales. Los venecianos no querían asumir el oneroso honor de ocupar el trono imperial. Les bastaba la administración eclesiástica, que prometía buenos ingresos. Por eso, a propuesta de Dandolo, se hizo constar en el acuerdo que la parte que no saliera favorecida de la elección del emperador obtendría el patriarcado católico romano. Todos los señores debían prestar juramento al nuevo emperador, a excepción del... dux de Venecia. Según el acuerdo, el emperador recibiría un cuarto del territorio bizantino: las

otras tres cuartas parte se repartirían por igual entre los venecianos y los cruzados (seis octavos a uno y a dos)³⁷. De tal modo, según Marx, los venecianos cedieron a los imbéciles cruzados un título imperial vacío y un poder imposible de aprovechar y se quedaron con los «beneficios reales de la empresa»³⁸.

El acuerdo de marzo reflejó de forma inequívoca los planes de conquista de los agresores feudales de Occidente: esos planes se fueron concretando a medida que se desarrollaban los acontecimientos. Con la firma del acuerdo, los jefes de la cruzada demostraron su desprecio por el programa oficial de la cruzada. Ya no ocultaban más sus intenciones de tomar Constantinopla por la fuerza.

Poco después de que finalizaran los «preparativos diplomáticos» para crear un nuevo Estado de los cruzados, terminaron los preparativos militares para dar la batalla decisiva a los griegos: fueron puestas a punto las máquinas para el sitio, las escaleras de asalto y otros ingenios bélicos.

El primer intento de tomar Constantinopla, el 9 de abril de 1204, fue rechazado por los bizantinos. Una lluvia de flechas y de piedras cayó sobre los cruzados desde las murallas de la ciudad. Villehardouin, en su obra «La conquista de Constantinopla», se jacta de que los cruzados perdieron durante el sitio a un solo guerrero. En realidad, las bajas fueron importantes. Solamente el 9 de abril, en el asalto a una de las muchas torres, murieron, según un testigo ruso, «unos cien hombres». El segundo asalto, tres días después, dio el triunfo a los cruzados. El 12 de abril, un destacamento provisto de una pasarela superó las fortificaciones; otros guerreros abatieron las puertas de la ciudad; los asaltantes irrumpieron y obligaron a retroceder a las tropas de Mursufle (que había huido). Los cruzados volvieron a incendiar la capital. Al día siguiente, el 13 de abril de 1204, Constantinopla quedó totalmente ocupada por los cruzados.

La invasión obtuvo la aprobación de la Iglesia católica. En vísperas del asalto final, los obispos y demás representantes del clero católico absolvían los «pecados» de los que se disponían a entrar en combate, fortaleciendo su fe en que la toma de la capital cristiano-ortodoxa era una obra «grata a Dios». Así lo atestiguan Roberto de Clari y Villehardouin. El mariscal de Champaña transcribe con detalle los discursos de los representantes de la Iglesia en el último consejo de los jefes, poco antes del asalto final. Este historiador francés, habitualmente muy reservado en todo lo referente a la posición de la curia romana, escribe: «Los obispos y todo el clero, todos los que

³⁷ N. P. Sokolov: «La parte veneciana en la "herencia" bizantina», págs. 162 y siguientes.

³⁸ C. Marx: «Notas cronológicas». «Arjiv Marksa y Engelsa», t. V, pág. 199.

acataban las órdenes del Papa, estaban de acuerdo, y así lo manifestaron a los barones y a los peregrinos que quieren habían cometido semejante asesinato (el de Alejo IV) no tenían derecho a poseer tierras.» «Por eso os decimos —manifestaron, según Villehardouin, los sacerdotes— que la batalla es justa y está justificada. Y si tenéis la buena intención de conquistar tierras y someterlas a Roma, recibiréis el perdón prometido por el Papa.» El historiador, dirigiéndose a los lectores, agrega: «Sabed que tales exhortaciones fueron un gran apoyo tanto para los barones como para los caballeros.»

Después de tan larga espera del botín, los caballeros al entrar en Constantinopla irrumpían en los palacios, en las iglesias, en los almacenes, saqueaban las casas, destruían los inapreciables monumentos del arte, quemaban todo lo que encontraban en su camino. Las orgías de los vencedores, los saqueos, los asesinatos, las violaciones de mujeres, los incendios, duraron tres días. «No sé cómo empezar ni cómo concluir la descripción de todo lo que hicieron esas gentes impías», escribía más tarde el senador bizantino Nicetas Coniatus, al iniciar su relato con las «tropelías» de los caballeros de la cruz. Su codicia no tenía límites. Ilustres barones y mercaderes venecianos, caballeros y escuderos competían en la destrucción de la capital bizantina y en el robo de sus riquezas. «No concedían cuartel a nadie —escribe Nicetas Coniatus— y no dejaban nada a los que algo poseían.» Hasta los sarracenos fueron más misericordiosos. «Y es verdad», confirma el historiador inglés St. Ruciman³⁹. No escaparon a las ávidas manos de los libertadores del «santo sepulcro» ni las iglesias, ni los objetos de culto. En particular fue saqueada por completo la catedral principal, Santa Sofía, de donde, según Nicetas Coniatus, se llevaron «los vasos sagrados, obras de arte extraordinarias y sumamente raras, plata y oro». Los «defensores de la fe» introducían en las iglesias las acémilas para acarrear con más comodidad los bienes robados.

A los bandidos con armadura no les iban a la zaga los saqueadores de sotana, que recorrían toda la ciudad buscando las reliquias «sagradas» de Constantinopla. Entre los sacerdotes que se distinguieron en los actos de pillaje estaba el abad Martín de Lintz, que con una banda de caballeros saqueó el célebre convento Pantocrator de Constantinopla⁴⁰. Según Günter de Peris, cronista de Alsacia, que describe con detalle esas andanzas en su «Historia de Constantinopla», ese abad robaba «a dos manos». Martín de Lintz no fue el único. Cuentan los cronistas que en 1205, en su retorno a Turingia, el obispo Conrado de Halberstadt marchaba precedido por un carro

³⁹ St. Ruciman: Ob. cit., t. III, pág. 123.

⁴⁰ A. Frolow: Ob. cit. «Revue de l'histoire des religions», t. CXLVLI, n.º 2, 1954, págs. 202-203.

abarrotado de reliquias de Constantinopla⁴¹. Posteriormente, los propios prelados católicos enumeraron en forma detallada las reliquias sagradas que habían tomado⁴². Esas descripciones fueron reunidas a fines del siglo pasado por el historiador francés P. Riant, en un volumen titulado «El botín sagrado de Constantinopla»⁴³.

Los terribles saqueos cometidos en la Constantinopla envuelta en llamas fueron descritos no sólo por el griego Nicetas Coniatos, víctima del pillaje de los latinos. Además de este escritor bizantino, a quien alguien le acusa de haber cargado excesivamente las tintas al describir la violencia, el latrocinio y los desmanes de los caballeros occidentales, un gran número de autores no griegos describieron los actos reprobables cometidos en la capital oriental por los «guerreros de Cristo».

También el francés Villaherdouin hace una descripción viva de los saqueos. A diferencia de Nicetas Coniatos, con su versión amarga e indignada, el mariscal de Champaña procura silenciar o atenuar los excesos de sus compañeros de armas, pero no puede contener su admiración ante el botín logrado en Constantinopla, tan grande que «no puede ser contado». Componían el botín «oro y plata, piedras preciosas, obras de oro y plata, vestidos de seda, pieles y todo lo más hermoso de este mundo». También Roberto de Clari escribe alborozado que allí estaban reunidas «las dos terceras partes de las riquezas del mundo». Finalmente se conserva un testimonio inapreciable sobre el pillaje de los cruzados: la carta del Papa. Inocencio III temía, y no sin motivos, que los abusos de su ejército en Constantinopla pudieran obstaculizar la «unión», que los griegos «tendrían razones para tratarlos con asco y repugnancia, como a perros sarnosos». Por eso expresó su indignación ante el bandolerismo de los cruzados, que «prefirieron los bienes terrenales a los celestiales», y por ello no se lanzaron a «conquistar Jerusalén, sino a conquistar Constantinopla», donde robaron «a pequeños y a grandes».

De todas las descripciones conocidas sobre el saqueo de Constantinopla por los cruzados, la más imparcial aparece en la crónica rusa «Sobre la toma de Zargrad por los friagos». Su autor, que vivía entonces en Constantinopla, refiere lo visto y oído por testigos y protagonistas de los acontecimientos, aunque se concentra excesivamente

⁴¹ K. Burdach: «Walter von der Vogelweide und der vierte Kreuzzug». «Hist. Zeitschr», Bd. 145, München-Berlín, 1931, S. 40.

⁴² Entre los documentos que describen el saqueo de Constantinopla destaca por su relativa ecuanimidad la «Historia de la toma de Zargrad por los venecianos», incluida en una crónica rusa. El autor, que entonces vivía en Constantinopla, da testimonio de lo visto y oído; su relato se centra en la descripción de los abusos cometidos por los cruzados con la reliquias religiosas, lo cual lamenta como hombre religioso y como amante de los grandes monumentos arquitectónicos de la capital bizantina.

⁴³ P. Riant: «Exuviae sacrae Constantinopolitanae». Genevae, 1877.

en la descripción de los «sacrilegios» cometidos por los cruzados en los santuarios religiosos. De cualquier modo, hay que destacar la amplia visión de este escritor, afligido por los «sacrilegios» de los caballeros como auténtico cristiano y como hombre dolido profundamente por la pérdida de los extraordinarios monumentos arquitectónicos de la capital bizantina: «saquearon todas las iglesias de la ciudad y de las afueras —relata la crónica—, sin que podamos hablar de su número ni de su extraordinaria belleza».

El botín de los caballeros, depositado por orden de sus caudillos en un lugar especial, fue verdaderamente enorme. Villehardouin dice que los venecianos, dueños de la «talega», ofrecieron pagar a los cruzados por la parte de su botín 400.000 marcos; los cruzados rechazaron la oferta como poco ventajosa.

Es fácil calcular el enorme daño material, aparte de otros más, causado a Constantinopla por los bandidos cruzados. Hay que tener en cuenta, además, que en el fuego y en las orgías destructoras se perdieron valiosísimas obras de pintores y escultores antiguos, conservadas durante muchos siglos en Constantinopla. Los cruzados no entendían de arte. Sólo sabían «valorar» los metales. El mármol, la madera y el hueso transformados en monumentos escultóricos y arquitectónicos, fueron condenados a la destrucción total. Pero también calificaban los metales de una forma muy original. Para repartir con mayor comodidad los objetos de metal, convertían las obras de arte en chatarra. Lo poco que se conservó fue llevado (principalmente por los venecianos) a Europa para adorno de los palacios, templos, etc. Dandolo ordenó conservar y enviar a Venecia la célebre cuadriga de bronce dorado del escultor griego Lísipo (de la época de Alejandro el Magno), instalada en el hipódromo de Constantinopla. Esta cuadriga figura hoy en la basílica veneciana de San Marcos. Los caballeros latinos no sólo destruían los monumentos de arte: también redujeron a cenizas las riquísimas bibliotecas de Constantinopla. Los contemporáneos más cultos de Occidente calificaron la destrucción, amparada con el signo de la cruz, como un verdadero sacrilegio. Así califica los acontecimientos de 1204 el cronista genovés Ogerio Pane en sus «Anales».

La destrucción masiva de tesoros culturales acumulados durante siglos, cometida por eclesiásticos y caballeros cruzados, causó un enorme perjuicio a la civilización europea⁴⁴. Así lo reconocen los historiadores de distintas épocas e ideologías. El conocido bizantinista inglés St. Runciman afirma rotundamente que «nunca hasta entonces se había cometido un crimen de lesa humanidad como el de la cuarta cruzada»⁴⁵. La opinión encierra sin duda una gran verdad⁴⁶.

⁴⁵ St. Runciman: Ob. cit., t. III, pág. 130.

⁴⁶ Para St. Runciman la cuarta cruzada también fue «una gigantesca estupidez

Merece particular atención la conducta del Papa Inocencio III, quien, después de una regañina formal a los agresores por «desviarse del camino», muy pronto cesó sus protestas por los crímenes de los cruzados, para declarar que la caída de Constantinopla era un «milagro de Dios» que le había conmovido el hecho de «pasar el Imperio griego a los latinos por un justo fallo divino». El Papa justificó a los caballeros afirmando que el saqueo y la ruina de Constantinopla eran ¡el castigo celestial a los bizantinos por haberse apartado de la religión católica! Ese juicio sobre la conquista de Constantinopla fue compartido por la inmensa mayoría de los eclesiásticos católicos. El cronista Otto de Saint Blasien escribía que Dios, después de haberse vengado justamente de los bizantinos, ¡también fue misericordioso con ellos, entregando Constantinopla a cristianos auténticos y no a los «infieles»!

El Papa exigió su parte en la distribución del Imperio: «Deseamos que la iglesia de Constantinopla, gracias a vuestro esfuerzo, retorne a la devota adoración de la sede apostólica, escribía Inocencio III a los jefes de la cruzada, y les urgía la formalización de la sumisión de la Iglesia griega a Roma. El Papa exigía «una justa recompensa», pues él había sido uno de los artífices iniciales de la cuarta cruzada. Por eso, señala con acierto Marx, «después de expresar por decoro su indignación, el Papa otorga la absolución por todos esos actos de bestialidad y de infamia, cometidos por los “peregrinos”»⁴⁷.

Tales fueron los acontecimientos principales de la cuarta cruzada. Evidentemente, la conquista de Constantinopla en 1204 y el saqueo a que fue sometida la ciudad desacreditan por completo las cruzadas como empresas supuestamente religiosas. Toda la historia de la cuarta cruzada es la negación por parte de sus inspiradores, sus jefes y sus participantes, de los propósitos religiosos que ellos mismos habían proclamado. Esta expedición cruzada de los feudales occidentales tenía por único estímulo la conquista de tierras y de riquezas. Así, pues, los acontecimientos de 1202-1204 disipan la aureola de santidad con la que la Iglesia católica envuelve aún hoy las cruzadas.

Creación del Imperio latino

La cuarta cruzada tuvo como consecuencia inmediata la creación de un nuevo Estado de los francos, el Imperio latino. En base al con-

política», ya que la destrucción de Bizancio fue fatal para la suerte de los Estados cruzados de Siria y Palestina, que perdieron la ayuda que les prestaba Bizancio en la lucha contra los musulmanes. Hemos visto que a los caudillos de la cruzada les tenía sin cuidado la suerte de la «tierra santa».

⁴⁷ C. Marx: «Notas cronológicas». «Arjiv Marksa i Engelsa», t. V, pág. 198.

venio mutuó, anterior a la toma de Constantinopla, los cruzados y los venecianos comenzaron a actuar. En primer lugar, eligieron al emperador de la «Romania» (como los cruzados denominaron al antiguo Bizancio), recayendo la designación en el conde Balduino IX de Flandes, con ciertas complicaciones, ya que el jefe principal de los feudales, Bonifacio de Montferrato, pretendía el trono. Los venecianos, a los que no agradaba la presencia al frente del nuevo Imperio del ambicioso príncipe de Italia del Norte, torpedearon su candidatura. Balduino de Flandes, señor de las tierras europeas más distantes de Venecia, era menos peligroso para esta república. La elección tuvo lugar el 9 de mayo de 1204, fecha con que inicia su existencia oficial el Imperio latino.

Luego, de acuerdo al convenio de marzo de 1204, los venecianos designaron primer patriarca católico de Constantinopla a su compatriota el hipodíacomo Tommaso Morosini, electo en ausencia por hallarse aún en Venecia. El papado veía próxima la realización de sus esperanzas y la subordinación de la Iglesia griega a la romana parecía sólo cuestión de tiempo.

«El nuevo Constantino», como se hizo llamar Balduino de Flandes, se apresuró a informar al Papa de las heroicas proezas de los cruzados en honor de la Iglesia romana y de la liberación de la «tierra santa» y le invitó a visitar la «Nueva Roma», con vistas a que el Papa convocara allí un concilio ecuménico, tomara a la Iglesia oriental bajo su alta protección y bendijera personalmente al «ejército de Cristo».

Inocencio III levantó la excomunión a los venecianos, tomó bajo su alta protección al nuevo Imperio y ordenó a todos los cristianos defenderlo y prestar a Balduino toda clase de apoyo. Pero no viajó a Constantinopla. El Papa sabía perfectamente que la conquista de Constantinopla, llave del Oriente bizantino, no significaba aún el dominio de todo el Oriente. En realidad, el Imperio latino se reducía únicamente a la capital. El triunfo sobre los griegos en Constantinopla era tan sólo el inicio de una larga y penosa guerra por la conquista de las tierras bizantinas. Precisamente por ese motivo el «nuevo Constantino» recababa la bendición del pontífice romano: para las ulteriores conquistas en Bizancio necesitaba más fuerzas, que no podría conseguir sin el apoyo de la sede apostólica.

Ya los primeros pasos de los invasores para conquistar el territorio bizantino provocaron choques abiertos entre los cruzados. Se repetía una vieja y sabida historia: mientras abrigaban planes comunes de conquista, los cruzados se sentían unidos y las cosas seguían un curso más o menos normal, pero a la hora de repartirse el botín, esa unidad se resquebrajaba. En el verano de 1204 Balduino inició una campaña en Macedonia y se apoderó de Tesalónica, a la que aspiraba el marqués Bonifacio de Montferrato, que no había renunciado a sus deseos

de convertirse en señor de Constantinopla. Después de la instalación de Balduino en el trono imperial Bonifacio casó con Margarita de Hungría, viuda del emperador Isaac el Angel. Este enlace tenía, por fuerza, que poner en guardia al emperador latino: ¡no se excluía la posibilidad de que algún día Constantinopla fuera víctima del doble ataque de Bonifacio y de los húngaros!

En respuesta a la toma de Tesalónica por Balduino, Bonifacio se dirigió contra Adrianópolis, en cuyas cercanías acampaban los destacamentos del emperador. Ambos caudillos y sus caballeros (los de Bonifacio eran principalmente lombardos y alemanes, y los de Balduino, franceses y flamencos) estaban dispuestos a iniciar la lucha entre sí. Con gran dificultad Dandolo, Villehardouin y Luis de Blois lograron impedir la confrontación. En agosto de 1204 Bonifacio y Dandolo llegaron a un acuerdo, por el cual, en particular el dux, accedía a la entrega de Tesalónica al marqués.

Para evitar nuevos conflictos, los caudillos de la cruzada decidieron hacer lo que no habían concluido en marzo de 1204: establecer concretamente qué tierras corresponderían a cada uno cuando fueran conquistadas. Esa partición de la piel del oso que estaba aún por cazar se realizó a fines de septiembre de 1204. Los venecianos engañaron descaradamente a los cruzados que, según Marx, «junto con sus rudos príncipes fueron meros instrumentos en manos de esos mercaderes»⁴⁸.

Hecho esto los feudales cruzados y los venecianos comenzaron sus anexiones territoriales en la península balcánica, en la Grecia insular y en las provincias del Asia Menor. Ya nadie pensaba en «cruzadas». Los señores y caballeros se habían cansado de ostentar los pomposos títulos de condes y duques de Atenas, Adrianópolis, Nicea, Filipópolis, etcétera, que concedía generosamente el emperador Balduino, y que sólo eran una lejana promesa de que sus poseedores obtendrían feudos y ciudades correspondientes a esos nuevos títulos. Mientras comenzaba la conquista sobre el terreno, los caballeros, que consideraban asegurados los nuevos feudos, se jugaban a los dados sus futuros bienes y sus futuros siervos.

Las acciones militares se iniciaron en el otoño de 1204 en Grecia, y se extendieron después al Asia Menor. Balduino, el «nuevo Constantino», tomó la mayor parte de Tracia. Bonifacio se adueñó de Tesalia, en Grecia del Norte, de Atica y Beocia, en la central, y del sur del Peloponeso. A Bonifacio también le tocó la rica e importante ciudad macedonia de Tesalónica y su región circundante, hacía tiempo ansiada por los marqueses de Montferrato. Así se formó el reino bastante extenso de Tesalónica, donde comenzaron a mangonear los feudales lombardos con Bonifacio al frente.

⁴⁸ C. Marx: «Notas cronológicas». «Arjiv Marksa i Engelsa», t. V., pág. 197.

Los demás señores, pequeños y grandes, también se llevaron su «parte» de las tierras griegas conquistadas. En el Peloponeso fue creado el principado de Acaya, sometido en vasallaje a Bonifacio; aquí se estableció la familia de Villehardouin; los príncipes de Acaya se convirtieron en los más importantes feudales del Imperio latino. Otro vasallo de Bonifacio, Jacques d'Aven, se apoderó de la isla de Eubea (la isla pasó poco después a poder de los venecianos). No todos los que ostentaban los flamantes y rimbombantes títulos lograron tomar posesión de los dominios asignados: muchos se quedaron únicamente con el título, porque las tierras a las que tenían «derecho» nunca fueron conquistadas (tal fue el caso de la mayor parte de las posesiones en el Asia Menor y en las islas del Egeo).

Los emprendedores venecianos fueron los más favorecidos de las conquistas y operaciones⁴⁹. Los representantes de Venecia, aprovechándose de la ignorancia de los cruzados en geografía, ya en el momento de elaborar el «proyecto» de partición de los dominios bizantinos en el otoño de 1204, se aseguraron las mayores ventajas para la república de San Marcos. ¡Los venecianos conocían muy bien el valor de las tierras, de las ciudades y de los puertos de Bizancio! Ciertamente, los venecianos tampoco lograron hacerse con todo lo que pretendían, pero los territorios y los derechos logrados por ellos no tenían igual. En Constantinopla, por ejemplo, pasaron a su disposición los principales muelles a orillas del Bósforo y del Cuerno de Oro. En Tracia se adueñaron de la ciudad de Adrianópolis. En la costa del mar de Mármara (Propóntida) pasó a sus manos un gran número de poblaciones marítimas (Rodosto, Heraclea, Galípoli, etc.), que les garantizaba el dominio total de la Propóntida y el control de la entrada al mar Negro. Venecia también extendió sus tentáculos al Peloponeso, donde se apropió de Corona y de Modona, ciudades portuarias del Sudoeste, en las que construyeron dos potentes fortalezas marítimas que el senado de la república llamó «ojos principales de la comuna veneciana», porque desde allí controlaban el comercio marítimo del Oriente y del Occidente (que se concentraba principalmente en esta parte del Mediterráneo), para regularlo de acuerdo a los intereses de Venecia. Los nobles y los comerciantes venecianos se apoderaron de numerosas islas del mar Egeo (Andros, Lemnos, Naxos, Paros, Cos y otras). Sobre todo fue importante la adquisición de Creta, que Venecia compró a Bonifacio de Montferrato por mil marcos de plata en agosto de 1204. Creta era célebre por su fertilidad, por la comodidad de sus puertos y principalmente, porque desde allí era muy fácil controlar la ruta marítima del Occidente a Siria, Palestina, Egipto y Constantino-

⁴⁹ Para más detalles véase: N. P. Sokolov: «La parte veneciana de la "herencia" bizantina».

pla. Cierta, los venecianos tuvieron que luchar por el dominio de Creta con sus rivales comerciales, los genoveses. Además de esos territorios y puertos Venecia obtuvo el derecho (del cual se valió generosamente) a instalar sus factorías en todas las ciudades del Imperio latino. Algunos historiadores consideran que el Imperio se convirtió en una «colonia» veneciana; otros afirman que, a consecuencia de la cuarta cruzada, se formaron dos Imperios: el latino y el veneciano. Los dux venecianos, empezando por Enrique Dandolo, se adjudicaron el título de «dominador del cuarto y del medio cuarto del Imperio bizantino», aunque el título no se correspondía con las verdaderas dimensiones de las posesiones venecianas.

¿Qué consecuencias políticas tuvieron para el papado todas esas adquisiciones de los señores y comerciantes latinos? Logró la curia romana ejercer su dominio sobre la Iglesia cristiana del Oriente? Inocencio III hacía como que nada le preocupaba tanto como la suerte de Jerusalén e insistía ante los caudillos cruzados que su principal objetivo fue y seguía siendo la salvación del «santo sepulcro» y que la cruzada debía proseguir para rescatarlo de manos de los «infieles». En realidad, la sede apostólica no tenía otro propósito que someter la Iglesia del Oriente a los pontífices romanos. Al Papa, la continuación de la cruzada le preocupaba tan poco como a los caballeros participantes en la misma. En Occidente comprendían perfectamente el verdadero objetivo de la sede apostólica; algunos reprocharon a Inocencio III su «enfriamiento» hacia la empresa de liberar la «tierra santa». El Papa, viendo que sus verdaderos propósitos ya no eran un secreto para sus contemporáneos, escribía a fines de 1210: «No cesan de murmurar que fue idea de la sede apostólica que los ejércitos latinos se desviarán para conquistar Constantinopla.» Sabemos que así fue. También sabemos que desde mediados de 1204 el principal objetivo de Inocencio III fue propagar el dominio de la Iglesia católica romana en los antiguos territorios bizantinos, que ahora componían el Imperio latino.

El Papa confirmó a Tommaso Morosini como patriarca de Constantinopla, pero era difícil contar con él para convertir a los griegos al catolicismo; este sacerdote veneciano aceptó el cargo de patriarca latino no para servir a los intereses de Roma, sino a los de su república: los venecianos confiaban en él para poner en práctica sus propios planes políticos.

Por eso Inocencio III mandó en 1205 al Imperio latino a su legado, el cardenal Benedicto, con la misión de persuadir a los griegos de la superioridad de la Iglesia católica. En Grecia, Benedicto puso manos a la obra con energía: organizó numerosos debates religiosos con el clero griego. Los debates tenían un carácter abstracto y teológico, no obstante, reunían numeroso público. Generalmente, en esas discusiones con el legado papal, triunfaban los clérigos griegos. En parte,

se debía a que el clero griego era más culto; el arzobispo de Atenas, Miguel Coniatos, por ejemplo, hermano del célebre historiador Nice-tas, conocía la literatura eclesiástica y religiosa más a fondo que el prelado católico romano y sus ayudantes; por tanto, los eclesiásticos griegos podían aportar razones más convincentes sobre los temas a debate. Pero las «victorias» de los sacerdotes ortodoxos se debían, más que a la contundencia de sus argumentos, a que contaban con las simpatías de los oyentes griegos, que asistían a las disputas; las discusiones puramente teológicas adquirían rabiosa actualidad. Los grie-gos, desde abril de 1204, habían conocido en la práctica las «ven-tajas» del catolicismo, cuyos representantes fueron autores de la ruina de las ciudades (entre ellas Atenas, que sufrió un saqueo tan cruel como Constantinopla) y de los pueblos y de los abusos contra la po-blación local. Todo eso era para los griegos más elocuente que todas las disertaciones escolásticas del legado Benedicto. La misión del nun-cio papal fracasó. Sólo en algunos lugares los prelados católicos logra-ron la conversión a los ritos religiosos latinos, pero eso sólo cuando la prédica sacerdotal era respaldada con la espada de los caballeros latinos; de esta forma, la sumisión de la Iglesia ortodoxa y la «con-versión» de los griegos no eran tanto fruto de la propaganda como de la fuerza. A esas medidas, y a mayor escala, decidió recurrir Inocen-cio III algo más tarde, en 1213, cuando envió a Grecia a su nuevo nuncio, el cardenal español Pelagio Albino. Desde 1211 el trono pa-triarcal de Constantinopla se hallaba vacante y Pelagio recibió am-plios poderes como representante papal en el Imperio latino. Pelagio, en la medida de sus fuerzas y con ejemplos prácticos, procuró conven-cer a los griegos de la superioridad de la religión católica romana; entre sus argumentos figuraban las cadenas e incluso la pena de muer-te para los más obstinados⁵⁰. También con el clero ortodoxo el repre-sentante papal utilizaba medidas muy enérgicas: los monjes eran ex-pulsados de los conventos y las iglesias se clausuraban. Por su parte, los señores latinos, los condes y los duques, igual que las órdenes ca-ballerescas de los templarios y de los hospitalarios saqueaban con par-ticular empeño los conventos griegos más cercanos a sus dominios y se apropiaban de sus tierras.

Esos medios no tuvieron mayor éxito que las discusiones teológi-cas. El clero griego se negaba a incorporarse al sistema jerárquico de la Iglesia católica romana y rechazaba la «unión». Los sacerdotes de fila preferían exiliarse antes que someterse a la curia romana. En con-secuencia, Inocencio III se vio obligado a reemplazarlos por sacerdo-tes católicos de origen latino (en Constantinopla, en Tesalónica, en

⁵⁰ W. Norden: «Papsttum und Byzanz». Berlín, 1903, S. 213.

Atenas y en Creta). Pero los feligreses griegos demostraban a esos clérigos muy poca simpatía.

Así, pues, el objetivo principal de Inocencio III: someter la Iglesia ortodoxa a Roma, no fue logrado. El Papa tuvo que hacer concesiones a los «cismáticos» en la cuestión de los ritos: el concilio de Letrán, en 1215, a insistencia de Inocencio III, aprobó un canon especial que establecía una tolerancia bastante amplia con respecto a los ritos de la Iglesia ortodoxa. Esa medida tampoco dio resultado. La población griega del Imperio latino, incluido el clero, se negaba a reconocer al Papa como jefe espiritual. Ni las represalias ni las maniobras demagógicas de la curia romana lograron alterar esa posición.

La causa principal de ese rechazo no fue, como opinan algunos historiadores, el gran apego de los griegos a su religión. La religión en el Imperio bizantino, igual que en otros países medievales, era una enorme fuerza; no se puede negar la importancia de las tradiciones seculares en las cuestiones religiosas. Pero había una causa mucho más potente que las tradiciones, que alimentaba la resistencia de las masas populares al régimen establecido por los latinos en general. Era la gran indignación de los habitantes de las ciudades y de los campesinos, para la que había sobrados motivos.

Después de saquear las ciudades y de apropiarse de feudos en Grecia, cada señor, escribe Villehardouin, «comenzó, uno más y otros menos, a hacer mal». Los caballeros latinos saqueaban sin distinción a los pobres campesinos, a los artesanos y a las personas de posición holgada, porque su meta principal era el lucro. Así se comportaron los fundadores del Imperio latino y sus descendientes inmediatos. El cronista italiano Marino Sanudo cuenta que en la corte de Geoffroi II Villehardouin, príncipe de Acaya, «vivían permanentemente ochenta caballeros de espuelas de oro, a los que el príncipe daba todo lo que le pedían, además del correspondiente sueldo. Por eso, a la corte de este príncipe acudían caballeros de Francia y de Borgoña, además de los de Champaña. Algunos iban allí para divertirse, otros para poder pagar sus deudas o bien para huir al castigo por delitos cometidos en su patria».

Para la población griega de las regiones del Imperio bizantino, sometidas a los señores occidentales, el dominio extranjero fue funesto. Es verdad que anteriormente los campesinos bizantinos habían sido, en su mayor parte siervos-«parikes»⁵¹, pero la opresión de sus

⁵¹ Se equivocan los historiadores como J. Longnon y P. Topping, según los cuales el régimen feudal fue «introducido» en Bizancio por los conquistadores francos, lo cual constituiría un «mérito» de los cruzados latinos. En el siglo XIII, el régimen feudal no era una «novedad» para los griegos, pues ya existía en Grecia antes de la cuarta cruzada, aunque con sus particularidades. Por eso los conquistadores (mediante una despiadada opresión de la población local) pudieron establecer en las regiones de Bi-

nuevos amos incrementó sus padecimientos. Los agricultores griegos fueron reducidos por los señores francos a un estado de esclavitud. De ello dan testimonio los «Asises Romanos», como se llamaba el código de reglamentos feudales en vigencia en uno de los principales latinos, en el de Acaya (Morea). De esa «constitución» de los señores franceses con feudos en el Pologoneso, se ve que éstos consideraban a sus campesinos-siervos como algo que les pertenecía igual que los animales o los aperos. Un caballero tenía derecho a matar a un siervo, no importaba a quién perteneciera; el único «castigo» era que tenía que restituir al muerto con otro siervo. La falta total de derechos de la población campesina está plasmada, en numerosos artículos de los «Asises Romanos»; uno establece que sólo el señor puede juzgar a su campesino; otros determinan que el siervo no puede casarse ni casar a su hija sin consentimiento de su señor (es fácil imaginar cuántos abusos se cometían al amparo de esta norma, tan difundida en la Edad Media); otros establecen que el señor es el único heredero de los bienes de sus siervos, y que tiene, incluso, derecho a privar al campesino de todo su patrimonio. De este modo, según la expresión de Nicetas Coniatos, los señores latinos «de estómago insaciable» en Grecia se desmandaron por completo.

Algunos historiadores modernos y, en particular, los mencionados J. Longnon y P. Topping, consideran que los fundadores del Imperio latino aportaron numerosas «ventajas» a Grecia, que el régimen feudal establecido a imagen del Occidente, favoreció a la población agrícola y al país en general; que las tropelías de la administración bizantina, que explotaba implacablemente a los campesinos, quedó sustituida en el Imperio latino por una rigurosa legalidad feudal que velaba por los intereses de los «parike griegos, de manera que éstos «no volvieron a ser expoliados ni por sus gobernantes ni por los tiranos locales» y «pudieron dedicarse de lleno a su trabajo, sin temer a que les robaran, quitaran o quemaran el fruto del mismo»⁵².

Todos estos elogios de la «sabia» política de los aventureros feudales francos y de «la vida feliz» por el sistema feudal del Occidente, distan mucho de la verdad. Las noticias, bastante exiguas, contenidas en los documentos históricos del siglo XIII, muestran con toda nitidez que los campesinos bizantinos en el Imperio latino cayeron en una penosa dependencia de los feudales de Europa occidental, principalmente de los franceses. No se puede hablar de los «beneficios» recibidos por los «parikes» griegos «como consecuencia del cambio de amos», como afirma J. Longnon. La situación de los campe-

zancio dominadas unas relaciones feudales semejantes a las de Occidente. Véase G. Ostrogorski: «Pronii». Resumen de la historia del feudalismo en Bizancio y en las tierras de los eslavos del Sur. Belgrado, 1951, pág. 36 y ss.

⁵² J. Longnon: Ob. cit., págs. 74, 209, 210 y otras.

sinos y de la población trabajadora, en general, empeoró más aún.

Por esa razón, desde los primeros momentos de la invasión de su país por los cruzados, «los griegos sintieron un odio irreprimible hacia los señores latinos y, observa Villehardouin, ocultaron la inquina en sus corazones». Esta involuntaria confesión del mariscal de la Champaña, muestra mejor que nada que tergiversan la historia los que, como Longnon, afirman que la conquista de las regiones bizantinas por los latinos fue una «ocupación pacífica»⁵³, que la población de Atenas, Tebas y otras ciudades recibió la manera sumamente amistosa a los latinos, que los cruzados en todas partes eran recibidos con reverencias, según la costumbre bizantina, por los campesinos y los ciudadanos, que se apresuraban a expresar su plena sumisión a los nuevos amos, portando la cruz y las imágenes sagradas»⁵⁴. Las fuentes contemporáneas de los acontecimientos no hablan de nada semejante: sus descripciones distan mucho del idilio creado por la fantasía de Lognon.

No, los «parikes» griegos no «comprendieron» que sus intereses coincidían con los de los señores francos, como cree Longnon: «la sabia administración» de los feudales latinos tampoco produjo «un alto grado de colaboración y una tolerancia racial recíproca», como afirma Topping; por el contrario, con la creación del Imperio latino, la población griega inició una tenaz resistencia a los feudales cruzados.

Es cierto que con el tiempo algunos representantes de la nobleza bizantina encontraron un lenguaje común con los feudales invasores. Esas «almas serviles», según la expresión de un contemporáneo, «por codicia se volvieron enemigos de su patria; para asegurarse sus propiedades, se rindieron a los conquistadores, en lugar de mantenerse en permanente guerra contra los latinos».

Los campesinos y los ciudadanos iniciaron inmediatamente la lucha contra el invasor. La arrogancia del extranjero, la religión ajena, los saqueos y las violencias, las profanaciones y las burlas, a que los latinos sometían las costumbres y las tradiciones griegas, incluidas las religiosas, todo indisponía contra el invasor.

Cuando las principales fuerzas de los cruzados, con el emperador Balduino y el rey Bonifacio marcharon al Asia Menor para imponer allí a los nuevos duques y condes, y dejaron en las ciudades balcánicas pequeñas guarniciones, surgió de manera espontánea una guerra de guerrillas contra los intrusos en todo el territorio de Grecia. Los francos fueron expulsados en marzo de 1205 de Adrianópolis y otras ciudades de Tracia, y sus guarniciones, exterminadas sin piedad.

⁵³ J. Longnon: Ob. cit., pág. 71.

⁵⁴ J. Longnon: Ob. cit., pág. 73.

El estallido de ira popular recibió apoyo exterior. Después de la caída de Constantinopla, en las regiones periféricas del Imperio bizantino, que se salvaron de la invasión surgieron nuevos Estados griegos: al Oeste de la península balcánica, el principado de Epiro, y en el Asia Menor, los Imperios de Nicea y de Trebisonda. Estos se convirtieron en centros de la resiatencia y de la nueva organización estatal griega, heredera de Bizancio ⁵⁵.

Por su parte, el segundo reino de Bulgaria prestaba una ayuda directa a los griegos de Tracia. Los gobernantes del joven Estado búlgaro temían a los conquistadores latinos en los Balcanes. Antes de la conquista de Constantinopla, el zar búlgaro Kaloian (1197-1207) había ofrecido a los caudillos de la cruzada una alianza contra Bizancio, pero los latinos, a los que los triunfos se les había subido a la cabeza, rechazaron la oferta. También desestimaron la segunda propuesta de alianza, formulada por Kaloian, ésta, después de la conquista de Constantinopla. A los embajadores búlgaros se les comunicó que ellos no podían tratar con los latinos de igual a igual, sino como «los criados con sus amos». Los señores latinos amenazaron con devastar toda Misit (Bulgaria). Los latinos se proponían anexionar todos los territorios que pertenecieron a Bizancio: el zar búlgaro se había rebelado contra el desaparecido Bizancio ⁵⁶; por tanto, los latinos, «herederos» de Bizancio, también habían heredado la misión de someter a los búlgaros.

En tales circunstancias el Gobierno búlgaro admitía gustosamente los servicios de los nobles procedentes de Bizancio. Cuando en la primavera de 1205 Tracia entera se sublevó contra la opresión latina, los ejércitos del zar de Bulgaria invadieron dicha región. Los cruzados tuvieron que regresar precisamente del Asia Menor para salvar sus posesiones balcánicas, que estaban a punto de perder. Los búlgaros y los cruzados se enfrentaron el 15 de abril de 1205 en la célebre batalla de Adrinópolis, donde los cruzados, con sus pesadas armaduras, fueron derrotados por la ligera caballería búlgara; en el combate cayeron centenares de nobles caballeros; y el propio emperador del Imperio latino, Balduino, fue hecho prisionero. Los cruzados quedaron debilitados y totalmente desmoralizados ante el inesperado descalabro.

Bulgaria no supo aprovechar bien su triunfo, debido a las luchas internas en las esferas rectoras del segundo reino búlgaro y a la ruptura de su alianza con los griegos ⁵⁷. Pese a todo, el Imperio latino recibió un sensible golpe en 1205 cuando los griegos sublevados, alia-

⁵⁵ B. Primov: Ob. cit., pág. 70.

⁵⁶ B. Primov: Ob. cit., págs. 66 y ss.

⁵⁷ B. Primov: «Búlgaros, griegos y latinos en Plovdiv en 1204-1205. El papel de los bogomilos». «Izcestiia na Bulgarskoto istorichesko druzhestvo», kn. XXII-XXIII, Sofía, 1948.

dos al zar búlgaro, estuvieron a punto de acabar con el dominio latino en el Norte de la península balcánica ⁵⁸.

De lo expuesto, el lector comprenderá por qué la población griega rechazaba tan rotundamente la «unión» religiosa con Roma: la Iglesia católica era, para los griegos, la Iglesia del odiado opresor, del amo latino. Los griegos odiaban a los preladados católicos no tanto por considerarlos opresores de la religión ortodoxa, pues ése no era el fondo de la cuestión; rechazaban el catolicismo y la «unión» porque eran un instrumento de opresión nacional. Así, pues, los planes teocráticos de Inocencio III en Bizancio fracasaron. Este hábil diplomático y astuto político no había tomado en cuenta el factor principal: la voluntad de las masas populares del Imperio latino.

Pero «los éxitos» iniciales de los cruzados excitaron los apetitos de Inocencio III, que procuró aprovechar la situación creada por la toma de Constantinopla para imponer el dominio de la Iglesia católica en los países vecinos de Bizancio o vinculados históricamente a él. Sólo en Bulgaria logró algunos resultados. En noviembre de 1204, Inocencio III concedió a Kaloian el título de rey y consagró primado de Bulgaria al arzobispo búlgaro Basilio de Tírnovó. El Papa esperaba desgajar la Iglesia búlgara de la griega. También se iniciaron negociaciones con el clero servio.

Pero la acción más espectacular, por otra parte muy típica del ambicioso Inocencio III, fue el propósito pocos años después de convertir también al catolicismo a la lejana Rusia.

En octubre de 1207, en un mensaje «a todo el clero y a todos los laicos rusos», Inocencio III exigía el sometimiento de la Iglesia rusa a Roma. El Papa alegaba que la Iglesia griega ya se había sometido a la sede apostólica: «¿No es absurdo que una parte no coincida con el todo y se enfrente por separado al todo?» El pontífice también sugirió que Rusia podía eludir la suerte de los griegos si se convertía «a tiempo» al catolicismo. Estas pretensiones del papado no podían tener consecuencias serias, ya que carecía de fuerzas reales para llevar a cabo propósitos tan ambiciosos.

El Imperio latino, surgido como consecuencia de la conquista, era tan enclenque como el reino de Jerusalén. En los dominios de los latinos no cesó la lucha entre la población local y sus opresores occidentales. A los pocos años de establecer su dominio en los Balcanes los nuevos amos levantaron gran número de fortalezas como defensa

⁵⁸ Además, la derrota de los latinos en Adrinópolis fortalecía al Imperio de Nicea, hacía poco surgido en el Asia Menor. Ciertamente bajo el gobierno de Enrique (1206-1216), hermano y sucesor de Balduino, los cruzados recuperaron las tierras perdidas en Grecia y, más concretamente, Adrinópolis. Posteriormente, el Imperio latino sostuvo reiteradas batallas con Bulgaria. En una de ellas, en 1207, fue muerto Bonifacio de Montferrato.

contra los griegos y contra sus vecinos: Bulgaria, los Imperios de Nicea y de Trebisonda y el principado de Epiro. En 1222 el príncipe (déspota) de Epiro se apoderó del reino de Tesalónica. Posteriormente, entre los Estados griegos hostiles al Imperio latino adquirió particular relevancia el Imperio de Nicea, que según definición de Marx se había convertido en «el centro del patriotismo griego». Los gobernantes de Nicea aprovecharon hábilmente la hostilidad de sus súbditos hacia la dominación latina. La resistencia y la lucha de las masas populares contra los opresores, a fin de cuentas, llevaron al Imperio latino al fracaso y a la perdición. En 1261, cuando los ejércitos francos habían salido de Constantinopla para ayudar a Venecia en el mar Negro, la población de la capital bizantina introdujo en la ciudad a Miguel Paleólogo, emperador de Nicea, que previamente había firmado una alianza con Génova contra Venecia. Los genoveses proporcionaron a su aliado dinero y naves y, de este modo, Miguel Paleólogo se apoderó de Constantinopla. Los francos, a su regreso, no pudieron entrar en la capital del Imperio latino. Los caballeros que aún permanecían en Constantinopla fueron expulsados de ella y, posteriormente, de muchas otras regiones bizantinas. Algunas regiones de Grecia Central y Meridional aún quedaban en poder de los latinos, pero el Imperio latino había desaparecido. Su existencia duró sólo cincuenta y siete años. En 1261 Bizancio recuperó la independencia. Sin embargo, los años de dominación de los latinos no pasaron en vano: Bizancio nunca logró recuperar su antiguo poderío. El golpe asestado por la cuarta cruzada y el medio siglo de dominio de los cruzados, convirtieron a Bizancio en una sombra del que fuera Estado poderoso.

CAPÍTULO V

LAS ULTIMAS CRUZADAS

La cuarta cruzada fue la última de las empresas de esta clase con resultados importantes, aunque «inesperados». Las cruzadas posteriores fueron, por sus resultados prácticos, totalmente estériles y no variaron la situación real de los francos en el Oriente.

Como hemos visto, después aun de la caída de Constantinopla en 1204, que en muchos aspectos fue un revés para la sede apostólica, el papado siguió llamando a los católicos a liberar Jerusalén. Esos llamamientos sólo en ocasiones encontraban eco favorable en el pueblo: sólo en los años de grandes calamidades, de las que tenía la culpa el régimen feudal. Entonces, los padecimientos de la vida diaria exacerbaban los sentimientos religiosos del pueblo, lo cual creaba un ambiente muy propicio para las consignas demagógicas de la *»guerra sagrada«. Tal fue el caso de las cruzadas infantiles de 1212, que sólo podían ser fruto de mentes calenturientas. Estas eran un remedio tardío y execrable del espíritu de redención provocado a fines del siglo XI por la campaña de Pedro el Ermitaño. Las cruzadas infantiles fueron una de las últimas manifestaciones masivas del fanatismo de cruzada y sus resultados son tal vez la página más sombría en la historia de las cruzadas.

Primero en Francia y después en Alemania, donde a principios del siglo XII la clase campesina se hallaba en situación calamitosa, provocada principalmente por las guerras y pugnas feudales, se propagó por campos y ciudades la aberrante idea de que los niños «inocentes» sabrían conseguir del Todopoderoso la gracia que no obtuvieron los «pecadores» adultos, y que los niños, de forma milagrosa, libertarían Jerusalén. Esta idea tan absurda partió de Etienne, un zagal francés

de doce años, que en mayo de 1212 se presentó en la abadía de Saint Denis, en París, y se declaró «mensajero divino», llamado a conducir a los niños a la guerra por la «tierra santa». Por lo visto, el pastorcito era sencillamente un niño desequilibrado psíquicamente, que utilizó la Iglesia para sus propios fines, para desviar el descontento contra los señores feudales, por cauces religiosos y dirigir, como ya había hecho antes, a la masa hambrienta y exasperada por la «senda del Señor».

El beato niño Etienne recorría las aldeas, realizaba «milagros», que preparaban con antelación sus «guías» espirituales, y en todas partes congregaba muchedumbres de crédulos que escuchaban su relato sobre cómo en sueños se le había aparecido Jesucristo para señalarle el verdadero camino de la salvación del «santo sepulcro». «El niño visionario» enseñaba en todas partes la carta que supuestamente le entregara Cristo, en la que se llamaba a los niños a realizar el sacrificio de la cruzada. Poco tiempo después aparecieron en muchas zonas niños predicadores. El entusiasmo que despertaba esta cruzada que, igual que en los tiempos de Pedro el Ermitaño parecía ser una nueva oportunidad para los desdichados labriegos, se apoderó de enormes masas de niños campesinos. Muchedumbres de pequeños, la mayoría menores de doce años, se dirigían con estandartes, cruces y oraciones hacia Etienne, el «pequeño profeta» (como lo denominaban los cronistas de la época). Rodeado de guardaespaldas a caballo, en calidad de caudillo del «ejército de inocentes», Etienne, que viajaba en un carruaje alfombrado, infundía a sus oyentes la convicción de que, por voluntad de Dios, el mar se abriría ante ellos para que el ejército de niños pudiera cruzarlo por su fondo, seco, igual que el bíblico Moisés, y reconquistar la «tierra santa».

Numerosos adultos se unieron a los niños, principalmente campesinos y ciudadanos pobres y frailes fanáticos; a ellos se incorporaron delincuentes de toda laya. En junio, es decir, en un solo mes, se congregaron en la ciudad de Vandamme, lugar de concentración, treinta mil niños. Las multitudes de guerreros «inocentes» cruzaron Tours y Lyon y muy pronto llegaron a Marsella. Los niños se precipitaron hacia el puerto, en espera de que se obrara el «milagro»; pero el mar no se abrió ante ellos. En cambio, aparecieron aventureros desalmados que se ofrecieron a trasladar a los niños-cruzados a ultramar. Los desdichados fueron embarcados; dos naves se hundieron cerca de Cerdeña y las cinco restantes llegaron a Egipto, donde a los participantes en la cruzada los vendieron como esclavos. Posteriormente, y aunque los vendedores de niños fueron ahorcados, su ventajosa operación despertó la envidia de los traficantes en esclavos alemanes. También en Alemania apareció un logrero que explotaba la fe religiosa del pueblo con la ayuda de su hijo Niclas, de diez años de edad. Recorrían principalmente el bajo Rin. Enseñado por su padre, el niño, igual que Etienne, aseguraba a todos que, de acuerdo a una visión

que había tenido, cruzaría el mar por el fondo seco y crearía en Jerusalén el «reino de los cielos», no por las armas, sino convirtiendo a los musulmanes al cristianismo.

Tal como las prédicas de Etienne en Francia, las de Niclas en Alemania tenían un éxito extraordinario; animados por sus padres y familiares se le unieron veinte mil años. Este ejército, superando todas las dificultades, salió de Colonia, se dirigió a lo largo del Rin y cruzó los Alpes; en el camino, dos tercios de ellos perecieron de hambre. Pasando por Ginebra, los niños llegaron en agosto de 1212 a Génova y luego se dirigieron hacia el Sur. De Roma una parte regresó y la otra llegó a Brindisi; sólo la intervención de las autoridades locales impidió a los traficantes de esclavos hacerse con esa «mercancía viva» que ella misma les venía a las manos. El Papa Inocencio III no pronunció una sola palabra de condena al sucio negocio; se limitó a conceder a los niños cruzados una prórroga para cumplir con su promesa... hasta la mayoría de edad. Casi todos los niños que habían quedado con vida perecieron en el camino de regreso agotados y enfermos.

El Papa utilizó el trágico fin de las decenas de miles de niños cruzados para encender aún más el entusiasmo por una cruzada de adultos. En 1213 a todos los países católicos, inclusive a Irlanda y a Noruega, fueron enviados legados y frailes, toda una legión de fanáticos predicadores de la «guerra sagrada».

Siguiendo el ejemplo de Bernardo de Claraval, el Papa dispuso reclutar para el ejército de Cristo hasta a delincuentes. En 1215, en Roma, fue convocado el solemne de Letrán, que decidió iniciar una nueva cruzada: se fijó la fecha el 1 de junio de 1217. Se dispuso que el clero destinaría la vigésima parte de sus ingresos para «la guerra sagrada». Inocencio III donó treinta mil marcos de plata.

De nuevo tres reyes tomaron el voto de la cruzada: Andras II de Hungría, Juan Sin Tierra, rey de Inglaterra y vasallo papal, y Federico II, rey de Sicilia y futuro emperador de Alemania, en aquel período bajo la tutela de Inocencio III. Pero esta vez se produjo el parto de los montes. Inocencio III falleció en 1216 (a los pocos meses murió Juan Sin Tierra), Federico II, absorbido por los problemas políticos internos, en sus dominios sicilianos e italianos y en la propia Alemania, procuró eludir la cruzada con los más variados pretextos.

Por su parte, el grueso de los caballeros y príncipes alemanes preferían saquear y asesinar en las ricas tierras eslavas (del Elba y el Oder) en el Báltico oriental. Inocencio III, a comienzos del siglo XIII, había tomado la iniciativa de organizar la «Drang nach Osten» (marcha hacia el Este) de los sanguinarios caballeros alemanes. La sede apostólica encontró con facilidad un pretexto para llevar a cabo esta acción; en realidad, era el viejo pretexto de Bernardo de Claraval: la necesidad de convertir a la «verdadera religión» a los esclavos, hebreos y paganos. Bajo el lema de cristianización de los eslavos, leto-

nes, estonios y prusianos la Iglesia católica romana a comienzos del siglo XIII organizó más de una cruzada de los ávidos caballeros alemanes contra los pueblos del Báltico. Inocencio III con este propósito fundó en 1202 la orden de «los portaespadas», a semejanza de las creadas en Palestina. Algo después, sus desmanes en las tierras letonas y estonianas corrieron parejos con las incursiones de los bandidos de la Orden Teutónica en el Báltico meridional, hasta que fueron derrotados por los guerreros rusos mandados por Alejandro Nevsky, príncipe de Novgorod, que en una batalla sobre los hielos del lago Peipus, el 5 de abril de 1242, malogró los propósitos de conquista de los feudales alemanes y de la sede apostólica ¹.

Así, los caballeros alemanes, que podían saquear mejor y más cerca que en la lejana Siria y Palestina, no respondieron al llamamiento papal a salvar el «sepulcro del Señor».

En Inglaterra y en Francia tampoco se notaba un gran entusiasmo por una nueva expedición a ultramar. Los caballeros no veían provecho en las desgastadoras campañas del Oriente; algunos preferían apropiarse de feudos en Grecia. En general, los tiempos habían cambiado. Con el robustecimiento del poder real, muchos nobles descendientes de los «desheredados» y de los «sin bienes» se incorporaron al ejército del rey, un servicio considerado honroso y lucrativo. En las fechas en que se preparaba la nueva cruzada, numerosos caballeros franceses estaban ocupados en ayudar a Felipe II Augusto a afincarse en las tierras arrebatadas en Francia a los Plantagenet; poco antes, esos caballeros habían combatido a los ingleses y a sus aliados flamencos y alemanes en Laroche du Moine y Bouvines (en 1214); otros, casi por las mismas fechas, se dedicaban a saquear las tierras de Francia meridional, donde ya en 1209 Inocencio III, y también en plan de cruzada, había organizado el exterminio de los «herejes» albigenses.

Los caballeros, mandados por Simón de Monfort, veterano de la cuarta cruzada, al llamamiento del Papa, se lanzaron a conquistar las ricas ciudades y tierras del Languedoc. Es evidente que a esos caballeros les tenía sin cuidado Jerusalén. El saqueo del Sur de Francia les proporcionaba riquezas suficientes.

A fin de cuentas, Andras II de Hungría fue el único que logró reunir un ejército bastante importante; en el verano de 1217, este rey inició la marcha hacia el Oriente, embarcando en el puerto de Sapalato, en Dalmacia. En esta quinta cruzada (1217-1221), participaron al-

¹ La Orden Teutónica fue creada en la época de la tercera cruzada. En el año 1190, los mercaderes de Bremen y de Lübeck, a la vista de Acre, asediada por los cruzados, fundaron una cofradía benéfica religiosa semejante a la de los sanjuanistas de la primera época; la cofradía en 1198 fue transformada en la Orden de Caballeros Alemanes de Santa María, u Orden Teutónica.

gunos príncipes de Alemania meridional con sus vasallos, el duque Leopoldo de Austria y los holandeses al mando del conde Guillermo.

En Siria los cruzados fueron acogidos con frialdad cuando no con hostilidad. Los francos de Siria llevaban casi veinte años comerciando pacíficamente con Egipto y la cruzada sólo podía dañar sus intereses económicos². Los cruzados húngaros y alemanes permanecieron en Acre un año sin resultado, realizando infructuosas incursiones al interior del país (sobre Damasco y otros lugares). La mayoría de los holandeses, embarcados en trescientas naves, se «entretuvieron» en el camino: desembarcaron en Lisboa para luchar contra los emiratos del Sur de España. Sólo en abril de 1218 arribaron a Acre. Para entonces el rey Andras II ya estaba convencido de la inutilidad de la empresa y, a pesar de la excomuniación, impuesta por el patriarca católico de Jerusalén, retornó con su ejército a casa. Los demás cruzados, tras largas discusiones, decidieron atacar a Egipto, el bastión principal del mundo musulmán, tal como había sido previsto al comienzo de la cuarta cruzada.

Como objetivo del ataque fue elegida Damietta, gran ciudad-fortaleza, rival comercial de Alejandría, enclavada en uno de los brazos en el delta del Nilo, lo que la convertía en la llave de Egipto. Damietta estaba guarnecida por un triple cinturón de murallas y protegida por el potente torreón, construido en una isla en medio del Nilo. Un puente unía la torre con la ciudad y unas gruesas cadenas de hierro interceptaban el Damietta por el río.

Año y medio duró el asedio de los cruzados. Al principio, éstos, dotando sus naves de grandes escaleras de asalto, con lo que las transformaron en especies de máquinas para el sitio, tomaron la torre. Más tarde, el desbordamiento del Nilo y los brotes de epidemia entre los cruzados frenaron el avance de éstos. Durante varios meses se mantuvo un equilibrio de fuerzas. Numerosos cruzados (el duque de Austria entre ellos), perdidas las esperanzas del triunfo, en la primavera y el verano de 1219 emprendieron el regreso a Europa. Otros mantuvieron el asedio de Damietta. En la ciudad, cercada para todas partes, comenzó el hambre. El sultán egipcio Malek el Kamil, para salvar la ciudad, propuso a los cruzados reintegrarles el reino de Jerusalén (en sus límites de 1187), a cambio de que levantaran el sitio, devolverles las reliquias sagradas más valiosas, como la llamada «cruz milagrosa», conquistada por Saladino, y abonarles una importante contribución.

En ese momento intervino el jefe del ejército cruzado, el legado papal Pelagio (el mismo que poco antes intentara la conversión al catolicismo de los griegos). Su opinión fue: no habrá paz con los «in-

² La política del «segundo reino de Jerusalén» estaba más bien encaminada al juego diplomático con los príncipes musulmanes que a guerrear contra ellos, como señala con acierto J. Richard en «Le royaume latin de Jérusalem». París, 1953, página. 161-162.

fieles». Tres grandes maestros de las órdenes religiosas y otros caudillos apoyaron la opinión de Pelagio. La «cruz milagrosa» y la «ciudad santa» de Jerusalén les importaban muy poco. El legado papal y sus secuaces querían conquistar primero Damietta y luego todo Egipto. Así, las propuestas del sultán fueron rechazadas.

A principios de noviembre de 1219 los cruzados tomaron Damietta por asalto y la saquearon; el botín ascendía a varios centenares de miles de marcos. Pero el éxito duró muy poco. Entre los vencedores comenzaron las divergencias. Jean de Brienne, rey de Jerusalén, que se hallaba entre los cruzados, reclamó la incorporación de Damietta a sus dominios. El ambicioso y arrogante cardenal Pelagio consideró que lo conquistado pertenecía a la Iglesia católica. Tampoco se llegó a un acuerdo sobre las futuras acciones militares. El legado papal exigía trasladar las acciones hacia la profundidad del valle del Nilo. La propuesta era descabellada y no obtuvo el apoyo de la mayoría de los caballeros: muchos comprendían que para esa empresa no tenían suficientes fuerzas. Pelagio se lanzó en busca de aliados para conquistar Egipto e inició conversaciones en tal sentido con... ¡Gengis Khan! El tiempo transcurría. En la primavera de 1221 comenzaron a llegar nuevos destacamentos de «peregrinos», principalmente de Alemania meridional. Mientras tanto, el sultán Malek el Kamil había levantado sólidas fortificaciones al sur de Damietta, en las cercanías de la ciudad de Mansurah. Al mismo tiempo renovó sus propuestas de paz a los cruzados. En el ejército de los cruzados, algunas voces sensatas intentaron hacer ver a los jefes la conveniencia de aceptar la propuesta del adversario, que entregaba la «ciudad santa» y el «santo sepulcro», pero el legado papal se mostró nuevamente intransigente. El sultán recibió una respuesta negativa. Felipe II Augusto, que sabía evaluar sin pasión las situaciones políticas, al enterarse que los cruzados habían renunciado a la oportunidad de recibir «un reino por una ciudad», los calificó de «imbéciles y simplones»³.

A mediados de junio de 1221 los cruzados pasaron a la ofensiva contra Mansurah. Por esas fechas se desbordó el Nilo. El campamento de los «guerreros de Cristo» quedó inundado. Los musulmanes, que habían previsto el desbordamiento de las aguas, cortaron a los cruzados la retirada. El desmoralizado ejército del legado papal retrocedió a la desbandada hacia Damietta, pero las tropas egipcias hostigaban a los cruzados con una lluvia de flechas que no cesaba de día ni de noche. Los cruzados pidieron la paz, que fue concretada el 30 de agosto a condición de que los desafortunados conquistadores abando-

³ En relación con este juicio, aplicable principalmente a Pelagio, es curioso señalar que en su libro sobre la quinta cruzada el historiador norteamericano J. P. Donovan («Pelagius and the fifth crusade», Philadelphia, 1950) justifica la actitud del legado papal en los hechos de 1218-1221.

naran Damieta, cosa que hicieron sin demora a principios de septiembre de 1221. Perdida Damieta, el desdichado ejército cruzado abandonó Egipto, con lo cual acabó la quinta cruzada, costosa pero de pobres resultados, que minaron el prestigio papal.

A medida que el tiempo transcurría, en Occidente iba decayendo el entusiasmo por las cruzadas, que se convertían en simples correrías feudales, de rapiña, que obedecían a distintos cálculos políticos del papado y de otros organizadores de esas guerras «secularizadas».

Con la subida de Federico II al trono del Imperio romano se re-credeció la lucha del papado, fortalecido durante el pontificado de Inocencio III contra ese rey. La sede apostólica, que vía una amenaza en la política italiana de los Hohenstaufen, decidió explotar políticamente el fracaso de la quinta cruzada, culpando de la derrota a... Federico II, que en 1215 había prometido participar y luego eludió el cumplimiento de su promesa. El anciano Honorio III, sucesor de Inocencio III, acusó abiertamente a Federico II de menospreciar la «causa de Dios», amenazándolo con la excomunión si retrasaba más su salida a Oriente. Federico II prometió al Papa recuperar el tiempo perdido: para 1225 quedó programada una nueva cruzada. Por orden de Federico II, en los puertos de Sicilia y de Italia fue iniciada la construcción de cincuenta grandes naves, capaces de transportar un ejército de caballería. No obstante, la renovada prédica de la «guerra sagrada» era acogida con bastante indiferencia en todas partes, de modo que en la fecha señalada, Federico II no logró reunir gente suficiente para la campaña de ultramar. Además, la situación en las posesiones que el «Sacro Imperio» tenía en Italia meridional demandaban la presencia del emperador. El comienzo de la cruzada se aplazó hasta el año 1227. El Papa accedió a la prórroga, pero obligó al emperador a pagar en 1227 al patriarca católico de Jerusalén, para necesidades de la «tierra santa», la enorme suma de 100.000 onzas de oro. Federico II aceptó esas condiciones, pero se desquitó presentándose como pretendiente al trono de... Jerusalén, con cuya heredera (Yolanda) se casó en 1225. Además, Federico II decidió apoderarse de su nuevo reino interviniendo en la guerra del sultán egipcio contra Damasco. En 1226, Malek el Kamil propuso a Federico II una alianza contra Damasco, y el emperador alemán comenzó las negociaciones que le permitirían hacer valer sus «legítimos» derechos sobre el reino de Jerusalén sin desenvainar la espada. Sus relaciones con Roma eran cada vez peores, porque Federico II se afincaba en Italia meridional y mostraba el claro propósito de someter las ciudades-repúblicas de Lombardía. Por fin, en 1227 se realizaron los que parecían decididos preparativos de la cruzada: en el verano, un ejército de varias decenas de miles de hombres, reclutados principalmente en Alemania y en parte en Francia, Inglaterra e Italia, acampó cerca de Brindisi, mientras otra parte ya navegaba rumbo a Siria. Pero los grandes calores y la

falta de víveres provocó enfermedades: entre los afectados se hallaba el mismo Federico II. La cruzada fue aplazada de nuevo.

El nuevo Papa, el octogenario Gregorio IX, pariente y adepto de las ideas teocráticas de Inocencio III, consideró que la demora de Federico II en emprender la campaña era una buena oportunidad para dar mazada a su rival político. El Papa excomulgó a Federico II, como enemigo insidioso de la religión de Cristo. El emperador excomulgado, a despecho de Gregorio IX, en el verano de 1228 partió de Brindisi a Siria al frente de un considerable ejército. Entonces, el Papa anuló la sexta cruzada y declaró que Federico II no era un cruzado, sino un pirata y un «servidor de Mahoma», que se dirigía al Oriente no para combatir el Islam, sino para «raptar el reino en tierra santa». Esta actitud del papado disminuía las posibilidades de éxito de la cruzada y comprometía aún más la misma idea, que ya se había hecho impopular en Occidente. Gregorio IX cometió una torpeza, aun desde el punto de vista de los propios intereses papales, convirtiendo la cruzada en un arma arrojadiza en su lucha política contra el Imperio por la supremacía en el mundo feudal. A su vez, Federico II, empeñado en hacerse rey de Jerusalén, también perseguía fines puramente políticos. Federico II era completamente indiferente hacia las cuestiones religiosas; la cruzada era para él un medio que le permitiría crear el imperio «universal» de los Hohenstaufen. Como apenas tenía poder en Alemania, Federico II concentró toda su política europea en Sicilia y en Italia, con miras al comercio con Oriente. Desde Sicilia exportaba al Oriente grandes cantidades de cereales, y sus naves gozaban del privilegio de ser las primeras en cargar en los puertos. El control sobre el comercio con el Levante hubiera fortalecido las posiciones de los Staufen en Sicilia e Italia y contribuido a la materialización de los insensatos propósitos de Federico II: el heredero de Barbarroja y Enrique IV quería extender su poderío no sólo a Europa, sino también a Siria y Palestina. En 1228, camino de Acre, intentó conquistar Chipre. Ya en Acre, reanudó las negociaciones con el sultán egipcio. Aprovechando las rencillas feudales de los musulmanes (la lucha de Malek el Kamil contra su hermano y luego contra su sobrino, los emires de Damasco, por el dominio de Siria y Palestina), Federico II, tras prolongados debates (sus cruzados, salvo algunas escaramuzas, no desplegaron acciones bélicas, firmó en Jafa, en febrero de 1229, acuerdo con el sultán por diez años, por el cual el emperador obtenía Jerusalén (con excepción de la barriada de la mezquita de Omar) y muchas otras ciudades de Palestina; por su parte, Federico II aseguraba al sultán apoyo contra todos sus enemigos (incluidos los francos de Siria; es decir, los príncipes de Antioquía y de Trípoli y las órdenes de caballería). Además, Federico II firmó con Egipto ventajosos acuerdos comerciales.

Un mes después, el emperador entraba en Jerusalén y se autoco-

ronaba rey, pues el clero católico se negó a coronar al excomulgado.

El Papa, indignado con la política oriental de su rival (de poco servía que el «santo sepulcro» hubiera sido arrebatado a los «infieles»), acusó a Federico II de traición al cristianismo. Por disposición del patriarca católico de Jerusalén fue decretada la interdicción sobre la «ciudad santa» y prohibidos los oficios religiosos en todas las iglesias de Jerusalén.

Al mismo tiempo, Gregorio IX envió sus tropas contra los dominios de Federico II en Italia meridional. El emperador abandonó con urgencia Palestina y retornó a Italia, para contraatacar a los ejércitos del Pontífice. Estos fueron derrotados; en 1230, de acuerdo a la paz de Saint Germain, el Papa levantó la excomunión y al año siguiente ratificó todos los tratados de Federico II con los musulmanes, a la vez que ordenó a sus preládos en «tierra santa» y a los caballeros templarios y hospitalarios mantener la paz con Malek el Kamil.

Con la partida de Federico II a Europa en sus dominios de Oriente comenzaron las rencillas entre los feudales señores, incluidos los caballeros de las órdenes, que no aprobaban la entronización de los Hohenstaufen en Jerusalén, se resistían a obedecer a las autoridades impuestas por el emperador.

En la segunda mitad de los años treinta, Federico II desató una ofensiva contra las ciudades lombardas, lo que fue el motivo de su nueva excomunión.

Gregorio IX reanudó la prédica de la «guerra sagrada». Esta cruzada también debía ser una arma en la lucha contra Federico II y contribuir a sanear las finanzas papales: todos los fieles estaban obligados a aportar donativos; a su vez, los legados y predicadores de la cruzada absolvían de pecados a los donantes de oro y plata que, de esta forma, se liberaban de participar en las campañas de Oriente. Por su parte, Federico II frenaba los esfuerzos del Papa para organizar la cruzada. En 1239, fecha en que vencía la paz de diez años con Egipto, en Lyon se congregaron unos pocos destacamentos de cruzados al mando del rey Tibaud de Navarra y del duque Hugo de Borgoña; en estas circunstancias el Papa Gregorio IX declaró que Jerusalén había dejado de ser el objetivo de la cruzada y que ahora se trataba de ayudar al Imperio latino. Así, pues, las razones políticas del papado pudieron más que toda su demagogia religiosa. Pero la mayoría de los cruzados, a contrapelo de las intenciones del Papa, en otoño de 1239 partieron por mar a Siria. Sus caudillos, animados exclusivamente por el afán de lucro y a insistencia de las órdenes monacales de caballería, se aliaron al emir Ismael de Damasco, uno de los más poderosos príncipes musulmanes. Las tropas aliadas atacaron al sultán Asal Eyub de Egipto y sufrieron una severa derrota cerca de Ascalón. Con el descalabro se reprodujeron las serias divergencias entre los templarios y los hospitalarios. El rey de Navarra y los demás cau-

dillos de la cruzada regresaron a su patria sin conseguir resultado alguno.

El Gobierno egipcio aprovechó estas circunstancias: en septiembre de 1244, el sultán, al frente de diez mil guerreros a caballo, tomó Jerusalén, degollando a la población cristiana de la ciudad. El «santo sepulcro» pasó definitivamente a manos de los musulmanes.

El papado se alarmó. El concilio de Lyon, en 1245, decidió, de acuerdo a los deseos de Inocencio IV, organizar una nueva cruzada. Pero a este Papa también le preocupaba, por encima de todo, incrementar el dominio de la sede apostólica. Inocencio IV siguió combatiendo a Federico II, al que anatemizó en el concilio de Lyon, después de lo cual declaró iniciada la cruzada contra el «sultán de Sicilia» (así denominaban a Federico) y contra todo el «nido de víboras» de los Hohenstaufen. A todos los que habían prometido luchar por el «sepulcro del Señor» se les sustituyó esta promesa por la obligación de participar en la guerra contra el «impío» emperador. La consigna de la cruzada, igual que en las anteriores ocasiones, fue acompañada de fuertes impuestos, con la particularidad de que los predicadores y los propagandistas de la guerra sagrada se lucraban con el dinero reunido para la liberación de Jerusalén. El mismo Papa empleaba las sumas recaudadas en la lucha contra el Imperio. Si tomamos, además, en cuenta que el interés por las cruzadas decaía, comprenderemos por qué el llamamiento de Inocencio IV a la nueva «guerra sagrada» no halló eco.

Los campesinos habían comprendido hacía tiempo que en la «tierra de promisión» les esperaba la muerte o la esclavitud. Además, los siervos habían perdido los estímulos para huir al otro lado del mar. No es que en el siglo XIII se hubiera debilitado el yugo feudal, pero las mejores técnicas agrícolas, la rotación trienal de los cultivos y los abonos a mayor escala redujeron los efectos de las calamidades que azotaban a la agricultura. En Europa habían surgido numerosas ciudades que podían ofrecer refugio y trabajo. Las monarquías, que crecían en interés de los feudales, por otra parte, ponían coto al desenfreno feudal, que se cebaba en las economías campesinas. En estas nuevas circunstancias los campesinos no veían la necesidad de buscar su salvación en países lejanos. Unos marchaban a la ciudad, otros, cada vez con más ahínco, luchaban por la libertad y la tierra en su patria.

También los caballeros encontraron ocupaciones más «seguras» en Europa y ya no estaban dispuestos a derramar su sangre en arriesgadas expediciones a ultramar. El rey de Inglaterra, Enrique III, manifestó, sin rodeos, a los legados papales que los predicadores de las cruzadas habían engañado tanto a sus súbditos, que éstos no estaban dispuestos a dejarse engañar más.

Cuando Inocencio IV, saliéndose con la suya, consiguió organizar

en 1248 la séptima cruzada, en ella participó un reducido número de caballeros, principalmente franceses y algunos ingleses. Los franceses se incorporaron arrastrados por el rey Luis IX (1226-1270), que se puso al frente de la cruzada.

Posteriormente, la Iglesia católica canonizó a Luis IX por su especial devoción religiosa. En realidad, este monarca fue un líder político bastante realista, que, tal como había hecho Felipe II Augusto, se proponía el fortalecimiento de la monarquía.

En 1229 fue incorporado a los dominios de los Capetos el Languedoc con florecientes ciudades ligadas al comercio levantino. Este hecho animó la política mediterránea de los reyes. La anexión del Languedoc marcó la manera decisiva la política exterior de Luis IX y le animó a impulsar las cruzadas ⁴. Luis IX, consciente de la importancia del comercio y del dinero para la administración del Estado, llevó a cabo en Francia una importante reforma monetaria, que contribuyó al desarrollo del comercio interno y externo y encontró el aplauso de los comerciantes franceses.

Vistiendo como modesto peregrino e incitando a los barones y a los caballeros a seguir su ejemplo, Luis IX confiaba en que la cruzada, llevada con éxito, aportaría grandes beneficios a su reino. A medida que ampliaba sus vínculos comerciales con el Levante, la monarquía francesa se convertía en propulsora de la política de expansión en el Mediterráneo. La política agresiva oriental de Luis IX es una clara muestra de esa expansión. Creyente fervoroso, el rey no descuidaba los intereses políticos de su país y encabezó la cruzada para asegurar la presencia francesa en el Mediterráneo. Los acontecimientos posteriores echaron por tierra los planes del «rey santo»: el panorama histórico de mediados del siglo XIII no favorecía a la cruzada. Esta vez el realismo traicionó a Luis IX, y este rey, que pasaría a la historia por sus importantes reformas centralizadoras, a raíz de la cruzada se dejó manejar por el papado, que seguía acariciando sus reaccionarios proyectos de una teocracia universal.

La séptima cruzada (1248-1254) repitió el itinerario de la quinta: su objetivo inmediato era Egipto. Luis IX no extrajo enseñanzas de los acontecimientos de 1219-1221 y, al igual que el derrotado Pelagio, decidió atacar a los musulmanes en Egipto. Este objetivo fue determinado por Luis y su séquito durante una larga permanencia en Chipre, adonde les habían llevado los genoveses en septiembre de 1248 ⁵. En Chipre Luis IX entró también en negociaciones diplomáticas con

⁴ M. I. Dujovnaia: «La política oesteeuropea de Francia en el siglo XIII». Moskva, 1950, pág. 11.

⁵ Al cruzar el Languedoc numerosos caballeros se dieron la vuelta después de aborar a Inocencio IV en Lyon la contribución que les libraba de la promesa de participar en la cruzada.

los... tártaro-mongoles, que en esa época extendían sus dominios por el Asia anterior. En diciembre de 1248 recibió Luis IX a los embajadores del Khan Eldagay y en enero de 1249 envió al fraile dominico Andrés Longjumeau a Mongolia. Con el pretexto de intentar la conversión de los mongoles al catolicismo, el rey intentaba dirigir las fuerzas tártaras contra los sarracenos y contra el Imperio «cristiano» de Nicea: los primeros amenazaban a los francos y los segundos a los «latinos»⁶.

A principios de junio de 1249 varios miles de caballeros desembarcaron en la desembocadura del Nilo, cerca de Damietta, y ante el pánico de los habitantes de la ciudad la tomaron casi sin combatir. Como de costumbre, los conquistadores se apoderaron de un rico botín y luego pasaron a saquear los alrededores.

Tras largas disputas sobre el rumbo a tomar, los cruzados, ya muy entrado el otoño, marcharon hacia el Sur y pusieron sitio a la ciudad de Mansurah. La empresa resultó bastante difícil. La guarnición musulmana se defendía con firmeza. Las tres torres de asalto construidas por los cruzados fueron destruidas por el fuego adversario. Los guerreros de Cristo, que habían iniciado la campaña sin mucho entusiasmo, comenzaron a protestar abiertamente y a burlarse de los objetivos oficiales de la expedición: los enemigos vencían con tanta frecuencia al ejército del Dios cristiano, comentaban los cruzados sitiadores de Mansurah, que, por lo visto «la ley de Mahoma es más fuerte que la fe de Cristo».

Finalmente, a principios de febrero de 1250, una traición ayudó a los cruzados a entrar en Mansurah. Pero los musulmanes encerraron rápidamente a los invasores en la misma ciudad, mientras aniquilaban a los caballeros que no habían logrado penetrar en la fortaleza; en el combate cayeron varios centenares de guerreros y entre ellos el conde Roberto Artois, hermano de Luis IX.

Fue una victoria pírrica para los cruzados, que quedaron muy debilitados. A fines de febrero los egipcios hundieron la flota cruzada a la altura de Mansurah y cortaron a los caballeros las comunicaciones con Damietta, que les servía de base de abastecimientos. Ante la perspectiva de morir de hambre, los caballeros abandonaron Mansurah por tierra y por agua, perseguidos por sus enemigos. Una gran cantidad

⁶ V. T. Poshuto: «Estudios sobre la historia de Rusia, de Galitsia y de Volinia». Moskva, 1950, págs. 266 y ss. Las acciones del «Rey santo» concordaban con las de Inocencio IV, que ya antes había intentado llegar a un acuerdo con los tártaros-mongoles: en abril de 1245 envió al Gran Kan de la Horda de Oro una misión encabezada por el fraile franciscano Juan de Plano Carpini, y a principios de 1247 otra, al mando del dominico Ascelino, al jefe tártaro Baida. Estas misiones no se proponían convertir a los paganos, sino lograr un entendimiento con los gobernantes tártaros para salvar el Imperio latino; también buscaba el Papa en ellos aliados contra el Emperador Federico II y los sarracenos.

de caballeros y de sus escuderos cayó prisionera, entre ellos Luis IX y sus dos hermanos. El rey recuperó la libertad mediante el pago de un enorme rescate y a condición de que los cruzados se retiraran de Damietta. Luis IX pidió a los templarios dinero para pagar la primera mitad del rescate; cuando éstos se negaron, el rey les quitó el dinero por la fuerza. Los restos del ejército cruzado llegaron a Acre como pudieron.

Aunque los barones le aconsejaban retornar a la patria (la mayoría de ellos así lo hacía), Luis IX decidió continuar la cruzada. Dirigió a Francia mensajes, llamando a sus súbditos a incorporarse en la primavera a la lucha contra los «infiel». Pero los condes, duques, barones y caballeros hicieron oídos sordos, ¡ya tenían bastante!

El llamamiento del rey encontró eco... entre los siervos, aunque fue un eco muy original. Antes los clérigos, al predicar la cruzada veían en ella una forma de librarse de los «elementos revoltosos»; en 1251 ocurrió todo lo contrario: la prédica de la cruzada provocó una poderosa sublevación antifeudal de los campesinos y de los pobres de las ciudades de Francia. Sobre todo conmovían al pueblo los encendidos discursos de un predicador, un ex monje, al que los cronistas llaman «el maestro de Hungría», por su país de origen. Este, en sus llamamientos a la guerra contra los «infiel», afirmaba que Dios había retirado su confianza a los nobles vanidosos y a los caballeros, por lo que eran los pobres los que tenían que salvar Jerusalén. Las masas interpretaron este argumento a su manera. Las arengas del «maestro de Hungría» y de otros predicadores populares sobre la falta de fe en Dios de los ricos y sobre la codicia de los frailes y de los curas, excitaban a las masas contra sus propios señores y sus protectores católicos más que contra los lejanos «enemigos de la fe». Desde las regiones del Norte de Francia, donde antaño había predicado Pedro de Amiens, decenas de miles de campesinos marcharon sobre París y de allí sobre Orleáns. En muchas regiones de Francia estallaron motines populares. Iban dirigidos contra la opresión feudal y contra la Iglesia católica, que cosechaba así los amargos frutos de sus actividades anti-populares. Los «cruzados» sublevados denominábanse a sí mismos «pastores». En muchedumbres, marchaban hacia el Sur, matando en su camino a los ricos, a los curas y a los frailes. Esta sublevación, en la cual participaron cien mil hombres, fue predecesora de la Jacqueria⁷. La sublevación de los «pastores» prueba que la prédica de las cruzadas no sólo se habían convertido en algo inútil, desde el punto de vista de los intereses de clase de los feudales, sino que era ya peligrosa para los señores mundanos y para la Iglesia.

⁷ Sobre la sublevación de los pastores véase V. L. Kerov: «La sublevación de los pastores en los Países Bajos y en Francia en 1251». «Voprosy istorii», 1956, n.º 6.

El rey Luis IX y los restos de su ejército no obtuvieron ayuda de Francia. Además, el rey fue recibido hostilmente por los francos de Siria, lo que le hizo abandonar Acre en la primavera de 1254 y regresar a Francia, dejando un pequeño destacamento en el Oriente.

Desde los años cincuenta del siglo XIII las colonias sirio-palestinas de los cruzados, escindidas por una tensa lucha político-social, avanzaban rápidamente hacia su final. Sin la ayuda exterior, los francos no podían mantenerse. Los príncipes y los demás gobernantes se hallaban en continua discordia y se aliaban con unos u otros príncipes musulmanes. Los templarios y los hospitalarios se aniquilaban mutuamente; los venecianos, los genoveses, los pisanos y los provenzales entablaban duras luchas comerciales, en las que involucraban a los feudales mundanos y a las órdenes religiosas. Sobre todo fue destructora la guerra desatada en 1256-1258 por los genoveses en la que en Acre perecieron veinte mil personas y la ciudad quedó semidestruida.

Todo eso hacía a los Estados franceses muy vulnerables frente a sus enemigos del Oriente; a éstos, en los años cuarenta del siglo XIII, se sumaron los mongoles, que, en vísperas de la séptima cruzada, devastaron el principado de Antioquía y a fines de los años cincuenta invadieron, aunque por poco tiempo, las regiones centrales de Siria. Pero el gran peligro era Egipto, que en 1260 logró atenuar la amenaza mongólica en Siria. Egipto sobre todo se fortaleció bajo el gobierno del sultán mameluco Bibares, que volvió a reunir bajo su mando a Egipto y Siria⁸. El poderoso sultán, inspirándose en Saladino, decidió acabar con las colonias de los francos en Siria y Palestina. En 1265 Bibares se adueñó de Cesaría y de Arsur; en 1268, de Jafa, y en mayo del mismo año, de Antioquía, la ciudad más rica de los cruzados.

En 1270 comenzó la octava y última cruzada, también encabezada por el rey Luis IX, aliado infatigable del papado.

Muy pocos se mostraron dispuestos a secundar al rey. Como escribía F. I. Uspensky, «los europeos habían perdido la fe en las cruzadas y no deseaban más intentos inútiles». La cruzada comenzó en el verano de 1270 sin ningún plan previo. El objetivo quedó establecido sólo después de que las naves genovesas transportaron a los «guerreros de Cristo» desde Aiguesmortes, en el golfo de León, a Cagliari, en Cerdeña. Allí, en consejo militar, se acordó dirigirse no a Siria ni a Egipto, sino a... Túnez. El cronista francés Godofredo de Beaulier (autor de «La vida de San Luis») afirma que este rumbo fue elegido porque El Mostansir, emir de Túnez, habría expresado al rey de Francia su

⁸ En 1250 en Egipto fue derrocada la dinastía de los Eyubides: el poder pasó a manos de gobernantes surgidos entre los comandantes de la guardia del Sultán. Los guerreros de esta guardia, llamados mamelucos, se reclutaban entre los esclavos turcos (del árabe «mamluk», esclavo); de ahí proviene el nombre de «dinastía mameluca».

propósito de convertirse a la fe cristiana, y «el santo rey» quería, por medio de la cruzada, «respaldar» al emir y hacer de él un aliado para combatir a Egipto.

La explicación es excesivamente simplista. Lo único que hay de cierto en ella es que, al parecer, los caudillos de la cruzada, escarmentados con sus anteriores fracasos, comprendieron que atacar a Egipto por mar era inútil, y decidieron dar un rodeo por Túnez.

Otros cronistas de la época, como el francés Guillermo de Nangis, el italiano Saba Malaspina y otros apuntan otras razones que determinaron la elección de Túnez como objetivo. Según éstos, el devoto monarca, el más preocupado por salvar el «sepulcro del Señor», fue víctima de los manejos de su ambicioso hermano, el conde Carlos de Anjou, quien poco tiempo antes había arrebatado a los débiles herederos de Federico II el reino de Sicilia. Los Staufen, en calidad de reyes sicilianos, recibían tributo del emir de Túnez. Ahora, El Mostansir se negaba a pagar ese tributo al nuevo rey francés y, además, protegía a sus enemigos políticos, los gibelinos, adictos a los Staufen. Para castigar a El Mostansir, recuperar el pago del tributo y expulsar de Túnez a los gibelinos, Carlos de Anjou habría convencido al «santo rey» para que tomara rumbo a Túnez.

Esas versiones de las crónicas medievales recogen especulaciones y rumores surgidos entre los mismos cruzados cuando la empresa ya había fracasado y Carlos de Anjou resultaba el único favorecido de ella. El origen de la versión de las crónicas sólo quedó establecido a fines del siglo XIX. Hasta entonces la versión de los cronistas, que cargaba toda la responsabilidad sobre Carlos de Anjou, había sido admitida por la mayoría de los historiadores de las cruzadas. Aunque no todos los historiadores, aun en el siglo XX renunciaron a la tradicional explicación, según la cual el «desvío» de la cruzada de 1270 hacia Túnez fue el resultado de una hábil maniobra diplomática de Carlos de Anjou; éste, desviando del verdadero camino a Luis IX, dio a la empresa el rumbo que más le favorecía¹ personalmente; por tanto, él, Carlos, era el gran responsable del trágico desenlace de los acontecimientos.

Esta versión, que persigue el evidente propósito de exculpar a Luis IX, fue objeto de una seria crítica del historiador alemán R. Sternfeld⁹, secundado por W. Norden¹⁰ y por G. Caro¹¹. Ellos demostraron que Carlos de Anjou, conquistador de Italia meridional y de Sicilia, no fue el protagonista principal de los acontecimientos que

⁹ R. Sternfeld: «Ludwgs des Heiligen Kreuzzug nach Tunis und die Politik Karls I von Sicilien». Berlín, 1896.

¹⁰ W. Norden: «Papsttum und Byzanz». Berlín, 1903.

¹¹ G. Caro: «Zur Geschichte des Kreuzzuges Ludwgs des Heiligen». «Hist. Vierteljahrschrift», 1898.

llevaron al ejército de Luis IX hasta las ruinas de la antigua Cartago. Es cierto que, desde que los franceses se establecieron en los antiguos dominios de los Staufen, Carlos de Anjou desarrollaba una política bastante belicosa en el Mediterráneo. W. Norden lo llama «predecesor de Napoleón en el siglo XIII»¹², comparación no muy exacta. El principal objetivo de los planes de agresión de Carlos de Anjou, continuador de la política de los feudales normando-sicilianos y de los Staufen, era la conquista del recién «resurgido» Bizancio. En 1270, con la bendición del papado, Carlos formó una coalición militar contra Constantinopla, integrada por el príncipe Villehardouin de Acaya, por el ex emperador latino Balduino II (la campaña tenía como pretexto la devolución a éste del trono), el rey Alfonso de Castilla y algunos otros monarcas católicos. En cuando a Túnez y a otros países musulmanes del Norte de Africa y del Oriente, Carlos de Anjou prefería mantener con ellos relaciones de buena vecindad. Así lo demandaba el comercio con Levante, que le aportaba pingües beneficios, por cuanto Carlos de Anjou era conde de Provenza y señor de las ciudades de Italia meridional y de Sicilia. El recibía a los embajadores del sultán egipcio Bibares y mantenía pacientes negociaciones con El Mostansir, emir de Túnez, en torno al tributo, al que hacen referencia los cronistas¹³.

Una guerra contra Túnez malograría su comercio ventajoso con los súbditos del emir, por eso no entraba en los planes del rey de Sicilia. Este daba largas a las reiteradas invitaciones de Luis IX a incorporarse a la cruzada, y varias embajadas de París abandonaron Nápoles sin ningún resultado.

Si finalmente tomó parte en la cruzada de Luis IX, postergando la guerra contra Constantinopla, fue sólo para evitar que los anárquicos cruzados, reunidos bajo las banderas del «santo rey», dañaran los intereses del reino de Sicilia, y, en particular, para impedir el saqueo de Túnez. Por otra parte, una vez que la guerra había comenzado (cuando las tropas de Carlos de Anjou embarcaron, las francesas ya habían llegado a Túnez, a fines de julio de 1270) quería aprovecharla para solucionar los problemas que eran objeto de negociaciones con El Mostansir: esas negociaciones prosiguieron incluso cuando el ejército de Luis IX ya estaba en camino, pero una ligera «presión» bélica no haría daño a las mismas.

Así, pues, entre las causas que determinaron el triste desenlace de la última cruzada figuraba la política de su supremo caudillo, Luis IX

¹² W. Norden: Ob. cit., pág. 635.

¹³ Túnez llevaba mucho tiempo comerciando con Sicilia, de donde importaba, en particular, cereales. El tributo a los Staufen, cuya renovación recababa Carlos de Anjou, era el precio que el emir pagaba por el «derecho» a abastecerse de cereales sicilianos.

de Francia. La campaña contra Túnez, planeada por personas allegadas a él, fue una manifestación de la política expansionista de la corona francesa en el Mediterráneo.

El 17 de julio de 1270 los cruzados desembarcaron en la costa tunecina. Tomaron la fortaleza de Cartago y se dispusieron a esperar la llegada de refuerzos, es decir, de las huestes de Carlos de Anjou. Por su parte, El Mostansir entró en contactos con Egipto y el sultán Bibares avanzó su ejército en ayuda de Túnez. Mientras, entre los cruzados, comenzaron a hacer estragos los abrasadores calores africanos y las epidemias. A fines de agosto falleció el mismo Luis IX. La cruzada quedó desorganizada.

Cuando a Túnez llegaron las tropas de Carlos de Anjou, de Felipe el Bravo, sucesor de Luis IX, y de Tibaud de Navarra, los cruzados libraron con éxito varias batallas contra las tropas del emir, pero las cosas no pasaron de ahí: Carlos de Anjou consideraba inútil continuar la guerra contra Túnez. A fines de octubre fue firmada la paz con El Mostansir. Con este tratado, según el cronista Guillermo de Nongis, Carlos de Anjou «hizo su negocio», ya que el emir se vio obligado a renovar, duplicándolo, el pago del tributo al rey de Sicilia, a expulsar de Túnez a los gibelinos allí refugiados y a retribuir a los «reyes cristianos» sus gastos militares, abonándoles setenta mil onzas de oro, de las que se llevaba un tercio el propio Carlos de Anjou. Lo más importante era que este tratado garantizaba la inmunidad en Túnez de los comerciantes súbditos del reino de Sicilia. Los correspondientes artículos del tratado establecían que los comerciantes en los dominios del emir «se encontrarían bajo la protección de Dios, tanto ellos como sus bienes, tanto al entrar en el país, como al realizar sus negocios». La otra parte también contraía obligaciones análogas. En consecuencia, este tratado ofrecía determinadas garantías para el normal desarrollo del comercio entre Túnez y Sicilia. Esos fueron, en resumen, los resultados de la octava y última cruzada.

Después de esta cruzada el papado siguió llamando a los «fieles de San Pedro» a iniciar una nueva «guerra sagrada»; el Papa Gregorio X desplegó una actividad febril en este sentido, planteando la necesidad de una nueva cruzada en el concilio de Lyon, en 1274. Sus llamamientos no encontraron eco, pues no aparecieron voluntarios. También es cierto que éste y los posteriores llamamientos de los Papas obedecían principalmente a los intereses financieros de la curia romana: hasta el siglo XIV, cuando las cruzadas a Jerusalén eran ya remota historia, el papado cobraba a todos los países católicos un tributo especial en forma de diezmo, destinado a las cruzadas.

Las campañas al Oriente, mal organizadas, de cruzadas espontáneas, se registraron inclusive en los siglos XIII y XIV. Aunque más bien se trataba de correrías sin mayor trascendencia. El movimiento de las cruzadas había cesado. Los últimos dominios de los francos en

el Oriente fueron uno tras otro aniquilados por Egipto. En abril de 1289 las tropas del sultán Kelaún tomaron Trípoli, y dos años más tarde, en mayo de 1291, cayó Acre, que los egipcios convirtieron en ruinas. El reino de Jerusalén dejó de existir.

Los cruzados sólo se mantuvieron un tiempo bastante largo en la isla de Rodas ¹⁴, donde a principios del siglo XIV se afincaron los hospitalarios, y en la de Chipre, donde durante la tercera cruzada se habían establecido caballeros francos, eclesiásticos y mercaderes. El reino de Chipre de los Lusignan, que desempeñaba un importante papel en el comercio mediterráneo, existió hasta fines de siglo XV; en 1489 Chipre fue sometida a Venecia ¹⁵.

¹⁴ Rodas fue conquistada por los turcos osmanlies en 1523.

¹⁵ Chipre fue conquistada por los turcos-osmanlies en 1570.

CONCLUSIÓN

¿Cuál fue el balance de las cruzadas? ¿Fueron de algún provecho para Occidente u Oriente? ¿Qué aportaron de valioso y útil a las naciones?

Numerosos historiadores conceden a las cruzadas una importancia extraordinaria en la evolución histórica de la humanidad. A veces atribuyen a los efectos de las mismas casi todos los cambios registrados en los siglos posteriores en la vida política, social y cultural del Occidente europeo. Con las cruzadas relacionan la liberación de los siervos, el progreso en la vida de las ciudades, la formación de las monarquías centralizadas de Occidente, su emancipación del «absolutismo» papal y, también, la formación de las naciones modernas.

Atribuyen a las cruzadas muy variados fenómenos culturales y espirituales de los pueblos de Europa occidental, que tuvieron repercusión en los siglos XII y XIII e incluso en los posteriores, tales como las mejoras de la técnica artesanal y del arte militar, la aparición de nuevos cultivos agrícolas y de numerosas ramas industriales, el desarrollo de las doctrinas religiosas reformadoras, la mayor libertad del pensamiento y la aparición de la literatura caballeresca ¹.

Opiniones de este tipo también fueron expresadas por algunos historiadores franceses y alemanes del principio del siglo pasado ². In-

¹ En esta línea se mantiene el norteamericano A. S. Atiya, que en sus elogios de las cruzadas tal vez supere a todos los historiadores anteriores a él. Atiya atribuye a las cruzadas el Renacimiento y el descubrimiento de América. Es más, considera que no sólo Occidente, también Oriente se favoreció de los «incalculables y beneficiosos frutos de las cruzadas» (A. S. Atiya: «The crusades: old ideas and new conceptions», «Cahiers d'histoire mondiale», vol. II, n.º 2, París, 1954, pág. 475).

² Ch. d'Aillecourt: «De l'influence des croisades sur l'état de l'Europe». París,

cluso los historiadores más ecuanímenes, que no relacionan con las cruzadas todo el progreso experimentado por Occidente en los siglos XII-XIII, no escapan por entero a los puntos de vista tradicionales, que hiperbolizan la importancia histórica de las cruzadas³.

Sin duda alguna, la influencia de Oriente y de su cultura sobre los más variados aspectos de la sociedad feudal de Europa Occidental ha sido enorme. Está generalmente aceptado que Occidente se favoreció mucho de los progresos orientales en la industria, en el comercio, en la vida espiritual y hasta en la cotidiana. Un escolar sabe que de Oriente llegaron a Europa occidental, en los siglos XII-XIII, cultivos hasta entonces desconocidos en este continente, como el arroz, el trigo sarraceno, las sandías, los limones y los albaricoques; que en la misma época comenzó a sembrarse la caña de azúcar, antes desconocida en Occidente; que en Italia comenzó a fabricarse, con modelos orientales, la muselina, la damasquina y el percal y en Francia los tapices. La influencia oriental perdura también en los idiomas europeos, en la moda de la barba y en el uso y la construcción de los baños calientes. Pero ¿qué tienen que ver en todo eso las cruzadas? ¿Pueden considerarse, como hicieron algunos historiadores, «viajes de estudio de la joven Europa para aprender del Oriente»? ¿Es posible que los ávidos «caballeros de la cruz» que, según V. G. Belinski, se caracterizaban por «la ignorancia, la codicia, la depravación, la falta de fe, mezclada con un fanatismo salvaje y sanguinario»⁴, fueran los que trajeron a Europa los logros culturales de los pueblos de Oriente y que esos «guerreros de Cristo» ayudaron a crear una «nueva civilización de Occidente»?

El intercambio de valores materiales y espirituales entre el Occidente y el Oriente se inició mucho antes de las cruzadas y la vía principal por la que los progresos orientales llegaron a Europa occidental fue la España árabe, Sicilia y Bizancio. Incluso durante las cruzadas esos países conservaron su papel de intermediario entre el Occidente y el Oriente (esto se refiere principalmente a Bizancio, hasta el año 1204). En general, es difícil precisar por qué caminos llegaba la

1809; Heeren: «Versuch einer Entwicklung der Folgen der Kreuzzüge». Gesammelte Werken, Bd. II, Göttingen, 1821.

³ St. Runciman, autor de una «Historia de las cruzadas» en tres volúmenes (1951-1954), señala acertadamente que a las cruzadas no se les puede atribuir una influencia directa en el avance de la civilización occidental («A history of the crusades», vol. III, Cambridge, 1954; pág. 470), aunque sí en la arquitectura militar (en la construcción de castillos) y en el robustecimiento de las monarquías en Occidente, debido esto último a que las cruzadas arrastraron hacia el Oriente a los «barones más intranquilos y belicosos» (Ob. cit., pág. 471). La opinión es errónea: la centralización política se debía a razones internas.

⁴ V. G. Belinski: «Obras completas», t. IX, 1914, pág. 410.

influencia cultural del Oriente: por los países de los francos en Siria y Palestina, por España, por Sicilia o por Bizancio.

Lo que no cabe duda es que entre los siglos XII y XIII esa múltiple influencia se producía por medio de las relaciones económicas internacionales, a través del intenso intercambio comercial con Levante, en el que desempeñaban un creciente papel las ciudades, que progresaron con la separación de la artesanía y la agricultura. El intercambio comercial, y no las sangrientas guerras de los caballeros occidentales contra los pueblos musulmanes; el intercambio de ideas y de mercancías y no la exterminación recíproca en nombre de ficticios objetos religiosos, a eso se debió el provechoso, para Occidente, contacto con el Oriente.

Indudablemente, el comercio ocupaba un importante lugar en la vida económica de los Estados creados por los cruzados, que no se interrumpía ni cuando las relaciones con el mundo musulmán se hacían extremadamente tensas: poco antes de comenzar la tercera cruzada, el condado de Trípoli firmó por cuatro años un convenio comercial con Saladino, y en 1291, en vísperas de la derrota definitiva de los cruzados, en el campamento del sultán egipcio en Acre aparecieron mercaderes cristianos. No sin ironía decían los musulmanes que los codiciosos mercaderes occidentales seguirían viajando al Oriente para hacer sus negocios, aun cuando les sacaran un ojo.

Pero, como hemos señalado, la considerable actividad comercial en el Levante de los genoveses, venecianos, marseleses, catalanes, etcétera, fue debida fundamentalmente al desarrollo económico interno de Europa entre los siglos XI y XIII y, en mucha menor medida, al trato favorable que gozaban las colonias comerciales en los países de los francos. Es significativo que con el tiempo, sobre todo en el siglo XII, los mercaderes occidentales empezaron en número creciente a concertar contratos mutuamente ventajosos con Egipto y demás países musulmanes, convencidos de que esos contratos ofrecían una base más sólida a su proceso comercial que los privilegios coloniales. En consecuencia, también los mercaderes fueron perdiendo el interés por las cruzadas, que muchas veces obstaculizaban la obtención «normal» de beneficios.

Sería erróneo negar totalmente el papel de las cruzadas y de los países fundados por ellas en el desarrollo de la sociedad medieval del Occidente. Las cruzadas ejercieron determinada influencia en el mundo feudal europeo, pero no fue una influencia directa y, menos todavía, decisiva. El contacto con el Oriente contribuyó a modificar el modo de vida de los feudales. El caballero cruzado, cuando retornaba a casa, ya no se avenía a vivir igual que antes. Lo robado no le duraba mucho, pero ahora deseaba cambiar su grueso y áspero atuendo de estameña por las suaves y bellas vestimentas orientales; sustituir su sencilla mesa por platos más selectos y condimentados; beber vinos

aromáticos del Oriente ⁵, lucir en los torneos su espada con incrustaciones primorosas y con vaina de oro y marfil; enviar a su vecino y compañero de caza una cesta de albaricoques llegados de ultramar.

Las necesidades de los feudales aumentaron y ello repercutió en los que aseguraban al feudal su vida holgada, en los campesinos. La explotación feudal de los campesinos aumentó aún más, aunque sus formas evolucionaban: la servidumbre desaparecía gradualmente, la prestación personal se sustituía por los pagos en dinero, etc. Esos fenómenos, como es sabido, no eran resultado exclusivo de las cruzadas. En fin, las cruzadas contribuyeron a profundizar las contradicciones sociales y a aumentar la lucha de clases en el Occidente, lo que, a su vez, precipitaba la centralización política de los países europeos. Las cruzadas aceleraban esos procesos, pero no eran su factor determinante. La causa principal de esos procesos era el desarrollo interno de la economía y de las relaciones sociales europeas. Las cruzadas no introdujeron nada básicamente nuevo en la evolución general de la sociedad feudal de Europa.

Es evidente que los historiadores burgueses exageran el papel histórico de las cruzadas. En cierta medida apunta bien el bizantinista ruso F. I. Uspenski, que los «beneficios» de las cruzadas fueron para Occidente «inconmensurablemente menores que las pérdidas y los daños», y que «la influencia de las cruzadas sobre el progreso de la sociedad medieval se reduce considerablemente, si consideramos el proceso evolutivo natural, que traería a los pueblos de la Edad Media éxitos políticos, sin necesidad de las cruzadas». En efecto, por las cruzadas los pueblos de Europa pagaron un alto precio: en esas guerras agotadoras perecieron millones de personas, fueron extraordinarios los medios materiales gastados en su realización. En las masas de Occidente, las cruzadas dejaron un recuerdo triste y siniestro que quedó recogido en las tristes canciones populares de la época. En las cruzadas perecieron muchos «peregrinos» occidentales, víctimas del fanatismo religioso o de su propia codicia, y fueron exterminados por la espada de los caballeros de las cuatro primeras cruzadas centenares de miles de habitantes en el Sudeste de Europa. Las «guerras religiosas» significaron para Europa la destrucción de valores importantes, en primer lugar, de recursos humanos, sobre todo, de la clase campesina.

Para el Oriente musulmán, las cruzadas fueron una terrible calamidad; los cruzados, durante muchos decenios, arruinaron los países orientales y sembraron la muerte y la desolación entre sus pueblos.

⁵ En aspecto probablemente las cruzadas fueron una auténtica «escuela» para los caballeros. Fue entonces, cuando se hizo célebre la expresión «beber como un templario» (bibere templariter).

Los crueles francos, ávidos buscadores de riquezas, se hicieron mercedores, por derecho propio, al odio y al desprecio del Oriente. Esto se refiere por igual a los latinos, que conquistaron el Imperio bizantino y lo expoliaron durante el medio siglo que duró su dominio.

Indice

Capítulo Primero: Causas y preparativos de las cruzadas	23
Capítulo II: La primera cruzada	57
Capítulo III: Las cruzadas del siglo XII	115
Capítulo IV: La cuarta cruzada	149
Capítulo V: Las últimas cruzadas	195
Conclusión	213